

MAY
McGOLDRICK

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR JAN COFFEY



Edición en
Español

TAMING
THE
HIGHLANDER

Domar al Highlander

Taming the Highlander

DOMAR AL HIGHLANDER

La Trilogía de la Reliquia Escocesa

May McGoldrick

with
Jan Coffey

Book Duo Creative

Derechos de autor

Gracias por elegir *Domar al Highlander*. Si disfrutas con este libro, por favor, comparte las buenas palabras dejando una reseña.

DOMAR AL HIGHLANDER (TAMING THE HIGHLANDER). COPYRIGHT © 2022 POR NIKOO Y JAMES MCGOLDRICK.

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL © 2024 DE NIKOO Y JAMES MCGOLDRICK

Reservados todos los derechos. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma, por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido actualmente o inventado en el futuro, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor: Book Duo Creative.

Portada de Dar Albert, WickedSmartDesigns.com

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Nota de edición](#)

[Nota del autor](#)

[Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James](#)

[Sobre el Autor](#)

Capítulo Uno

Tang Head, Escocia Agosto de 1544

INNES MUNRO ESTABA al borde del mundo, y una tumba fría y acuosa estaba lista para llevársela.

La muerte un paso delante de ella. La muerte detrás.

La niebla gris se arremolinaba en los escarpados acantilados. Había corrido todo lo que había podido, pero un paso más significaba una muerte segura. Le ardían los pulmones e Innes miraba las olas que rompían contra las rocas más abajo, a través de las grietas de la niebla.

Atrapada.

Las zarzas que se aferraban al borde del precipicio le agarraron las faldas cuando se volvió para enfrentarse a sus perseguidores.

Una docena de hombres, con sus camisas de malla relucientes bajo túnicas sucias y manchadas de oscuro, se extendían como cazadores al final de la persecución. Habían hecho correr a su presa hacia el cerco cada vez más estrecho de los acantilados. Sólo quedaba la presa.

La miraron y esperaron la señal de su amo.

El comandante estaba sentado a horcajadas sobre su corcel negro, detrás de la línea de hombres. Llevaba una capa de cuero, atada al cuello, echada hacia atrás sobre un hombro, que dejaba al descubierto una placa pectoral muy marcada, una espada larga y un par de dagas. Sus ojos no se apartaban de ella.

Atrapada.

Innes sabía lo que querían. Demasiado tarde se había enterado de que aquella banda de habitantes de las Tierras Bajas y soldados ingleses había estado vagando libre por las colinas, buscando a cierta mujer del clan Munro. Los hechos y los rumores se habían entretejido en un espeso lazo: la mujer Munro era una bruja. Poseía una reliquia misteriosa que le había dado el mismísimo Satán. Podía convertir a una persona en piedra si la miraba a los ojos. Y lo que era más importante, pagaría con oro a cualquier hombre, mujer o niño que apuntara en su dirección.

Alguien había hablado. Su secreto había quedado al descubierto. Había temido este momento durante mucho tiempo. Durante años.

Para Innes, el pasado no encerraba ningún misterio. Conocía muy bien el poder de la piedra que le había transmitido su madre. Sólo una pieza de toda la tablilla. Otros tres fragmentos. Cada fragmento fue transportado a través de Escocia hace cincuenta años por hombres que habían sobrevivido a un naufragio no lejos de esta costa septentrional. Innes conocía los poderes que encerraban las otras piedras. Y sabía el desastre que caería sobre sus cabezas si la persona equivocada reunía todos los fragmentos.

El comandante le habló. "Dámelo".

Innes no dijo nada. Sus ojos estaban fijos en la bolsa que llevaba en la cintura.

Maldijo para sus adentros. Nunca debería haber abandonado la seguridad del castillo.

La brisa marina azotaba su maraña de pelo negro como la medianoche con su resplandor blanco. Detrás de ella, las aves marinas flotaban en el viento y sus gritos rompían el silencio.

"Dame la piedra y no te haré daño ni a ti ni a nadie de por aquí".

Estaba mintiendo. Era un inglés que arriesgaba su vida aquí, en las Highlands. Tenía que saberlo. A pesar de su antiguo poder, la piedra era una baratija inútil para cualquiera hasta el momento en que su portador moría. Pero tal vez él no lo supiera. Ella tenía que tocar su piel para ver en su pasado, para aprender lo que fuera que él sabía, para averiguar cuál de las piedras poseía ya. Pero no se acercaría a él para averiguarlo. ¿Y si su fragmento era lo último que él necesitaba?

"Ve y quítaselo".

Los hombres avanzaron un paso, e Innes retrocedió hasta el mismo borde.

"Detente ahí o saltaré al mar... y entonces nunca lo tendrás".

Los hombres dudaron.

Innes era una niña de siete años cuando, sentada en el lecho de enferma de su madre, le contaron el secreto de la piedra. La historia, el poder de la vista que pronto sería suyo, el conocimiento de que nadie a quien tocara podría ocultarle nada. En aquel momento, nada de aquello tenía sentido. Sólo había querido que su madre dejara de hablar, ahorrara fuerzas y se pusiera mejor.

Más tarde, de pie en el funeral, se había enterado de lo que significaba todo aquello. Cogida de la mano de su padre, Innes sintió que su pasado fluía como un torrente en su cerebro. Héctor Munro se había sentido tan profundamente decepcionado con su madre, la mujer que le había dado dos hijas y ningún hijo, que ya había elegido a su próxima esposa y negociado su mano. Todo esto le llegó a Innes sin pronunciar palabra. Fue en ese momento, cuando el dolor ardiente que le produjo el *saberlo* la atravesó, cuando se dio cuenta de que lo que le habían dejado no era un regalo, sino una maldición. A la mañana siguiente, al despertarse, vio el resplandor blanco en su larga cabellera negra.

"No saltará. Cógela".

Innes se volvió hacia los acantilados.

Dio la bienvenida a la muerte. Pondría fin a todo aquello. Estaba dispuesta a desprenderse de la pesada carga que se había visto obligada a llevar durante gran parte de su vida. Pero se detuvo al borde del abismo, pensando en él. En el hombre al que amaba.

Innes se estremeció cuando alguien la agarró del pelo y la tiró de la cornisa. Se retorció y luchó contra los hombres que la agarraban por los brazos. Había sido demasiado lenta.

Uno de ellos cortó la cuerda de la bolsa y corrió con ella hacia su comandante.

Cautiva, vio cómo su líder sacaba la piedra de la bolsa y la levantaba. En su interior, la esperanza libraba una batalla perdida. Tal vez no supiera nada del poder de la reliquia que guardaba. Tal vez habían venido por los rumores, y ahora se daba cuenta de que la búsqueda había sido en vano.

Aquellas esperanzas desesperadas se hundieron cuando le vio sacar otros dos trozos de la tablilla y encajarlos. Sabía lo que tenía.

La mirada del inglés se desvió hacia ella. Ya lo había hecho antes. Sabía cómo arrebatarse el poder de la piedra.

Innes vio un movimiento en lo alto de la elevación, detrás de los asaltantes. Apareció un gran

lobo gris.

El inglés asintió a sus hombres.

"Mátala".

Capítulo Dos

*Castillo Girnigoe
Caithness, Escocia*

Tres meses antes

MEDIO AÑO, pensó Conall, mirando a la gente que se arremolinaba en la oscuridad del patio. Medio año desde que había regresado, ¿y para qué?

Ver sufrir a su pueblo, sabiendo que él era la razón de ello.

Podría haber sido diferente. Si hubiera muerto como un guerrero en la Batalla de Solway Moss. Tantos de sus parientes habían perecido allí. O si los ingleses no hubieran descubierto el valor de su rescate después de capturarlo. Después de todo, había conseguido mantener oculta su verdadera identidad durante un año, y habría seguido pudriéndose felizmente en aquella mazmorra. Si tan sólo su hermano no hubiera vaciado las bóvedas del clan Sinclair para liberarlo. Si tan sólo.

Y ahora, seis meses después de volver a casa, tenía que ver cómo Bryce hacía otro sacrificio más por el bien de su pueblo. Su hermano estaba a punto de casarse de nuevo, esta vez con una nueva esposa elegida por el tamaño de su dote.

"No me considerarás muy mártir cuando la conozcas", replicó Bryce desde su silla. Dejó su copa de vino. "Ailein Munro es muy guapa. Y agradable. También parece bastante capaz. Estoy seguro de que será capaz de asumir las responsabilidades que conlleva dirigir el castillo de Girnigoe".

Conall se encogió de hombros, pero no miró a su hermano. Fuera, alguien llevaba un barril de cerveza al patio. Los Sinclair y los Munro estaban muy alegres en la víspera de la boda del laird.

"Deberías haber estado en la cena de esta noche. Mis suegros están deseando conocerte".

"¿Para ver por sí mismos si estoy a la altura de mi vil reputación? ¿Para mirar el muñón de mi mano? ¿Para ver qué aspecto tiene la ruina de un hombre?".

"Probablemente", dijo Bryce, sonriendo cuando Conall se volvió para mirarle con el ceño fruncido. "¡Claro que no! Quieren conocer a mi hermano mayor, el famoso guerrero, el conde de Caithness. Es justo que quieran conocerte por respeto".

"Bueno, tendrán que esperar. Tomaste la antorcha de la sociabilidad el día que te sentaste en esa silla de laird -replicó Conall, dirigiéndose hacia la puerta. "La mujer Munro se casará contigo, no conmigo. Su familia ya ha tenido todas las presentaciones que va a tener".

"Espera. ¿Mañana estarás a mi lado en la escalinata de la iglesia?".

Se detuvo junto a la puerta. "¿Es una petición o una orden?"

"Una petición".

"Bien, porque no estaré allí. No tengo tiempo para ello".

"Entonces es una orden".

Conall abrió la puerta de un tirón. "Mejor aún, porque sabes que el infierno se congelará antes de que empiece a recibir órdenes de un mozalbete de nariz húmeda como tú".

"Pero es mi boda, Conall. Es importante que estés allí".

"Con las primeras luces del día, partiré hacia la cabaña de Dalnawillan".

"¿De caza? ¿Te vas de caza en vez de estar a mi lado en mi boda?"

"Déjame en paz, Bryce". Miró fijamente a su hermano. "Estás empezando una nueva vida. Y tú, mejor que nadie, sabes que tres son multitud".

Para Innes Munro, nada era comparable a los brazos protectores de la noche. Amaba el crepúsculo, el amanecer y todas las horas oscuras intermedias.

La noche le convenía. Sólo entonces podía escapar de las presiones del día. Cuando caía la oscuridad y los demás dormían, nadie te exigía conversación. Nadie te presionaba con atenciones o expectativas no deseadas. Por la noche, podía seguir sus caminos solitarios. Podía ir y venir a su antojo. Podía vivir segura dentro de los muros que había erigido a su alrededor.

Entonces estaba en casa. Durante uno o dos días más, fue una invitada en Girnigoe. En cierto modo, Innes estaba impaciente por volver al castillo de Folais. Sin embargo, antes de irse, había algo que quería ver.

Justo después de cenar, por casualidad, se había asomado a una gran sala que comprendió que era una galería. Ahora estaba decidida a verlo mejor.

Como artista, sabía lo raras que eran estas cosas en las Highlands. Las obras de arte no siempre se valoraban, y con razón. La vida aquí era dura y las posesiones más preciadas de un clan, aparte del oro, se limitaban a armas, enseres domésticos y ganado. Pero éste no era un clan cualquiera. Era el clan Sinclair.

En una tierra de guerreros temibles, los Sinclair ocupaban un lugar destacado. Reyes de sus propios dominios durante las Cruzadas, habían regresado a casa para luchar junto a Robert el Bruce. Y cuando el gran rey murió, sólo se confió en un Sinclair para llevar su corazón a Tierra Santa. Durante siglos, un Sinclair había servido como la fuerte mano derecha de todos los reyes de Escocia.

Al parecer, estos guerreros tenían otra faceta. Tenían obras de arte que, en opinión de Innes, no tenían precio.

Se mantuvo a la sombra, bordeando a los juerguistas que cantaban y se divertían en la Sala Exterior del castillo, y se apresuró hacia la nueva Torre Norte. La galería estaba situada cerca de la sala de recepciones del laird y del Gran Salón, donde un puñado de sirvientes aún trabajaba después de la cena. Nadie le prestó atención cuando entró, encendió una vela y salió.

Al entrar en la galería, la mera visión de aquel tesoro la hizo suspirar de placer.

Junto con varias obras menores, cuatro grandes tapices cubrían las paredes. Cada uno de ellos iba desde el suelo hasta el techo de madera, y eran exquisitos.

Italiana, decidió, pues las figuras eran increíblemente realistas. Cada una de ellas representaba acontecimientos religiosos. Una mostraba a Cristo con sus discípulos en dos barcas. Las redes de Pedro y los demás pescadores estaban repletas de peces. A la luz titilante de su vela,

podía distinguir incluso los delicados halos dorados que rodeaban las cabezas de los hombres. El mar de Galilea tenía un aspecto tan real que pensó que podría lavarse las manos en el agua.

Innes se quitó uno de los guantes y sostuvo la luz en alto mientras pasaba de una pieza a otra.

Había guardado el mejor de los tesoros para el final. Habían colgado dos cuadros sobre el manto de piedra de una gran chimenea en un extremo de la galería. Contempló la obra, asombrada.

Retratos. Dos muchachos solemnes permanecían juntos, una ventana arqueada a sus espaldas con el castillo de Girnigoe y el mar a lo lejos. No le cabía duda de que eran Conall y Bryce Sinclair.

Al ayudar a negociar el matrimonio de Ailein, había aprendido mucho sobre esta familia. Sólo dos años separaban a los hermanos. Conall era conde de Caithness y había ejercido de laird hasta la batalla de Solway Moss. Superados por los cañones ingleses, muchos escoceses habían muerto allí. Su pueblo pensó que él también había muerto, y Bryce se había convertido en laird. Y cuando Conall regresó, se había negado a recuperar el puesto de su hermano.

Circulaba el rumor de que el conde se había vuelto loco en las mazmorras inglesas. Innes no lo creyó. Los rumores no eran más que espadas embotadas de mentes simples y lenguas meneantes.

Innes desvió la mirada hacia el segundo cuadro. Conall Sinclair solo, ataviado con el traje de la corte. Había visto a Bryce con bastante frecuencia y, al contemplar esta representación, vio similitudes en los rasgos de Conall. Pero también había diferencias. Conall era más moreno y más apuesto. La forma de la mandíbula, la intensidad de los ojos, los hombros anchos y poderosos, las piernas musculosas. Se preguntó por un momento si el artista se había encargado de retratar al conde de Caithness más grande que la vida, o si realmente el hombre de carne y hueso tenía la misma capacidad para hacer palpar el corazón de una mujer, incluso en el pecho de una solterona de veintisiete años.

Innes Munro. Hermana mayor de la novia. Hija obediente y consejera de confianza de Héctor, barón Folais.

Cuando salía de la sala de recepción de Bryce, Conall vio cómo la mujer se deslizaba silenciosamente hacia esta sala. Por mucho que quisiera irse, alejarse de este lugar, le ganó la curiosidad. Tenía que ver qué le interesaba.

Entró en la galería por una puerta oculta en los paneles de madera tallada, detrás de uno de los tapices más pequeños. Protegida ahora en las sombras de la tela, Conall la observó avanzar hacia él, deteniéndose frente a la gran chimenea.

Los retratos de familia.

No estaba a una docena de pasos de él. Conall estudió a la mujer.

Inteligente, observadora, astuta en las negociaciones, aunque algo brusca. Así había hablado de ella su hermano. Para conseguir la mano de Ailein en matrimonio, Bryce había necesitado superar primero a la hermana mayor. No había sido fácil, según todos los informes.

Desde sus apartamentos de la Torre Oeste, había visto llegar a los Munro esa mañana. Curiosamente, había sido Innes y no su futura cuñada quien había captado su atención. La mujer se distinguía del resto. Tranquila. Silenciosa. Una espectadora indiferente.

Y su aspecto le había sorprendido. No había pensado en su aspecto, pero se dio cuenta de que esperaba una vieja arpía.

La mirada de Conall se movía ahora sobre ella. Apenas era eso. Un modesto vestido negro cubría su diminuta figura, pero no se podían ignorar las suaves curvas de sus pechos ni el ensanchamiento de sus caderas. Y era cualquier cosa menos vieja. Se quedó mirando la piel impecable de su rostro, los pómulos altos, los labios carnosos. El cabello oscuro y sedoso de Innes, trenzado en una gruesa cuerda, le caía hasta la cintura. Pero sus ojos se fijaron en la curiosa mata de pelo blanco que enmarcaba un lado de su cara.

El comportamiento de la joven se suavizó en una sonrisa mientras seguía estudiando los cuadros. Así de cerca, era impresionante. No era una belleza clásica, pero sí hermosa. Era su boca. Algo se agitó en lo más profundo de su vientre. Conall conocía la lujuria, pero hacía mucho tiempo que no la sentía. Tampoco necesitaba tener esos pensamientos ahora.

Su mirada se volvió hacia el objeto de su atención.

Su retrato se había hecho poco antes de que se fuera al sur a luchar en la guerra del rey. Antes de Solway Moss. Entonces estaba entero, un hombre con toda la vida por delante. Intacto de cuerpo y mente. Antes de convertirse en lo que era ahora. La mera cáscara de un hombre. Una reliquia de sueños perdidos.

Se echó hacia atrás.

Estaba mirando a un hombre muerto.

Innes se sobresaltó al oír el sonido sordo de una puerta que se cerraba.

Miró a su alrededor, sosteniendo en alto su taper. Estaba sola. No había nadie más en la galería.

Oyó pasos que se acercaban desde el Gran Salón, y el mayordomo, Lachlan, entró cojeando.

"Me ha parecido ver una luz aquí. ¿Puedo ayudarte en algo, ama?"

Se puso el guante. "No, gracias. Me encuentro bien. No podía dormir, así que salí a dar un paseo".

El hombre esperó cortésmente.

"Los tapices y los cuadros son muy hermosos".

Lachlan miró hacia las paredes, asintiendo. "Supongo que sí. Algunas son bastante viejas, creo. También son un poco problemáticas", refunfuñó. "Las coloqué para la boda, y ahora las desmontaré y las volveré a guardar. ¿Y quién las ha visto? Tú, ama, eso es todo".

"Te estoy agradecida". Señaló el cuadro de Conall Sinclair. "El conde de Caithness. ¿También está guardado?"

"¿Eh?"

"Su señoría. No le he visto en la cena de esta noche. ¿Está aquí, en el castillo de Girnigoe?"

"Bueno, lo es y no lo es".

Innes enarcó una ceja hacia el hombre. "¿Y estará aquí mañana, para la boda de su hermano?"

"Es difícil de decir, ama. Si lo está, estará junto al hacendado en la escalinata de la capilla. Si no lo está, no lo estará".

Capítulo Tres

EL CASTILLO de Girnigoe se asentaba en una estrecha península sobre losas de roca que se elevaban por encima del centelleante mar azul verdoso. Innes no pudo evitar sentirse impresionado por las tres torres que se alzaban sobre el mar y los ondulantes páramos.

De pie en medio de la multitud de Sinclairs y Munros que esperaban la aparición de la novia, miró más allá de la alegre pero bulliciosa multitud hacia el nuevo hogar de su hermana.

Para la celebración de la boda, el patio se había decorado con brillantes estandartes y banderas. Flores primaverales de color amarillo, rosa, violeta y azul se habían tejido en guirnaldas y colgado por todas partes, añadiendo aún más color a los festejos.

La capilla se encontraba en la sección original del castillo que los Sinclair llamaban ahora la Sala Interior. En las dos últimas décadas, el clan había añadido dos secciones más a la sede del clan. El Recinto Exterior, con su Torre Norte, albergaba el nuevo Gran Salón, los aposentos del hacendado, la galería y las cocinas. Más allá, un puente conducía a un establo amurallado y a la Torre Oeste.

Innes estaba satisfecho. No podía haber encontrado un hogar más seguro para su hermana. Con sus impenetrables murallas grises, sus altas torres y el mar que lo rodeaba, el castillo de Girnigoe era más que impresionante.

Se alegró por Ailein. Era un lugar perfecto para vivir, para empezar una nueva vida. Su mirada se fijó en Bryce, que estaba solo en el escalón de la capilla. Se preguntó si el conde de Caithness haría acto de presencia.

"¿No podrías ponerte algo más apropiado, al menos por hoy?", la instó su madrastra, interrumpiendo sus pensamientos. "Aún estás a tiempo, y esto es una celebración. No deberías ir de negro".

"Me pondré lo que me dé la gana", dijo Innes secamente.

"¿Y esto te parece bien, Héctor? ¿Tu hija vistiendo de negro en la boda de su propia hermana?".

"¿A mí qué me importa lo que lleve puesto?", replicó el jefe del clan Munro. "Es una mujer adulta. Déjala en paz. Ella sabe lo que se trae entre manos".

Su madrastra no estaba dispuesta a rendirse. "Pero, *¿por qué*, Innes? Precisamente hoy debería ser una excepción. De todas formas, Ailein es la única que te importa un huevo de pescado".

"¿Cuántas veces tiene que decírtelo?", intervino el jefe Munro. "Viste de negro porque está de luto".

"¿Luto?"

"Sí, por la muerte de la inocencia en el mundo".

"Por la Virgen, hombre, ¿y tú la animas repitiendo esas tonterías?"

Innes dejó de escuchar, mirando más allá de su madrastra y su padre y de los tres niños pequeños que colgaban de su esbelto armazón. Se concentró en las ventanas situadas a media altura de la Torre Este.

¿Qué podía estar reteniendo a Ailein? La última vez que lo había comprobado, las mujeres de la casa se afanaban por la novia con la eficacia de un pequeño ejército, y Jinny les daba órdenes como una jefa guerrera. Contra viento y marea, su hermana estaría adecuadamente vestida, adornada y de pie a mediodía a las puertas de la capilla.

Un movimiento atrajo la mirada de Innes hacia arriba. Una forma oscura se movía en una ventana sobre los aposentos de su hermana. Otro extraño, pensó, observando los acontecimientos de la vida sin tomar parte en ellos. Lo comprendía perfectamente.

Irrumpió la voz ansiosa de una joven. "Qué alivio encontrarte, ama".

Innes la miró y luego volvió a levantar la vista. La sombra de la ventana seguía allí.

"Lady Ailein se encuentra mal. Nos envió a todos lejos, y Jinny me dijo que te buscara y te trajera en cuanto te encontrara".

Innes permitió que el joven sirviente le indicara el camino. "Dime. ¿Quién se aloja en los aposentos superiores a los de mi hermana?"

La mujer miró hacia atrás, con los ojos muy abiertos. "Nadie, ama. Las cámaras superiores están cerradas y atrancadas".

"¿Cerrado, dices?" preguntó Innes, levantando la vista. La figura sombría había desaparecido.

"Sí, ama. Así ha sido durante meses".

Distante, callado, observando más que participando, pensó Conall.

Innes Munro era el único pez interesante en aquel mar de invitados. Mirando el vestido negro, sacudió la cabeza. Eso no es del todo correcto, reflexionó. Se parecía más a un cuervo en un jardín de flores. Una rebelde. Una presencia.

Innes levantó la vista y pensó que ella podría haberle visto. Se apartó de la ventana y se dio la vuelta, con los ojos examinando la habitación de Shona.

Bryce había estado en la puerta de Conall al amanecer, insistiendo de nuevo en que al menos se presentara a la ceremonia matrimonial. Para librarse de él, le había prometido que se lo pensaría.

Se lo había pensado. Seguía sin irse. Pero no abandonaría el Castillo de Girnigoe hasta que encontrara lo que había venido a buscar.

Conall miró un momento el gran ventanal desde el que Shona había caído al vacío en los acantilados el invierno pasado. Frunció el ceño y se dirigió a la cómoda, buscando el broche. Había pertenecido a su madre. Se lo había dado a Shona antes de marcharse, pensando que se convertiría en su esposa cuando regresara.

Pero su vida había seguido un camino diferente.

Llegaron a la Torre Este y la mujer se hizo a un lado para dejarla pasar.

Innes pasó de la brillante luz primaveral del patio a la húmeda oscuridad de la escalera de la

casa torre. Empezó a subir los escalones de piedra.

Su hermana debería estar ya de camino a la capilla, pensó Innes. No presagiaba nada bueno que estuviera enviando fuera a las mismas mujeres encargadas de prepararla para la ceremonia. Frunció el ceño.

"No, Ailein", murmuró ella. "Sé lo que quieres, y no lo haré. Esta vez no".

Al llegar al rellano, Innes empujó la puerta sin molestarse en llamar.

Jinny levantó las manos y suspiró aliviada. "Alabado seas. Has venido".

Innes conocía a Jinny desde que la mujer vino a cuidar de ella y de Aileen cuando murió su madre. Al ver ahora la frustración en el rostro de la forrada, sacudió la cabeza. Después de tantos años de servicio a su familia, Jinny conocía lo bastante bien a las dos hermanas como para no dejarse intimidar por un simple arrebató de mal genio.

Ailein yacía en la cama sollozando, con la cabeza hundida en la almohada. Levantó el rostro manchado de lágrimas al oír la entrada de Innes.

"No voy a casarme con él. He cambiado de opinión".

"Ya veo. Innes se quitó los guantes y se los metió en la faja de la cintura. Hizo un gesto hacia la pequeña habitación contigua. "¿Puedes dejarnos a solas un momento, Jinny?

"Sí, con mucho gusto", ladró la mujer mayor. "Pero se supone que en breve estará en la capilla. Y con tanto revolcón en la cama, ya ves que tiene el pelo revuelto y el vestido arrugado. No sé cómo podré prepararla a tiempo. Nos avergonzará a todos. Sí, muchacha, me refiero a ti".

Dirigiendo una mirada feroz a su protegida, Jinny se dirigió a la otra habitación.

"Harás magia. Estoy segura de ello -dijo Innes en voz baja, cerrando la pesada puerta de madera y apoyando la espalda en ella. Miró a su hermana, que había vuelto a enterrar la cabeza en la almohada.

A los veintinueve años, Ailein era como el brezo a principios de otoño, lista para florecer. Ningún clan de las Highlands podía presumir de una mujer de mayor belleza. Con su pelo rojo intenso que le llegaba en cascada hasta la cintura y la inclinación de sus grandes ojos grises y la nariz respingona espolvoreada de pecas pálidas, podía hacer girar la cabeza de un hombre en el otro extremo de cualquier gran salón. Era el orgullo de los Munro. Y, por si fuera poco, venía con una dote considerable. Como resultado, Ailein llevaba varios años atrayendo a una fila de pretendientes que se extendía desde el castillo de Folaís hasta el mismísimo Edimburgo.

Innes había estado al lado de su hermana en todos los primeros encuentros. Fue un error. Naturalmente, Innes había leído sus vidas como un libro abierto. Como si mirara los guijarros del fondo de un claro arroyo de montaña, había visto todos los defectos y errores que teñían su pasado. Los hombres mentían. Los hombres engañaban. No era de extrañar. Cuando un hombre deseaba algo con todas sus fuerzas, lo que decía y lo que pensaba eran a menudo tan distintos como la noche y el día. Cada vez, Innes le contaba a su hermana la verdad sobre el pasado de cada hombre. Eso era todo lo que hacía falta. Ailein se aseguró de que nunca volvieran.

Entonces, unos tres años más tarde, Innes se dio cuenta de que estaba privando a Ailein de cualquier posibilidad de vida matrimonial. Ella había tomado su propia decisión a la hora de rechazar al puñado de pretendientes que habían venido a por su mano años atrás, pero Aileen tenía que arriesgarse.

Ya era suficiente. La débil reacción de su hermana ante Bryce Sinclair, el joven y fornido laird del castillo de Girmigoe, había sido todo el estímulo que necesitaba. Innes decidió dejarlas en paz.

El silencio flotaba en el aire. Una cabeza despeinada y pelirroja se levantó de la almohada, y la mirada llorosa de la joven se volvió hacia ella.

"Por favor, Innes. Por favor, hazlo por mí. Cógele de la mano. Dime en qué me estoy metiendo".

"No soy adivino". Innes se acercó a la cama. "Levántate. Ahora mismo. En este momento".

Ailein rodó fuera de su alcance hacia el otro lado. "¿Cómo puedo saber si es el hombre adecuado para mí? No tengo ni idea de lo que siente. De lo que piensa. ¿Y si se casa conmigo sólo por la dote? ¿Y si sigue enamorado de su primera mujer?".

Innes levantó el colchón y su hermana salió rodando, aterrizando con un ruido sordo en el suelo. Su rostro sonrojado reapareció por encima de la ropa de cama.

"¡Ay! Eso ha dolido. ¿Por qué has hecho eso? A veces puedes ser tan cruel".

"Sí, cruel como el viento invernal. Recuérdalo. No querrás pasar el resto de tu vida conmigo".

"Nunca he dicho que quisiera". Ailein se levantó, con las manos en las caderas. "No te pido más de lo que siempre has hecho".

"No, estás pidiendo *mucho* más. Esto no es un primer encuentro. Éste es el día de su boda. Esto es Girmigoe, la sede de su clan. Los Sinclair, los Munro y un centenar de invitados esperan a que Bryce y tú intercambiéis vuestros votos. Nuestro padre ya está en la escalinata de la capilla, esperando para entregaros".

"Aún no me he casado. No es demasiado tarde".

Innes luchó contra la tentación de alzar la voz y ordenarle lo que tenía que hacer. Sabía dónde acabaría eso. Por muy dulce que Ailein pareciera a los demás, tenían la misma voluntad de hierro. Respiró hondo y volvió a empezar.

"Piénsalo bien. Amas a Bryce. Me lo has dicho cien veces".

"Creo que le quiero. Puede que me equivoque".

"Cada vez que le has visto, ha sido cortés, encantador, atento".

Ailein se encogió de hombros. "A mí y a ti y a los otros Munros que nos vigilaban de cerca".

"Bueno, ése es un buen comienzo en cualquier matrimonio. Ya tienes una base".

"¿Cómo sabes lo que es una buena base?", espetó. "Nunca has estado casada".

"No. Nunca he estado casada, como bien sabes. Tampoco me han cortejado nunca. Y nunca me han besado. Nunca me han pedido mi mano en matrimonio. Y nunca compartiré el lecho de un hombre ni tendré hijos propios. Y nadie me amará jamás. Y cuando llegue el invierno de la vida, no tendré recuerdos propios en los que pensar y que me hagan compañía. Si es que vivo tanto". Miró a su hermana a los ojos. "¿Y es esto lo que quieres para tu vida?".

Ailein la miró fijamente durante un momento y luego se quitó las lágrimas. Sacudió la cabeza y cruzó corriendo la sala para abrazar a Innes.

Acunando el rostro de su hermana, Innes miró en su alma los temores y la inseguridad que Ailein sentía al casarse con aquel hombre. Bryce Sinclair era un hombre con mucha más experiencia. Era un viudo que había perdido a su esposa trágicamente. Pero Innes también vio la esperanza y el amor que su hermana sentía hasta ese momento.

"Te quiero, Innes. Siempre te querré. Y puedes venir y quedarte aquí conmigo siempre que quieras. Obligaremos a padre a que te deje venir si es necesario".

Las emociones de Ailein la hicieron callar. Había dicho lo que sentía. La verdad.

Era una triste realidad que nadie podía ver el corazón de Innes. Las palabras que había dicho -sobre sí misma, sobre su vida, sobre su futuro- la conmovían por dentro.

"Muy bien, entonces. Siéntate en esa silla. Voy a buscar a Jinny".

Las manos adicionales estaban todas reunidas en la sala contigua. Unos minutos más tarde, la cámara volvía a estar alborotada. Ailein se sentó, luego se levantó y se puso varias capas de ropa. Llevaba el pelo recogido, amontonado y sujeto con horquillas. Y sonrió a pesar de todo.

Innes se alegró por su hermana, pero al mismo tiempo le dolió perderla. Todas sus rutinas, discusiones y compañía terminaban hoy. Mañana regresaría con su padre, su esposa y sus hijos al castillo de Folaís.

Ailein tenía ahora su propia vida. Su marido. Su nuevo clan. Siempre serían hermanas, pero este matrimonio las dividió, enviándolas por caminos separados.

Mientras las emociones amenazaban con abrumentarla, Innes salió silenciosamente de la habitación hacia el oscuro rellano.

Respiró hondo unas cuantas veces y se obligó a enterrar aquellos sentimientos en carne viva, poniéndose de nuevo la capa dura e impenetrable que llevaba en público. Así la vería hoy la nueva familia de su hermana: brusca, segura de sí misma, al mando. Y, en general, estaba contenta con la vida que tenía. No se arrepentía de nada.

Se sacó los guantes de la faja y empezó a bajar las escaleras.

A medio camino, su pie resbaló en el borde de un escalón y cayó hacia delante. Dejó caer los guantes y agitó las manos en busca de algo a lo que agarrarse. Su pie apenas tocó el siguiente peldaño cuando se precipitó hacia la oscuridad. Se preparó, sabiendo que su cabeza y su cara estaban a punto de chocar contra la piedra.

De repente, se sintió arrancada del aire. En un momento estaba cayendo sin control, y al siguiente la enderezaron y la pusieron sobre sus dos pies. Sus rodillas se doblaron.

La empujó contra la pared y, en la penumbra, vio que al hombre le faltaba la mano derecha. Era ancho de pecho y muy alto. Su mirada pasó de la camisa negra que llevaba bajo el tartán a su rostro. El pelo negro, salvaje, le colgaba hasta los hombros, una barba poblada enmarcaba un rostro moreno y unos ojos tan oscuros como un lago por la noche.

La verdad arraigó y floreció. Los latidos de su corazón aumentaron su ritmo. Sabía quién era.

"Tú", jadeó. Esperaba verle, conocer al gran guerrero Sinclair. Pero no de este modo. "Eres el conde de Caithness".

"¿Puedes ponerte de pie?" Su voz era grave y áspera. Parecía enfadado con ella por molestarle... o quizá por reconocerle. Tenía la mano buena sobre el hombro, sosteniéndola.

"Estoy bien. Gracias por cogerme".

Le apartó la mano y, al hacerlo, su mente se fundió con la de él. En un instante, volvió a la galería del Gran Salón. Pero no vio los cuadros, sino al propio Innes, a través de sus ojos. Él había estado allí, observándola.

Su rostro se calentó al mirarle a la cara. Pero entonces la imagen cambió. Sus sentidos se llenaron con la visión y los sonidos de un campo de batalla. Se le escapó un jadeo cuando los cadáveres ensangrentados y el olor a sangre y sudor llenaron sus sentidos. Los que aún vivían gritaban, llenando el aire con las voces suplicantes de los moribundos... y de los que deseaban estar muertos. Miró fijamente una mano cortada a sus pies y el rugido angustiado de un hombre borró cualquier otro sonido.

La cabeza de Innes se aclaró. Parpadeó. Estaba sola.

El hombre se había ido. El único sonido eran los latidos de su corazón tamborileando en sus oídos y un gaitero afinando en la distancia.

Con sólo rozarle la muñeca con la mano, había sentido cómo su mente la envolvía. Desprevenida, no había visto el dolor, pero lo había sentido. Había estado allí, en aquel campo de batalla, con él.

Y ella había sentido su vergüenza.

Se quitó las gotas de sudor de la frente y miró a su alrededor. No había nadie. Ni pasos. Nada.

Una puerta se abrió y se cerró debajo.

Necesitaba luz. Aire. Tenía que liberarse del horror que había visto.

Sus guantes yacían en los escalones. Los cogió y se apresuró a bajar. La luz del sol entraba por la puerta.

No había rastro del conde. En las profundas sombras del fondo de la escalera, se fijó en otra puerta que no había visto antes. Era pesada, con bandas de acero y clavos tachonados que reforzaban la gruesa madera. Un robusto madero se apoyaba en la pared para asegurarla por este lado.

Se acercó a la puerta y agarró el picaporte. Al hacerlo, oyó un pestillo que se deslizaba al otro lado.

Era ligera como el viento, suave como la seda más fina. Había aspirado el fresco aroma a mar y sal de su piel. Su brazo había rodeado su estrecha cintura y, por un momento fugaz, su mano había rozado su pecho.

Conall no quería fijarse en Innes Munro. No quería admitir que, de cerca, era aún más seductora de lo que había imaginado. No quería nada de eso, sobre todo después de que ella se pusiera enferma al ver la mano que le faltaba.

Se quedó mirando el pestillo de la puerta. No se sentía atraído por ella. No lo permitiría.

No, su problema era que hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer.

Capítulo Cuatro

NO NECESITABAN PALABRAS. Aferrándose a Ailein, Innes vio la lucha de su hermana por imaginar cómo sería su vida después de partir mañana.

Nada de acudir a ella para pedirle consejo, pensaba Aileen. Nada de historias que compartir. Ni arrebatos ni discusiones. Nada de pasear juntas por las playas y las cañadas mientras Innes recogía trozos de huevos de pájaro y plumas para añadirlos a su colección. Nada de buscar en los días de mercado pernos de tela negra para hacerle un vestido nuevo.

"Nos lo estás poniendo más difícil a los dos".

Ailein acomodó el pelo blanco detrás de la oreja de Innes y se echó hacia atrás.

Era la noche de bodas de su hermana. Debería estar contenta y emocionada. No triste.

Innes se movió por la cámara, tocando con los dedos las brillantes cintas decorativas. Luchó contra sus propias emociones. No lloraría. No podía derrumbarse y empeorar las cosas para su hermana. Se detuvo a respirar los aromáticos ramos de romero seco, salvia, lavanda y tomillo. Inspeccionó la ropa y los regalos esparcidos por la habitación, y finalmente se detuvo junto a la ventana abierta que daba a los acantilados. La luna estaba saliendo y el mar brillaba con intensidad. La suave brisa entraba con los sonidos del mar, acariciando su rostro.

Ailein era sólo un bebé cuando murió su madre. Seis años mayor que ella, Innes había asumido inmediatamente la responsabilidad de madre y hermana. Su padre se había casado dos veces desde entonces, pero ella nunca había renunciado a su puesto.

Miró a Ailein por encima del hombro. Estaba prendiendo un broche adornado con joyas que había dejado sobre la cómoda al tartán que se había puesto sobre los hombros.

Eran hermanas, pero no se parecían en nada. Ailein heredó de su padre su estatura y su pelo y tez pelirrojos, e Innes era su madre. De pelo oscuro, pequeñas y solitarias. Pero cada una tenía el corazón de un león, sobre todo cuando se trataba de proteger a los que amaban.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos al darse cuenta de que nunca habría momentos así. No después de mañana. Miró al mar y respiró hondo.

"Esta nueva Torre Norte. ¿Qué te parece?" preguntó Ailein.

"Es precioso".

"Bryce ha estado viviendo aquí, así que lo elegí antes que la Torre Este".

La primera esposa de Bryce se había alojado en aquellas habitaciones, en la parte más antigua de Girnigoe. Innes se alegró de que su hermana no tuviera que luchar contra los recuerdos de un antiguo matrimonio en sus nuevos aposentos. Se asomó a la ventana abierta, mirando hacia el rugiente mar.

"No tan lejos, por favor. Esa altura me preocupa".

"Sí, buenas razones para preocuparse", respondió Innes. "Quizá debería haber una barra en

estas ventanas".

"Dicen que fue un accidente".

"Así lo entiendo".

"Se lo pregunté a su tía. Tenía que saber cómo murió su primera mujer, y Wynda me contó lo que pasó".

"He oído la historia. Fue un día tormentoso del invierno pasado, justo después de Samhain. Dicen que, de algún modo, resbaló en la ventana y cayó desde el último piso de la Torre Este. Encontraron su cuerpo en la base de los acantilados. Sus aposentos estaban justo encima de donde te vestiste para la ceremonia". Innes hizo una pausa. "Y Bryce estaba lejos de Gernigoe cuando ocurrió".

Ailein la miró fijamente. "Así que le tocaste la mano. Por eso lo sabes".

"No. No lo hice. Te dije antes que no lo haría. Hice preguntas, como tú. Ésa es la forma correcta de obtener respuestas".

Se acercó a otra ventana, una que daba al patio. A lo largo de los años, Innes había sido testigo del daño que le había hecho a Ailein al tomar todas las decisiones y darle todas las respuestas.

La vida de Ailein se parecía a la de un chiquillo que practica los pasos pero nunca llega a caminar por su propio pie. Siempre protegida. No tenía golpes ni magulladuras, ni había tenido que enfrentarse a ningún desengaño amoroso. A los veintiún años, nunca había hecho otra cosa que depender de Innes para que le dijera qué hacer, en quién confiar y adónde ir. Era un ciclo interminable que minaba la confianza de la joven en sí misma y en su juicio. Innes lo sabía. Había jugado al mismo juego con su propia vida cuando era más joven. Por eso estaba sola.

Bryce Sinclair era un buen partido. Los dos tenían que hacer que su matrimonio funcionara sin interferencias etéreas.

"¿No te irías por la mañana sin verme?"

"¿Olvidas las tradiciones de la noche de bodas?"

Innes lamentó haberlo mencionado cuando el rostro de su hermana se tornó de un tono rojo intenso.

"¿Cómo voy a olvidarlo? Los Sinclair querrán pruebas de que soy la doncella que nuestro padre les prometió. Tú y los Munro no os iréis hasta que Bryce y su clan estén satisfechos".

Era una barbaridad, pero la tradición era la tradición. Innes se sintió aliviado de que fuera Jinny quien tuviera que dar todas las explicaciones a su hermana.

Ailein se abrazó al medio y miró con recelo la gran cama. "¿Qué pasa si no sangro?"

"Yo no me preocuparía. Estoy segura de que Bryce sabrá cómo manejarlo todo".

"Debería. Se casó con su primera mujer, Shona, hace poco más de un año".

Innes reconoció el tono agudo de su hermana. Ailein estaba hurgando en busca de pelea. Así se ponía cuando estaba nerviosa o las cosas no iban como ella había deseado. Innes esperaba que un rato a solas calmara a su hermana.

"Es hora de que te deje". Se puso los guantes.

Ailein levantó la cabeza, asustada. "¿Tienes que hacerlo? ¿No puedes esperar conmigo hasta que venga?"

"En absoluto". Retrocedió hacia la puerta. "No tardará en llegar. Eres su esposa, pero también eres una Munro, la hija de un barón. A los ojos del mundo, eres su igual. Recuérдалo".

"¡Oh, Innes!"

"Te irá bien aquí, entre los Sinclair. Son buena gente. Parece un buen hombre". Su voz se volvió ronca por la emoción. "Ya no me necesitas".

Las lágrimas tenían mente propia, pero salió de la habitación antes de que su hermana pudiera verlas.

La luz de la luna inundaba los páramos ondulados y el cielo estrellado estaba despejado. Una noche perfecta para viajar.

Conall, mientras esperaba a que Duff sacara su caballo, miró a su alrededor en busca de Trueno. No había rastro de él, pero no estaba preocupado.

"Estuviste aquí todo el día, y aun así no pudiste levantarte con tu hermano".

Conall se volvió para ver a su tía salir de entre las sombras.

"He decidido acostumbrarme a faltar a las bodas de Bryce".

Wynda, la hermana de su padre, se había trasladado a Girnigoe cuando murió la madre de Conall. Los había criado y era tan madre para ellos como lo había sido la suya. Estudió a la mujer mayor. Incluso a la luz de la luna, podía ver que las líneas de su rostro se hacían más profundas con cada estación que pasaba. Conall sabía que gran parte de la preparación de las festividades de esta semana había recaído sobre los hombros de Wynda.

"Pareces agotada, tía. ¿Por qué no estás en la cama?"

"Tenía que venir a verte antes de que te fueras".

Soplaba una brisa fresca procedente del mar. Se acercó y ajustó el chal que llevaba sobre el vestido oscuro.

"Éste ha sido mucho mejor, Conall. A tu hermano le ha ido bien. Ailein no se parece en nada a la última esposa".

"Sólo podía haber una Shona".

Wynda le estudió en silencio durante un momento. "Ojalá hubieras venido, aunque sólo fuera para conocer a la hermana".

"¿Innes?"

"¿La conoces?", respondió ella, sorprendida.

"Conocer" era una palabra demasiado fuerte, pensó. Recordó a la mujer que había observado en la galería. A la que había retenido brevemente en la escalera. No la *conocía*, pero sin duda le había llamado la atención, y aquellos breves momentos seguían presentes en su mente.

Razón suficiente para marcharte.

Sorprendió a su tía mirándole fijamente.

"De acuerdo. Suéltalo. ¿Por qué quieres que conozca a la hermana?"

"Por nada". Una rara sonrisa asomó a los labios de Wynda. "Innes es diferente. Extraña en algunos aspectos. Inteligente y sin miedo a expresar su opinión. Creo que disfruta con su reputación de difícil".

"¿Difícil? ¿Y por qué me desearías algo así?"

"Pájaros de la misma pluma".

Duff condujo a su caballo por la puerta del establo, evitándole continuar esta conversación.

"Bueno, no hay ninguna posibilidad de que eso ocurra. Tengo entendido que los Munros se van mañana. Y yo pienso estar fuera bastante tiempo".

Francia, tal vez. Innes había oído que en las montañas del oeste de Francia había pájaros que nunca se veían en Escocia. Ése podría ser el lugar adecuado para ella. Había llegado el momento de cambiar, pensó, mirando la luna que ahora se alzaba sobre las murallas del castillo.

Desde hacía unos años, Innes imaginaba que, cuando su hermana se casara por fin, podría establecer su propio régimen diario... o la falta de él. Por supuesto, mientras estuviera en casa, su madrastra sería un obstáculo. Margaret, sólo unos años mayor que Innes, era una criatura de costumbres, horarios y decoro. Y todo lo relacionado con Innes era perturbador.

No, había llegado el momento de seguir otro camino. Su padre tenía que ocuparse de Margarita, de sus hijos y de los asuntos del clan. Ella viajaría. Corría el año 1544. Los españoles habían descubierto un nuevo mundo. Los portugueses navegaban por África para comerciar con Oriente. El mundo se abría.

Ya le había dicho a su padre que quería ir. Quería ver algo de aquel mundo y luego, posiblemente, establecerse en algún convento de una zona tranquila de Escocia. Hasta el momento, Héctor Munro no quería hablar de ello, pero al menos había renunciado a la idea de casarla. Tal vez, cuando regresaran a casa, podría volver a plantearle el tema.

Innes volvió a la mesa donde había estado trabajando en un dibujo al carboncillo del castillo de Folais. Un regalo de despedida para su hermana. Debería haberlo terminado hacía tiempo. Pero no lo estaba.

Estos dibujos eran su mayor placer. De joven sólo dibujaba sobre pizarra o trozos de madera, pero ahora los barcos mercantes alemanes transportaban cajas de papel de sus fábricas. Atesoraba su reserva de papel y lo utilizaba con moderación.

Sacó el otro boceto, el que había dibujado rápidamente esta noche, intentando despejar su mente de la perturbadora imagen marcada en su cerebro. Se estremeció al contemplar el dibujo, recordando aquellos cuerpos abandonados a su suerte en el campo de batalla. Los trazos oscuros imitaban pálidamente los charcos de sangre. Los rostros de los hombres eran un borrón gris, pero sus gritos aún resonaban en su oído.

Conall Sinclair. Dudaba de que alguien hubiera tenido nunca una visión más clara del alma del conde que la que ella tenía hoy. No era de extrañar que se hubiera convertido en un recluso. En la iglesia y después en el Gran Salón, había observado a la multitud reunida, con la esperanza de que él estuviera allí. Pero no había aparecido.

Guerras y guerreros. Nunca había comprendido la brutalidad que los humanos ejercían sobre los de su propia especie. Ni el precio que se paga por el poder de matar.

En el patio que había bajo su ventana, dos juerguistas borrachos de la celebración de la boda pasaban por allí, bramando a voz en grito pasajes de *El Wallace*. Innes escuchó cómo pasaban, cada uno de ellos adornando el poema en un esfuerzo por superar al otro. Y la gloria de las guerras perduró para las generaciones futuras.

Innes se quedó mirando su dibujo, la mano cortada que yacía en la hierba. Se había parado en su recuerdo. Aquel grito de angustia, cuando lo sacaron del campo de batalla, no fue por la pérdida de un miembro. Aquel grito fue por la pérdida de la libertad.

Cerró los ojos. Intentó pensar en otra cosa, un recuerdo mejor que llevarse de Girnigoe. Conall Sinclair había estado en la galería la noche anterior. La había observado. Sabía que existía.

Un suave golpecito en la puerta puso fin rápidamente a su locura. Innes empujó el dibujo bajo los demás y se asomó. Llamaron por segunda vez.

Era muy tarde. A excepción de los dos juerguistas borrachos, la celebración de la boda -con sus gritos, gaiteros y cantos- se había apagado hacía rato. Se preguntó si tal vez alguno de sus

jóvenes hermanos de al lado se habría despertado.

"¿Quién es?

"Abre la puerta".

Al oír la voz de Ailein, se le encogió el corazón. Descorrió el pestillo de la puerta y su hermana, envuelta en una capa oscura, se deslizó dentro.

"¿Qué haces aquí?" Innes miró hacia fuera antes de cerrar y echar el pestillo a la puerta.

Ailein se acercó a la ventana y se asomó un momento a la oscuridad. "No quería que me vieran. No es que me importe. Pero por decoro, supongo que es mejor que los Sinclair no sepan que voy a pasar mi noche de bodas en la alcoba de mi hermana".

Incluso en la penumbra, Innes vio que Ailein había estado llorando.

"¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha hecho?", preguntó, repentinamente furiosa porque el Sinclair pudiera haber herido a su hermana. ¡Y en su noche de bodas! Pensó que había sido culpa suya. Debería haber protegido a su hermana.

"No hizo nada", respondió rápidamente Ailein, levantando una mano para impedir que Innes se acercara a ella. "No pasó nada. Se enfadó por un regalo que alguien me dejó. Era ridículo. Así que le eché. Le dije que no dormiría conmigo hasta que mejorara sus modales".

Innes se quedó mirando a su hermana durante un instante, y luego decidió que aquello no podía ser todo. Se dirigió hacia ella.

"No lo hagas. Te estoy diciendo la verdad. No me ha tocado". Ailein dejó caer la capa sobre una silla y se subió las mangas de una bata que llevaba sobre el camisón. "Cuando se enfadaba, dejaba de hablar. Todo se convirtió en... negocios. Así que me enfadé. Me enfadé. Quería que me lo explicara. Pero no lo hizo".

Ailein había querido una pelea, o al menos una buena discusión. Innes había visto indicios de ello antes de que se marchara. Esto era a lo que estaba acostumbrada. Al verla ahora revoloteando por la habitación, decidió que Bryce no había hecho nada para dañar el ardiente espíritu de su hermana.

"¿Qué era ese regalo que tanto le molestaba?"

"El broche que llevaba puesto".

"Lo vi. Era precioso. Parecía una reliquia familiar".

"Quizá lo fuera". Ailein agitó una mano en el aire y empezó a pasearse por la habitación. "Pero no soy un simplón. El broche debió de pertenecer a su primera esposa. Y no tengo ni idea de quién me lo puso".

"Parece que esto se resuelve fácilmente. Si no fue Bryce, tuvo que ser Wynda o..."

"No importa. Lo que más me molesta es que pasó de ordenarme que me lo quitara a sermonearme sobre mi deber y su deber. Fue molesto. ¡Y dice que va a mantener cámaras separadas! Nuestro tiempo juntos tendrá un único propósito. Y no debo esperar nada más. Todo es una farsa. Mi matrimonio es un fraude!" Ailein se detuvo y se encaró con ella. "Eso era todo lo que podía soportar. Le dije que tenía que irse".

"¿Y se fue?" Innes tenía que asegurarse.

"Intentó parecer amenazador, pero yo no lo toleré. Así que al final tiró de la sábana de la cama y se largó".

"La sábana", repitió Innes. Se sintió aliviada de que Bryce Sinclair no fuera un bruto que forzara a su mujer en contra de sus deseos. Había más de uno de éstos por ahí.

"Sí. Lo encontré manchado de sangre delante de la puerta de mi habitación. Allí estaba, a la vista de cualquiera", dijo furiosa. "Mi virginidad, mi virtud perdida, a la vista de todos".

"Pero su virtud no se perdió. ¿Estaba manchada con *su* sangre?"

"Supongo que sí, pero por lo que a mí respecta podría haberse cortado el cuello. ¡Y no te creerías cuánta sangre! Como si fuera un cerdo atascado. Y estaba ahí, al aire libre. Su varonil insignia de 'honor'". Se acercó a la ventana, murmurando palabras violentas en voz baja.

"Ailein, escúchame ahora. Tienes que entenderlo. Te hizo un favor".

"No hizo tal cosa".

"Piénsalo bien. ¿Dónde estaríamos si todo el mundo supiera que rechazaste a tu marido en tu noche de bodas?"

"¡Todo el mundo puede ir a machacar arena!"

"No. No quiero parecer insensible, pero esto es asunto del clan".

"Suenas como él".

"Por supuesto, no se trata *sólo de* negocios, pero se hicieron acuerdos".

Ailein la fulminó con la mirada.

"Bryce te cubrió las espaldas. Te protegió. Así que ahora -por lo que a todo el mundo respecta- eres su esposa. Cualquier discusión que tengas con él, sólo podréis resolverla vosotros dos. Los clanes no tendrán nada que ver".

Ailein se llevó las manos a los costados y dio un pisotón. Se quedó mirando la puerta, intentando contener su mal genio. "Le dije que me quedaría. Pero creo que he cedido demasiado. Quiero irme a casa".

"Ailein", replicó Innes. "Muestras menos sentido común que un niño".

Ella le envió una mirada dolida. "Sé que ya estoy casada. Y realmente *no* quiero irme. Sólo quiero que vuelva a ser el hombre que me cortejó. Habría estado bien si hubiera sido civilizado. Sólo hubiera hablado conmigo".

Innes se hundió en el borde de la cama. Ésta era la primera discusión de los recién casados. Y conociendo a Ailein, no sería la última, ni por asomo. De hecho, sintió una punzada de compasión por Bryce. Estaba segura de que el guerrero Sinclair no debía de tener ni idea de la fuerza del temperamento de su esposa hasta esta noche.

"Probablemente bebió demasiada cerveza o vino. No puedo decirte cuántas veces brindaron a su salud y a la tuya. Mañana volverá a ser él mismo".

"¿Y si no es así? Como tú dices, todo el mundo pensará que hemos consumado este matrimonio. Todos os iréis y yo me quedaré aquí sin nadie".

"Estás casada. Quieres que esto funcione. Así que mañana por la noche, continuáis donde lo habéis dejado hoy. Solucionas tus problemas. Éste es tu nuevo hogar, amor mío".

Ailein negó con la cabeza, dubitativa, y luego se sentó junto a ella en la cama. "Me quedaré si tú te quedas".

"Eso es imposible". Sacudió la cabeza. "Voy a volver al castillo de Folais".

"No es imposible. Quédate poco tiempo. Durante un mes. Es todo lo que te pido".

"Ésta es tu vida ahora, Ailein. No hay nada que pueda hacer para ayudarte o mejorar tu relación con tu marido".

"Quince días, entonces. Eso es todo. Por favor, Innes". Ailein la rodeó con los brazos. "Contigo aquí, todo saldrá bien. Estoy segura de ello".

Una imagen inesperada tomó forma en su mente. Conall Sinclair. Innes la apartó.

"Esto es un error. Te lo aseguro. Conmigo aquí, tendrás a quien recurrir cada vez que tengas un desacuerdo con él".

"No vendré corriendo. Te lo prometo. Te quiero aquí porque te quiero. Eres mi hermana. Quince días. Por favor, Innes. Hazlo por mí".

Capítulo Cinco

AQUÍ COMIENZA un breve tratado sobre la historia de la Rueda de Lugh, escrito para edificación de los desdichados ignorantes y pecadores, en el que podrán aprender que nuestro soberano Salvador Cristo Jhesu, que derrama Su Luz y Su Bondad y Su Poder sobre nosotros de formas que su pueblo apenas puede comprender. Esta narración son las verdaderas palabras de Ian Wallace, contadas a Gilchrist Scribe, en este año de 1494 Anno Domini.

"Ésta es mi verdadera comprensión de la Rueda de Lugh, de dónde vino, y cómo llegó a romperse en cuatro, y adónde han ido a parar los fragmentos de la rueda, y de un terrible poder que sólo puede pertenecer a un verdadero Alto Rey, Señor sálvanos a todos.

Me comprometo a hacer escribir ahora toda esta crónica para preservar lo que sé. La peste cabalga en el viento por mi amada tierra, y la gente muere a mi alrededor. Temo que yo también sea abatido e incapaz de cumplir mi juramento. Seré incapaz de transmitir la historia de la Rueda y mi fragmento que, por la gracia del Señor y de Lugh, su rey guerrero, me da un conocimiento del pasado que ningún otro hombre posee. Y así comienza esta historia..."

- De la Crónica de Lugh

"Entonces, ¿qué intentas hacer?" murmuró Innes para sí mientras caminaba. "¿Quedarte aquí para siempre? ¿Envejecer aquí? ¿Morir y ser enterrado aquí?"

Habían pasado los quince días que le había prometido a Ailein, pero los recién casados no parecían estar más cerca de resolver sus problemas. Así que se había dejado convencer para prolongar su estancia una noche más. Los dos se comportaban perfectamente bien siempre que estaban en público, pero ella sabía que Bryce seguía evitando la cama de su esposa.

Es un laird, pensó Innes. Y es un hombre. Lo único que necesitaba, con toda probabilidad, era una disculpa. Cuando se lo había sugerido a su hermana, Ailein le había replicado que cumpliría una penitencia de mil "Ave Marías" antes de admitir que había hecho algo malo.

Dos cabezas de cerdo, enzarzadas en un enfrentamiento.

Empujándose la capa sobre un hombro mientras caminaba por el duro suelo, Innes admitió que las condiciones de vida aquí eran mejores que las que tenía en casa. Después de que los

invitados a la boda se marcharan, se había trasladado a la cámara del segundo piso de la Torre Este, las mismas habitaciones donde su hermana se había vestido para la ceremonia. Aquí, en el Recinto Interior, estaba un poco apartada del bullicio de la actividad diaria del Recinto Exterior, más nuevo. Y como única ocupante de aquel edificio, era libre de ir y venir, y de mantener su propio horario a su antojo.

Aunque no quería admitirlo, ni siquiera ante sí misma, su única decepción era no haber visto a Conall Sinclair ni una sola vez desde que cayó en sus brazos en la escalera. No podía preguntar directamente por él, pero Jinny le contó que entre los criados se decía que el conde solía ir a un pabellón de caza de los Sinclair sin avisar, y durante semanas seguidas. Algunos pensaban que había ido allí el día de la boda.

Era lo mejor, se dijo Innes. Su fascinación por aquel hombre era inútil. Sería mejor para todas las partes que borrara de su memoria aquellos breves momentos.

Y disfrutaba de sus rutinas. La mayoría de los días escribía y hacía bocetos. Escuchaba y discutía con Ailein cada vez que su hermana se cansaba de sus tareas cotidianas como esposa del laird. Sólo de vez en cuando Innes se reunía con los demás en el Gran Salón para comer, y nadie se quejaba cuando iba a las cocinas a por una bandeja de comida.

Y exploró. A Innes le encantaba esta costa. La naturaleza salvaje del mar y la variedad de aves la entusiasmaban y le proporcionaban abundante material para dibujar y coleccionar. Y las largas extensiones de playa pedregosa le proporcionaban una soledad que apreciaba mucho. Una vez que había ido más allá de los jardines protegidos del viento por muros de piedra y de los campos llenos de rebaños de ovejas, podía caminar durante horas sin ver ni hablar con un alma viviente. Lejos de Girnigoe, de vez en cuando se topaba con ciervos que se alejaban inmediatamente, y el ganado peludo y rojo que encontraba la miraba con leve interés sólo un instante antes de volver a bajar sus grandes cabezas para pastar.

Todas las mañanas al amanecer, hiciera el tiempo que hiciera, bajaba a la playa rocosa. Mientras caminaba, a menudo se le unían las focas que la seguían a poca distancia de la costa, apareciendo sus cabezas lisas y sus ojos marrones, concentrados en ella, y desapareciendo después. Al atardecer, permanecía en el sendero que bordeaba los acantilados, desde donde podía contemplar el rugido del mar y las ocasionales cabañas de piedra de las familias que pescaban en las aguas, o sentarse en un lugar protegido y contemplar cómo el sol dorado descendía lentamente por el cielo occidental.

Esta noche no tenía sol poniente ni luna creciente que disfrutar. Ni cielo sobre ella, ni mar que se extendiera en la distancia. Una fría niebla gris lo oscurecía todo, limitando su visión a unos pocos metros a su alrededor. Se alegró de haber dejado su estuche de cuero con carbón y papel en sus aposentos cuando, a una milla más o menos del castillo, empezó a llover.

Innes se echó hacia atrás la capucha de la capa y levantó el rostro hacia el cielo, dando la bienvenida al tacto de la lluvia en su piel y en su pelo. Cerrando los ojos, escuchó cómo los sonidos de la naturaleza llegaban a ella como una melodía. Las olas chocaban contra las rocas más allá de los acantilados. Las aves marinas gritaban mientras revoloteaban sobre ella en la brisa, advirtiéndole de la inminente tormenta. El viento zumbaba y susurraba mientras acariciaba las colinas.

El gruñido, profundo y amenazador, levantó espigas de miedo en su cuero cabelludo.

Los ojos de Innes se abrieron y su cabeza se sacudió hacia el sonido. El animal era enorme, más grande que cualquier perro que hubiera visto jamás. Estaba a sólo una docena de pasos de ella, de pie en la cresta de una pequeña elevación. Cuando dio un paso hacia ella, el corazón le palpitó en el pecho. En un instante lo asimiló todo: la forma de la cabeza y las orejas, los labios

echados hacia atrás, la muestra de dientes que podían desgarrarle la garganta, la mirada penetrante de unos ojos casi anaranjados.

No era un perro. Era un lobo.

Le entró un sudor frío en la cara. No podía respirar. No le había oído acercarse.

"Hola", dijo, encontrando la voz. Una vez había oído decir al principal cazador de su padre que los lobos temían más a la gente que nosotros a ellos. Esperaba que fuera cierto. Pero éste no parecía asustado.

"¿De dónde has salido?" Le tembló la voz.

Se dio cuenta de que estaba abrazando la cesta contra su pecho, como si eso pudiera ofrecerle alguna protección.

"No sabía que quedaba alguno de vosotros por estos lares y, sin embargo, aquí estáis. Creo que alguien podría haberme avisado, ¿no crees?"

El lobo ladeó la cabeza, mirándola como si fuera idiota, pensando que le contestaría.

"Con lo guapo que eres, ¿por qué no sigues tu camino?". Le sorprendió lo tranquila que sonaba, a pesar del terror que la atenazaba por dentro. "De verdad. Tú sigue tu camino y yo el mío".

Los perros y gatos que vagaban libres por el castillo de Folais y las tierras de cultivo que lo rodeaban solían mantenerse alejados de ella. Siempre pensó que era porque percibían su poder. Pero para un lobo, sobre todo uno del tamaño de éste, ella era la próxima comida.

"Prometo no decirle a nadie que te he visto".

Dio un paso atrás. El lobo se movió con ella, bajando la cabeza. El sudor frío se extendió por el resto de su cuerpo. No podía huir de él. Llevaba un pequeño cuchillo en el cinturón, que sólo servía para cortar la comida.

"Pareces bien alimentado", dijo ella, dando otro paso atrás. "Como puedes ver, tengo poca carne en los huesos".

No quería hacer nada que pareciera hostil. En todos los pasados de los hombres y mujeres en cuyas vidas espiaba, ni una sola vez había habido un ataque de lobo. Nada de eso importaba en aquel momento.

El lobo se acercó, sin apartar los ojos de su rostro. De repente, la bestia saltó hacia ella.

Innes se quedó paralizado, incapaz de moverse, incapaz de pensar, incapaz siquiera de gritar.

El animal la rodeó, olfateándola mientras avanzaba.

El lobo era aún más grande de cerca, y exudaba poder. Fuerza bruta que se manifestaba en sus movimientos suaves y fluidos.

Estaba muerta; ahora no tenía ninguna duda.

Incluso mientras pensaba con frío pavor en su inminente desaparición en aquellas fauces, Innes reconoció la pura belleza de aquel animal. Su espeso pelaje no era sólo gris, sino que tenía bandas negras, blancas, doradas y marrones. Sus ojos, tan claros y despiertos, tenían finas ráfagas de verde entre el naranja.

Le tocó el codo, la cadera. Ella se quedó inmóvil, sin respirar, con todos los músculos del cuerpo tensos. Le temblaban las manos. Había oído que la gente solía desmayarse en situaciones como ésta, pero decidió que debía de estar demasiado asustada para desmayarse.

"¿Lo ves, bestia? No soy ninguna amenaza. Sigue tu camino. Busca un conejo gordo para cenar".

Olisqueó la cesta vacía y luego levantó una pata y la golpeó. Se le cayó de las manos, pero no se atrevió a agachar la mano para cogerla. Metió cautelosamente la nariz en ella, sin dejar de vigilarla. Evidentemente satisfecho de que no había nada para comer, el lobo volvió a centrar

toda su atención en Innes.

"Ya está. Voy a morir", murmuró. "Virgen Santísima, intercede por mí en este momento de mi...".

No llegó más lejos. Levantándose sobre sus patas traseras, el lobo le puso las dos patas delanteras sobre los hombros. Ella jadeó y retrocedió un par de pasos bajo su peso, pero el animal se movió con ella.

De algún modo, Innes consiguió mantener el equilibrio.

Y entonces, con una mezcla de horror y asombro, se quedó quieta mientras la bestia le lamía toda la cara: la nariz, las mejillas, incluso los ojos. Le mordisqueó la mandíbula y la barbilla, pero nunca le arañó la piel.

¡Afecto! Se dio cuenta de repente y su miedo se disolvió como la bruma matinal en verano. Se oyó a sí misma reír, lo que sólo pareció animarle.

Intentó retroceder y empujarlo, pero no pudo hacerlo. "¿Nos conocemos?"

Lo absurdo de la situación y la forma en que se detuvo ante su pregunta la hicieron reír de nuevo. Levantó la mano y le tocó la gruesa piel de los hombros. Sus dedos se hundieron en la suavidad.

De repente, su peso fue demasiado y ella cayó de espaldas.

El lobo bailó en círculo a su alrededor, mordiéndole el pelo, besándole la oreja, tirándole de la ropa y los zapatos. Estaba claro que había empezado un juego.

"Eh, ¿qué crees que estás haciendo?". Ella lo apartó de un empujón, sólo para que él volviera a saltar sobre ella.

Innes se tapó la cara con los brazos para protegerse. Ya no estaba asustada, sino abrumada por la velocidad y el entusiasmo del animal. Las pesadas patas del lobo se posaron en su pecho y sintió todo su peso sobre ella. Sus dientes rodearon su codo, mordiéndole el brazo pero sin intención de hacerle daño. Miró al animal a los ojos y un pensamiento cruzó su mente.

Nunca había hecho algo así, pero ahora la curiosidad la apremiaba.

Levantó la mano que tenía libre y le tocó el suave pelaje de las orejas. Él se detuvo, mirándola con recelo. Ella le acarició las orejas y la nariz. Y al hacerlo, una imagen apareció en su mente. Un hombre levantaba al cachorro en brazos.

Conocía el rostro del hombre. Conall Sinclair.

"¡Trueno!"

El grito sonó y la voz le resultó tan familiar como el rostro que veía. Una emoción inesperada la recorrió.

El suelo tembló al acercarse un caballo, y la loba soltó el codo y volvió a mirar al jinete.

"Aléjate de ella, bestia".

El lobo le dio un último latigazo con la lengua en la cara antes de seguir las órdenes de su amo.

Las botas golpearon el suelo. Innes intentó limpiarse la cara y los ojos con la manga. Estaba cubierta de los besos del lobo. La oscura figura del conde apareció sobre ella.

"¿Estás herido?"

La niebla gris oscurecía aún más su rostro barbudo. Se arrodilló a su lado, y ella miró fijamente unos ojos azules tan oscuros que parecían casi negros. Eran del color de un cielo despejado una hora antes del amanecer. Se quedó sin habla al verle tan cerca. El largo cabello estaba ahora recogido, dejando al descubierto su rostro. Desde la época del retrato, su nariz mostraba signos de estar rota. Una cicatriz le atravesaba la mejilla. Podría considerarse un rostro temible, pero sus ojos sólo mostraban preocupación.

La cara del lobo apareció ahora junto a la de su amo, sin mostrar preocupación alguna. El animal estaba dispuesto a jugar de nuevo.

"¿Te ha hecho daño?"

Innes miró fijamente la cara de una bestia a otra y no pudo evitar que se le formara una sonrisa en los labios.

"Mi dignidad está un poco magullada. Pero no, no me ha hecho daño".

Ella intentó incorporarse. Él se levantó y le tendió la mano.

No sabía dónde habían ido a parar sus guantes. Preparándose para lo que sabía que vendría a continuación, los cogió.

Su mente se unió a la de él, y esta vez estaba en la oscura escalera, atrapada en el abrazo protector de sus brazos. Él le miraba los labios con deseo.

La imagen desapareció, sustituida por un momento más oscuro. El lugar era húmedo, maloliente. Una mazmorra. Sentía el peso de los grilletes en los brazos y las piernas. El aire apestaba a desechos humanos y a muerte. Sentía el sabor de la sangre en la boca. Gruñó de dolor cuando un fuerte latigazo la golpeó en la espalda.

Una voz llegó desde muy lejos. "No estás bien".

Se aferró desesperadamente a su camisa, sintiéndose desfallecer por la agonía del látigo.

Y entonces ella resurgió de su pasado. Sus brazos la rodeaban, manteniéndola erguida. El aroma del hombre, del caballo y del aire fresco del mar inundó sus sentidos. Apretó la cara contra el corazón de él y sintió el latido sólido y firme contra su mejilla. El cuadro, sus breves encuentros, su mente evocándolo mientras él no estaba, todo ello se combinaba para hacer que aquel momento pareciera más un sueño que la realidad. Además, la cercanía y la sensación de protección que sentía no se parecían a nada que hubiera experimentado antes. Y durante unos breves minutos, lo agradeció.

Volvieron la cordura y la corrección. Se zafó de sus brazos y retrocedió un paso. La ligera lluvia había amainado hasta convertirse en una fina niebla.

"Estoy bien. Sólo un momento de mareo".

Se quedó mirándola. Intentó alisarse la ropa. Llevaba el pelo suelto. Un zapato yacía en la hierba húmeda a unos metros de distancia. La cesta yacía más lejos. El lobo estaba sentado junto a ella, alerta y aplomado, con lo que parecía una sonrisa en el rostro.

El conde se alzaba sobre ella, observando todos sus movimientos. Se sintió turbada por su proximidad. Aquí, al aire libre, era más alto que Bryce, más ancho de pecho, más impresionante de lo que ella recordaba de la escalera de la Torre Este. Como la última vez, vestía de negro bajo el tartán. Se fijó en la forma en que la camisa abrazaba sus poderosos brazos.

"Creo que no estás bien".

Ella negó con la cabeza. "Estoy bien. De verdad. Puedo arreglármelas".

Cogió su zapato y sus guantes y se los entregó.

Innes seguía alterado por todo lo que acababa de ocurrir, y el zapato se le escapó de las manos. Se agachó y volvió a ofrecérselo. Esta vez, pasó un brazo alrededor del hombro de Innes para tranquilizarla.

Se puso los guantes y se calzó el zapato antes de ir a recoger su cesta. El lobo se limitó a observarla. Las pocas campanillas tempranas que había cortado estaban esparcidas por el suelo.

Podía respirar de nuevo, una vez que él no se cernía sobre ella. Ahora era más fácil liberarse del hechizo de atracción que sentía. Miró al corcel alazán que él montaba. El animal manoseaba el suelo.

"Creo que nunca nos han presentado formalmente. Soy Innes Munro, hermana de la mujer de

tu hermano".

"¿Y qué haces aquí fuera con este tiempo?".

Le sorprendió la reprimenda. "Tal vez podría hacerte la misma pregunta".

"¿No eres consciente de los peligros?"

"Voy a dar mi paseo vespertino". Hizo un gesto en la dirección por la que había venido. "No estoy tan lejos de Girnigoe".

"No conoces estas tierras. Aquí abundan los peligros. No deberías salir del castillo sin escolta".

"No veo qué te importa". La aspereza de su tono la irritó. "Pero da la casualidad de que he estado haciendo lo mismo todas las mañanas y noches de mi estancia mientras tú no estabas. No he visto ninguna señal de peligro".

"La fortuna ha sido benévola contigo hasta ahora, a pesar de tu desprecio. No la tientes".

Le gustaba más cuando estaba preocupado.

Le vino a la mente el recuerdo de él sujetando al cachorro. El lobo los observaba ahora a los dos con gran interés.

"Hoy he sobrevivido a un feroz ataque de lobo. Creo que puedo enfrentarme a cualquier peligro que encierren estas colinas".

"¿Qué pasaría si esto fuera un ataque real de lobos?"

Miró a Trueno. "A mí me parece bastante real".

¿"Bandidos"? ¿Forajidos? Cualquier renegado viajero que te encontrara sola en estos páramos", espetó, sin que le hiciera gracia su respuesta. "¿No ves el peligro que correrías?"

"No llevo nada de valor. Gente así apenas se molestaría con alguien como yo".

"Mujer tonta", murmuró en voz baja. Se dirigió a su caballo y subió a la silla.

"Oh... gracias", exclamó Innes. "Y me ha gustado mucho la agradable presentación".

El gran caballo sacudió la cabeza y estampó el casco, tan inquieto y agitado como su dueño.

"Vuelve a Girnigoe antes de que molestes a alguien más".

Ella no tuvo ocasión de replicar. Tiró de las riendas y su corcel giró y se alejó al galope. El lobo se lanzó tras él.

Innes observó cómo los tres desaparecían en la niebla.

Si el hombre era así de brusco porque la consideraba una invitada difícil, sólo podía imaginar lo disgustado que se pondría si se diera cuenta de que ella había estado al tanto de su pasado sin su conocimiento ni su permiso.

Ella se aseguraría de que nunca lo supiera.

La lluvia empezó a caer con fuerza durante el camino de vuelta, y estaba empapada cuando cruzó el puente levadizo.

El patio de los establos y la Sala Exterior, tranquilos cuando ella se marchó, bullían ahora de actividad. Era como si el castillo hubiera despertado. Lo atribuyó a una presencia clave que había estado ausente y ahora había regresado.

La mirada de Innes fue atraída hacia una cámara superior de la Torre Oeste. Una sombra oscura la observaba, esperando su regreso a salvo.

A pesar de su breve escaramuza en el páramo, Innes se alegró de que el conde hubiera vuelto a Girnigoe.

Capítulo Seis

CONALL ESTABA de espaldas a la chimenea, calentándose.

Qué lujo, pensó, tener fuego y ropa limpia y seca. Después de un año en las mazmorras inglesas, nunca volvería a dar estas cosas por sentadas.

Dos velas parpadeaban sobre una mesa junto a la ventana. Otras dos ardían a ambos lados de un tablero de ajedrez que había colocado sobre una mesa baja.

Conall sabía que su hermano se enteraría en cuanto regresara.

La Torre Oeste se había construido para disponer de una gran habitación en el piso superior, que Conall utilizaba como dormitorio, y este piso, justo encima de los establos, donde podía trabajar. Se había reservado una pequeña alcoba para Duff, su criado. Seguía siendo un motivo de discordia con Bryce que, en un castillo tan grande como Girnigoe, eligiera vivir allí.

Pero Conall seguía inflexible. Necesitaba poder entrar y salir libremente. Hace un año había estado encadenado. No había tenido futuro. No quería tenerlo, no a costa de su clan. ¿Y dónde estaría dentro de un año? No tenía ni idea. Por el momento, se quedaría en Girnigoe para ayudar a Bryce e intentar pagar una pequeña parte de lo que debía a su pueblo.

Miró a Trueno. Había compartido con la bestia la cena que le habían enviado, y ahora el lobo yacía satisfecho en su rincón.

Había sido un viaje tranquilo desde el albergue, hasta el final. Frunció el ceño. Cuando había cabalgado por aquella colina y vio a Trueno de pie junto a Innes Munro, la mezcla de sentimientos casi le había abrumado. Miedo por ella, rabia porque estuviera sola, preocupación porque pudiera estar herida. ¿Qué otros sentimientos? No quería admitirlos, y mucho menos sentirlos.

¡Maldita sea la mujer!

Conall sólo había vuelto al castillo cuando pensó que ella ya no estaría. ¿Por qué no se marchó después de la boda?

Esto lo complicaba todo.

El problema era -y *era* un problema- que le encantaba estrecharla entre sus brazos. Ya lo había hecho dos veces. Saber que estaba a salvo en su abrazo le calentaba, le satisfacía. Era muy extraño, sobre todo para él, que apenas la conocía. Aun así, había algo primario y correcto en estar cerca de ella, en tocarla, y durante esos breves momentos, sus demonios internos no estaban tan cerca de la superficie.

Ahora se daba cuenta de que no había pensado en otra cosa que en Innes mientras estuvo fuera. Y algo se había hinchado en su interior al verla reír mientras Trueno le lamía la cara.

"Maldita sea", juró en voz alta.

El lobo levantó la cabeza, miró a su amo y volvió a bajarla.

Antes de que llamaran a la puerta, Trueno estaba en pie. Cuando Bryce entró, el animal voló hacia él, pero estaba preparado. Agarrando al lobo por el pescuezo, lo mantuvo a una distancia prudencial de su cara mientras el excitado animal intentaba morder y jugar.

"Tranquilo, monstruo. Yo también me alegro de verte".

El lobo dio vueltas, saltó y tiró de las botas de Bryce, haciendo todo lo posible por derribar al laird.

"Controla a este animal salvaje".

"Trueno".

El cachorro de gran tamaño se retiró inmediatamente a su lugar junto a la silla de Conall.

"Se diría que está cansado después de correr detrás de mí todo el día".

Conall estudió a su hermano durante un largo rato. No le gustó lo que vio. Bryce parecía cansado, herido. No parecía un novio flotando en la euforia de la felicidad conyugal.

"¿Qué tal Dalnawillan?" Bryce se acercó al fuego y empujó un tronco con la bota.

"Tranquilidad". La cabaña en el páramo azotado por el viento junto a Loch Dubh siempre había sido el lugar favorito de los dos cuando eran pequeños. "Como a mí me gusta".

"¿Has cazado?"

Conall sacudió la cabeza y dejó la jarra de vino y otra copa junto al juego de ajedrez. "No estoy de humor".

"¿Hiciste la ronda de los inquilinos? ¿Como te pedí?"

"Ese es tu trabajo. Eres laird". Se sentó y señaló la pizarra. Algo molestaba a su hermano, pero esperaba a que él lo planteara. "Tú tienes el primer movimiento".

"Yo te pedí que lo hicieras".

"Bien por ti". Conall llenó las dos tazas.

"Eres tan intratable como un toro viejo".

"Sabía que al final te darías cuenta".

Bryce se sentó y miró la pizarra. "El día de mi boda. Aún estabas aquí. ¿Por qué no viniste?"

Conall enarcó una ceja. Su hermano ya debería haberlo olvidado. No, era otra cosa. "Tienes que mover una de esas piezas para empezar el juego".

"No te pones a mi lado, pero le dejas un regalo a mi mujer". Bryce movió un peón. "Le regalaste el broche de Shona".

Conall frunció el ceño. Ésta no podía ser la razón por la que parecía que alguien acababa de quitarle su última chuleta de cordero.

"El broche era de nuestra madre. Debería llevarlo la esposa del laird".

"Sí, a su debido tiempo".

"Esperé hasta el día de tu boda para ir a buscarlo a la habitación de Shona. No lo hiciste. Así que lo hice por ti".

"Ese broche *te* lo dio nuestra madre. Fuiste tú quien se lo dio a Shona. Y ahora a Ailein".

Conall cogió su copa de vino y se sentó. "¿Y has estado dándole vueltas a esto durante los últimos quince días?"

"No, pero era *el* broche *de* nuestra *madre*, y quizá fuiste un poco prematuro al dárselo a mi novia".

"¿No tienes nada mejor que hacer con tu tiempo que preocuparte por un trocito de metal y piedra?"

"Tu turno".

Hace dos años, cuando aún estaba entero, habría llevado al más joven al patio de entrenamiento y le habría dejado descargar su frustración. Pero ésa era su antigua vida. Ésta era

la nueva.

Y Conall conocía a Bryce mejor que él mismo. Esto no era lo que le molestaba. Aún había algo más.

"Escúchame. Quiero que conozcas a mi mujer. Ya es hora".

"¿Y cómo es la vida de casado?" Conall movió ficha.

"¿Por qué nunca respondes a una pregunta ni mantienes una conversación coherente?". Bryce deslizó la siguiente pieza en su sitio. "Tendría una charla más inteligente con Trueno".

"Que sí. Os he oído a ambos aullar a la luna". Conall capturó un peón. "¿Empezáis bien con esto del matrimonio?".

"Por supuesto. ¿Por qué no íbamos a estarlo?" Bryce se inclinó hacia delante y cogió un peón negro con una floritura.

"No lo sé. La hermana sigue aquí".

"¿Cómo lo sabes?"

Conall colocó a su caballero junto al rey de su hermano. "Porque he hablado con ella".

"¿Has hablado con Innes?" El rey de Bryce cogió al caballero y su expresión se iluminó.

No eran muchas las ocasiones en las que Conall permitía que el otro tuviera ventaja en este juego. Pero de vez en cuando, tenía que permitirlo o temía que Bryce dejara de jugar.

Conall se sentó, bebiendo su vino. "¿Qué hace esa mujer, deambulando por las colinas sin escolta tan tarde?".

"¿Cómo voy a saberlo? Es una mujer adulta".

"¿Y permites que tu mujer vague en la oscuridad sin que nadie la acompañe?".

"Claro que no", le dijo Bryce. "Wynda y Lachlan la mantienen ocupada. Al final del día está demasiado cansada".

"Innes es una Munro. Es tu responsabilidad mientras sea huésped aquí".

"No la conoces. Nadie le dice adónde ir y qué hacer". Bryce gimió cuando la reina de Conall tomó su caballo, poniendo en jaque al rey.

"Pues pídele a tu mujer que lo haga".

Retiró su rey del jaque y se quedó mirando el tablero.

"Te lo estoy diciendo. Innes es jodidamente independiente. No hace caso a nadie. No sigue otra dirección que la suya".

Conall se tomó su tiempo antes de coger la siguiente pieza.

"¿Qué más sabes de ella?", preguntó vagamente, intentando sonar conversador, indiferente.

"Sé que los Munro confían en esa hija más de lo acostumbrado. Dicen que Innes es su consejero de mayor confianza". Bryce barajó su pieza. "Ya te he dicho que ella estuvo a su lado durante las negociaciones sobre la dote de Ailein".

"¿Por qué viste de negro?"

"Nunca te lo he pedido".

"¿Estaba casada?"

"Que yo sepa, no".

"¿Por qué no se casó? Su dote debería haber atraído pretendientes a montones".

"Cierto, si lo único que persiguieran fuera la riqueza", dijo Bryce, estudiando el tablero. "Pero, como he dicho, la mujer es independiente, brusca, intimidante. Mantiene las distancias. Siempre está estudiando a los que la rodean. Y como tú dices, viste de negro en todo momento. Y ese peculiar mechón blanco en el pelo".

"Es bastante suave".

"¿Qué es blando?" La mirada de Bryce se dirigió al rostro de Conall.

"Su pelo".

"¿Cómo demonios sabes eso?"

Conall se detuvo. Hablaba demasiado, hacía demasiadas preguntas, parecía demasiado interesado. Aun así, quería saber más sobre ella. Por mucho que odiara admitirlo, quería *saberlo todo* sobre Innes Munro. Movi6 a su reina.

"Jaque mate".

Bryce mir6 incrédulo el tablero. Conall había acorralado a su rey con la dama y el alfil.

"Maldita sea. Me has distraído. Estaba seguro de que te tenía".

"Al único de por aquí al que podrías ganar al ajedrez es a Trueno. Y eso sólo si tiene un mal día".

"En serio, Ailein. Estoy cansada, mojada y hambrienta. ¿Adónde me llevas?"

El patio del Pabellón Interior, empapado por la lluvia, estaba desierto, e Innes empezaba a sentirse algo molesta por haber sido arrastrada por su hermana sin ninguna explicación.

"Ya te lo he dicho. Lo verás dentro de un momento".

Ailein la había estado esperando en la escalera de la Torre Este y se abalanzó sobre ella en cuanto Innes regresó de su paseo. Fuera lo que fuese lo que quería mostrarle, estaba claro que Innes tenía que verlo ahora mismo.

"¿No deberías estar en el Gran Salón, cenando con tu marido?"

"Uno de los criados entró, susurró a Bryce al oído y se marchó sin dar explicaciones. Simplemente se levantó y se fue. Pero todos los demás siguen allí, así que éste es el momento perfecto".

"¿El momento perfecto para qué?"

Empezó a llover en serio, y fuertes ráfagas de viento azotaban sus mantos.

"Pronto".

Llegaron a la capilla, y Ailein atravesó la entrada arqueada hacia el pequeño kirkyard.

"¿Por qué me traes aquí? ¿Y por qué ahora?" se quejó Innes. "Si pensamos robar una tumba, necesitamos palas. Espera. Vamos a enterrar a tu marido. Eso es, ¿no?"

Mientras Ailein tiraba de ella contra el abrigo protector del muro de la capilla, el viento procedente del mar luchaba contra ellos a cada paso.

Innes echó un vistazo a las tumbas coronadas por losas de piedra. La lluvia arreciaba y pequeñas volutas de niebla, como almas liberadas, se enroscaban alrededor de los marcadores de roca más grandes.

Se detuvieron ante una puerta en las sombras.

"Una entrada trasera", susurró Ailein, mirando más allá de ella hacia el patio. No había ni un alma viviente fuera, excepto ellos.

"Probablemente esté cerrada".

Con una mirada cómplice hacia ella, Ailein empujó la gruesa puerta de roble.

Innes esperó justo dentro de la puerta mientras su hermana cruzaba la capilla hacia un pequeño globo rojo que brillaba en la sacristía. El olor a humedad antigua se mezclaba con el penetrante aroma del incienso ritual. Un momento después, la llama de una vela iluminó el espacio que las separaba. No había estado aquí dentro desde la boda de Ailein, hacía quince días. Las flores y la vegetación que adornaban las paredes habían desaparecido, y la capilla parecía tan sencilla como cualquier otra.

"¿Quieres explicarme ahora de qué va todo esto?"

"La cripta. Quiero llevarte allí".

"No voy a ir. A menos que me des explicaciones".

"Te pedí ayuda, pero no quisiste dármele. Así que tuve que encontrar las respuestas a mi manera".

"¿Y por qué la cripta?" preguntó Innes.

"Te lo enseñaré".

Vio cómo su hermana empezaba a bajar media docena de escalones, y no pudo hacer otra cosa que seguirla. A medida que descendían, el aire se volvía más almizclado. Innes se agarró a la pared mientras descendía a una cámara baja y cuadrada. Las paredes estaban bordeadas de tumbas de piedra. Algunas estaban adornadas con efigies de caballeros, con sus espadas de piedra tallada en las manos. Otras tenían siluetas cinceladas de rostros.

"Muy bien. Ya estamos aquí. Es hora de que me digas de qué va esto".

"Necesito que me confirmes que lo que he encontrado aquí es real y no mi imaginación".

"Deja de hacerte el misterioso", ordenó Innes. "Dímelo de una vez".

"He estado siguiendo a Wynda y a Lachlan todos los días, haciendo todo lo que me pedían. He sido tan agradable que ni siquiera me habrías reconocido". Puso la vela en un candelabro de la pared. "A cambio, he estado haciendo preguntas. Callada y discretamente".

"Sobre Shona".

Ailein asintió con tristeza. "No soy idiota. Cuanto más tiempo pasa desde mi boda, más me doy cuenta de lo mucho que Bryce la quería. Perdió los nervios aquella noche porque yo llevaba un recuerdo de alguien a quien había perdido".

Innes consideró la posibilidad de sermonear a su hermana sobre la inutilidad de intentar cambiar el pasado, pero eso no tenía sentido. Ailein tenía que seguir su corazón y sus instintos hasta que, de algún modo, aceptara la historia de su marido. Ésa era la naturaleza de su hermana. No podía haber otro camino.

"¿Qué has encontrado?"

"Esos dos nunca dicen una palabra sobre ella. Ignoran todo lo que les pregunto. Ni siquiera mencionan su nombre. Se diría que nunca ha existido. Así que seguí un camino diferente. He pasado los dos últimos días viniendo aquí y visitando a Fingal".

"¿Ese extraño curita?"

Ailein asintió. "Ha abierto los libros de contabilidad de la iglesia y me ha permitido hacer preguntas. Cree que intento saber más de la historia de los Sinclair".

"Lo cual es cierto en cierto modo, ¿no?"

Su hermana se encogió de hombros, se volvió hacia una de las paredes y tocó unas inscripciones grabadas en la piedra.

"He mirado el registro de todos los nacimientos, bautizos, matrimonios y defunciones ocurridos aquí en los últimos cien años".

"La capilla de casa tiene un libro parecido. Ya lo has visto".

"Y en esta cripta sólo entierran a los familiares directos". Ailein señaló las inscripciones. "Y los nombres están aquí".

La mirada de Innes pasó del rostro preocupado de su hermana a las columnas de nombres de la pared. "¿Qué has descubierto?"

"Cuando murió, Shona estaba embarazada".

Durante las negociaciones matrimoniales de su hermana, Innes recordó que se había enterado de que Bryce llevaba ocho meses casado con su primera esposa. Los Munro habían preguntado

por los herederos. Les dijeron que Bryce no tenía hijos ni herederos.

En el libro que guarda Fingal, su nombre aparece con el día en que murió, junto con una anotación: "embarazada"".

Innes se frotó los brazos. El frío parecía haberse calado hasta los huesos. Imaginó lo que tal pérdida habría significado para Bryce. Su mujer y su hijo.

"Quizá saber esto te ayude a comprender mejor a tu marido. Te necesita".

"Pero eso no es lo peor", replicó Ailein, con la angustia evidente en su voz.

Miró a los ojos grises de Ailein, brillantes por las lágrimas no derramadas. "¿Qué más?"

"No puedo confirmar que estuviera enterrada aquí".

"Quizá su cuerpo fue enviado a su propio pueblo".

"Si muero, ¿dónde me enterrarán?", preguntó.

"Ahora eres un Sinclair", dijo Innes en voz baja. "Te enterrarán aquí".

"Creo que Shona podría estar enterrada en algún lugar al aire libre, no en tierra consagrada".

"¿Qué estás diciendo? ¿Que se quitó la vida? ¿Mientras estaba embarazada?"

Una lágrima rodó por la mejilla de Ailein. "No lo sé. Esperaba que me ayudaras a averiguarlo".

Incluso ahora, cuando contemplo los riscos donde ella cayó, donde su cuerpo golpeó y se rompió, donde su hijo nonato murió en su vientre, mi culpa no es lo bastante fuerte para hacerme confesar. Y si yace enterrada en un campo profano o en una cripta consagrada, ¿qué más da? Todo es lo mismo. Cenizas a las cenizas; polvo al polvo.

Sea cual sea el dolor y la pena que sienta, nada podrá hacerme gritar: "¡He sido yo! Yo lo hice!" No, eso no deshará lo que se ha hecho. La muchacha está muerta y no puede volver a la vida.

Pero, hablando con sinceridad, no querría que volviera.

Aun así, no pueden saberlo. Me estremezco ante lo que ocurriría si descubrieran la verdad. Me arruinarían. Destruída.

Que el diablo me lleve antes de que deje que se enteren. Y si me lleva, que así sea.

Capítulo Siete

INNES NO PODÍA DORMIR.

De pie junto a su ventana, mirando hacia los acantilados, imaginó a Shona saltando a la muerte desde el piso de arriba. ¿Qué llevaría a una mujer a hacer eso?

Sabían que estaba embarazada. ¿De cuánto tiempo estaba? A los Munro les hicieron creer que la muerte de la primera esposa había sido un accidente. Pero la iglesia debía de tener otra opinión. Si no, ¿por qué no la enterraron en la cripta con la familia?

Antes de separarse esta noche, Innes convenció a su hermana de que su descubrimiento podía no ser nada. Podía haber una explicación racional para todo aquello. De algún modo, Ailein debía plantear las preguntas con delicadeza a su marido y confiar en su respuesta.

Ailein se marchó a sus aposentos más radiante de lo que Innes la había visto nunca. Esto era el matrimonio. La vida real. Había visto suficiente del pasado de la gente para saber que la felicidad era una ilusión momentánea. Todo el mundo sufría. Nadie se libraba de las penurias y el trabajo en esta vida. La diferencia entre las personas consistía simplemente en que unas lo disimulaban mejor que otras.

Cruzó la habitación y contempló las ventanas iluminadas de los pisos superiores de la Torre Oeste. Conall Sinclair. Otra alma inquieta.

Pronto amanecería. Había dejado de llover. Desde la ventana, el olor del pan cociéndose en las cocinas se mezclaba con el aire marino. Se puso la capa, se calzó los guantes y cogió la cesta y el estuche de cuero antes de salir.

Durante los primeros días de su estancia, Wynda, la tía de Bryce, le había mostrado la forma de salir del castillo por la orilla del mar. Una pequeña puerta en el muro de la fortaleza, justo por encima de la línea de pleamar, conducía por unos escalones de piedra a un *goe*, una de las dos ensenadas rocosas de treinta a cuarenta metros de ancho que creaban la alta península en la que estaba situado el castillo.

Innes pasó junto a las cocinas en dirección a la escalera que conducía a la puerta. La mayoría de los días, las cocinas apenas se agitaban a su paso. Esta mañana, el lugar bullía de actividad. Bajo las vigas colgadas con multitud de carnes y grandes manojos de hierbas, los trabajadores se afanaban en sus tareas, y el fragante vapor de una veintena de calderos y ollas se elevaba como una nube hasta el techo abovedado de piedra.

"Ah, Innes. Ven aquí, ama, por favor".

Se detuvo al oír la orden de Wynda. La tía canosa de Bryce se mantenía erguida como un roble, y su conducta agradable no engañaba a Innes. La mujer dirigía Gernigoe con estricta autoridad e implacable eficacia, e Innes pensó que su hermana no podía tener mejor maestra para su papel de señora de un castillo.

Al acercarse a los hornos donde Wynda supervisaba la cocción, Innes se sorprendió una vez más por el delantal de muselina blanca como la nieve que llevaba la tía mientras realizaba sus tareas. El delantal nunca se ensuciaba ni se manchaba. Jamás. Teniendo en cuenta lo ocupada que estaba Wynda en todo momento, Innes decidió que la mujer debía cambiar el delantal una docena de veces al día.

Wynda hablaba con la cocinera. "Anoche la señora se quedó sin cenar. Ni siquiera pidió que le subieran una bandeja".

"Estoy bien, Wynda. No tenía hambre".

"Sí, seguro que es así, muchacha". La tía se volvió hacia la cocinera. "Prepárale algo antes de que desaparezca. No queremos que se diga que los Sinclair permitieron que se consumiera aquí durante su estancia con nosotros".

La cocinera, una mujer corpulenta de rostro rojizo y edad indeterminada, asintió severamente a la mujer mayor y, con un guiño disimulado a Innes, empezó a preparar algo de comida para ella.

"Los trabajadores de la cocina están en ello esta mañana temprano", comentó Innes. "¿Esperas invitados?"

"Aquí no hay invitados estos días. Sólo nosotros". Wynda cogió el paquete de tela con comida de la cocinera y se lo entregó. "Ten cuidado ahora con las mareas".

"Y ten cuidado con las aves marinas", añadió Cook. "Se han llevado a muchachas más grandes que tú".

Innes asintió con un gesto de gratitud, colocó la comida en su cesta y salió.

Sin invitados. El regreso del conde tenía que ser el motivo de la excitación.

Descendió por la oscura y estrecha escalera y abrió la robusta puerta. Unos instantes después, se detuvo en el pedregal y contempló la formidable combinación de naturaleza y obra del hombre. Por encima de los escarpados acantilados se alzaba el castillo de Gernigoe. La península, que se proyectaba en ángulo desde la orilla hacia el Mar Alemán, proporcionaba un emplazamiento para lo que se decía que era la fortaleza más inexpugnable de Escocia. Ella lo creía. Sólo con las mareas más bajas se podía llegar a rodear la base del castillo. Más allá del punto más alejado de tierra, altos montones de roca se elevaban por encima de las olas, algunos alcanzando los quince o veinte metros de altura.

El fuego del amanecer surcaba el cielo cuando Innes subió y se posó en una roca plana, frente al mar. A poca distancia de la costa, asomaron las cabezas de una docena de focas, que la observaron antes de volver a deslizarse bajo la superficie.

La tormenta de la noche anterior había arrastrado a tierra muchas criaturas marinas. Las gaviotas estaban enloquecidas, volando alto con almejas y ostras y otros mariscos, y dejándolos caer sobre las rocas antes de zambullirse sobre ellos. Sacó su estuche de cuero con papel y carboncillo y empezó a dibujar. Sus pensamientos volvieron a la cripta y a Ailein.

Su hermana necesitaba causas que defender. Necesitaba un propósito en su vida para no perder el tiempo en lo trivial. El misterio de la muerte de Shona, por grave que fuera, quedaba para que la hermana menor lo desentrañara.

Tal vez esa búsqueda sirviera para sanar la desavenencia entre Bryce y su hermana. Tal vez fuera una buena forma de que Ailein desarrollara más empatía hacia su marido.

Era hora de que Innes abandonara Gernigoe. No añadía nada a la vida de su hermana quedándose y sólo complicaba las cosas. Era una confidente para Ailein cuando no se necesitaba ninguna.

Otra cosa que rondaba por su mente era que se había quedado el tiempo suficiente para que el

conde regresara. Pero anoche la había tratado como si se hubiera quedado más tiempo del debido.

Por el rabillo del ojo, vio que el lobo corría hacia ella.

"¡Trueno! Vuelve aquí".

Al oír la voz de Conall, algo se agitó en lo más profundo de su ser. Aquella atracción sin sentido no iba a desaparecer. Una razón más para regresar al castillo de Folais.

Innes deslizó rápidamente sus dibujos en el estuche de cuero y lo apretó contra su pecho. Apretó las piernas mientras el excitado animal saltaba sobre ella, tirando de su capa y lamiéndole la cara antes de saltar por las rocas hacia su amo.

Innes sonrió. El afecto no solicitado le hizo cosquillas y quiso al lobo por ello. Se limpió la humedad de la cara y observó cómo el montañés arrojaba un palo al mar. Trueno saltó al agua tras él.

La larga melena oscura, casi negra, de Conall estaba suelta esta mañana. Con el viento en la cara, parecía un león. Su mirada recorrió las líneas de su poderoso cuerpo. La extensión de la pierna, desde la falda escocesa hasta la bota, era musculosa. La camisa estaba abierta por el cuello y su mirada acarició cada centímetro de la piel expuesta. Se mordió el labio inferior, sintiendo un suave tirón en el vientre.

Él levantó la vista, captando su mirada, y ella apartó la vista, avergonzada. La había pillado.

Lanzó otro palo de madera a la deriva para el lobo y se dirigió hacia ella.

"Eres madrugador".

El conde de Caithness no creía en los saludos formales ni en las charlas triviales.

"Mantengo mi propio horario".

"Nocturno, ¿eh?"

"Todo lo que se me permite", admitió.

"¿Permitido?" Enarcó una ceja y trepó por la roca hasta donde ella estaba sentada. "He oído que no hay hombre ni mujer vivos a los que les importes o de los que recibas órdenes".

Levantó la vista hacia su rostro, enmarcado por el cielo de primera hora de la mañana. "No tenía ni idea de que ya me había ganado tal reputación en Girnigoe".

"No está mal. Podrían decir cosas peores".

"¿Peor que te llamen arpía?"

"No he oído a nadie llamarte arpía". Se sentó en la roca junto a ella. Su hombro chocó con el de ella y no pareció hacer ningún esfuerzo por apartarse. "¿Pero me llaman el hermano 'loco'? Yo diría que eso es peor".

Innes se deslizó para hacer sitio.

"No veo indicios de locura". Señaló con la cabeza a Trueno, que dispersaba aves marinas junto al agua. "A menos que supongas que mantener a una criatura tan salvaje como ésa mejora tu reputación. Entonces diría que sí estás loco".

"¿Acabas de insultarme a mí y a mi lobo?". Su rostro barbudo era feroz, pero sus ojos mostraban diversión.

"¿Ah, sí?"

"Has insinuado que no es una criatura salvaje y estoy loco por pensarlo".

"Mírale. Sólo digo que es demasiado dulce para ser salvaje, y eso debe venir de ti".

"Así que ahora insultas mi hombría".

Su mirada voló hacia la de él, y el calor subió a su rostro. "No he hecho tal cosa".

"Dijiste que su dulzura viene de mí".

"Me refería a tu formación y al trato que das a..."

"Ese animal es un asesino. Una bestia peligrosa. Pregunta a cualquiera en el castillo de Girnigoe. Necesito mantenerlo encadenado o desgarrará la garganta de cualquier hombre que se ponga a su alcance. No hace ni un mes, una mujer de tu tamaño cometió el error de..."

Un trueno rebotó sobre las rocas y se agitó justo delante de ellos. Innes chilló y Conall maldijo, haciendo que el animal saliera corriendo de la roca y bajara de nuevo al agua.

Se echó a reír. "Esa es un terror".

Innes secó su estuche de cuero en las faldas y lo colocó sobre la roca.

Lo cogió.

"Eso es mío".

Ella se agarraba a un extremo, él al otro. Innes no compartía sus bocetos y pinturas con extraños. Su trabajo no era para exhibirlo. No buscaba público. Sus miradas se cruzaron en un desafío de voluntades. Estaba agitada y excitada al mismo tiempo. Así de cerca, vio su reflejo en los ojos azules de él.

"¿Puedo?"

Sus defensas se derrumbaron. Vaciló un momento más y luego se encogió de hombros, contenta de haber dejado el boceto de su recuerdo del campo de batalla en su habitación.

Conall sacó sus bocetos.

"Esto es papel alemán", dijo, levantando la vista con sorpresa.

"Es el único lujo que me permito".

Innes dejó de respirar mientras los extendía sobre su regazo.

"Un artista".

"Difícilmente".

Los estudió, tomándose su tiempo con cada dibujo. "Te interesan los pájaros".

"Todos los animales me interesan, pero los pájaros especialmente, supongo".

"¿Por qué?"

"Porque son gratis".

Las palabras sonaron huecas a sus propios oídos. Recordó los meses que había pasado en cautividad y se sintió obligada a explicárselo.

"Porque imagino que han viajado muy lejos, a lugares que nunca veré". Se quedó mirando las gaviotas que flotaban en el viento. "Cuando dibujo, comparto sus historias de tierras lejanas. Me susurran historias de aventuras".

"¿Susurran también penas, pérdidas y aflicciones?"

Innes le miró a los ojos. Ahora estaba serio, había olvidado toda broma. Si él supiera que ella ya había visto dentro de su alma. Que había sentido su angustia y su dolor.

"Sí, lo hacen. Demasiado a menudo". Apartó la mirada y buscó su cesta. Sus guantes estaban en el fondo. Se sentó demasiado cerca. Tenía que ponérselos.

"Veo que has venido preparada". Le quitó la cesta del regazo y levantó el paño lleno de comida. "Olí el pan de Cook a cien pasos de distancia".

Volvió a coger la cesta y sacó los guantes. Al darse cuenta de que la observaban, se los metió en el cinturón.

"Wynda me dijo que haría que Cook preparara un festín para hoy". Partió una pequeña hogaza de pan por la mitad y le ofreció un trozo. No le costaba manipular las cosas con una sola mano.

Ella aceptó el trozo, asegurándose de que sus dedos no rozaran los de él.

"Me sorprende que no los vieras cuando pasaste por las cocinas", dijo. "Los dos estaban allí bastante temprano, dirigiendo a sus tropas".

"Salí de otra manera".

"¿Ah?" Una brisa marina le levantó la falda, dejando al descubierto más de su musculoso muslo. Ella centró su atención en el pan que tenía en la mano.

"No me muevo por el castillo como los demás".

"Ya veo. Un pasadizo secreto. La puerta de la parte inferior de la Torre Este. Desapareciste por esa puerta el primer día que me sorprendiste cayendo por los escalones". Dio un mordisco al pan caliente y se lamió los labios. La corteza estaba recubierta de un glaseado de mantequilla y salvia. "Sigo probándola cada vez que paso, pero siempre está cerrada".

Él le observaba la boca. Bajó el pan a su regazo, repentinamente cohibida. Le ardían las mejillas. No estaba acostumbrada a que un hombre la observara tan de cerca.

"¿Y qué harás si un día se abre esa puerta?"

Su corazón latía tan fuerte que él tuvo que oírlo. ¿Le estaba haciendo una proposición?

"Tal vez la abra y vea lo que hay más allá".

"Hay túneles".

Miró por encima del hombro hacia las torres de Gernigoe que se cernían sobre ellos. "No quisiera perderme. No los llevaré".

"¿Y si alguien te dejara indicaciones? ¿Señales que te indicaran el camino a seguir?"

"Podría seguir las señales, pero sólo si los caminos me llevaran a las colinas. Ya sabes cuánto me gustan mis paseos solitarios".

"Creía que habíamos acabado con esa temeridad".

Había pretendido ser divertida, pero el tono áspero la erizó. "Y yo que creía que anoche habíamos dejado claro que no se me dictará adónde voy y qué hago".

"No, puedes hacer lo que quieras cuando estés en el castillo de Folais, en el seno de tu familia".

"Soy libre de comportarme como quiera dondequiera que esté".

El disgusto que le produjo su respuesta se reflejó claramente en su expresión. "A partir de ahora, llevarás escolta cuando salgas a pasear".

"¿Y si decido no hacerlo?", desafió.

"Sabes que mi deber como anfitrión es mantenerte a salvo", dijo secamente. "Acatarás las normas de los Sinclair mientras permanezcas en Gernigoe".

"Cuando estabas fuera, a nadie parecían importarle mis inofensivas excursiones. Entonces, ¿son normas del laird del castillo o del conde?"

La mirada aguda la hizo encogerse por dentro. Evitó apartarse. Lanzó un trozo de corteza a una gaviota que esperaba.

Ignoró su pregunta. "Te proporcionaremos nuestra hospitalidad y protección. A cambio, te comportarás como un invitado cortés y acatarás nuestras instrucciones".

"Te refieres a tus *órdenes*".

"Llámalo como quieras", espetó, poniéndose en pie. "Harás lo que yo te diga".

Innes no podía dejarlo pasar. No estaba en su naturaleza dejar que otro dijera la última palabra cortante.

"Así que ahora que el ocasionalmente presente conde ha regresado y se ha restablecido la hospitalidad, ¿piensas presentarte a mi hermana?"

Le lanzó una mirada acusadora. "Ya que sacas el tema, tenemos que hablar de tu hermana y de mi hermano".

"¿Qué pasa con ellos?"

"Sólo quince días de matrimonio y ya están discutiendo".

"¿Y por qué debería importarte? Ni siquiera apareciste por la iglesia. No te molestaste en presentarte a mi padre mientras estaba en Girnigoe".

Bajó de la roca, pero era evidente que no había terminado con la discusión.

"Hay tres personas que tienen derecho a sentirse posiblemente ofendidas por mis acciones. Bryce, Ailein y tu padre. Tú no eres una de ellas".

Su rostro se llenó de ira. No estaba dispuesta a dejarse rechazar por él. Innes arrojó sus cosas a la cesta y se puso los guantes. "Entonces, en lo que respecta a Ailein y a tu hermano, no tengo nada que decirte".

"I-"

Innes le interrumpió. "Y está claro que he agotado tu 'hospitalidad'. Pero he aceptado quedarme seis días más. Después volveré a casa".

"Un poco irascible, por lo que veo", dijo. "Pobre Bryce, si tu hermana se parece en algo a ti".

"¿Pobre Bryce?" Ella sacudió la cabeza y se puso en pie. "No te atrevas a juzgar a mi hermana antes siquiera de conocerla".

Se alejó mientras ella seguía hablando. Era imposible no darse cuenta de la tormenta que se estaba gestando en él por la forma en que lanzó el siguiente palo para Trueno.

Innes bajó y observó la puerta que daba al castillo. Dio un par de pasos hacia ella, luego cambió de dirección y se dirigió directamente hacia el gigante ceñudo.

"Y otra cosa. Mi mal genio está justificado".

Su mirada oscura se fijó en su rostro, y ella decidió hacerle saber exactamente lo que pensaba.

"Me has provocado. Y no me iré mientras hables mal de mi hermana".

"El hecho es que tienen problemas matrimoniales".

"Ellos lo resolverán", argumentó ella. "No me voy a involucrar, y te aconsejo que hagas lo mismo. No te metas".

"Resulta que me preocupo por mi hermano", le gruñó en la cara.

"¿Crees que no me preocupo por mi hermana?", replicó ella.

"Sólo estoy vivo gracias a mi hermano", espetó, elevándose sobre ella. "Él es la única razón por la que continúo con este embrollo de vida. Él es la fuerza que mantiene unidos a los Sinclair. Me preocupo mucho por él. Y si tuvieras una fracción de ese sentimiento por tu hermana, harías lo que fuera necesario para ayudarles".

Innes se puso de puntillas y le dio un fuerte puñetazo en el pecho. También podría haber pinchado una piedra.

"No presumas de creer que comprendes cómo me siento... o por qué hago o dejo de hacer algo. No supongas que me conoces. Y ni *se te ocurra* cuestionar mi lealtad a mi hermana. No sabes *nada* de mí".

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo Ocho

"...Y llegaron las historias del pasado lejano de cómo Lugh utilizó sus muchas habilidades para mejorar la vida de los hombres y acabó convirtiéndose en Alto Rey. Cuando los Espíritus del Infierno se alzaron y amenazaron al pueblo, Lugh los derrotó. Conocedor de sus poderes mágicos, les obligó a coger la honda que utilizó para matar a Balor el Ojo Envenenado y a aprovechar en ella cuatro de sus muchas habilidades. Cada radio de la Rueda encerraba un gran poder: el primero era la capacidad de curar heridas graves y enfermedades; el segundo, hablar con los muertos; el tercero, leer el pasado de un hombre; y el cuarto, leer el futuro de un hombre..."

- De la Crónica de Lugh

INNES SE SINTIÓ entumecida y aislada. Caminando de vuelta a sus aposentos, intentó comprender lo que había ocurrido. En un momento estaba encantada con la atención de Conall. Al siguiente, estaban discutiendo.

Él era autoritario y ella había perdido los nervios. Innes despreciaba las normas mezquinas y, durante demasiados años, se le había permitido hacer su vida a su antojo. Pero era una *invitada* en Gernigoe. Y no era bienvenida. Y no había motivo para que arremetiera contra él por no haberse reunido con su padre, cuando conocía las heridas internas que seguían supurando y le apartaban de la sociedad.

¿Estaba buscando oportunidades para alejarlo?

La mente de Innes se volvió hacia lo que le había preguntado sobre los recién casados y su negativa a involucrarse.

Estaba a la defensiva de sus actos. Tras haber compuesto la vida de Ailein durante demasiados años, Innes sentía que no estaba bien entrometerse en su matrimonio. ¿Qué podía decirles? Se ocupaban de sus asuntos día a día. Parecían comportarse con civilidad el uno con el otro. Nunca levantaban la voz. Nunca hicieron comentarios despectivos sobre el otro en público. ¿Qué consejos podía darles? ¿Qué sabía sobre el matrimonio? ¿Sobre los hombres? Con toda seguridad, era la persona menos cualificada del mundo para ayudar a alguien con problemas matrimoniales.

Dos semanas era mucho tiempo para estar enfrentados, pero Innes creía que la disputa de Ailein y Bryce no era grave. Él había protegido la reputación de ella en su noche de bodas. Ella había decidido quedarse en el castillo de Gernigoe. Quizá necesitaban este tiempo para

acostumbrarse al matrimonio.

Innes esperaba que tuviera razón.

De vuelta a su habitación, la falta de sueño de la noche anterior le pasó factura. Se quitó el vestido y se durmió, sólo para que Shona la persiguiera en sueños.

La joven estaba ante ella en la ventana del último piso de la Torre Este, con los ojos oscuros suplicantes y las manos acunando su vientre hinchado. Innes extendió la mano, sólo para sentir que Shona se le escapaba de las manos y desaparecía por la ventana.

El sonido de los gritos de la mujer al caer la despertó.

Llamaban insistentemente a su puerta. Innes estaba disgustado por la pesadilla. Pero seguía necesitando dormir.

Quienquiera que estuviese en la puerta, no se rendía.

Gimió y se asomó por debajo del edredón. Un sol resplandeciente salía por la ventana.

"Innes, abre la puerta ahora mismo o, por los santos, traeré a un par de hombres para que vengan a derribarla por mí".

"Maldita seas, Ailein", gritó. "Lárgate".

Los golpes eran cada vez más fuertes.

"Ahora, Innes. Ésta es tu última oportunidad".

Apartó las mantas de una patada y se dirigió hacia la puerta. "Hermana, más vale que te duela. Más vale que haya sangre o que sobresalgan huesos. Porque si no, te mataré por perturbar mi sueño".

En cuanto abrió la puerta, Ailein la empujó y entró en la habitación. Detrás de ella, Jinny y una hilera de sirvientas la seguían, llevando una bañera y cubos de agua humeante.

"¿Qué crees que estás haciendo?"

"Te pondrás tu mejor vestido y me acompañarás esta noche a cenar al Gran Comedor".

"No haré tal cosa".

Ailein hizo un gesto a las demás para que hicieran lo que se les había ordenado. Una a una, las mujeres vertieron agua en la bañera y colocaron las toallas y las jarras de aceites tan perfumadas que Innes podía olerlas en toda la habitación. Luego, como un ejército bien entrenado, salieron en el mismo orden en que habían entrado.

"Esto es encantador, Jinny, pero no tengo intención de ir al Gran Comedor".

La sirvienta cerró la puerta al último y se volvió hacia Innes.

"Ven, ama. Esta petulante criatura de hermana tiene grandes planes para ti. No me mires así, Ailein. Sabes que es la verdad. Ven ahora, Innes. Deja que te lave el pelo y te vista".

"Muy bien, Jinny. Pero sabes que puedo hacerlo yo sola".

"No puede", advirtió Ailein, de pie como un centinela junto a la cama. "No lo hará. Volverá a meterse en esa cama en cuanto salgamos de la habitación".

Innes se volvió hacia su hermana. "Estoy a punto de darte un palo en el trasero, mocosa. ¿Y no tienes que ir a algún sitio?"

"Aquí es donde tengo que estar". El tono de Ailein se volvió suplicante. "Y te necesito en la cena de esta noche... desesperadamente. Así que tienes que prepararte y acompañarme. Por favor, Innes".

"Teníamos un acuerdo. Prometisteis dejarme en paz mientras me quedara. Nada de funciones ceremoniales. Nada de cenas del clan. Nada de interrumpir mi sueño".

"He hecho lo que prometí. Y seguiré haciéndolo. Pero ahora no". Ailein volvió sus ojos de cierva hacia ella. "Por favor, Innes. Hazlo por mí".

"Ya sabes lo que opino de las exhibiciones públicas. ¿Por qué tienes que hacerme desfilar

delante de tu nuevo clan?".

"No es eso". Cruzó hacia Innes. "He quedado con el hermano de Bryce esta noche. Necesito que estés a mi lado".

Por un instante, Innes perdió el hilo de su conversación. Su mente volvió a su encuentro con el conde, a las agudas palabras que habían intercambiado.

Ailein seguía hablando. "No me sorprende que parezcas aturdido. Sí, el conde de Caithness. Me presentarán ante él". Empezó a pasearse por la habitación. "El hermano loco. Pero tengo entendido que hay dudas sobre si está completamente loco. Salvo que lleva un lobo con él. Y la bestia se ha soltado hoy en la cocina. ¿Quién tiene un lobo como mascota?

El lobo tuvo que entrar en las cocinas después de que ella se marchara.

"El lobo se llama Trueno. Está completamente domesticado".

Ailein hizo una pausa. "¿Le has visto?"

"Sí. Extrañamente, Trueno se ha encaprichado de mí".

Innes se dio cuenta de que Jinny ya la estaba desnudando y empujando hacia la bañera.

"¿Y el conde?", preguntó su hermana. "¿Tú también le conoces?"

Jinny escuchaba cada palabra. Innes no creía que fuera el momento de entrar en detalles sobre nada de aquello.

"Lo he hecho. Brevemente".

"¿Está tan loco como dicen?"

"No sé cómo empiezan esos rumores. El hombre parece completamente cuerdo. Inteligente. Bien hablado. Un poco arrogante, pero eso es de esperar, supongo".

Y es terriblemente protector con su hermano, pensó, así que más os vale a Bryce y a ti arreglar vuestras diferencias o su ira caerá sobre vosotros.

"Dicen que era un guerrero feroz y que el Regente confiaba en él como en un hermano".

"Recuerdo haberlo oído".

"Una de las sirvientas me dijo que tiene cicatrices horribles de la batalla".

Innes se metió en la bañera. El agua estaba caliente sobre su piel. Cicatrizado" y "horrible" no iban juntos en ninguna frase que describiera a Conall Sinclair. Era un poco desaliñado y de aspecto salvaje, pero eso sólo aumentaba su atractivo.

"Lleva algunas cicatrices, pero apenas le desfiguran. Ha perdido una mano".

Ailein lo consideró. "No es algo bueno para un guerrero".

"No lo creo".

"¿Es bajito?", insistió la hermana menor.

"Alto. Más alto que Bryce".

Jinny señaló un paño y Ailein le tendió uno. Innes la cogió y su mano rozó la de su hermana.

Un beso. Su mirada se dirigió hacia Ailein. La mujer más joven se acercó a la cama, arreglando el vestido que quería que Innes llevara esta noche. Un beso. En el breve roce de sus manos, Innes vio a su hermana siendo besada -y besada apasionadamente- por Bryce.

"¿Y su complexión?" preguntó Ailein.

Aquel beso tenía que haber ocurrido hoy o Innes lo habría visto antes. Qué curioso, pensó. Al parecer, los recién casados habían arreglado sus diferencias mientras ella y Conall discutían por ellas.

"¿Es tan musculoso como Bryce?" repitió Ailein.

"Desde mi punto de vista, el hombre es un gigante".

"Y... ¿es tan guapo como su hermano?"

Innes prestó más atención a su hermana. No necesitaba utilizar su don para ver la verdad.

Ailein tenía la cara sonrojada. Estaba animada y habladora.

"Bueno, ¿lo es?", volvió a preguntar la mujer más joven.

Innes esperó hasta que Jinny hubo vaciado una jarra de agua sobre su cabeza. Estaba encantada por su hermana. Al mismo tiempo, ella también podía jugar a este juego. Si Ailein optaba por ocultar la noticia de que Bryce y ella se habían reconciliado, Innes también podía mantener su propio consejo.

"Es difícil saberlo. Tiene el pelo largo y una barba espesa".

"¿Hay *algo* agradable en su aspecto, en su persona, en su forma de comportarse?". preguntó Ailein. "¿Hay alguna cualidad positiva que pueda comentar cuando le conozca?".

La había salvado en las escaleras. Había vuelto a rescatarla cuando su lobo decidió utilizarla como compañera de juegos. La tenía en mente y la había observado en la galería. Esta mañana, la felicitó por sus dibujos y se quedó mirándole los labios. *Sus labios*. ¿Cuándo había estado tan cerca de un hombre y había experimentado semejante tumulto interno? *Nunca*.

"Ninguna. No se me ocurre ninguna".

"Que el diablo me lleve si paso un momento más con esa mujer".

Bryce le miró fijamente. Conall sabía que aquello era muy distinto de la forma en que había hablado de Innes la noche anterior. Pero el tiempo que habían pasado juntos esta mañana le había enseñado una lección. Innes era inflexible, tajante y testarudo. Y podía estallar como un cañón cuando se la provocaba. Pero también era llamativa y encantadora, y él podía perderse fácilmente en aquellos ojos grises. Más de una vez se había preguntado por el sabor de sus labios.

No podía estar cerca de ella y permanecer indiferente.

"Innes es una invitada de Girnigoe. Acompañará a Ailein al Gran Comedor para cenar esta noche", repitió Bryce. "No importa si está allí o no. Es hora de que conozcas a mi esposa".

"¿La misma esposa que te mantiene encerrado fuera de su dormitorio?"

"No hagas caso de los rumores. No hay nada de verdad en ellos".

"Entonces dime, ¿a qué se debe esta disputa entre vosotros?"

"No es nada", dijo Bryce. "Sabes que puedo ser algo autoritario, y Ailein es una mujer orgullosa. Estamos encontrando nuestro camino de forma constante y silenciosa".

Conall se apartó del tablero de ajedrez y estudió a Bryce en silencio. Parecía mucho más tranquilo ahora de lo que había parecido la noche anterior. Aun así, decidió decir lo que pensaba. "En un clan como el nuestro, no existe la *tranquilidad*. Esta mañana, la segunda frase que sale de la boca de cada Sinclair se refiere a alguna preocupación sobre ti y tu novia".

Bryce se sentó y sonrió. "Me alivia que por fin veas la verdad de lo que te he estado diciendo durante los últimos seis meses. Todo el mundo habla contigo".

Conall sabía adónde quería llegar su hermano. Era el mismo argumento que utilizó Bryce para retenerlo en Girnigoe. Estaba unido a su gente. Puede que ya no fuera laird, pero el clan seguía acudiendo a él, hablándole, respetándole y pidiéndole consejo.

"Estás diciendo tonterías".

"Conall, eres su señor guerrero. Estoy en paz con eso. Nuestro pueblo acude a ti cuando tiene problemas".

"Sigue empujándome y volveré a salir hoy".

"No presionaré". Bryce levantó ambas manos en señal de resignación. "Pero recuerda, por milésima vez, que te necesito a mi lado para proteger y reconstruir el clan".

Se quedaría, pensó Conall, por el momento. Volvió a centrar su atención en el tablero de ajedrez.

"Aún tenemos que hablar de tu matrimonio".

"Muy bien". Bryce negó con la cabeza. "¿Cuál es tu consejo para tratar con Ailein?"

"¿Me lo preguntas a mí? Que me aspen si lo sé".

"No sacarías el tema si no lo hubieras pensado".

Conall movió una pieza de ajedrez y miró hacia arriba. "Soplar sobre un fuego sólo aviva las llamas. Pero una gran ráfaga de viento puede apagar el fuego por completo".

"Dios mío". Bryce se rió. "¿Ése es tu consejo? ¿Fuiste al pabellón de caza o a esa vieja gitana adivina borracha de la costa?"

"Es un buen consejo", gruñó Conall.

Bryce cogió el caballero de su hermano y se puso serio. "¿Estás diciendo que yo debería ser esa gran ráfaga para su fuego?"

"Algo así".

"Muy bien. Entonces ayúdame".

"¿Cómo puedo ayudar? Éste es tu fuego".

"Te diré cómo puedes ayudar. Ailein quiere mucho a su hermana. Más que cariño. Su estado de ánimo parece depender de cómo se sienta su hermana. Te lo dije cuando la cortejaba. Te dije que, si quería conseguir la mano de Ailein, necesitaba ganarme la aprobación de Innes".

Conall se quedó mirando el tablero. Tendría a Bryce en jaque mate en seis u ocho movimientos. "Así que ahora estás casado. Envía a la maldita hermana de vuelta a casa, y tus problemas se irán con ella".

"Ailein no permitirá que se vaya hasta que estemos instalados en nuestro matrimonio".

"Me parece que tienes tres cuerdas atadas con un nudo. Y esa es una de más".

"Aquí es donde puedes serme de gran ayuda".

"No me gusta adónde va esto". Conall movió el alfil por el tablero.

"Hasta que resolvamos nuestras dificultades, sé amable con Innes. Al menos, sé cortés".

Le gustaría ser mucho más que cortés, pensó Conall. "Pides mucho más de lo que crees. La hermana es pequeña, pero es una fuerza. Tiene mal genio. Grosera. Creo que la mujer podría ser un verdadero terror si se lo propusiera".

"Entonces, ¿puedo *ofrecerte* algún consejo?"

Conall inició un camino de destrucción sangrienta hacia el rey de su hermano. "¿Consejo?"

"Adopta un enfoque diferente con ella".

"¿Y eso qué significa?"

"Antes has hablado de avivar las llamas. También hay un dicho que dice que cuando dos fuegos voraces se encuentran, a menudo consumen lo que los encendió".

"Al menos mi consejo no era un acertijo".

"No seas el fuego furioso", dijo Bryce. "Si despotrica, dile que canta tan dulcemente como un ruiñeñor. Si enrojece de ira, dile que su tez parece rosas recién lavadas con el rocío de la mañana. Si calla, alaba su elocuencia penetrante. Si te ordena que la abandones..."

"La ataré al lomo de una mula y dirigiré a la bestia hacia el castillo de Folais". Conall golpeó su pieza sobre el tablero, poniendo en jaque mate al rey de Bryce. "Maldita sea. De acuerdo. Lo intentaré".

"Sé amable con ella".

Sería amable, de acuerdo. Sería civilizado y amable, lo mataría. Sólo para ayudar a su hermano.

"Muy bien, por el diablo. Sé lo que tengo que hacer".

Capítulo Nueve

"Tras un largo reinado de paz y prosperidad, el Alto Rey Lugh murió y fue enterrado. Dejó su poderosa Rueda a los sacerdotes para salvaguardar a las generaciones de futuros Altos Reyes. Pero cuando la nueva religión de Cristo Jhesu llegó a aquellas costas, se libraron grandes batallas en toda la tierra por las almas del pueblo, y la Rueda cayó en manos de un misionero. Conociendo su poder, la destrozó y escondió los cuatro pedazos lejos de los ojos de los hombres..."

- De la Crónica de Lugh

LOS SINCLAIR ABARROTABAN el Gran Comedor, e Innes sabía la razón. Conall.

Sin embargo, fuera cual fuese la expectativa del clan, el conde de Caithness permanecía apuesto y distante en un rincón, sumido en una conversación con un guerrero moreno y maltrecho, sin prestar atención alguna a las miradas esperanzadas de los demás que buscaban su compañía.

En el papel de laird, su hermano Bryce desempeñó bien su papel. Tras abrir la reunión desde su gran silla y recibir los saludos de los suyos, fue de mesa en mesa, dirigiéndose a la gente por su nombre, haciendo preguntas y escuchando las respuestas, riéndose de los chistes y brindando por ellos. Era el anfitrión perfecto.

Pero la mirada de Innes nunca se apartó demasiado del conde. Su reacción ante aquel suceso coincidía con lo que ella esperaba de él. Estaba herido, no sólo en el cuerpo, sino también en el alma.

"Verás que han movido nuestra mesa del estrado", dijo Ailein. "Comeremos allí".

Señaló una mesa a un lado, debajo de un tapiz. Innes no tuvo que preguntar por qué. Sin duda era obra del conde. Estaba de pie junto a ella, cerca de la puerta por la que podía escapar a su guarida en cualquier momento.

Mientras ella lo miraba, él echó un vistazo y, avergonzada por haber sido sorprendida, ella levantó la vista hacia el tapiz. Era una obra muy imaginativa y colorista, que representaba a dos criaturas monstruosas, barbudas y con garrotes, sosteniendo entre ellas un escudo con las armas de los Sinclair. Se trataba de una pieza mucho más nueva que las que había visto en la galería. Un despliegue de relucientes armas flanqueaba el tapiz.

Bryce cruzó el Gran Salón y se reunió con su hermano y el guerrero. Los dos hombres intercambiaron unas palabras, y la mirada de Conall recorrió la abarrotada sala. Sacudió la cabeza.

"Tenías razón. Es más alto que Bryce", le susurró Ailein al oído. "Y más ancho de hombros".

Innes sintió el pequeño empujón que la empujaba hacia los hombres. Antes de bajar, había advertido a Ailein que su estancia en la cena sería breve. Ahora deseaba no haber venido. Una sensación de nerviosismo en lo más profundo de su estómago la inquietaba. Estaba nerviosa, excitada, fuera de su elemento. ¿Recordaría él todas las palabras que se habían dicho en el filamento o sólo recordaría su mordacidad? Clavó los talones, negándose a dejarse llevar hacia ellos.

"Tiene unos ojos preciosos", susurró Ailein. "Muy intensos".

Innes estaba totalmente de acuerdo, pero no iba a admitirlo. "¿Y cómo ibas a saberlo? Ni siquiera te lo han presentado".

"Mira a las mujeres que están junto a las mesas cercanas a ellos. Mira cómo intentan llamar su atención".

A Innes no le importó la inesperada puñalada de celos que la atravesó como una cuchilla caliente. Miró hacia la puerta más cercana, pero antes de que pudiera moverse en esa dirección, su hermana la agarró por la espalda del vestido, dirigiéndola hacia los tres hombres.

"Creo que me gusta su barba y esa melena salvaje", añadió Ailein. No se lo había recogido para la ocasión. "Le da un aire de peligro y misterio".

Innes miró de la cara bien afeitada de Bryce a la de Conall. La Bella y la Bestia. Aun así, estaba de acuerdo con su hermana. Y, aunque nunca se lo había dicho a Ailein, prefería a la Bestia.

Bryce dijo algo, y una rara sonrisa apareció en el rostro del hermano mayor. Tenía los dientes perfectamente rectos. Pero tan rápido como surgió la sonrisa, desapareció.

Ahora estaban lo bastante cerca como para que Innes tuviera una visión ininterrumpida de los hombres.

Ailein la agarró del brazo, deteniéndola. "Esperemos aquí un momento, ¿vale?".

Innes asintió, volviéndose hacia su hermana e intentando mirar a cualquier cosa menos a Conall.

Wynda, la matriarca del clan, circulaba por la sala como había estado haciendo Bryce. El mayordomo Lachlan cojeaba por la periferia, dando órdenes a los sirvientes. La única otra Munro en la sala era Jinny, que parecía estar felizmente instalada en Girnigoe. Innes la observó riéndose con un grupo de mujeres de algo que decía una de ellas. El sacerdote Fingal estaba sentado cerca, bebiendo sin parar mientras sermoneaba a unos hombres sentados en el extremo opuesto de la mesa. Ninguno de ellos parecía prestarle la menor atención.

La mirada de Innes volvió incontrolablemente a Conall. Esta noche llevaba una camisa blanca bajo el tartán. Admiró cómo le quedaba en el pecho. Su mirada se movió hacia abajo. Tenía un pie levantado sobre un taburete, dejando al descubierto una rodilla y los músculos de una poderosa pantorrilla. Se quedó mirándolo, incapaz de comprender su fascinación por el cuerpo de aquel hombre. Veintisiete años. Creía que era inmune a semejante reacción ante un hombre. ¿Por qué ahora? ¿Por qué él?

"Te está mirando fijamente".

Innes le miró a la cara, dándose cuenta de que la habían vuelto a pillar.

Se volvió hacia su hermana. "¿Puedo irme ya?"

"No irás". Ailein la agarró por el codo. "Estás aquí por mí, ¿recuerdas?".

El tercer hombre se alejó, y Bryce y Conall se acercaron a ellos. Ailein y el conde intercambiaron presentaciones y formalidades. Ella pensó en su conversación de esta mañana. Innes se quedó detrás de su hermana y escuchó.

"Quiero disculparme, milady, por ser éste nuestro primer encuentro y por haber perdido la oportunidad de conocer a tu padre en la boda".

Aunque su rostro era severo, ni sus palabras ni su tono revelaban ningún indicio de acusación. Ella se relajó ligeramente.

Su hermana estaba en su mejor momento de gracia. "Ahora somos hermanos, así que, por favor, basta de formalidades. Sólo soy 'Ailein'. Y estoy segura de que tú y nuestro padre tendréis muchas otras ocasiones de conoceros".

"Estoy seguro de ello", dijo Conall haciendo una ligera reverencia.

En ese momento, su tía Wynda llamó a Bryce y éste se excusó antes de cruzar la habitación hacia ella.

Ailein se puso al lado de Conall e hizo un gesto hacia Innes. "Tengo entendido que ya has conocido a mi hermana".

Su mirada recorrió el pelo que Jinny se había empeñado en trenzar, bajó por el vestido negro hasta la punta de los zapatos y volvió a subir. Cuando llegó a su rostro, se detuvo en cada uno de sus defectos. "Ya lo creo. He tenido el placer".

Innes dejó escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

"Muy bien. Entonces puedo dejarla en tus manos. Vigílala. Verás que es escurridiza y sé que intentará escapar de la sala antes de que se sirva la cena."

Innes lanzó una mirada torva a su hermana, pero ésta no tuvo oportunidad de responder porque Ailein salió corriendo para reunirse con Bryce y Wynda. Conall se puso a su lado.

"No es lo que esperaba", dijo en voz baja. "Es bastante agradable".

Innes tenía cien y una quejas sobre su hermana en aquel momento, pero se contuvo. Éste era el nuevo hogar de Ailein. Necesitaba ser aceptada, y los Sinclair sólo necesitaban ver sus virtudes.

"Sí, es agradable", convino. "Y Bryce es claramente un hombre paciente. Eso será una bendición para ambos

"También es guapa. Se compenetran bien".

"Los dos forman una pareja sorprendente".

"Y tienen que resolver la disputa que haya entre ellos".

Su determinación de esta mañana de no querer involucrarse se evaporó, teniendo en cuenta lo que sabía. "Creo que su relación ya se está arreglando".

"¿Cómo lo sabes?"

Durante un largo rato, Innes se esforzó por encontrar una respuesta lógica.

"¿Ha dicho algo tu hermana?"

Innes negó con la cabeza. "Me doy cuenta por la forma en que habla de Bryce. Sin duda está enamorada".

"Bien. Porque creo que él también lo es".

Sus miradas se fijaron en Bryce, que acompañaba a su esposa a la mesa. Los recién casados sonrieron y hablaron con un grupo al pasar, pero no se dirigieron la palabra. No hubo sonrisas. Ni caricias. Ni muestras de afecto.

"Aún necesitan más arreglos", le dijo cerca de la oreja. "¿Son siempre tan formales?"

"Creo que sí", admitió ella, sintiendo un delicioso cosquilleo en la piel por el roce de su aliento. "Aunque rara vez estoy aquí para presenciarlo".

"Pero esta noche has hecho una excepción". La miró.

Innes corría el riesgo de ahogarse en aquellos ojos. "Me vi obligado a asistir".

"Yo también".

"No me imagino a nadie obligándote a hacer algo contra tu voluntad".

"Muy bien. Me sentía obligado".

"Quieres decir que Bryce lo pidió y tú viniste".

"¿Lo mismo contigo?"

"Apenas. Grité y luché, pero Ailein no quiso oírme. Trajo a un pequeño ejército de sirvientes, que me ataron y amordazaron y me arrastraron hasta aquí. Sólo se me escaparon las cuerdas en la puerta del Gran Salón, pero entonces ya era demasiado tarde".

Volvió a haber un breve destello de dientes blancos, y su corazón latió más deprisa en su pecho.

"Atada, dices". Se inclinó más y susurró. "No tenía ni idea de lo interesante que podía ser el enfoque de tu hermana".

Sintió una deliciosa punzada en el vientre. "No te recomiendo que utilices sus métodos", le dijo, sintiéndose más atrevida. "Tengo garras".

"Estaría dispuesta a sentir tus garras, en las circunstancias adecuadas".

Se le encendieron las mejillas, pero no pudo apartar la mirada de la suya.

"Ten cuidado, Conall Sinclair. Verás que mis dientes son más afilados que los de tu lobo".

"Enseñe a Trueno a besar, en vez de a morder".

"Aún es poco más que un cachorro. Yo, en cambio, ya he pasado la edad de la instrucción. Ya sabes lo que dicen de enseñar a perros viejos".

¿"Viejo"? ¿Tú? Si eres viejo, entonces el lago del infierno se ha helado. Y yo podría volar con este castillo hasta Jerusalén. ¿Tú, viejo?", resopló. "Difícilmente".

"¿Esta es tu idea de hablar dulcemente?". Sonrió. "Puedo desmayarme en cualquier momento".

Bryce y Ailein ya estaban sentados a la mesa. Conall le tendió el brazo para que lo cogiera.

"Así que otro desafío. Te enseñaré a hablar dulcemente y estoy deseando ver con qué fuerza te resistes a mis encantos".

¿Has dicho "encanto"? Ella le puso una mano enguantada en el brazo. Él la miró. "Subestimas mis defensas".

"Me parece interesante que lleves guantes en todo momento. Es como vestir de negro. Sin duda, forman parte de tu armamento".

Innes no dijo nada. No tenía ni idea de lo cerca que estaba de la verdad.

Cuando se acercaron a la mesa, les llegó el intercambio entre Bryce y Ailein.

"Bueford es un buen nombre", dijo Ailein.

"Para un caballo, quizá", replicó Bryce con un resoplido. "No, ni siquiera lo usaría para un caballo".

"¿Osnot?"

¿"Osnot"? Por todos los santos, ¿en qué estás pensando? ¿Condenarías al muchacho a una vida de burlas?"

"Nunca te satisface nada de lo que digo". Ailein extendió las manos en señal de frustración. "Pues muy bien. ¿Y Frang? Seguro que no puedes oponerte a Frang".

"¿Estamos decidiendo un nombre para nuestro hijo o una gárgola?"

Innes y Conall intercambiaron una mirada al llegar a la mesa.

"Tengo el nombre perfecto", sonrió Ailein. "Nevaeh".

"¿Qué significa eso?"

"Cielo, dijo hacia atrás".

"¿Heav...?" Bryce dio un manotazo en la mesa con evidente exasperación. "Mujer, ¿por qué

no le llamas simplemente Infierno o Lucifer o Culo de Trueno?".

"¿Están discutiendo en serio por un nombre para su bebé?". susurró Conall al oído de Innes mientras se sentaba.

Innes conocía demasiado bien a su hermana. Ailein intentaba actuar. ¿Pero con qué propósito? "Creo que sí".

"Pues el Culo del Trueno no servirá", murmuró. "No permitiré que le pongan a su hijo el nombre de mi lobo. Sería demasiado confuso".

Se mordió el labio para no reír.

Se sentó a su lado y siguió hablándole en voz baja a solas.

"Puede que me equivoque, pero siempre pensé que el nacimiento de un hijo requería cierta actividad física para que se produjera el dichoso acontecimiento".

"Creo que en eso tienes razón".

"Bueno, escuchándoles ahora, no tengo muchas esperanzas".

"Pero lo soy", replicó Innes, volviendo la cara hacia Wynda, que estaba al otro lado, para no tener que dar explicaciones.

La fiesta ha terminado hace tiempo, el castillo duerme y amanece. Observo el amanecer rojo sangre y recuerdo.

Éste es el día -hace tantos años- en que me arrebataron a mi amor. Sí, me lo arrebataron. Mis propios parientes de sangre nos siguieron la pista, lo apresaron en su propio gran salón, lo arrancaron de mis brazos, lo arrastraron al patio y lo mataron.

Estaba muerto. Nunca volvería a mí. Yo ya estaba embarazada de él, pero era un buen hombre y nos habríamos casado. Grité: "¡Nuestro amor es verdadero!". Pero el laird no quiso oír nada. Me miró con rabia ciega. Pensé que también entonces me mataría. ¡Cuántas veces deseé que lo hubiera hecho! ¿Cómo podré borrar el recuerdo de aquellos gritos, de la sangre de su vida corriendo entre las piedras?

Aún le veo. Su bello rostro, ahora maltrecho; sus ojos que antaño me miraban con nada más que amor, ahora sin vida y en blanco. Todo lo que quedaba de él, tendido en mi regazo, manchando mi delantal, mis manos y mi mejilla con su sangre cada vez más espesa.

Me miraban con repugnancia, como si fuera yo la que se hubiera vuelto loca. Yo, que simplemente había querido estar con el hombre al que amaba. Y más tarde, cuando cayó la oscuridad y se colocaron a mi alrededor -un círculo de portadores de antorchas temerosos de acercarse- me di cuenta de que los gritos que resonaban en las colinas de las Highlands eran los míos.

Capítulo Diez

EL CAMINO seguía un arroyo serpenteante a través de verdes prados salpicados de ovejas y ganado peludo y rojo. Las manchas de bosque rompían la regularidad del páramo rocoso, y un cálido sol brillaba sobre las casas de campo de piedra gris acurrucadas en las bajas laderas. Al coronar una colina, las dos mujeres descendieron a una zona amplia y llana donde, a lo lejos, Innes vio a una docena de hombres cortando turba de una ciénaga. El característico olor a huevo viejo le llegó mucho antes de que se acercaran. Unos niños que apilaban los bloques de turba para que se secaran las saludaron al pasar.

Innes se alegró de haber aceptado la invitación de Wynda. Una vez al año, la tía entregaba cestas de comida a los enfermos y necesitados. La mujer mayor no era muy habladora, pero la conversación ocasional entre ellas había surgido con una facilidad natural que a Innes le resultaba tan placentera como sorprendente.

Cada uno de ellos llevaba una gran cesta, y las tres primeras cabañas en las que se habían detenido habían recibido las provisiones de pan bannock, carnes y pescado seco con expresiones de sincera gratitud.

Wynda señaló un gran robledal a cierta distancia. "Nuestra última entrega está allí, justo al otro lado del borde del bosque. Mi cesta está vacía. ¿Quieres que lleve algo de lo que queda?".

"Estoy bien".

"Me alegro de que hayas venido. Es muy agradable tener compañía", dijo. "La última vez traje a Ailein. Pero hoy parecía ansiosa por el regreso de su marido. Mejor que se pasee por Girnigoe a que se pase el día deseando estar allí".

Innes no había visto a Conall desde la noche de la cena. A la mañana siguiente, Bryce y él habían cabalgado inesperadamente con algunos hombres. Había llegado un mensajero, se había enterado por su hermana, trayéndoles una citación para reunirse con otros líderes de las Highlands.

"¿Esperas que tus sobrinos vuelvan pronto?"

"No hay forma de saberlo. Supongo que depende del motivo de la reunión. A mí no me lo dijeron".

Innes lamentaba no haber tenido ocasión de volver a ver a Conall. Algo le había ocurrido durante aquella cena, y desde entonces apenas había dormido, pensando en cada palabra que habían intercambiado. Tumbada en la oscuridad, noche tras noche, había intentado dar sentido a cada roce de su ropa y a cada mirada o sonrisa.

En dos días más, abandonaría Girnigoe. Un sentimiento parecido a la tristeza se apoderó de ella. Pero tal vez era el descanso que necesitaba.

Había repasado una y otra vez los acontecimientos de la cena. En el transcurso de la velada,

nadie habló de las guerras ni de su pasado. Nadie hizo ninguna pregunta que pudiera evocar los recuerdos de lo que había vivido. Nadie quería arriesgarse a disgustarle.

Al disponer de días y noches para pensar, Innes se había dado cuenta de lo insensato que era para ella albergar cualquier sueño de un futuro que pudiera incluirlo a él. Conall era un hombre herido, por dentro y por fuera. Le había tocado dos veces, y en cada una de ellas no había estado preparada para lo que había visto. Era un hombre que quería mantener su pasado enterrado en su interior. ¿Por qué iba a querer a una mujer que podía ver dentro de su alma?

"Creo que seguiremos viendo mucho más de eso ahora que ha vuelto con nosotros".

Innes miró a la mujer mayor.

"Llaman a Conall".

"¿Por qué? La preocupación le atenazó el corazón. "Seguro que no esperan que vuelva a luchar. Ya ha sacrificado tanto".

"No llamado a luchar, sino a servir de consejero. Para ofrecer orientación y dirección".

Innes se sintió aliviado. Recordó que Conall había sido un confidente íntimo del difunto rey.

"Y es una bendición que ya no sea laird de Girnigoe. No tendrá tiempo para eso".

Su interés se despertó. "¿No hay tiempo para qué?"

"Aún está curándose las heridas, pero estoy segura de que sólo es cuestión de tiempo que lo llamen a la corte para formar parte del Consejo de Regencia", dijo Wynda con confianza. "Es el conde de Caithness, el par más fuerte del norte. Como dices, ha servido a la corona en la guerra. Conall es muy respetado por su valentía y buen juicio. Nunca ha buscado el poder ni el beneficio para sí mismo. ¿Quién está más cualificado para servir a Escocia?"

A Innes le complacía pensar que al conde le esperaba un futuro gratificante si decidía considerarlo.

El olor a humo de una pequeña hoguera atrajo la atención de ambas mujeres. Wynda y ella pasaron junto a un afloramiento de rocas y vieron un campamento en la orilla del arroyo poco profundo. Dos jóvenes estaban metidos hasta las rodillas en el agua, con una red extendida entre ellos para pescar. Un tercer muchacho atendía el fuego y observaba a los demás.

"No son chicos del pueblo, estoy segura", susurró Wynda a Innes. "No los reconozco".

El que estaba junto al fuego se puso en pie de un salto y llamó a sus compañeros del arroyo. Los dos soltaron la red y salieron del agua.

"Que tengáis un buen día, chicos", llamó Wynda, tirando de Innes.

"Oy, vieja, espera ahí arriba. Sólo unas palabras, si no te importa".

Subiendo la colina a grandes zancadas, se interpuso en su camino. Los otros dos le siguieron.

"Tenemos que atender a una familia enferma", le dijo Wynda. "Tendrás que hacerte a un lado. Vuelve a tu pesca".

El joven se quitó la gorra y se rascó la cabeza. "Sí, ése es el problema. Mis amigos y yo hemos estado intentando sacar uno o dos peces de ese arroyo y no hemos conseguido nada".

Innes miró detrás de él a los otros dos. Eran jóvenes, se dio cuenta. Pero parecían hambrientos, y ella sabía que los hombres hambrientos de cualquier edad podían ser peligrosos. Recordó la advertencia de Conall en la orilla.

Innes entregó la cesta a Wynda. Se quitó los guantes y se los metió en la faja del cinturón.

"Si estás cansado de pescar", dijo Wynda. "No muy lejos por este camino, encontrarás hombres cortando turba. Ve y diles que trabajarás el resto del día a cambio de una comida y un techo para pasar la noche".

"¿Y por qué harían eso por tres desconocidos, me gustaría saber?".

"Diles que lo ha dicho el laird del castillo de Girnigoe".

"Y tú hablas en nombre del terrateniente, supongo".

"En realidad, sí", dijo Wynda con severidad. "Así que harás bien en dejarnos pasar".

"*En realidad*, milady -dijo el joven, con un sarcasmo evidente en cada palabra-, no nos perdonaríamos nunca que te dejáramos llevar sola esa pesada cesta. ¿Verdad, muchachos?"

"Esta comida es para una familia con niños enfermos", dijo Wynda enfadada. "No es para tres jóvenes sanos que pueden estar ganándose el pan".

"Así que es pan, ¿no?". El tono del rufián se hizo más agudo mientras hacía un gesto a uno de los otros. "Ayuda a la señora con esa cesta".

"No te atrevas", espetó Wynda.

Innes volvió a coger la cesta y la puso a sus pies, empujando a la tía detrás. Se encaró a los tres.

"La vieja arpía tiene un protector", dijo burlonamente. Su mirada se posó en la bolsa de la cintura de Innes. "Creo que podría haber una o dos monedas en el monedero de éste. Coge eso también".

"No tengo monedas que darte".

Innes observó al más corpulento de los jóvenes mientras se acercaba. Cuando se agachó para recoger la cesta, Innes le agarró la muñeca y él levantó la vista, sorprendido. Estaban casi frente a frente.

"¿Qué pensaría tu familia de esto? ¿Que le robaras el pan a un niño enfermo?".

Él vaciló, y eso fue suficiente para ella.

"Jock, no quieres hacer esto", dijo ella en voz baja. "Os conozco. Tú, tu hermano y este otro vivís al sur, en el pueblo junto a las cataratas. Tu hermana Makyn, cuida las ovejas para el ciego Cotter. Sé que ha sido duro para ti desde que tu padre se fue a luchar en la guerra del rey y nunca volvió. Pero tu madre hace todo lo que puede".

El muchacho intentó soltarse la mano, pero Innes se la sujetó.

"¿Te parece bien que tú y tu hermano los abandonarais a su suerte? ¿Y qué pasará cuando se corra la voz en tu aldea de que hiciste daño a dos mujeres y robaste pan? No querrás avergonzar a tu propia madre. Tú y tu hermano Finn sois mejores muchachos que eso, lo sé".

La sorpresa se había convertido en pánico. El fornido joven apartó la mano como si ella le hubiera quemado. Se tambaleó hacia atrás y giró para mirar a los otros hombres, que lo miraban boquiabiertos.

El líder fue el primero en lanzarse colina abajo. Los otros dos no tardaron en pisarle los talones.

Innes esperó hasta que los tres estuvieron sobre una colina baja antes de soltar un suspiro nervioso.

"¿Le conocías?"

Innes sudó frío al darse cuenta de lo que había hecho.

¿Qué otra opción tenía? Había actuado sin pensar. No tenía forma de protegerlos.

Innes se puso los guantes antes de volverse. Wynda esperaba una respuesta.

No podía mentir. "No le conocía".

Wynda se quedó mirando los dedos enguantados de Innes.

"Tengo un don. Uno que mi madre tuvo antes que yo". Las palabras brotaron. "Puedo tocar la mano de una persona y leer su mente, ver su pasado. Ésta es la razón por la que llevo los guantes".

El rostro de Wynda palideció. Innes alargó la mano para sostenerla por miedo a que la anciana se cayera.

"No es brujería", explicó rápidamente. "Hay una reliquia. Una que ha pertenecido a nuestra familia. Es completamente inocente. Inofensiva. Ya has visto hasta dónde llega su poder".

"¿Ailein también tiene este "don"?"

Innes negó con la cabeza. "Ella no lo tiene. Sólo yo lo tengo".

Wynda se agarró a su brazo, deseosa de apoyo. Innes comprendió lo difícil que debía de ser aceptar lo que acababa de presenciar. Las dos permanecieron en silencio durante algún tiempo.

"Nadie conoce mi don, excepto Ailein y mi padre". Tuvo que contarle el resto. "Llevo los guantes porque no deseo entrometerme en la vida de la gente ni en su pasado. Muchos podrían juzgar duramente tal intromisión, y yo...".

"No hace falta que me expliques más". La mujer mayor asintió y acarició suavemente el brazo de Innes antes de apartarse. "Tu secreto está a salvo conmigo. No contaremos a nadie lo que ha pasado hoy aquí".

Wynda se rodeó con el chal y se inclinó para recoger la cesta. Innes la levantó primero, aliviado.

"Gracias", dijo ella. "No sabes cuánto...".

El ruido de cascos atrajo su atención. Cuatro jinetes aparecieron en una colina lejana. Incluso a distancia, Innes reconoció la melena negra de Conall ondeando en la brisa.

El corazón le dio un salto en el pecho y una mezcla de emociones casi le hizo llorar. El disgusto por lo que acababan de pasar con aquellos jóvenes, la revelación de su don y el anhelo que sentía ahora le revolvían las entrañas.

El trueno era la distracción que necesitaba. Levantó el hocico y el lobo se acercó corriendo por el páramo hacia Innes y Wynda. Los jinetes cambiaron inmediatamente de dirección y se acercaron, pero Trueno saltaba alegremente hacia Innes mucho antes de que los hombres los alcanzaran.

"Buenos días a ti también", le dijo, acariciándolo. "Sí, cachorro. Yo también me alegro de verte".

Cuando Conall pasó junto a la hoguera, la miró antes de desmontar. Las botas de Bryce tocaron el suelo un instante después.

"¿Preparando la cena, tía?", preguntó el más joven, sonriendo.

Conall miró a Innes y ella sólo tenía ojos para él. Su mirada se fijó en las botas y la falda escocesa, el pecho ancho y el rostro que ya le parecía extremadamente guapo, a pesar de las cicatrices y la barba.

"No esperaba encontrarte aquí -comentó el conde-.

"Innes me ha estado ayudando a repartir las cestas", contestó Wynda. "Tenemos que visitar a una familia más".

Conall miró hacia el bosque. "El hijo del leñador. Sigue enfermo, ¿verdad?"

"Remendando, creo", respondió la tía. "Bueno, ¿era la reunión tan urgente como decían?".

"Estuvo bien que fuéramos", dijo Bryce.

"¿Por qué? preguntó Wynda. "¿Qué ha pasado?"

"Los ingleses atacaron. Navegaron por la costa, desembarcaron en Leith y arrasaron".

Innes se volvió hacia Conall. Tenía el rostro grave. ¿Pensó que esto no acabaría nunca? ¿Tendría que seguir sufriendo la gente a causa de estas guerras incesantes?

Conall tomó la palabra. "Nuestras defensas en Leith fueron destrozadas y los asaltantes arrasaron la ciudad de Edimburgo. El castillo resistió. Los artilleros dispararon directamente a lo largo de la Royal Mile, pero eso fue lo mejor que pudimos hacer, según nos dijeron. Los ingleses se llevaron lo que querían y destruyeron el resto".

Dejando más vidas destrozadas, pensó.

"Los ingleses quemaron la ciudad y el palacio y la abadía de Holyroodhouse", continuó Conall. "Y docenas de aldeas. Con iglesias y todo. Cuando se marcharon, incluso se llevaron dos barcos de la corona. Los cargaron de bienes saqueados y navegaron hacia el sur".

"Y esto no ha terminado", añadió Bryce. "Tienen un nuevo carnicero asolando el sur. Un demonio llamado Evers ha llegado desde los Borders. Dicen que algunos escoceses renegados se han unido a su ejército".

"Conozco a este hombre", les dijo Conall. "Sir Ralph Evers. Se hace llamar el Azote de las Fronteras y se deleita con el título. Es el comandante inglés en el Norte y ocupa otros cargos por cortesía de su rey. Ve a todos los escoceses como alimañas y cree que es su deber hacernos salir y matarnos donde pueda".

El corazón de Innes se sentía pesado como una piedra de molino, dolido por los inocentes que caen en las garras de hombres como Evers.

"Éste era el motivo de la reunión", añadió Bryce. "Las Highlands ya no son seguras como antes. Tenemos que organizarnos. Debemos detener a este loco y a sus sangrientos merodeadores".

Conall miró a su alrededor y al fuego desatendido. "Tenemos que volver a Girnigoe. Pero no me gusta que los dos hagáis esto solos".

"¿Por qué no dejas a tus dos hombres para que nos escolten?", sugirió Wynda. "Si nos ponemos en marcha, podremos estar de vuelta en el castillo mucho antes de la cena".

Conall lo consideró durante un momento, sin apartar los ojos de Innes. Su reticencia era evidente en su rostro, pero finalmente asintió y dirigió a sus guerreros.

Montando en su caballo, lanzó una mirada más a Innes, llamó a Trueno y se marchó con su hermano.

Capítulo Once

"Durante siglos, la Rueda de Lugh se perdió. La religión de nuestro Salvador reinó suprema, pero la antigua religión no murió. Y entonces, cuando los cuatro éramos aún jóvenes, los trozos de la Rueda salieron a la superficie. Los sacerdotes del roble nos dieron una a cada uno y nos ordenaron que viajáramos por el mar hasta nuestra patria. Debíamos proteger cada tablilla hasta ser convocados a la Cripta de Lugh, donde un sumo sacerdote, un gigante y un gran pájaro las tomarían y las protegerían para siempre..."

- De la Crónica de Lugh

TRAS SU PASEO por los acantilados, Innes regresó a la Torre Este y encontró a su hermana paseando por el Patio Interior, esperándola.

"Nada de lo que digas me convencerá de volver a cambiar de planes", advirtió Innes. Lo que había ocurrido con Wynda en su excursión seguía rondando por su cabeza. No había dicho ni una palabra del incidente a su hermana. Esperaba que la anciana tía fuera fiel a su palabra y guardara silencio al respecto. Ailein no necesitaba preocuparse. "Me voy mañana".

El sol de la mañana acababa de despejar los muros del castillo, y el patio estaba medio a la sombra. Frunció el ceño, mirando a Innes con esa mirada obstinada que utilizaba cuando quería algo por lo que tendría que luchar. "Ven a pasear conmigo, al menos".

"No. Entra". Innes se dirigió hacia la puerta.

"Éste es tu último día. ¿Acaso merezco menos tu compañía que tus preciosos pájaros?" Ailein se volvió y se alejó hacia el puente que conducía al Barrio Exterior.

Innes suspiró. Ella no quería esto. No quería abandonar el castillo de Girnigoe con la sensación de que su hermana albergaba mala voluntad. Se apresuró a alcanzarla.

"¿De qué va todo esto? Dilo".

Ailein apenas aflojó el paso por su hermana. "Anoche no apareciste en la cena. Lo evitaste".

Innes sabía perfectamente de quién hablaba su hermana, pero, por el bien del fingimiento, tuvo que decirlo. "No intentaba evitar a tu marido. Pero Wynda y yo caminamos muchos kilómetros. Estaba cansada". También le preocupaba que su secreto hubiera quedado al descubierto. Aquellos jóvenes tenían que saberlo. Se estremeció, pensando en las consecuencias que podrían tener los rumores.

Un carro que transportaba sacos de grano molido pasó por delante de ellos, en dirección a las

cocinas. El conductor se levantó la gorra y sonrió sin dientes. Innes miró por el patio las caras que se le habían hecho familiares durante las tres semanas de estancia. Conocía a algunos por su nombre.

Ailein la cogió del brazo y habló en voz baja. "Hablo del conde. Conall Sinclair".

"No le estaba evitando. Le vi ayer con Wynda".

"De pasada", dijo ella. "¿Qué tienes contra él?"

"Nada". Innes no tenía nada contra el conde. Su problema era que le gustaba demasiado. "Anoche me acosté temprano. Necesito reajustarme al horario que tendré cuando vuelva a casa".

"Te refieres al horario de Margaret. ¿No estarás deseando que te regañe constantemente?"

"No los arengas, desde luego. Pero echo de menos a padre, a los chicos y a los nuestros".

"Estarán allí esperándote cuando vuelvas", dijo Ailein. "Padre estará deseando que participes en las reuniones del clan".

"Sí, pero tendrá a Robert para eso después de este año".

Robert, su hermano del segundo matrimonio de Hector Munro, regresaría de la universidad en París. Ambos sabían que iba a ser el próximo laird y barón de Folais.

"Lo que significa que papá seguramente cederá a la presión de Margarita y te casará antes de dimitir".

"Podrían intentarlo. Ya lo han intentado antes. No sucederá". Sólo había un hombre con el que se había sentido tentada a soñar. Conall Sinclair. Pero aprendería a olvidarle. No tenía otra opción. Innes se volvió hacia su hermana. "¿Me pediste que te acompañara para recordarme las dificultades que me esperan en casa?"

"Sí". Ailein sonrió. "Quédate otros quince días".

Innes se sintió aliviado de que su hermana no intentara mentir sobre los problemas con su marido como razón para quedarse. Ahora estaban juntos, aunque por alguna insensata razón seguían intentando mantener un fingido desacuerdo en público.

"¿Por favor?"

Innes sacudió la cabeza. "Eres incorregible. Éste es tu hogar. Ésta es tu gente ahora. No me necesitas".

Volviendo a ponerse seria, Ailein se detuvo y miró a su alrededor. "He descubierto algo. En realidad, fue Jinny quien lo descubrió. Se trata de Shona".

Innes la miró con el ceño fruncido. "Deja descansar a la mujer".

Sacudió la cabeza. "Hay una anciana que vive en un pueblo a medio día de camino de aquí. Se llama Teva. Fue la niñera de Shona y, más tarde, su criada. Sólo abandonó el castillo tras la muerte de Shona". Ailein echó a andar de nuevo. "Quiero que vengas conmigo dentro de unos días cuando cabalgue para verla".

"No estaré aquí dentro de unos días... ni tampoco dentro de quince días", le recordó Innes. "Pero aunque hables con ella, ¿qué te hace pensar que dirá algo más sobre el pasado de lo que ya has podido reunir?"

"Jinny dice que en la casa se dice que Teva hablaba demasiado. Por eso Wynda la echó".

"¿Wynda la echó?"

"Lo hizo".

Dieron media vuelta y emprendieron el regreso hacia la Torre Este. A Innes le caía muy bien la tía. Podía creer que a Wynda le parecieran inadecuados los cotilleos de la sirvienta. Por otra parte, ¿y si la echaba por decir abiertamente cosas que eran ciertas?

"Puedes conseguir una escolta de guerreros Sinclair y cabalgar hasta allí tú mismo".

Ailein le lanzó una mirada exasperada. "¿No crees que Bryce se enteraría? ¿Y qué excusa

podría utilizar? Una cosa es que diga que salí a cabalgar con mi hermana y acabamos en ese pueblo. Otra muy distinta es que..."

"Tu marido ha estado fuera casi toda la semana. ¿Por qué no pudiste decírmelo hace dos días? ¿Hace un día? Podríamos habernos ido hoy mismo", dijo Innes en pocas palabras. "Te juro que creo que estás tramando todo esto".

"Pregúntaselo tú mismo a Jinny. Me lo ha dicho esta mañana".

Innes sintió la tentación de utilizar el don de la reliquia para obtener las respuestas que Ailein deseaba. El reto consistía en que el pasado de una persona no le llegaba de golpe. Como ayer, el pasado llegaba a ella en trozos. A menudo eran imágenes o pensamientos que rondaban por la mente en ese momento. Y pesadillas recientes. Y secretos que no querían que se revelaran, pero que siempre pesaban en sus mentes. A menudo, veía acontecimientos recientes que tenían fuertes conexiones emocionales, tanto buenas como malas. La clave consistía en formular una pregunta que desencadenara el recuerdo de ese momento o acontecimiento concreto. Entonces podía leer la verdad, aunque la persona se negara a responder o mintiera para ocultarla.

Alejó la tentación. No le haría esto a su hermana, no cuando planeaba marcharse. Además, Innes tenía la persistente sensación de que aquello sólo abriría la Caja de Pandora. El pasado nunca era tan limpio y ordenado como Ailein creía ingenuamente.

"Te prometo que será la última vez que te lo pida. Sólo quince días".

Sacudió la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

"Por favor, Innes".

"Déjame pensarlo", dijo ella por encima del hombro. "Pero dudo que me quede".

Al entrar en el edificio, acogió con satisfacción la fresca oscuridad del hueco de la escalera. Como siempre, su mirada se desvió hacia la puerta cerrada. ¿Podría quedarse en Gernigoe y no encontrarse con Conall? Y si lo hacía, ¿podría mantenerse a salvo de él? ¿Y qué hay de los jóvenes de ayer? ¿Hablarían? ¿Complicaría su mera presencia la vida de su hermana?

Innes subió las escaleras, sabiendo que necesitaba volver a casa.

En cuanto a Teva, no había urgencia en la información que buscaba Ailein. Shona estaba muerta. Por qué se quitó la vida -y el misterio de dónde estaba enterrada- se desvanecía menos con cada día que su hermana pasaba en el castillo de Gernigoe. Ailein necesitaba mirar hacia el futuro y abandonar su obsesión por el pasado.

Vio algo envuelto en tela de seda en la puerta de su casa. Recogiéndolo, Innes entró en su habitación y desenvolvió el objeto. Era un libro.

Jadeó de alegría cuando lo abrió y se dio cuenta de su contenido. Un libro emblema de pájaros. Sólo había visto uno antes. Sus dedos tocaron las delicadas ilustraciones y se movieron bajo líneas de poesía francesa.

Apretó el precioso regalo contra su pecho y vio la carta que quedaba en el envoltorio de seda. Rompió el sello de Sinclair y se quedó mirando las cuatro palabras garabateadas con letra tosca.

La puerta no está cerrada.

No iba a venir.

Conall dio la espalda a la ventana y echó un vistazo a la mesa donde Duff había colocado la espada nueva.

Bryce se lo había mandado. Estaba siendo un grano en el culo, simple y llanamente. No iba a rendirse hasta que Conall se reuniera con los hombres en el patio y empezara a entrenar de

nuevo.

"El laird dice que el armero ha trabajado en ella toda la noche para terminarla esta mañana", Duff estaba herrando un arnés mientras hablaba. "Es una espada muy fina. El filo de la hoja parece tan afilado y fiel como cualquier cosa fabricada en Toledo. Puedes ver que he envuelto la empuñadura como a ti te gusta. Por supuesto, si quieres usar una de tus viejas espadas, están listas en la trastienda".

"¿Te he dicho lo agradable que era estar en el pabellón de caza sin que estuvieras todo el rato quejándote en mi oído?".

"No, mi señor. Sé que no es la verdad. Vaya, Trueno me estaba diciendo que ambos me echabais de menos".

El lobo levantó la cabeza al oír su nombre.

Maldita sea. Incluso Duff había recibido instrucciones de acosarle. Y no había necesidad, sobre todo después de todo lo que habían oído estos últimos días. Estaban muy al norte, pero él ya había luchado antes contra sanguinarios incursores ingleses. Este comandante, Sir Ralph Evers, parecía lo peor de lo peor.

Conall convino en que era hora de trabajar para fortalecer el brazo izquierdo. Podía blandir una espada con destreza utilizando cualquiera de las dos manos, pero hacía mucho tiempo que no lo intentaba.

Levantó el arma. Era más ligera de lo que estaba acostumbrado cuando aún tenía la otra mano. El agarre era perfecto. La blandió en el aire varias veces, girando y lanzándose.

Trueno saltó de su lecho y salió corriendo por la puerta y bajó los escalones.

Duff sonrió. "Has asustado a la bestia, milord".

"¿Está cerrada la puerta de los establos?"

"Sí, lo cerraré bien. No volveré a cometer ese error". Duff le tiró de la oreja. "Pero si sale por esa maldita ventana y destroza el fregadero..."

Duff se llevó la bronca de Wynda y Cook el día que Trueno entró en las cocinas. Conall temía que los trabajadores del establo fueran aún menos indulgentes si el lobo se metía con los caballos.

Había entrenado a Trueno desde que lo encontró cuando era un cachorro recién nacido. Pero, a excepción de su propio corcel, los caballos del establo se volvían francamente temerosos cuando el lobo estaba cerca.

"Esto servirá". Volvió a dejar la espada sobre la mesa. "Saluda de mi parte al armero. Parece un arma excelente. Pensándolo mejor, se lo diré yo mismo".

Cuando levantó la vista, Duff se había quitado el sombrero de la cabeza y se inclinaba cortésmente. Conall se volvió y vio a Innes de pie en la puerta con Trueno a su lado. Sintió que le subía el calor a la cara y sonrió a su pesar.

"Siento interrumpir".

"En absoluto. Hemos terminado aquí".

Duff se inclinó al menos tres veces más mientras avanzaba apresuradamente hacia la puerta. Ella se apartó, dejándole pasar.

Conall tenía muchas ganas de verla antes de marcharse. Ayer, con la audiencia de Wynda y Bryce, su encuentro había sido comedido, impersonal. Había deseado tanto subirla a su caballo y llevársela a algún lugar donde pudieran estar los dos solos. Últimamente, ésos eran los momentos en que se sentía más vivo. Sin embargo, se había comportado, renunciando a aquel momento con la esperanza de éste.

Conall dejó que su mirada la abarcara por completo. Llevaba otro de sus vestidos negros y,

con los guantes a juego, cada centímetro de ella, del cuello para abajo, estaba cubierto. Pero su rostro, como siempre, le fascinaba. Su boca ancha con aquellos labios carnosos y rosados. La nariz recta y los pómulos altos. Los ojos grises, grandes y hermosos. La piel pálida y perfecta. Sus ojos se fijaron en el mechón de pelo blanco que se le había escapado de la trenza y le colgaba a un lado de la cara.

"Así que fuiste capaz de leer mi terrible letra".

"Por supuesto. Su mirada se desvió hacia la mano derecha de él antes de volver a su rostro.

"Y encontraste el camino sin problemas".

"Seguí el rastro de cortezas de pan rotas y me encontré al pie de estos escalones. Allí me saludó el Trueno".

"No podía arriesgarme a que te perdieras en los túneles y cuevas que pueblan la costa".

"Fue una buena idea dejar el pan". Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. "Pero los primeros sabían un poco rancios, así que dejé el resto".

"Trueno te querrá mucho más por ello. Ya no es tan quisquilloso". Le hizo un gesto para que entrara.

Se quedó cerca de la puerta, con aspecto tan asustadizo como un potro. "Sólo he venido a darte las gracias por prestarme el libro. Se lo dejaré a Ailein para que te lo devuelva".

"No fue un préstamo. Es un regalo".

"No puedo aceptarlo. Es un volumen demasiado valioso".

"No. Ahora es tuyo -dijo con firmeza. Se apoyó en la mesa y señaló las estanterías que había a lo largo de una pared. "Ese libro está mejor con alguien a quien le interese el tema que acumulando polvo aquí".

Su mirada se desplazó por las estanterías y el armamento de la habitación hasta el juego de ajedrez. Su ceño fruncido le dijo que aún le molestaba el valor de lo que le había regalado.

"Si quieres agradecerme el regalo, entra. Podemos sentarnos y charlar unos minutos".

"¿Sobre qué?"

"Sobre mi hermano y tu hermana. No tengo a nadie más con quien hablar de ellos cuando vuelvas a casa mañana".

Trueno le dio un codazo en la cadera.

"¿Lo ves? Hasta esa bestia está de acuerdo conmigo".

Intentó ocultar su placer cuando ella se apartó de la puerta.

"Éstas son las únicas sillas cómodas que tengo". Señaló los asientos situados a ambos lados del ajedrez.

No se sentó, sino que se movió por la habitación, mirando por cada una de las ventanas, cruzando hasta las estanterías y pasando ligeramente un dedo enguantado por los volúmenes. Conall intentó imaginar lo que estaría pensando. Los Munro eran un clan rico, y el barón era especialmente generoso con sus hijas. Las quejas de Bryce se agolparon en sus pensamientos. Un conde no debería pasar el tiempo en dos habitaciones encima de los establos como un indigente. Aun así, Conall no se arrepentía de vivir aquí, sobre todo en este momento.

"¿Vino?", preguntó.

Ella negó con la cabeza. "¿Eres lector?"

"No siempre lo fui. Como compañero, necesitaba aprender, por supuesto, pero de joven siempre preferí cazar, montar a caballo y luchar. Hoy en día, dispongo de mucho más tiempo, así que he empezado a leer más".

"Y tú juegas al ajedrez".

"Me divierte, pero es difícil encontrar un oponente digno en Girnigoe. Thunder prefiere

comerse las piezas antes que jugar. Bryce no lo hace mucho mejor". Señaló el tablero. "¿Juegas?"

"Tengo un conocimiento elemental de ello".

"Excelente. Entonces jugaremos".

Se acercó a su silla y se la tendió para que se sentara. Ella se mordió el labio inferior, dando pasos vacilantes.

"Dudo que me encuentres un oponente digno".

"Prometo ser amable contigo".

Olía a aire fresco del mar. Recordó el día en las colinas en que ella se aferró a él mientras la ayudaba a levantarse después de que el Trueno la derribara. Entonces quiso seguir abrazándola, protegiéndola. El deseo no cristalizó en su cerebro hasta que se marchó a caballo. Era la segunda vez que se encontraban, pero el incidente fue diferente. Durante aquellos instantes entre sus brazos, Conall sintió que se formaba un vínculo entre ellos. No podía explicarlo, no lo comprendía, pero nunca antes había sentido una conexión semejante con ninguna mujer. Aún la sentía.

Hoy, sabiendo que ella se marchaba, se había propuesto verla, a solas. Conall se alegró de que hubiera venido y no tuviera que ir a la Torre Este en su busca.

Él empujó la silla y ella se sentó. Trueno abandonó su cama y se acurrucó a sus pies.

"Gracias por ser tan amable conmigo", dijo sonriendo dulcemente.

Durante unos segundos, se encontró mirándola sólo a los labios. Supuso que ella se opondría si se inclinaba y los probaba.

Señaló el tablero. "Ésta es la reina y éste el alfil, si no recuerdo mal".

Llevó la jarra de vino y las copas a la mesa y tomó asiento frente a ella. Mientras servía el vino, le explicó los nombres de cada pieza y cómo movían y capturaban las piezas del adversario en el tablero. "¿Estoy siendo demasiado elemental?"

"No. Te lo agradezco".

Sus pestañas eran largas y oscuras y abanicaban la piel translúcida de sus pómulos mientras observaba el tablero. Le explicó lo justo para no aburrirla. "La mejor forma de aprender es jugar. Pero no tengas miedo. Como te he dicho, la primera vez seré suave contigo".

"¿Primera vez? No olvides que me voy mañana".

"¿Cómo puedo olvidarlo?" Le hizo un gesto para que diera el primer paso. "Vas a abandonarme aquí con un par de recién casados enemistados".

Avanzó un peón dos casillas. "Ahora estoy seguro. Ya no luchan".

Conall adelantó uno de sus peones. "Les oí discutir anoche durante la cena, aunque han estado separados casi toda la semana".

"Están haciendo un buen espectáculo, pero eso es todo". Innes tomó su turno. "Sólo lo hacen por tu bien y por el mío. Es una treta".

Algunos mechones sueltos de pelo le rozaron los labios. Se esforzó por no acercarse y colocárselos detrás de la oreja. "¿Y las dificultades de su dormitorio?"

"Es difícil decirlo con seguridad. Creo que han arreglado sus diferencias, pero han decidido seguir jugando su partido."

Se quedó mirando la columna de su cuello y los pequeños botones que se extendían hasta su cintura. ¿Cómo sería abrirlos uno a uno? "¿Cómo lo sabes?"

"Conozco demasiado bien a mi hermana". Se encogió de hombros, moviendo su alfil hacia atrás para alejar el peligro de su peón. "Dejo que piense lo que quiera. Cree que su complot funciona".

Se apoyó en un codo, ocultando la creciente evidencia de su tentación bajo los pliegues de su falda escocesa. "¿Cuál es su trama?"

"Para mantenerme en Girnigoe un tiempo más".

"Me gustaría ayudarles con su trama".

Se mordió el labio y le quitó el peón con un alfil.

Estudió la pizarra y luego le miró los labios. Ella tenía el poder de volverlo loco. Extendió la mano para coger la ficha, y los dedos enguantados de ella la depositaron suavemente en su palma.

"¿Por qué llevas siempre los guantes?"

Un suave rubor apareció inmediatamente en sus mejillas. Observó su rostro. Sus labios seductores. Su mirada se negaba a levantarse del tablero.

"¿Es la costumbre?", insistió. "¿Moda?"

"Hábito más que moda, pero eso no es del todo exacto. Es sólo mi forma de ser".

"Como vestir de negro".

"Como no recortarte nunca la barba ni cortarte el pelo".

Sonrió, mirando el tablero y las jugadas que ella había estado haciendo. "Como ser una experta en este juego y mentir sobre tus habilidades".

"No he mentido". Sonrió.

"Tengo un conocimiento *elemental* del juego". Conall intentó imitar su tono. Puso en jaque a su rey con su reina.

"Te estás burlando de mí", dijo ella, sonando insultada.

Su caballo bloqueó el jaque.

"Éste no será el único partido que juguemos".

Ella le envió una mirada desafiante. "¿Ya estás renunciando?"

Su alfil puso en jaque a su rey.

Movió el rey y cruzó el tablero con la mirada. Ella le devolvió la mirada, pero Conall vio el rastro de una sonrisa en sus labios.

Su segundo alfil lo puso en jaque.

"Eres una avispa sedienta de sangre".

Movió al rey.

"Entonces ten cuidado con mi aguijón".

En las siguientes jugadas, su reina empezó a labrar un sangriento camino mientras su rey se daba a la fuga.

No se lo podía creer. Se había distraído con su mirada, con el encanto de sus labios y con la respuesta de su cuerpo ante ella. No lo había visto venir. La última vez que había perdido un partido debía de ser cuando estudiaba en la universidad.

"Jaque mate".

"Maldita sea". Volvió a sentarse en la silla. "¿Cuántos movimientos fueron ésos?"

"¿Qué te hace pensar que estaba contando movimientos?"

Agitó un dedo amenazador en su dirección. "Sé que lo eras".

Ella se rió y su rostro se transformó ante sus ojos. Pensara lo que pensara de su belleza antes, no era nada comparado con cómo la veía ahora. Cuando ella reía, su sombrío rostro desaparecía, la edad se desvanecía y su desconfianza se evaporaba. De repente, era joven, des preocupada y feliz, y su sonrisa brillaba con un resplandor que le dejó sin aliento.

"Veintidós", admitió finalmente.

Volvió a colocar el tablero y la miró con el ceño fruncido. "Vamos a jugar la revancha ahora

mismo. Y esta vez, milady, prepárate para aprender cómo se juega a esto".

Innes perdió la siguiente partida y ella se puso en pie. Trueno se levantó y se estiró a su lado.

Señaló el asiento. "Siéntate. Jugamos otra vez".

Le observó mientras preparaba el tablero. "¿No podemos dejarlo en tablas? Cada uno hemos ganado una partida".

"Podemos si aceptas posponer tu viaje al castillo de Folais".

Un delicioso nudo volvió a formarse en su vientre. Uno de sus tutores le había enseñado el juego hacía años. Desde el principio, le pareció excelente. Ahora sólo jugaba de vez en cuando, cuando llegaba a Folais algún invitado aficionado al juego. Para ella, el ajedrez no era más que una diversión, algo con lo que pasar el tiempo. Nunca lo había visto como una batalla de ingenio. Nunca había imaginado la alegría que llenaría su corazón cuando le observara mientras estudiaba el tablero y hacía una jugada.

Su mirada se encontró con la de ella. Creyó que iba a derretirse por su intensidad.

"No, me voy mañana". Se sentó y se quedó mirando el tablero. "Pero podemos jugar una partida más y se acabó. El ganador será el campeón. Tú primero".

Empezó a tocar y luego se sentó, observándola.

Un silencio cargado flotó en el aire durante unos instantes. Trueno se sentó sobre sus ancas, mirando de un humano a otro y luego al tablero.

"Hagamos una apuesta".

Innes se vio obligado a mirarle. "¿A qué jugamos? ¿Monedas? ¿Un libro? ¿Un tutor que te enseñe a jugar bien al ajedrez?".

"Jugamos para ti".

Se le calentó la cara. Su corazón empezó a latir tan fuerte que temió que se le saliera del pecho.

"Si ganas, te vas mañana. Si gano yo, prolongas tu estancia aquí un mes".

Sacudió la cabeza. "No voy a quedarme más tiempo por un juego tonto".

"Entonces hazlo por tu hermana".

Innes pensó en la petición de Ailein. Quedarse aquí haría feliz a su hermana. ¿Y los hombres con los que se cruzaron ayer? Había rumores por todas partes. Ella podía negarlos. Pero, ¿y la complicación que había al otro lado de la mesa? Después de hoy, cualquier escudo que tuviera para resistirse a la creciente atracción que sentía por él desaparecería.

"No puedo. Ailein no me necesita".

"Yo digo que sí. Y sé lo que es estar solo".

Se miró las manos cruzadas sobre el regazo. ¿Por qué tenía que tirarle así de la fibra sensible? Ella sabía por lo que él había pasado. Pero también sabía lo que era estar sola. Ésa era su vida. Su futuro.

"Tu hermana aún te necesita", dijo en voz baja.

La estaba tentando. La manipulaba. Tocaba su corazón como si fuera un instrumento. Estaba indecisa sobre qué camino tomar. ¿La razón o... la pasión?

¿Y por qué la presionaba? ¿Qué quería?

"¿Qué dices, Innes?", le preguntó. "¿Por qué no dejamos que decida nuestro talento en este juego?".

Respiró hondo.

"Muy bien". Centró su atención en el tablero. "Y así, un mes de mi vida está a punto de decidirse por un juego absurdo".

"No creo que este juego que estamos jugando sea una tontería, en absoluto", dijo en voz baja, recogiendo a su caballero.

Capítulo Doce

UN TRUENO SALTÓ FUERA del agua y corrió por la orilla antes de que la puerta empezara a abrirse con un chirrido.

Cuando la puerta se abrió, el lobo entró e Innes salió. El trueno reapareció de inmediato, saltando alegremente en círculos a su alrededor.

Conall trepó por la playa rocosa hacia ella. Trueno estaba perdidamente enamorado: saltaba, le lamía la cara, le besaba los labios. Ella lo acarició e intentó apartar al animal.

Nunca pensó que llegaría un día en que sentiría celos de un lobo, pero ese día había llegado.

"Agáchate, bestia", ordenó

El excitado animal corrió de Innes a él, y luego de vuelta. Esta vez la derribó.

"¡Trueno!"

Ante el tono áspero de Conall, el lobo se agachó a su lado y le besó la cara mientras ella yacía boca arriba riendo.

Se acercó a ella y se inclinó, con la mano en la rodilla, contemplando su rostro sonriente y sus ojos brillantes. Pensó en ella mirándole en su cama, desnuda, con sus miembros enredados en los de él. Su mirada se desvió hacia sus labios.

"¿Te ha hecho daño?"

Se levantó sobre los codos.

"Creo que tengo el trasero muy magullado". Metió la mano debajo de sí misma y sacó una gran concha. "Después de todo, tú no tienes la culpa, Trueno. Es sobre lo que caí".

La cola del lobo se agitó.

"Te has quedado", dijo Conall. "Me alegro".

"He perdido", dijo. "Siempre cumplo mis apuestas".

Quería poder tomarse las mismas libertades con ella que el lobo. Se imaginaba tener la libertad de estrecharla entre sus brazos y besar aquellos labios.

¿Cuánto hacía que no se sentía así? Anoche había soñado con ella. Ella acudía a él en su dormitorio. Desnuda, con la piel brillante, reflejando la luna llena. Lo empujó hacia la cama y se subió encima de él. Él la miró a los ojos, el manto de su sedoso cabello acariciándole el pecho, los brazos. Y entonces Innes bajó, centímetro a centímetro, hasta que él quedó totalmente incrustado en su apretada vaina. Se había despertado totalmente excitado, deseándola.

Le ofreció la mano y los dedos enguantados de ella la agarraron. La levantó y aspiró su aroma; su mano se detuvo en la parte baja de su espalda antes de soltarla.

"Espero que te des cuenta de que el hecho de que me haya quedado no significa que vayamos a jugar al ajedrez tres o cuatro veces al día".

"Una vez al día estará bien". Recogió el material de dibujo que Trueno había tirado al suelo y

caminó a su lado mientras ella se dirigía hacia las losas de roca cercanas a la orilla del agua. "Pero tendré que pensar en otras cosas para mantenerte ocupada el resto del día".

"No hace falta que me entretengas. Tenía entendido que me quedaba para ayudar a mi hermana".

Hizo un gesto despectivo con la mano en dirección al castillo, que se alzaba tras ellos. "Tenías razón. Anoche presté más atención durante la cena. La atracción entre ellos es obvia y mutua, y no están haciendo un buen trabajo ocultándola".

Ella le envió una mirada cómplice. Le gustaba esa sensación de ser co-conspirador con ella.

El mar se había vuelto más agitado desde que salió al amanecer. Él y Trueno bajaron temprano, pues no querían perdersela. Cuando se acercaban a su lugar favorito, una ola chocó contra las rocas, rociándolas de vaho. Como siempre, el resplandor de su pelo blanco danzaba libre al viento y le pasaba por los ojos.

Actuó sin pensar. Tocó el pelo, sintió su textura y lo enroscó alrededor de un dedo antes de echárselo hacia atrás, detrás de la oreja.

Sus labios se entreabrieron y sus ojos se abrieron de par en par. Un rubor cubrió sus mejillas y él no pudo contenerse. Se inclinó y rozó sus labios con los de ella. Fue un beso casto. Un picotazo en los labios que le dio una muestra de ella. Sus labios eran tan suaves.

Menos mal que ella se dio la vuelta y trepó rápidamente por las rocas, o él lo habría vuelto a hacer, esta vez llevándolo más lejos.

"Dudo que encuentres un lugar seco para dibujar esta mañana. No tan cerca del oleaje".

Mantuvo el rostro alejado de él y continuó subiendo. Trueno la siguió, haciendo saber a su amo que su lealtad en ese momento estaba con ella.

"Es inútil. El mar tiene mente propia cuando se avecina una tormenta".

"¿Crees que nos espera una tormenta?", preguntó al llegar a la cima.

"Todos los indicios apuntan a ello".

Conall la miró de pie sobre las rocas y perdió la noción de lo que iba a decir. Levantó la cara hacia el cielo y entornó los ojos en dirección al viento. El viento azotaba su vestido, moldeándolo contra sus pechos, caderas y piernas. Su pelo trenzado se soltaba y unos largos mechones se agitaban detrás de ella.

La deseaba.

Se echó la capa a su alrededor.

"¿Montas a caballo?", preguntó.

"Por supuesto", respondió ella, mirándole. "Pero la mayoría de los animales -mi amigo de cuatro patas es una excepción- no se sienten cómodos a mi alrededor. Cabalgo cuando lo necesito, pero prefiero caminar".

"Donde te llevo está demasiado lejos para ir andando".

"Esto no suena tentador".

"¿Sabes que aquí tenemos cerca algunas de las aves más raras de las Highlands?".

Su mirada se fijó en él y sonrió. "¿Cómo lo sabes?"

"Soy muy entendido en temas de importancia". La verdad era que tenía un difunto tío que solía arrastrarlos a Bryce y a él por todo Caithness mostrándoles los lugares de anidamiento de aves que habían sido mucho más abundantes en su juventud.

"Nombra algunas de estas aves *raras*".

"¿Dudas de mí?"

"Sin duda, tenemos pájaros que rara vez se ven", dijo. "Pero dudo de tu capacidad para nombrarlos".

"¿Cómo he podido caer tan bajo en tu estima en tan poco tiempo?", dijo tan lastimosamente como pudo.

Con el ceño fruncido ante el ominoso cielo, empezó a bajar.

Le rodeó la cintura con un brazo y la acercó a él, dejando que sus dedos permanecieran en su cintura. Volvió a mirar sus labios, deseando probarlos de nuevo, pero percibió su vacilación.

"Muy bien", continuó. "¿Has visto alguna vez una garza imperial?"

"Yo... bueno, no lo he hecho".

"¿O un buzo de garganta roja?"

La afectaba cuando estaba cerca. Él veía el cambio que se producía en ella cada vez. Su respiración cambiaba y no se permitía mirarle directamente a los ojos. Ahora se alejaba de él.

"Conozco esas aves. Pero nunca las he visto".

"Entonces esta semana lo harás", le dijo. "Le he dicho a Bryce que entrenaría con él y los hombres algunas de las mañanas. Pero estaré libre cualquier día que estés disponible. ¿Qué te parece? Dame un día".

"No lo sé. Tengo que consultarlo con Ailein. Puede que me necesite con ella todos los días". Volvió hacia la puerta.

Se colocó a su lado. "Si vienes conmigo, puede que en realidad la estés ayudando".

"¿Qué quieres decir?"

"Le diré a Bryce que tú y yo no estaremos durante un día. Imagínate lo que podrán hacer esos dos durante las horas que estemos fuera".

El rubor volvió a colorear su mejilla. Ella le envió una mirada. "Hay ciertas cosas que preferiría *no* imaginar".

Conall se reprendió interiormente. Las palabras le habían salido más ásperas de lo que pretendía. Tenía poca práctica en el arte de cortejar. Nunca había necesitado aprender.

"Te prometo que ni siquiera tendremos que pensar en ellos cuando estemos los dos solos".

"Tendré que considerar esa excursión. Puede que no sea... bueno, puede que no sea lo mejor salir solos a cualquier distancia de Gernigoe".

"Te preocupa el decoro".

"No me importa nada el decoro. No me importa lo que piense la gente. Mi reputación es algo que yo debo mantener".

"Entonces, ¿qué es?"

Llegaron a la puerta del castillo. Ella la abrió de un tirón. Su atracción por ella crecía cada vez que se encontraban. De repente, tuvo que saberlo. La cogió por el codo, impidiéndole entrar. "¿Hay alguien más? ¿Otro hombre?"

El rostro de Innes se levantó. Sus ojos grises le miraron directamente. No había miedo en ellos, ni timidez, ni reserva.

"No hay nadie más. Y nunca lo ha habido".

Se sintió aliviado. "Entonces, ¿por qué vistes de negro?"

Hizo una pausa que duró un suspiro y apartó la mirada antes de hablar. "Por qué visto de negro... quién soy... no se puede explicar con unas palabras casuales entre amigos".

"Entonces *somos* amigos".

Ella dudó y luego asintió.

Le cogió la barbilla y le levantó la cara hasta que ella volvió a mirarle a los ojos.

"Los amigos confían los unos en los otros, ¿no?"

"Sí", susurró ella. "Lo siento. Quizá algún día te cuente la verdadera historia de Innes Munro".

Conall la vio desaparecer por la puerta.

Desde la ventana de la alcoba de Ailein, Innes observaba a los hombres que entrenaban en el patio del Pabellón Exterior. Su atención se centraba sólo en uno de ellos.

El sudor brillaba en el pecho desnudo de Conall mientras golpeaba el poste cubierto de paja con la espada de la mano izquierda. Girando y lanzando tajos, retrocediendo y embistiendo, parando y empujando, empujó su cuerpo a través del feroz entrenamiento.

"Incluso con una sola mano, sigue siendo un adversario temible".

Innes dio un respingo. No se había dado cuenta de que su hermana había dejado a Jinny y a la costurera en el otro extremo de la habitación.

"Tu marido también es un gran luchador".

Innes esperaba que Ailein no la presionara en busca de detalles, pues su mirada apenas se había desviado un instante del musculoso cuerpo de Conall. Incluso desde aquella distancia, las marcas de su espalda eran visibles. Se abrazó al medio, recordando el día en que sintió su dolor, sintió las pestañas abriéndole la piel. Parpadeó para detener las lágrimas que de repente le quemaban los ojos.

"¿Por qué sigues evitando a Conall?"

"No sé a qué te refieres".

Innes volvió a fijar la mirada en el patio. El régimen de entrenamiento que seguía era brutal. Diez habían empezado con él. Mientras lo observaba, dos más levantaron sus espadas y abandonaron la zona. Ahora sólo quedaban Conall y Bryce.

"Le has estado evitando esta semana. Anoche, durante la cena, me preguntó si podía aliviar las tareas que te asigno para poder llevarte un día a montar a caballo".

Innes se mordió el labio. Había utilizado repetidamente a su hermana como excusa para retrasar su excursión. Tenía miedo, miedo de lo que podría surgir entre ellas si las dejaban solas. Recordó lo que sintió cuando los dedos de él le rozaron el pelo detrás de la oreja. Y luego el beso. Por casto que fuera, recordaba la presión de sus labios, la excitación que la recorría. Y antes de abandonar el mechón, no pudo olvidar la intensidad de sus ojos cuando le preguntó si eran amigos. Pensaba en él día y noche.

No le quedaba armadura para mantener a raya a Conall. Pasar más tiempo con él sólo significaba que tendría que mentir. Sobre su don. Y no podía hacerlo. No podía mentirle, y eso significaba que tenía que revelarle el poder de la piedra. ¿Comprendería y aceptaría a una mujer que veía y sentía el dolor de su pasado? Innes estaba confusa, atormentada por sus propios deseos, sus propios miedos.

"¿Tareas?" repitió Ailein con incredulidad. "¿Debo decirle que tu *única* tarea ha sido venir aquí y verle entrenar allí abajo todos los días?"

Innes se apartó de la ventana. "Eso es una completa tontería. He venido a verte a ti".

¿"Tonterías"? ¿De verdad? Bueno, sabe que pasas las mañanas aquí conmigo vigilando, y cada día se esfuerza más. Intenta impresionarte".

"¿Qué te hace decir eso?"

"Br... tengo mis maneras de enterarme de las cosas".

Innes puso los ojos en blanco y se unió a Jinny. La mujer terminó de prender y entregó el vestido a la costurera.

Quedarse había sido un terrible error, pensó.

Innes atravesó la cámara hasta la ventana que daba a los acantilados. Miró hacia las olas que rompían.

"No puedes pasarte el resto de tu vida escondiéndote de las relaciones", le susurró Ailein al oído.

"Por favor", espetó. "No me des consejos".

Ailein no se amilanó. "El único deseo de padre en este mundo es que encuentres un marido digno de ti. Un hombre en quien se pueda confiar".

Innes se asomó a la ventana. Necesitaba más aire. El viento le revolvió el pelo hacia la cara.

"Este hombre es digno de ti, y es evidente que se ha encaprichado de ti".

"¡Oh, Ailein! Vete".

"Estás en mi habitación".

"Muy bien, entonces. Me marcho".

Salió enfadada de la habitación de su hermana. Esto se estaba convirtiendo en su rutina diaria. Innes apareciendo para poder observar a Conall desde la distancia, y su hermana zumbándole al oído como si ahora fuera una experta en todos los asuntos del corazón. En realidad, comparada con Innes, Ailein *era* una experta.

Como siempre, los hombres se habían retirado del Barrio Exterior cuando Innes se deslizó hacia la luz del sol y dirigió sus pasos hacia la Torre Este.

"Espera un momento".

La llamada procedía de detrás de ella, y sabía a quién pertenecía la voz. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Aceleró el paso. Tal vez podría fingir que no le había oído.

"¿Quieres montar una escena? Te perseguiré. Haré que me escuches".

Se dio la vuelta lentamente.

Estaba sin camiseta, con un paño sobre el hombro. Sus ojos se fijaron en su pecho musculoso, en sus poderosos brazos. Un dolor en lo más profundo de su vientre bajó aún más, haciéndole arder la cara.

"Mañana".

No dijo nada más hasta que ella levantó la vista hacia él. "¿Qué?"

"Mañana tú y yo iremos con Lachlan al puerto de Wick. Ha llegado un barco que estábamos esperando y tengo que ayudar a Bryce y al mayordomo con algunas cosas".

Innes supuso que su hermana ya no era una excusa viable. "¿Por qué tengo que venir?"

"Porque yo te lo pido".

"¿Por qué?"

"Porque incumpliste nuestra apuesta".

"No hice tal cosa. Me quedé, como acordamos".

"Has renegado del *espíritu* de la apuesta, y lo sabes". Le cogió la barbilla y la levantó hasta que ella le miró a los ojos. "Prepárate para mañana".

"¿Y si decido no ir?"

"Estaré en tu habitación al amanecer. Si es necesario, derribaré tu puerta. Te llevaré hasta el caballo que te espera. Te ataré a la silla de montar. Y los tres cabalgaremos juntos hacia Wick". Se quitó la tela del hombro y ella se quedó mirando un cofre de casi un kilómetro de ancho. "Pasarás un rato memorable. Puedes confiar en mí".

Capítulo Trece

"...pero antes de llegar a Escocia, la tripulación nos oyó cuchichear tontamente sobre nuestros poderes y acudió al capitán del barco. Cuando éste nos arrancó los fragmentos de las manos y unió la Rueda en una sola, el barco se partió en dos y la muerte se cobró muchas vidas. Los cuatro, cada uno con su porción, sabíamos lo que debíamos hacer. Sin saber si nos mataría el mar o el hombre, partimos hacia los cuatro rincones de Escocia para esperar nuestra llamada..."

- De la Crónica de Lugh

EL VIAJE A WICK fue mucho mejor de lo que Innes pensaba. Al elegir ir en el carro con Lachlan, pudo observar cómo Conall cabalgaba delante en su corcel castaño sin sentir la presión de estar demasiado cerca de él. Miró a la yegua, atada a la parte trasera para ella, por si cambiaba de opinión.

Al amanecer, en los establos, Conall e Innes sólo habían intercambiado palabras de cortesía. Cuanto más se alejaban del castillo, más a gusto se sentía ella. Al mayordomo le encantaba hablar. Cada pedazo de tierra por el que pasaban parecía tener una historia, y Lachlan tenía que contársela.

"¿Llegan a menudo barcos mercantes a Wick?"

"No, milady. El puerto recibe fuertes marejadas de la bahía cuando el viento sopla del este. Hace que entrar en el puerto sea peligroso".

Esperó, sabiendo ya que el hombre diría algo más.

"Wick tiene dos puertos, que verás en breve, pero ambos se llenan de arena después de las tormentas de otoño e invierno".

"Así que éste es el mejor momento para que lleguen los barcos mercantes".

"Sí, y también es cuando la pesca está en su mejor momento. Wick es un gran puerto de arenques, ¿no lo sabes? Nosotros, en el castillo, recibimos nuestra parte, por supuesto, pero los muchachos cogen suficiente para abastecer de pescado hasta Edimburgo."

Innes se imaginó cabalgando de vuelta con un carro cargado de arenques. Merecería apestar a pescado tras negarse a montar la hermosa yegua que les seguía.

"¿Os acompaña a menudo el conde a Wick?"

"Sólo cuando llegue el momento de fijar los precios".

"¿Fijar los precios de qué?"

"Últimamente, sinclair lana e incluso tela. Además, ayuda a negociar el precio del arenque

para los pescadores", añadió el mayordomo. "Lo que decidan hoy mantendrá a muchas familias durante los largos meses de invierno".

La mirada de Innes siguió la de Lachlan mientras ambos contemplaban la espalda del hombre sentado tan cómodamente sobre el caballo. No podía mirarle sin sentir un ramalazo de atracción.

"Muchos lairds dependen únicamente de sus arrendatarios para obtener ingresos", afirma. "Los Sinclair hacen las cosas de otra manera".

"Así era también con los Sinclair, hasta que intervino éste. No quiero faltar al respeto a su padre, pero Conall y Bryce tienen su propio estilo. Lo primero que hizo Conall fue poner fin a que nuestra gente enviara la lana al sur y no recibiera prácticamente nada por ella", explicó Lachlan. "Dijo que los cottars teníamos que traer toda nuestra lana junta y venderla como si fuera una sola. Dijo que compramos lo que necesitamos cuando llegan los barcos; ya es hora de que vendamos nuestras mercancías del mismo modo."

"¿Y los campesinos les siguieron la corriente?"

"Och, hubo un par de cabezas huecas. Siempre los hay. Pero Conall los trajo y los convenció".

"Y funcionó".

"Sí, ama. Funcionó bien".

Los ojos de Innes volvieron a fijarse en el conde. En cierto modo, se dio cuenta de que se había sentido decepcionada esta mañana cuando él no se quejó de que prefiriera la compañía de Lachlan a la suya. Apartó la mirada, disgustada consigo misma. Era un torbellino de contradicciones, y ésa no era su forma de ser. Él se lo había hecho. Avanzó un paso y retrocedió cinco. Agradeció su atención, pero en cuanto le tendió la mano, se escabulló y se escondió.

Le sorprendió que él no se hubiera cansado ya de este juego.

"El clan lo pasó mal cuando el conde no estaba".

Innes estudió el rostro delineado del mayordomo. Los Sinclair eran conocidos por su hermetismo respecto a sus asuntos, y ella ya percibía la lealtad que el anciano sentía por Conall. Para que Lachlan dijera algo así, Innes sabía que debía de aceptarla en algún nivel.

"Después de Solway Moss, querrás decir", dijo ella suavemente.

"Sí. Se corrió la voz de que estaba entre los muertos. Perdimos a muchos valientes allí. La noticia llegó del palacio de Falkland junto con la noticia de la muerte del rey Jamie. No fue hasta meses y meses después cuando supimos que Conall se estaba pudriendo en una mazmorra inglesa y que había una posibilidad de recuperarlo."

Y ninguno de los suyos había visto lo que ella había visto. Cómo había sufrido.

"No me gustan los rumores, ama, pero dijeron que no les dijo quién era. Sabían que era de alta alcurnia y que valía para pedir rescate, pero no quiso decirlo".

Innes se estremeció, recordando una vez más el dolor de los latigazos. Le dolía el corazón de tristeza al imaginar a qué otros tormentos había estado expuesto durante su cautiverio. Observó los guantes negros que cubrían sus manos. Su mirada se desvió hacia la bolsa que llevaba en la cintura y que contenía la reliquia.

Quizá lo que permitía a Conall seguir adelante era que nadie conocía las cicatrices de su alma. Era un hombre orgulloso, y sólo él podía cargar con su pasado. Y aquí estaba, persiguiéndola, sin saber lo expuesto que estaría.

"Ahí está, mi señora", dijo cuando llegaron a la cresta de una pequeña elevación. La aldea se extendía ante ellos y descendieron hacia ella.

Tres millas al sur de Girnigoe, Wick era un pueblo de aspecto próspero. Extendido hacia atrás desde el río y el puerto, el lugar consistía en hileras de casas de piedra achaparradas

coronadas con paja, una iglesia, una torre cuadrada con una campana y una cruz de mercado en el centro de las cosas que rebosaba de mercaderes y compradores. Dos barcos yacían anclados en el puerto, y otro estaba amarrado a un muelle de buen tamaño. Los hombres se afanaban en sacar mercancías de él.

Conall apareció junto al carro y la ayudó a bajar.

"Quédate con Lachlan", le dijo. Señaló con la cabeza una gran estructura parecida a un granero y varios edificios largos de piedra junto a los muelles. "Mis asuntos no deberían llevarme más allá del mediodía. Vendré a buscarte entonces".

El sol estaba bien alto en el cielo, y el buen tiempo y el día de mercado parecían haber hecho salir a todo el pueblo. Antes incluso de bajarse del carro, Lachlan estaba siendo abordado por mercaderes y granjeros que buscaban vender sus mercancías al castillo.

Le tiró de la manga. "Voy a curiosear un rato. No te preocupes por mí. No hay ningún sitio donde pueda perderme".

El mayordomo lanzó una mirada cautelosa a la espalda del conde que desaparecía entre la multitud.

"Confía en mí. Estaré bien -dijo ella, alejándose antes de que el anciano tuviera ocasión de objetar.

Caminaba por las calles, sonreía a la gente y sacudía la cabeza ante los mercaderes ansiosos por hacer una venta. Esto era algo que ya no hacía cuando estaba en casa, en el castillo de Folais. Ya no visitaba las aldeas de los Munro porque sentía la decepción de los ancianos del clan. Como hija mayor del jefe del clan, reconocía que esperaban que se casara. Pero ella no recibía pretendientes. Y cuando se sentaba con su padre en las reuniones del clan, sabía que no era bien recibida por muchos de los hombres. Así que se había ido retirando poco a poco del mundo. Y cuanto más se retiraba, más difícil le resultaba cambiar. Cuanto más se retiraba, más temía... y menos confiaba.

Hoy no tenía que preocuparse por nada de eso. Aquí nadie la conocía. Era una extraña, como tantos otros que caminaban por las calles de la bulliciosa aldea. Era libre.

Innes perdió la noción del tiempo mientras seguía explorando. Durante un rato se sentó en el acantilado al sur del puerto, observando los barcos pesqueros. A lo largo de la pedregosa playa de abajo, las aves marinas estaban en constante frenesí por los cubos de arenque que traían. Deseó tener papel y carbón.

A medida que el sol se elevaba en el cielo, reanudó la marcha. Al pie de una larga colina baja, tomó otro camino que se cruzaba. Dirigió sus pasos hacia el muelle. Al llegar a los largos edificios bajos, un enjambre de niños la rodeó, corriendo en todas direcciones. Un chiquillo chocó contra sus piernas y ella lo atrapó antes de que retrocediera.

Innes aún sonreía cuando vio a Conall conversando con un hombre que, según ella, debía de ser el capitán de uno de los barcos mercantes amarrados en el puerto.

Como si la estuviera esperando, se volvió y la miró directamente.

El hombre siguió hablando, pero Conall no oyó nada más. Se quedó mirándola mientras el tiempo se detenía. Parecía tan serena, tan a gusto en medio del caos. No intentó ocultar su sonrisa.

Se había sentido tan aliviado esta mañana al encontrarla ya en los establos cuando bajó las escaleras. Quizá sólo estaba haciendo caso de su advertencia. O quizá quería pasar el día con él.

Prefería pensar que era lo segundo.

Terminó sus instrucciones al capitán de la nave y se dirigió hacia ella.

"¿Qué te parece el pueblo?", preguntó.

Otro niño corría a su alrededor, utilizando su falda para esconderse de un niño pequeño que lo perseguía. Innes se rió, y sintió un impulso casi irrefrenable de estrecharla entre sus brazos y besarla.

"Es precioso", dijo, mirando a su alrededor. "Tanta actividad. No hace falta que dejes lo que estabas haciendo. Soy muy capaz de entretenerme".

"Deja *que* te divierta", dijo, cogiéndole la mano enguantada y metiéndosela por el pliegue del brazo. "Pero primero tengo que echar un vistazo a uno de los almacenes".

Guiándola hacia un edificio cercano al muelle, sintió una gran sensación de bienestar, de posibilidades para el futuro. Le encantaba esta sensación, pero sabía que tenía que contenerse.

"¿Has terminado con tus negocios?"

"Lo estoy haciendo. ¿Lachlan te ha dicho lo que vamos a hacer?"

"Está muy orgulloso de todo lo que has conseguido. Siente que forma parte de algo muy especial. Creo que es brillante". Le apretó el brazo. "Sé que a mi padre le encantaría hablar contigo sobre la exportación de lana".

Supuso que ella misma conocía el asunto. "¿Qué hacen los Munros al respecto?"

"Los agentes de la lana van de pueblo en pueblo, pagando lo menos que pueden".

"Agentes, transportistas, comerciantes, mercaderes, otros mercaderes que venden a más mercaderes todavía, y al final llega a Edimburgo", dijo, sacudiendo la cabeza. "Y los granjeros no tienen mucho que demostrar, ¿verdad?"

"Como siempre ha sido".

"Lo sé. No hace mucho estábamos en el mismo lugar. Ahora estamos eliminando a muchos de esos intermediarios y obteniendo los beneficios nosotros mismos". Apretó su mano contra la de ella, saboreando su calor, incluso a través del fino guante de cuero. "Me encantaría hablar de ello contigo y con tu padre. Hizo falta algo de planificación y hubo costes iniciales, pero es factible y merece la pena".

Pasando junto a varias hileras de edificios, Conall la condujo al interior del más cercano al muelle.

"Esto no es un almacén", susurró sorprendida. "Tenéis *telares*. Utilizáis vuestra propia lana para producir tela".

"Sí, y además bien calentito, como puedes ver".

Pasaron junto a rollos de tela de lana, apilados y listos para su envío. Los obreros iban y venían, unos con grandes bobinas de lana hilada y otros con rollos de material acabado.

"Necesito unos minutos para hablar de mi reunión de esta mañana con los maestros tejedores".

"No hay prisa. Esperaré aquí". Retiró la mano de su brazo y se alejó.

Las personas con las que tenía que hablar se reunieron a su alrededor. Conall les expuso los términos que se habían acordado esta mañana, suscitando comentarios de aprobación. Mientras tanto, su mirada no se apartaba demasiado de Innes.

Mientras avanzaba, saludaba con la cabeza a los trabajadores, haciéndoles preguntas. Junto a uno de los telares, se quitó un guante y acarició la tela. Se quedó mirando sus delicados dedos, tan pálidos frente a los vibrantes colores de la lana. Un trabajador se acercó y dijo algo. Innes sonrió y respondió, volviéndose a poner los guantes.

Repitió lo mismo en otro telar. Comprobó la calidad mientras hablaba con el tejedor sentado

y el dibujante. Unos instantes después, mientras se alejaba, Conall vio que se ponía de nuevo el guante.

Cuando terminó sus asuntos con los tejedores, siguió a Innes hasta el edificio contiguo. Allí, en una sala situada más allá de los tintoreros, las hilanderas ejercían su oficio, preparando la lana peinada para los telares. Haciendo un gesto a las mujeres para que no le delataran, se acercó a ella por detrás. Sus dedos desnudos se hundieron en los jirones hinchados de lana. Cogió un trozo y probó la suavidad contra su piel. Se lo llevó a la nariz y aspiró su olor.

Sus movimientos lentos y delicados y su sonrisa le hechizaron.

La imagen de los dedos de ella sobre su propia piel se agolpó en la mente de Conall. Quería sus manos sobre su cuerpo. Se imaginó abrazándola, tocándola. Miró su boca, deseando devorarla.

Sus dedos volvieron a hundirse en la pila y no supo que él estaba sobre ella hasta que su mano se zambulló y se unió a la suya. La piel era más suave que la seda. Un jadeo de sorpresa escapó de sus labios cuando él entrelazó sus dedos, manteniéndola cautiva. Se giró y su mirada voló hacia el rostro de él.

Quería besarla y explorar cada dulce recoveco de su boca.

Ella se balanceó y separó los labios. Su mano enguantada se aplastó contra el pecho de él.

Quería desabrochar los botones de aquel vestido y presionar con la boca su garganta, bajando por el escote del vestido. Quería saborear su carne y pasar la lengua por lugares que la hicieran gritar de placer.

Los ojos grises se oscurecieron, y su mirada bajó hasta los labios de él.

Quería pasar la mano por su cuerpo desnudo, ahuecar su pecho, tocar los pliegues de su sexo.

Innes jadeó y se inclinó hacia él.

Ella no tenía ni idea del efecto que producía en él. Una necesidad urgente se apoderó de sus entrañas. La deseaba, y la deseaba ahora. Corría peligro de ser violada en medio de una sala llena de mujeres trabajando en sus ruecas.

"Tenemos que irnos", murmuró. "Ahora".

Ella asintió. Tenía la cara muy roja. Apartó la mano y Conall vio que los dedos le temblaban mientras se volvía a poner el guante a toda prisa.

Aquellos instantes le dieron todas las respuestas que había estado buscando. Había visto el deseo en sus ojos como brasas ardientes. No la dejaría volver a jugar a esconderse. Mientras permaneciera en el castillo de Gernigoe, él la sacaría y la perseguiría.

La condujo fuera del edificio. Ninguno de los dos dijo una palabra. La dirigió por una pequeña subida hacia el lugar donde había dejado a Lachlan.

No habían dado ni diez pasos cuando el súbito gemido de un niño la hizo detenerse. Los dos miraron a un niño que estaba boca abajo en el suelo. Ella se acercó y le ayudó a levantarse.

"Ya está. Esto no está tan mal".

Los gritos del niño se hicieron más agudos. Un bulto del tamaño de un huevo de gallina se estaba formando rápidamente sobre la ceja del niño. También tenía la barbilla arañada. Le goteaba la nariz y la suciedad se mezclaba con sus lágrimas.

Innes levantó al niño en brazos y lo meció mientras comprobaba sus heridas.

Conall miró a su alrededor en busca de una madre o de otros niños. Nadie mostraba interés por el niño que se lamentaba y que ahora llamaba a su madre.

"¿Dónde está?", preguntó. "¿Dónde está tu madre?"

El muchacho enterró la cara en el cuello de Innes y no hizo más que llorar con más fuerza.

"¿Por qué no lo llevamos dentro? Seguro que alguno de los trabajadores sabe a quién

pertenece este erizo".

Innes se estaba quitando el guante. Usando sus faldas, le secó las lágrimas y luego acarició el rostro del muchacho. Le cogió la mano y le dio suaves besos en el antebrazo arañado.

Se levantó de repente y miró hacia el carril. "Creo que le he visto esta mañana, y *estaba* con su madre". Volvió hacia el puerto.

Conall se sorprendió. Era día de mercado, descargaban barcos y había mucha gente en el pueblo. Por todas partes había pandillas de niños jugando bajo los pies. Y a él, la cara de una niña le parecía igual que la de cualquier otra. Pero parecía bastante segura.

"Lo recuerdo", dijo cuando Conall la alcanzó. "Estaban cerca de la orilla del agua. Un lugar arenoso".

"Hay un pequeño tramo en el que los barcos pesqueros son arrastrados a tierra", dijo, tomando el camino. "Por aquí".

Siguió cogiendo al niño de la mano, susurrándole palabras tranquilizadoras. El llanto del niño era ahora más bien un zumbido lastimero, con llamadas ocasionales a su madre.

"Y pan. Su madre vende panes de una cesta".

El carril se convirtió en un mero sendero que abrazaba un tramo de playa arenosa. Pasaron junto a varios panaderos -hombres y mujeres- que sacudían el pan, pero Innes los ignoró.

"Por aquí, seguro", dijo, mirando al muchacho que llevaba en brazos.

Se apartó del agua y atravesó infaliblemente un grupo de casitas en este extremo de la aldea. En el centro, una mujer con una cesta al hombro estaba sacando agua de un pozo.

Con un grito de reconocimiento, el niño se lanzó a los brazos de la joven.

La sorpresa de la madre se convirtió en ceño fruncido cuando Conall le explicó dónde lo habían encontrado. "Och, se suponía que sus hermanos le estaban vigilando. Espera a que les ponga las manos encima. Lo siento mucho, milord. Y mi señora. No sé qué les ha pasado a mis muchachos".

Innes se excusó inmediatamente. "Tus chicos deben de estar buscando a Kade por todas partes ahora mismo. Puede que haya reaccionado demasiado rápido. Probablemente estén muy preocupados".

"Y con razón". La madre se apartó un mechón de pelo de la cara. "Saben que me preocuparé por ellos cuando vuelvan a casa".

El niño se zambulló de nuevo en el brazo de Innes y le permitió besarle en las mejillas embarradas antes de querer volver con su madre.

Conall le dio una moneda a la mujer y arrastró a Innes del brazo antes de que pudiera decir nada más.

"¿Cómo sabías que se llamaba Kade?", preguntó mientras volvían en dirección a Lachlan, el carro y los caballos.

"¿El chico?", preguntó ella.

"No oí a la madre mencionarlo, pero tú sabías el nombre del muchacho".

Se estiró los guantes sobre los dedos. Un rubor había vuelto a aparecer en su mejilla. "Debí de oírlo. Tal vez cuando lo vi jugando con los otros niños en el camino. O quizá antes, cuando me crucé con la madre que vendía pan".

Le puso una mano en la parte baja de la espalda y tiró de ella hacia él mientras pasaba un carro. "Siempre encuentras la forma de impresionarme".

"Entonces impresionas fácilmente".

Sacudió la cabeza. "Tu talento para el dibujo. Tu sentido de la orientación. Tu memoria. Tu intuición para ver a través de la pretensión de Bryce y Ailein de tener problemas matrimoniales".

"Olvidaste mencionar mi brillante juego de ajedrez".

"Ahí es donde trazo un límite", le dijo. "Felizmente, al menos en eso, te vendría bien un poco de instrucción".

Le sonrió. "Y déjame adivinar. Eres el hombre más adecuado para proporcionar esa instrucción".

"¿Lo ves? Otra vez esa intuición. Impresionante".

Cuando llegaron a sus caballos, un muchacho les esperaba. El mayordomo y el carro se habían ido.

"¿Dónde está Lachlan?"

"Se llevó algunas cosas al castillo".

Innes miró a su yegua y luego frunció el ceño hacia Conall. "Habías planeado esto, ¿verdad?"

"Eso hice. Muy inteligente, ¿no te parece?"

Ella negó con la cabeza, pero era evidente que le hacía gracia.

"¿Debo suponer que tienes otro destino en mente antes de volver a Gernigoe?"

Asintió, guiando a Innes hacia su caballo. "Quiero presentarte a uno o dos pájaros raros".

Dejó que la ayudara a subirse al lomo de la yegua. "Así que por fin voy a conocer a alguien de mi especie".

Había tristeza en el castillo cuando regresé. La mujer de mi hermano había muerto. Hay que criar a dos niños, me dijeron.

Pero, ¿dónde está mi propio hijo? Arrancado de mis brazos en aquel convento de Francia. Un bastardo. Un hijo del diablo. Un producto de mi pecado. No te preocupes por éste, dijeron. Preocúpate de la penitencia que pueda redimir algún día tu alma ennegrecida.

Así que recé y trabajé y me hice útil a los ojos de Dios y de los hombres. Me puse un delantal del blanco más puro en memoria del amor que murió en el patio de su torreón. En memoria del ángel que me arrebataron.

Y entonces mi hermano quiso que volviera. Mi odiado padre, que asesinó a mi amada, había muerto. Y ahora me necesitaban para criar a los hijos de mi hermano.

Me necesitaba. Sus hijos me necesitaban. A su mujer se la habían llevado, como a tantas otras, cuando llegó la fiebre. Así que vine.

Pienso en ello ahora, al verlos por primera vez. Estaban junto a las puertas del Gran Salón. Conall, tan oscuro, triste y noble. Bryce, tan joven, totalmente concentrado en su hermano mayor.

Y desde ese momento los amé. Aún los amo. Más que a la vida misma.

Al amarlos y criarlos como si fueran míos, encontré una vida que nunca imaginé que sería mía.

Y no la perderé ahora.

Capítulo Catorce

CUANDO CONALL se despojó de la falda escocesa, Innes trató de mirar a lo largo de la orilla del lago, al cielo, a la franja de árboles que se curvaba hacia arriba y por encima de la cresta de la colina baja del otro lado del valle. Intentó mirar cualquier cosa menos al hombre que se acercaba a zancadas a la orilla y luego se zambullía en las aguas cristalinas. En cualquier caso, lo intentó.

Loch Watten estaba a dos horas de camino de Wick. Mientras seguían el río, el sol se hacía más cálido a cada milla que pasaba. En cuanto Conall la ayudó a bajar del caballo, sacó una manta de su corcel y una mochila llena de comida. Depositándolos en el suelo, se dirigió al lago, diciendo que iba a darse un baño.

La invitación estaba implícita, si no explícita. La visión de cómo se despojaba de sus ropas y avanzaba hacia el agua era magnífica.

Innes extendió la manta en una elevación cubierta de hierba junto a la orilla y vació la mochila. Cook había empacado un surtido de comida de aspecto delicioso.

Lanzó una mirada en su dirección. Ella también habría ido a nadar si no fuera porque le preocupaba que su sentido de la precaución se desvaneciera. El día era el más caluroso de lo que iba de año, y el nerviosismo que sentía en la yegua no hacía sino aumentar su acaloramiento.

En el lugar donde había dejado la comida, pudo ver que el agua era poco profunda y pedregosa a lo largo de la orilla. Se quitó los guantes y las botas, se quitó las medias y se desabrochó el escote de la camisa. La brisa era cálida pero refrescante contra su piel.

Caminó descalza por la orilla hasta llegar a un tramo de maleza alta. Innes se levantó las faldas y suspiró de placer al sentir el agua fría en los pies y los tobillos. Se salpicó la cara, recogiendo puñados y mojándose el cuello. Se desató la parte superior de la bata y se salpicó el pecho por encima de los senos. Se levantó más la falda, metiéndosela mejor en el cinturón, y se metió más hasta las rodillas.

Avanzó hasta el borde de la maleza alta y, de repente, una bandada de pájaros levantó el vuelo desde una zona cubierta de hierba en la orilla. Los observó trepar, girar y alejarse con el viento. Uno de ellos no se fue con los demás, sino que quedó suspendido en el aire, observándola. Una gaviota de marfil, pensó, admirando los círculos de plata que ésta lucía.

"¿Ves, ahí lejos, inmóvil en los bajíos? Una garza imperial".

Sobresaltada, miró a su alrededor. Conall estaba en la playa mirándola, señalando al majestuoso pájaro.

Tenía el pelo mojado. Las gotas de agua aún brillaban en su piel. Se había envuelto la falda escocesa alrededor de la cintura y se la había abrochado con un cinturón, pero no llevaba nada más. Su mirada se detuvo en su ancho pecho, marcado con las cicatrices de innumerables batallas. Se obligó a respirar y volvió los ojos hacia la garza.

"Dicen que este lago tiene magia y, después de tantos años, por fin entiendo lo que quieren decir".

"¿Magia?", preguntó ella, volviendo los ojos a su cuerpo.

"Sí. La gente dice que pescar aquí requiere mucha paciencia, que puede que no ocurra nada durante mucho tiempo. Pero, de repente, se produce la magia y los peces simplemente se elevan, listos para ser capturados".

"¿Está ocurriendo la magia ahora?"

"Creo que sí".

Se metió en el agua e Innes le vio llegar. Cuando la cogió de la mano en el cubo de lana de Wick, ella había visto en su mente y leído lo que pensaba. Incluso cuando sus dedos se entrelazaron, supo que no necesitaba ningún don especial para comprenderle. Sabía cuánto la deseaba. Había pensado en ello durante todo el trayecto hasta aquí.

Siguió acercándose a ella, y el corazón de Innes se aceleró, sabiendo que sus deseos eran sus sueños. Sintió su mirada acariciando su piel. Sus ojos se detuvieron en su garganta, y se preguntó si podría ver el latido salvaje de su pulso.

Cuando se acercó aún más, su mirada se centró en la boca de ella. Cuando su cuerpo entró en contacto con el de ella, sus labios se separaron involuntariamente y jadeó. Él la miró a los ojos, y ella se sintió repentinamente perdida en una tormenta de pasión.

Innes vio que sus ojos se oscurecían. Su respiración quedó suspendida en el pecho. Escondió las manos en los pliegues de sus faldas. Ahora comprendía lo que significaba el anhelo. Ahora sabía lo que se sentía al sentir el deseo. Lo deseaba. Lo deseaba a él. Agradeció la presión de su cuerpo duro y húmedo contra el suyo.

Su boca descendió sobre la de ella y sus ojos se cerraron. Sus labios la poseyeron, y se sintió sacudida por el calor fundido que se desenrollaba en su centro.

Aturdida al principio, se quedó inmóvil, intentando comprender las sensaciones que la recorrían. Le encantaba sentir los dedos de él sobre su piel mientras le sujetaba la cara. Vacilante, abrió los ojos que había cerrado con tanta fuerza y lo observó mientras él se retiraba brevemente antes de volver a bajar la cabeza y chuparle el labio inferior.

No podía moverse, no podía respirar, pero creía que el corazón le estallaría en el pecho en cualquier instante. Y aun así, la ondulante masa de sensaciones fundidas amenazaba con incendiarle las entrañas.

"He estado esperando esto. A ti", murmuró contra sus labios. "Bésame, Innes".

Ella no tenía experiencia en esto. No sabía cómo reaccionar, cómo complacerle. Pero se negó a tocar su mano. Se negó a utilizar su don para aprender. No hasta que él lo supiera.

Sus dedos se clavaron en su pelo. Sintió que la trenza se aflojaba y que las gruesas ondas se deslizaban por sus hombros y espalda. Sus labios volvieron a acercarse a los de ella y el calor recorrió su cuerpo.

Las sobresaltadas manos de Innes se apartaron de su escondite, agarrándose a su espalda cuando la presión de su boca aumentó y su lengua empezó a burlarse de la costura de sus labios fuertemente cerrados.

"Bésame, Innes".

Abrió la boca para decirle su ignorancia en tales asuntos, pero no le salió ninguna palabra. No habría importado. Sus labios volvieron a descender y él penetró en la abertura, explorando su boca con la lengua.

Un relámpago la atravesó. Las imágenes de su mente se mezclaron con las de ella. Vio el alcance de su deseo. Su lengua se frotó contra la de ella, e Innes sintió vagamente que su mano

bajaba por su espalda y le rodeaba la cintura. La estrechó aún más contra su sólido torso. Ella no sentía nada más que el increíble calor que parecía poseerlos a ambos.

En ese momento, una vida de soledad se transformó en una eternidad de deseo.

Innes se puso frenético por satisfacer aquella repentina hambre de él. Sus manos recorrieron su espalda. Sintió los poderosos músculos. Era milagrosa la forma en que su cuerpo se ablandaba y se amoldaba a los duros contornos de él.

Como a distancia, oyó su gruñido grave de placer. Y cuando él apretó su cadera contra la de ella, sintió algo más. La falda escocesa no ocultaba la evidencia de su excitación. Y en su mente, ella lo vio deseando tumbarla en el bajío, levantarle las faldas y enterrarse profundamente dentro de ella.

La claridad volvió al instante y, con ella, la cordura.

Tenían que detenerse. Pero, ¿quién iba a detenerlos si ella no lo hacía?

Y lo que era peor, si sus posiciones se invirtieran y fuera él quien tuviera la capacidad de ahondar en su mente y leer su pasado, ¿cómo se sentiría ella al no saberlo?

Ella retrocedió, metiendo las manos entre sus cuerpos. Él se quedó quieto y luego la soltó, dando un paso atrás. Su rostro ardía de vergüenza.

"Lo siento mucho". Se llevó las manos a las mejillas. Estaban mojadas por unas lágrimas repentinas. Su cuerpo temblaba. Aún estaba afectada por lo que habían hecho, por cómo seguía sintiéndose, por lo que él quería hacer a continuación.

Retrocedió otro paso, respirando hondo.

"¿Por qué deberías lamentarlo? Pensé... sentí...". Un rescaldo de pasión brilló en lo más profundo de sus ojos. Un músculo de su mandíbula se tensó y apartó la mirada. Aún se libraba una batalla en su interior.

Quería estirar la mano y tocarle, pero no podía. "Es que... todo va muy deprisa".

"Lo sé. No tienes nada que temer de mí; te lo prometo. Pero por el momento, tal vez deberías volver con los caballos". Hizo una pausa y miró el lago y el cielo a su alrededor, como un hombre que acaba de despertarse y de orientarse. "Dentro de un rato, podremos comer algo y volver a Girnigoe".

Dudó en moverse, odiándose a sí misma. Odiando la maldición que era suya para el resto de su vida.

"No te tocaré", le aseguró él, sin comprender. "No te presionaré. Puedes confiar en mí, Innes".

Le había leído la mente. Cuando su boca se unió a la de él en aquel beso, su mente también se había unido a la de él. Cerró los ojos. Sabía cuánto deseaba él hacerle el amor. Pero se había detenido. En medio de su creciente pasión, se había detenido.

Ella sí confiaba en él.

Un momento después, llegó a la playa pedregosa y se apresuró a bordearla. Al llegar a la manta, miró hacia atrás, buscando a Conall. Estaba lejos, en el lago, nadando con fuerza por las refrescantes aguas.

Conall se sumergió bajo la superficie, intentando aclarar su mente. La deseaba más de lo que nunca había deseado a una mujer. El deseo que sentía por ella era profundo y explosivo. Lo que sentía por ella era una pasión de la que no se creía capaz. Si ella no se lo hubiera impedido, la habría tomado allí mismo, en el agua, o en la playa.

Pero hacer el amor con ella no era lo único que deseaba.

Innes era mucho más que eso. Admiraba su inteligencia, su ingenio, su terquedad, su independencia, incluso su temperamento. Bryce afirmaba que éstas eran las cualidades que alejaban a los hombres de ella, y sin embargo eran las mismas cosas que atraían a Conall hacia ella.

Había erigido una fachada en su forma de vestir y actuar. Había creado conscientemente esa distancia protectora, y él se preguntó qué la había herido tanto como para necesitarla. Sabía lo que eran las heridas y la necesidad de distancia. Había visto el muñón que quedaba de su mano. Había visto las cicatrices de su cuerpo. Pero se sintió bendecido porque ella nunca vería la negrura, la culpa y la vergüenza que llenaban su alma.

Salió del agua y se puso la falda escocesa. Su camisa y sus botas yacían en la hierba, no muy lejos.

La forma en que le había respondido al principio y el modo en que había puesto fin a todo aquello apuntaban a su inexperiencia con los hombres. La había asustado, y lo último que quería era que Innes huyera. Tenía que ir despacio. Tenía que darle tiempo para que se adaptara a él y a la pasión que sabía que ella había sentido en sí misma.

Dale tiempo.

¿Matrimonio? ¿Estaba pensando en casarse? Se dio cuenta de repente y se sobresaltó. Nunca había pensado que llegaría un día en que volvería a planear un futuro. Había enterrado esa probabilidad el día en que fue capturado y arrastrado lejos del campo de batalla. ¿Qué podía hacerle pensar, o incluso atreverse a esperar, que merecía una oportunidad de ser feliz?

La encontró sentada en el borde de la manta, vestida y con aspecto fresco bajo el cálido sol. Llevaba puestas las botas y los guantes. Aún llevaba el pelo suelto, que le caía en sedosas ondas sobre los hombros.

No podía mirarla y no recordar el sabor de sus labios, la suavidad de su piel y lo mucho que aún la deseaba.

"Tenemos una buena selección de comida". Evitó mirarle y extendió lo que les habían preparado.

Se sentó sobre la manta, asegurándose de dejarle espacio suficiente para que estuviera cómoda.

"Wynda, Lachlan, Bryce, Cook... todos ellos se pusieron fuera de sí cuando se enteraron de que te traía aquí". Desenvolvió un trozo de pastel y le dio un mordisco. "Mi hermano llegó a sugerirme que te diera un caballo cojo para montar, así podríamos pasar más tiempo en mutua compañía. Si tuviéramos una bestia de tres patas en los establos, podrías haber montado en ella".

"Casamenteros". Gimió y sacudió la cabeza. "Me preocupan Ailein y Bryce. Siguen fingiendo que están enfrentados".

"Se cuela en su dormitorio cuando creen que nadie se da cuenta".

Se rió. "Anoche se llevaron una gran sorpresa. Llegué inesperadamente a la puerta de Ailein".

Se estiró sobre la manta, apoyándose en un codo. Le daba tanto placer verla tranquila. "¿Qué ha pasado?"

"Creo que estaban ocupados en... bueno, estaban ocupados cuando empecé a dar golpes, insistiendo en que me dejara entrar". Un rubor floreció en sus mejillas. "Oí algunos ruidos, pero no estaba segura".

"¿Y?"

"Bryce estaba escondido debajo de la cama y Ailein fingía que no pasaba nada".

"¿Y?"

"Y nada. Cogí mis botas de montar y me fui".

"Viste más".

Sacudió la cabeza. "Ya me avergüenzo de haber sacado el tema. Por favor, no me hagas decir más".

Se rió, preguntándose si ella sabía que no podía negarle nada.

Una brisa levantó mechones de su pelo y los hizo bailar alrededor de la cara de Innes. Sentada allí, compartiendo historias, parecía tan joven y despreocupada, tan a gusto consigo misma y con el mundo. Había más cosas sobre ella que él quería saber. Sobre su infancia. Sentía curiosidad por saber qué había ocurrido, si es que había ocurrido algo, para convertirla en la persona que era ahora.

"Dime cómo eras, digamos, a los seis o siete años. ¿Eras tan remilgada y dura contigo misma entonces?"

"Perdí a mi madre cuando tenía siete años", le dijo. "Podría decirse que fue un año de grandes cambios para mí".

"Perder a una madre es difícil".

"Lo es". Se quedó mirando las manos enguantadas que tenía en el regazo. "Necesitaba crecer. Necesitaba asumir algunas responsabilidades bastante grandes".

"Si te refieres a un padre, una hermana menor y un hogar que debía funcionar, eso es mucha responsabilidad para cualquier mujer. Pero para una joven que está de luto por su madre...". Sacudió la cabeza.

"Quizá fui demasiado suelto con la palabra *responsabilidad*. Quizá fuera conocimiento. Me dijeron algunas cosas, y había otras que necesitaba aprender para llevar a cabo un legado que me había dejado mi madre".

Esperó a que ella dijera algo más, pero se detuvo. No levantó la mirada. Tiró de las puntas de los dedos de los guantes, se los quitó muy despacio y se los volvió a poner. Conall sintió que se encerraba en sí misma. Tenía que cambiar de tema y distraerla.

"A los siete años era un infierno. Causaba problemas, me metía aún más en ellos y le hacía la vida imposible a Bryce. Siempre me seguía, feliz de participar en cualquier travesura que organizara".

Levantó la vista de debajo de las pestañas, con una sonrisa en la comisura del labio.

"Sólo dos años mayor, pero sin duda era el jefe de la banda". Cogió otro pastelito y le dio un mordisco. "Y sé que estás a punto de decir que ahora parezco lo bastante mayor como para ser su padre".

"No iba a decir nada por el estilo. Cuando alguien nos conoce a Ailein y a mí, ni se imagina que somos hermanas". Estiró las piernas y se apoyó en las manos. "Soy seis años mayor, y me comporto con ella más como una madre que como una hermana. Desde hace años".

Conall recordó el día en las rocas en que ella le había advertido que nunca cuestionara su lealtad a Ailein.

"Estoy fascinada". Sonrió. "Pensar en ti de niña corriendo salvaje por el castillo de Girnigoe, con Bryce a tu paso. ¿Llevabas espada?"

"Sí. Cuando éramos muchachos, sólo nos confiaban espadas de madera. Éramos grandes para apuñalarnos entre nosotros y a cualquiera que se cruzara en nuestro camino. Éramos valientes y sangrientos Sinclairs, salvando al rey y a la patria".

"¿No hay damiselas en apuros?"

"¡No! Teníamos dragones y Tudor que matar. No teníamos tiempo para damiselas".

"Me alegro".

Pensó en aquellos años y en lo sencillas que eran sus vidas.

"Nuestra madre murió cuando sólo éramos unos chavales. Fue entonces cuando Wynda volvió a Girnigoe. Era la hermana de nuestro padre. Entonces armamos más jaleo que nunca. Parecía severa, pero no podíamos hacer nada malo a sus ojos. Después de aquello, nuestro padre era el único al que teníamos que vigilar, pero la mayor parte del tiempo estaba fuera, en las guerras y en la corte. Cuando estaba en casa y nos metíamos en líos, sabíamos que debíamos mantener las distancias".

"Así que os desbocasteis durante toda vuestra juventud".

"Bueno, no del todo", admitió. "Todo cambió, por supuesto, cuando llegó Shona".

Ella le miró sorprendida. "¿Shona vino a Girnigoe de niña?"

Se encontró con su mirada. Pensó que ella lo sabía. "Sí. Era una Sinclair, pero de otro sept. La hija del laird. Tenía unos nueve años, creo, cuando llegó a Girnigoe. Acababa de perder a toda su familia a causa de la enfermedad del sudor. Su padre estaba luchando en las Fronteras aquel verano y volvió a casa enfermo. Aquel año murieron muchos a causa de aquella asquerosa peste".

"Entonces sólo tenía once años, pero recuerdo haber oído hablar de las muertes", dijo. "¿Qué ocurrió con el resto de su gente?"

"Estaban tan debilitados por sus pérdidas que se tomó la decisión de que mi padre combinaría sus tierras con las suyas. Los dos septos se convertirían en uno solo mediante el matrimonio, y el castillo de Girnigoe sería la sede del clan".

"Así que el matrimonio entre Bryce y Shona se concertó cuando eran muy jóvenes".

"Bryce y Shona no", le dijo. Conall se alegró de que Innes escuchara esta información de él. No quería que ningún malentendido la alejara. "Shona iba a ser mi esposa. La condesa de Caithness. Nunca tuvimos un contrato legal, pues todos los suyos habían muerto. Pero se entendió. Después, cuando llegó a Girnigoe la noticia de que me habían matado en Solway Moss, se casó con Bryce".

Capítulo Quince

"Ian ha muerto, querido anciano. Ahora tengo la reliquia de piedra que me transmitió, junto con esta crónica de la Rueda de Lugh. Incluso con los últimos dolores sacudiendo su cuerpo, me contó todo lo que sabía y me dijo lo que debía hacer. En verdad, no le creí hasta ahora, pero realmente tengo el poder que él llevó a su lecho de muerte. Y sé que debo prepararme y pasar algún día este don a otra mujer, pues Ian me dijo que un hombre seguramente se sentiría tentado con semejante poder. Sólo una mujer puede llevar semejante secreto en su seno, y yo debo encontrar a la adecuada..."

- De la Crónica de Lugh

EN CUANTO ELLA y Conall regresaron al castillo, Innes fue a buscar a su hermana.

Al oír que Aileen y Wynda estaban en el oratorio de la capilla, atendiendo a un granjero herido que habían traído, se apresuró a cruzar el Pabellón Interior. En el castillo de Folais también utilizaban el oratorio como enfermería, para quien necesitara atención médica inmediata. Tener al sacerdote cerca también era conveniente en caso de que hubiera que administrar la extremaunción.

Se encontró con el sacerdote Fingal sentado en una piedra fuera de la capilla. Los rayos dorados del sol del atardecer atravesaban el kirkyard, y las largas sombras proyectadas por la capilla casi alcanzaban al hombre. El clérigo, un hombre pequeño de complexión ligera y tez pálida, estaba sentado, perdido en sus pensamientos.

Innes no había hablado con el sacerdote desde el día de la boda y las presentaciones formales. Cada vez que había visto al hombre después de aquello, había tenido la sensación de que la observaba, de que la estudiaba.

Despertado de su ensoñación por la aparición de ella en el kirkyard, Fingal se levantó rápidamente, medio girándose mientras se llevaba la mano a la cruz que colgaba de una cadena en torno a su cintura. Por un momento, ella no supo si iba a huir o a rechazarla como un demonio.

Ella asintió a modo de saludo. "Que tengas un buen día, padre".

Fingal se recuperó rápidamente, inclinándose ante ella.

"Lady Innes", respondió con una voz grave y ronca que no se correspondía con su diminuta estatura. "Qué agradable sorpresa".

Sus movimientos eran rápidos. Le recordaba a un hurón cuando sus ojos iban de su cara al

corpiño de su vestido negro y a sus guantes. Le pareció que su mirada se fijaba un instante más en la bolsa que llevaba en la cintura.

"¿Cómo has encontrado nuestra aldea de Wick?", preguntó, volviendo los ojos a su rostro.

Le sorprendió que él supiera que se habían ido. "Me pareció un lugar muy agradable y concurrido. Por favor, estoy buscando..."

"¿Y el lago Watten?", continuó solícito. "¿También lo encontraste agradable?"

La mirada de Innes se entrecerró. Algo en su tono la puso en guardia. Se estaba mostrando afable y hablador con ella, pero ella intuía que había algo más detrás de la repentina sociabilidad del hombre.

No esperó a que ella respondiera. "Llevo a los chicos a los que enseño al lago varias veces cada verano. La pesca con caña es bastante buena si se tiene paciencia y se espera a que salga el pez. Es un lugar muy agradable".

"Si no te importa que te pregunte, ¿cómo supiste que fui a Loch Watten?"

"Lachlan le dijo a Cook que preparara algo de comida para el conde, diciéndole que Conall planeaba llevarte allí. Cook se lo dijo a Wynda. Wynda me lo contó a mí. Confirmé la información con tu hermana. Me aseguré de rezar una oración esta mañana para que siguiera haciendo buen tiempo, y aquí estamos".

"Sí, y aquí estamos". Y ella que pensaba que los Sinclair eran gente hermética.

Justo entonces, Ailein salió por la puerta de la capilla, salvando a Innes de cualquier nueva discusión con el sacerdote sobre su día con Conall.

Siguiendo su mirada, el sacerdote se inclinó rápidamente y se dirigió hacia Ailein, deteniéndola y susurrando lo bastante alto para que Innes oyera cada palabra.

"Asegúrate de avisarme la próxima vez que salgan esos dos. Rezaré para que haga algo más que buen tiempo".

Innes se quedó boquiabierto. Fingal asintió a ambos y se dirigió hacia la capilla. Se detuvo bruscamente junto a la puerta, fingiendo mirar un nido de pájaros que había sobre la cornisa de piedra.

"Has vuelto", dijo Ailein, abrazándola. "Y tan pronto".

"¿Cómo que tan pronto?"

No iba a decir nada más mientras Fingal se demorara, escuchando cada palabra. Condujo a su hermana fuera del kirkyard.

"Dime", preguntó Innes mientras cruzaban el patio. "*¿Había alguien* en este castillo que no supiera que hoy había salido a cabalgar con Conall?"

"No creo que lo supiera el granjero con el brazo roto que acabo de dejar en el oratorio. Espera... en realidad, creo que él también lo sabía".

"Este comportamiento es ridículo. Fingal. El mayordomo. La cocinera. Wynda, ¡por el amor de Dios!"

"Sí, y como ahora soy un Sinclair, se espera que participe".

"Esto no tiene gracia". Miró a su hermana con el ceño fruncido. "Esto es buscar pareja, pura y simplemente. Y esta gente me conoce, conoce mi reputación. Soy la hermana solterona y arpía de la hermosa novia. ¿Quién de tu clan sería tan tonto como para querer eso para su amado conde?"

"¿Tonto"? ¡Los Sinclair están eufóricos! Eres la primera persona que ha sido capaz de sacar a Conall de su guarida en meses, excepto cuando desaparece con su lobo durante semanas". Pasó su brazo por el de Innes. "¿Cuándo es la boda?"

"Para".

"Y no irás de negro a tu boda. No lo permitiré".

"No me voy a casar".

"Creo que sí".

"Si alguna vez lo hago, no estás invitado".

"Eso será muy improbable, ya que la boda se celebrará aquí mismo, en el castillo de Girnigoe". Dio unas palmaditas en el brazo de Innes. "Padre estará encantado. Y Wynda y yo nos encargaremos de todos los preparativos. Pero tú y Conall tenéis que estar de acuerdo y hacer lo que se os diga".

Hace un mes, semejante conversación habría hecho rugir su temperamento. Ahora, después de todo lo que había pasado en las últimas semanas y del beso que ella y Conall se habían dado en el lago, le dolía el corazón sólo de pensarlo.

Innes susurró: "No ha mencionado el matrimonio".

"Lo hará". Ailein le apretó el brazo. "Pero Bryce dice que se tomará su tiempo. No quiere arriesgarse a un rechazo. Y es lo bastante listo para saber que tú podrías hacerlo".

"¿Cuándo tenéis tiempo tú y tu marido para hablar de nosotros? ¿Es cuando estáis en el Gran Comedor fingiendo discutir sobre el nombre de vuestro hijo o cuando él está escondido debajo de vuestra cama?".

Ailein se rió, con un hermoso rubor oscureciéndole las mejillas. Tras caminar unos pasos en silencio, se inclinó y besó a Innes en la mejilla.

"Empezamos nuestro matrimonio con problemas. Pero enmendamos nuestras diferencias muy pronto".

"Entonces decidiste mantener la treta para retenerme en Girnigoe... y emparejarme".

"No tuve ninguna duda de que sabías la verdad desde el principio". Ailein sonrió. "Gracias por no delatarme. Estoy disfrutando mucho con esto. Y creo que él también".

"Tu felicidad es mi mayor alegría". Esta vez fue Innes quien acarició el brazo de su hermana. "Pero me preocupa la forma en que todo el mundo aquí intenta juntarnos. Sabes lo que me detiene, lo que siempre me ha detenido".

Ailein deslizó el brazo alrededor de Innes. "Sí, la reliquia".

Su hermana era la única que la comprendía. Era la única persona en la que Innes podía confiar sus miedos y la responsabilidad que cargaba.

"Por lo que he oído decir a mi marido, Conall es un hombre valiente. Y un orgulloso. Bryce dice que se ha vuelto extremadamente impredecible desde que regresó de las guerras, pero que no es la bestia que quiere que todos vean. Quizá sea hora de arriesgarse".

"No se trata de confianza. Ahora le conozco. No dudo de su honor. Y sé que me desea. Y no es una bestia". Innes hizo una pausa mientras las emociones afloraban en ella. "¿Pero qué pasará cuando lo sepa? No es el único que teme el rechazo".

"Te preocupas por él".

Innes asintió, luchando contra unas lágrimas repentinas que amenazaban con derramarse. Lo que sentía era mucho más que cariño.

Le había encantado su día en el lago, él sentado al otro lado de la manta contándole su infancia, su vida, sus años de servicio luchando por el rey Jaime. Y sobre dirigir a sus guerreros contra los ingleses en Solway Moss. Fue entonces cuando se detuvo, una nube oscura se cerró a su alrededor.

Deseó cogerle en brazos y abrazarle. Deseó ser lo bastante valiente para admitirle que sabía lo que ennegrecía su espíritu. Quería hacerle saber que sentía su dolor, todo él, y que lloraba por su desesperación, por su pérdida. Pero se había contenido.

"Te quiero, hermana".

Ailein tocó la barbilla de Innes, obligándola a levantar la vista.

"Dile la verdad, antes y no después", susurró ella. "Si va a reaccionar desfavorablemente a la responsabilidad que traes contigo, debería ocurrir antes de que estés enamorada de él".

Una sola lágrima se escapó y rodó por la mejilla de Innes. Le dolía el corazón. Ella ya le amaba. Y no había nada que pudiera hacer para librarse del regalo de su madre.

Ailein se enjugó la lágrima. "Hablaremos más de ello mañana, cuando demos un paseo".

"¿Adónde vamos?"

Empezaron a caminar de nuevo.

"He avisado a Teva, la antigua sirvienta de Shona. Mañana iremos a verla".

Innes se secó el resto de las lágrimas.

"Eso me recuerda por qué he venido a buscarte. Hoy he aprendido algo de Conall sobre Shona", continuó Innes. "Shona vino aquí de niña. Estaba destinada a ser *su* esposa, no la de Bryce. El clan había hecho los arreglos cuando ambos eran niños. Cuando se dio por muerto a Conall, Bryce se casó con ella para cumplir la obligación".

Ailein le cogió la mano, e Innes vio el atisbo de esperanza en la mente de su hermana. También vio cuánto le quería ya.

"Aún tenemos que irnos", le dijo Ailein. "Quiero respuestas a todas mis preguntas. Quiero enterrar el pasado para siempre".

E Innes también quería ir. Sentía curiosidad por saber más sobre la mujer que durante años había sido la prometida de Conall.

Cómo había cambiado todo, pensó, desde que había llegado al castillo de Girnigoe. Innes había reprochado a su hermana su inseguridad por una esposa muerta. Ahora la propia Innes luchaba contra los mismos sentimientos.

Conjeturas indeseadas se agolpaban en su mente. Shona, embarazada del hijo de Bryce, murió cuando el hermano menor había ido a traer de vuelta a Conall, el hombre que debería haber tenido. ¿Quizá estaba tan desgarrada por el amor que sentía por él que acabaría con su vida?

Innes se estremeció. Al igual que su hermana, necesitaba conocer el pasado para poder enfrentarse al futuro.

"¿Cómo se corteja a una mujer como Innes?"

Conall sacudió la cabeza cuando su hermano se atragantó con un trago de cerveza. Bryce llegó a la Torre Oeste en cuanto estuvo de vuelta. Supuso que el más joven esperaba un anuncio, no una partida de ajedrez y esta pregunta.

¿"Cortejarla"? Eres Conall Sinclair. Eres el conde de la maldita Caithness. Díselo".

"¿Decíselo? Por todos los diablos, eres un inútil. No podrías jugar una partida decente de ajedrez aunque tu vida dependiera de ello. Y no entiendes nada de mujeres... y de mujeres Munro, en particular".

"Espera, dame una oportunidad". Bryce dio otro sorbo a su cerveza, se aclaró la garganta y dejó la taza. "Resulta que entiendo bastante bien a las mujeres Munro. Estoy casado con su hermana, no lo olvides. Y puedo contarte todo lo que quieras saber sobre Innes".

"Esa no era mi pregunta. Pero en cuanto a eso, Trueno puede hablarme más de ella que tú".

"Ese lobo no habla".

Trueno levantó la cabeza del pie de su amo y miró fijamente a Bryce.

"Si dices una sola palabra, te haré disecar".

El lobo enseñó los dientes.

"Basta ya, los dos", espetó Conall. "Cortejando a Innes. ¿Cómo? Necesito ideas".

"¿Me estás diciendo que nunca has intentado impresionar a una mujer?". preguntó Bryce.

Conall estuvo lejos de ser célibe en su juventud. Pero aquello era diferente. "¿Cuándo lo he necesitado? Mi mujer decidió por mí".

Bryce no era ajeno a la verdad. Desde su llegada, Shona iba a ser la señora del castillo de Girnigoe. No había cortejo ni cortejo. También comprendió que, desde la perspectiva de Shona, quienquiera que ocupara el puesto de marido tenía poca importancia.

"Bueno, ¿qué te parecen las sugerencias que ya te di? ¿Te acuerdas? ¿Y lo de cantar sus alabanzas, diga lo que diga?".

"Eso parece tan poco sincero ahora".

"Podrías colarte en su habitación y acecharla debajo de la cama".

"He oído que eso es lo que haces hoy en día".

Bryce sonrió. "Estamos casados. Tú no lo estás. Si lo haces, su reputación se verá tan comprometida que tendrá que casarse contigo".

"Ésa es la peor de las ideas". Conall señaló el tablero de ajedrez, recordando a su hermano que era su jugada.

"No sé. Empiezo a pensar que no estás hecho para cortejar".

"Me sorprende que puedas pensar algo así".

"Olvídate de cortejarla", continuó Bryce. "Domínala como a un halcón".

"¿Como un halcón?" Conall negó con la cabeza. "La mujer conoce a los pájaros mejor de lo que nosotros lo haremos nunca. Me arrancaría los ojos y me despellejaría como a un conejo".

"Entonces lucha con ella. Contrástala. Discute con ella. Probablemente se lo tomará como un reto y disfrutará con tu ingenio".

"Eso parecería de mala educación y posiblemente abusivo. Sólo pensarlo es inquietante". Conall le señaló con un dedo amenazador antes de poner en jaque al rey con su alfil. "Mi objetivo no es que haga las maletas y se marche al castillo de Folais".

Bryce lo estudió un momento antes de apartar a su rey del ataque.

Conall sabía lo que debía estar pasando por la mente de su hermano. El más joven nunca imaginó que llegaría a ver ese día. El hombre delgado y herido que había traído de vuelta a casa el invierno pasado era ahora un hombre con sueños.

Bryce apoyó un codo en la rodilla y sonrió.

"No más sugerencias idiotas", ordenó Conall.

"Regalos. A las mujeres les encantan los regalos", sugirió.

"Ya lo he hecho. Le regalé un libro. Se quedó impresionada. Pero Innes se crió sin necesitar nada. Su afecto no puede comprarse. De eso estoy seguro".

"¿Qué me dices de tu fuerza y delicadeza como guerrero? Sí que tienes reputación. Y, en cuanto a eso, Ailein dice que su hermana te observa entrenar".

Conall levantó el puño de su mano derecha. "Con eso sólo puedo llegar hasta cierto punto".

"Cierto, y supongo que, ya que estamos, tu cara y tus cicatrices te convierten en una especie de bestia, así que no la encantarás con tu aspecto".

"Jaque".

"Intento ayudarte, pero me estoy quedando sin ideas". Movié su rey.

"No has dicho nada útil".

"Hazte ropa nueva".

"Quiero *cortejarla*, Bryce. Innes. La mujer viste de negro. ¿De verdad crees que la ropa es una prioridad?"

"Entonces... aféitate", lanzó con desesperación.

"Jaque mate", dijo Conall, con asco en el rostro. "Y por mi vida, hermano, no sé qué ve Ailein en ti".

Capítulo Dieciséis

"MI SEÑORA nunca se habría quitado la vida".

Sentado en los bancos de madera de la cabaña, Innes intercambió una mirada de soslayo con Ailein y luego observó cómo Teva hurgaba en la cesta de comida que los visitantes habían traído como regalo. Al otro lado de la puerta abierta, en un pequeño jardín que se extendía detrás de la cabaña, tres cabras pastaban contentas.

"¿Dices que quieres saber de ella? Entonces podemos empezar por ahí".

La mujer parecía anciana, pero su verdadera edad era difícil de juzgar. Tenía el pelo canoso y la espalda encorvada por el paso de los años, pero había en ella una energía propia de una mujer mucho más joven.

Dos guerreros Sinclair los habían escoltado hasta la aldea, e Innes se alegró de ello teniendo en cuenta lo que había ocurrido cuando había salido con Wynda.

La casita de piedra y paja era una de las más grandes del pueblo. Desde fuera, era evidente que había estado bien cuidada. Antes de que se marcharan, Jinny le dijo que las mujeres del castillo creían que Bryce había sido muy generoso al instalar a Teva aquí cómodamente después de que se decidiera que ya no la necesitaban en el castillo.

Teva había estado esperando en la puerta abierta cuando llegaron. Sabía que venían. Y había una cosa de la que la anciana quería hablar: la muerte de Shona. Eso convenía a Innes, por el bien de su hermana.

"¿Por eso no pudimos encontrar su tumba en la cripta familiar?". preguntó Ailein.

"Sí, malditos sean todos", espetó la mujer. "Enterrada en el frío con su hijo nonato. A veces me parece oírla".

Innes se sentó y escuchó, recordándose a sí misma que se trataba de la consulta de su hermana.

"¿Pero por qué dirían que fue un suicidio?" preguntó Ailein. "¿Quién decidiría algo así, si no fuera cierto?".

"Fingal, maldice sus huesos. Falso sacerdote de corazón negro. Era Fingal", ladró Teva. "Dijo que la conocía, pues la había confesado a menudo. La enterró en tierra no consagrada. La puso en una tumba poco profunda sin nada que marcara dónde yacía. Como un perro".

"Es una acusación grave contra un sacerdote", dijo Ailein.

"Que se lo lleve el diablo. No es un sacerdote, sino un hijo de Satanás", echó humo la mujer. "Y lo que es peor, ese hombre vino *con* nosotros a Girnigoe. Sí, el bienestar de Shona fue confiado a Fingal. Debía ser su protector. Debía asegurarse de que recibiera lo acordado".

"Así que la serviste durante muchos años".

"Sí. Muchos buenos años. Nunca hubo una muchacha como ella. Crié a Shona desde que la

cogí de los brazos de su nodriza. Lo hice todo por ella. La vi crecer a lo largo de los años. La vi perder a sus dos padres, que en paz descansen. Y llegamos juntos a Girnigoe". Teva ya no los veía. Como perdida en sus recuerdos, se quedó mirando el fuego de turba que ardía en la chimenea mientras hablaba. "Ella era un soplo de aire fresco en aquel antiguo montón de piedra. Infundía vida a todos los que conocía. Enseñó a esos bárbaros lo que es una verdadera dama".

"¿Cómo se justificó el sacerdote?" interrumpió Innes. "La familia no podía estar contenta con semejante decisión".

Los ojos de la mujer se aclararon. Miró a Innes. Su rostro se endureció. Luego su mirada se fijó en los guantes que llevaba.

"¿Tenéis frío, mi señora?"

"No, estoy muy a gusto".

Innes se quitó lentamente los guantes y se los metió en el cinturón.

"No has respondido a la pregunta", insistió ella. "El laird nunca habría aceptado tal juicio a menos que creyera que el sacerdote estaba en lo cierto".

Teva se levantó y recogió la cesta, llevándola a una mesa cercana a la ventana. De espaldas a ellos, vació el contenido uno a uno, tomándose su tiempo.

Ailein había advertido a Innes de la posibilidad de disgustos antes de venir aquí. Al fin y al cabo, era la nueva esposa del hacendado. Había sustituido a la mujer que Teva obviamente adoraba. Fuera cual fuese el tema de su conversación, sabía que esta visita sería algo tensa. Ahora mismo, sin embargo, la mujer mayor parecía darles la espalda.

Innes abrió la boca, pero Ailein le cogió la mano. Se miraron a los ojos. Su hermana le recordó que aún había más cosas que deseaba averiguar. No quería que Teva les pidiera que se marcharan.

"Teva", dijo Innes, intentando otra táctica, "Dicen que Shona era una mujer llamativa".

El elogio captó la atención de la anciana. ¿"Llamativa"? No había muchacha más bonita en toda Escocia. Y cuando creció, no hubo mujer más hermosa".

"¿Entonces era justa?"

La anciana respiró hondo y asintió. "Cabello tan claro que rivalizaba con los rayos del sol de la mañana. Ojos tan azules que avergonzaban al cielo de verano". Metió la mano en el escote del vestido y sacó un medallón. "Casi nadie lo sabe, pero este tesoro fue pintado el año anterior a nuestra llegada al castillo de Girnigoe. La madre de Shona me lo dio en su lecho de muerte, como regalo por mi promesa de cuidar siempre de su hija".

Abrió el medallón delante de las dos hermanas, pero lo mantuvo fuera de su alcance. Podían mirarlo, pero no tocarlo.

Los años habían sido duros con la pieza. La imagen se había desvanecido hasta hacerse irreconocible.

"Esto es acuarela espesada con goma arábica", comentó Innes. Le interesaba más el proceso que la persona representada.

"No lo pintó ningún árabe. Pasaron por allí dos monjes que se dirigían al santuario de Santa Brígida, en el oeste. Uno de ellos era pintor. Incluso él dijo que nunca había visto un niño más hermoso". Teva apartó el medallón y se lo metió en el escote del vestido.

"Ya veo que lo era", dijo Innes. "De hecho, no creo haber visto nunca un parecido más sorprendente que éste".

Ailein la miró arqueando una ceja.

Innes continuó. "Shona llegó a Girnigoe para ser la esposa del próximo laird".

"No sólo la esposa del laird. Iba a ser la condesa de Caithness. Planeaba convertir el castillo

de Girnigoe en el centro de la cultura del norte". Teva volvió a sentarse.

"Debía de estar... bueno, angustiada cuando le llegó la noticia de la muerte de Conall".

"Fue duro, sin duda. Su dolor fue feroz, como el del resto del clan, pero sobrevivió". Se encogió de hombros. "Conall estaba muy enamorado de ella. Pero había tenido su oportunidad. Ella estaba preparada para casarse, pero él había aplazado la boda tantas veces, huyendo a la batalla en lugar de cumplir su promesa de casarse con ella. Después de Solway Moss, Shona no quería esperar uno o dos años y dejar que Bryce jugara el mismo juego que su hermano. Le recordó su obligación y exigió que se cumplieran los términos del acuerdo matrimonial".

Innes volvió a coger la mano de su hermana. Se sintió aliviada al ver que a Ailein le dolía el corazón por su marido. Se había casado por deber.

"Así que se casaron", preguntó Innes en voz baja, "pero ¿cuánto tiempo pasó antes de que llegara la noticia de que Conall estaba vivo?".

"Shona y Bryce se casaron en marzo. La noticia de Conall llegó en noviembre".

"Eso debió de alterarla de nuevo. Seguramente debía sentir algo por el hombre para el que había sido destinada, y ahora estaba casada con su hermano".

"Sí, milady, *estaba* disgustada. Pero no por la razón que estáis pensando. Ella pensaba..." Teva se detuvo, atrapándose en lo que iba a decir.

Mientras escuchaba, Innes se dio cuenta de que podía terminar la frase. Aquel matrimonio no tenía nada que ver con el amor... de ninguno de los hermanos. Teva iba a decir que Shona pensaba que iba a ser condesa. Ahora, no lo era. Y *eso* era lo que la disgustaba, oír hablar de Conall.

Innes pensó en lo mucho que Conall significaba ya para ella. Por su propio bien y por el de su hermana, se sentía aliviada de que el amor y el afecto no parecieran desempeñar ningún papel en las decisiones tomadas. Al mismo tiempo, cada vida era preciosa y se habían perdido dos, ¿y para qué?

"Dijiste que no pondría fin a su propia vida. ¿Qué crees que ocurrió?" preguntó Ailein con suavidad.

"Asesinato. Y no lo pienso; lo sé".

Ahora estaba claro por qué la anciana ya no era bienvenida en Girnigoe. Innes intercambió otra mirada con su hermana. "Es una acusación muy fuerte".

"Sí, lo sé. No soy tonta". La mujer apretó la mandíbula con obstinación. "Mi ama era un ángel, pero tenía sus enemigos, como ya he dicho".

"¿Quién haría algo así?" preguntó Innes. "¿Y por qué? ¿Qué podría esperar ganar nadie?"

Teva apartó la mirada un momento, y luego su mirada se movió de una hermana a otra.

"Si te digo la verdad y vuelves con el terrateniente, hará que me echen de aquí". Había un temblor en la voz de la anciana. Se dio cuenta de que quizá ya había dicho demasiado. "Moriré fría y sola en el páramo. No tendré clan ni parientes que me acojan".

"Hemos venido a verte porque queríamos oírte", le aseguró Ailein. "Lo que digas quedará entre nosotros. No se lo repetiré al terrateniente. Te doy mi palabra".

La mirada de la mujer se posó en Innes, que asintió.

Un pesado silencio flotó en el aire durante unos instantes antes de que ella hablara por fin. "Fue uno de los tres. Pero para hablar con verdad, podría ser cualquiera de ellos... o todos juntos".

"Continúa", ordenó Innes. "Tienes que explicarte".

"Lachlan", dijo Teva. "El hombre es viejo y cojo. No tiene habilidades, ni capacidades que le justifiquen ser el mayordomo de un lugar como Girnigoe. Y roba".

Innes vio que su hermana abría la boca y luego la cerraba. Ailein quiso defender al mayordomo, pero se dio cuenta de que lo mejor era que Teva continuara.

"Mi ama planeó que le sustituyeran", añadió Teva. "Él lo sabía".

"Estás diciendo que puede haberla matado, aunque fuera Bryce y no ella quien tomara esa decisión".

La mandíbula de la mujer se endureció. No le gustaba que pusieran en duda su palabra. "Bryce respetaba a Shona. La escuchaba".

"Como debe ser", dijo Innes, refiriéndose a ella. "¿Quién más?"

"Wynda, por supuesto".

Innes sintió que se erizaba. Por muy severa que pareciera, la tía de Bryce sólo les había mostrado amabilidad a ella y a Ailein desde que llegaron. Wynda era competente y dirigía la casa con mano de hierro, pero sobre todo quería a los hermanos Sinclair como si fueran sus propios hijos.

"¿Por qué Wynda?" preguntó Innes.

"Desde el mismo día en que pusimos un pie en el castillo, Wynda no intentó ocultar ni una sola vez su aversión hacia mi ama. Su relación no hizo más que empeorar con los años".

"Que alguien no te guste está muy lejos de ser un asesinato".

"Sí, pero la mujer vio que su amargura estaba a punto de volverse contra ella. Verás, Wynda sabía que la enviarían de vuelta a aquel convento al que su padre la había exiliado cuando era más joven".

"¿Qué exilio?" preguntó Ailein. "¿Qué quieres decir?"

"¿Así que no sabes nada de su pasado?"

La conversación se estaba desviando, e Innes se cuestionó de repente su decisión de venir aquí. Ya comprendía por qué los Sinclair no querían que Teva viviera entre ellos. Las palabras de la mujer eran como el veneno de una serpiente.

"Cuando Wynda era sólo una muchacha, huyó con un hombre que su padre no aprobaba. Llevaba en su vientre a su hijo cuando el laird los alcanzó".

"¿Cómo puedes saber algo así?" preguntó Innes.

"Yo también soy un Sinclair, recuerda. En el clan de Shona, todo el mundo conocía la desgracia que Wynda causó a su pueblo", dijo Teva con suficiencia. "Su padre mató al hombre y la envió a un convento. Allí tuvo un hijo, dicen, pero se lo quitaron. Nunca volvió a verlo. Se habría podrido allí si su hermano no hubiera mandado a buscarla. La necesitaron cuando la madre de Conall y Bryce murió joven".

"¿Qué hacía Shona con esos conocimientos?" preguntó Ailein, alzando la voz. "¿Sobornarla? ¿Atormentándola? ¿Amenazarla?"

"Mi ama no trató a Wynda peor de lo que merecía ser tratada".

"Aun así, todo esto son tonterías", interrumpió Innes. "Esos dos vivieron durante años en ese castillo. Si conocían el error de Wynda -si es que se trataba de eso-, todos los demás debían de saberlo también. Y la gente tiene sus diferencias. Eso no es motivo para asesinar".

"Si consigues que alguno de esos Sinclair de boca cerrada del castillo hable contigo, te dirá que Shona y Wynda tuvieron una discusión terrible el día en que murió mi ama. Fue en el Gran Salón. Yo estaba allí, y fue feo".

"¿Sobre qué discutieron?"

"Mi señora pensó -y con razón- que era una tontería pagar un rescate colosal para recuperar a Conall. Llegaron informes de que apenas estaba vivo", dijo Teva con orgullo, como si la hubieran consultado sobre la decisión. "Wynda empezó a gritar como una loca. Llamó a mi ama

con nombres horribles. Y amenazó con matar a mi dulce muchacha si volvía a decir esas cosas".

Ailein cogió la mano de Innes. Quería salir de allí. No habían conseguido nada viniendo, salvo enfadarse.

"¿De quién más sospechas?", preguntó, apretando la mano de Ailein y soltándola. "¿Quién es la tercera persona?"

"El cura".

"¿Qué animadversión sentiría por Shona que le llevara a asesinarla? Dijiste que le habían traído al castillo para cuidar de ella".

"Nunca aprobó nada de lo que ella decía o hacía".

Innes sacudió la cabeza. "Esto es demasiado".

"Se puso del lado de Wynda en todos los desacuerdos. Su lealtad no estaba con los suyos, sino con esos Girnigoe Sinclair. Y aquel día fue a la habitación de mi ama. Pudo haberlo hecho".

Ailein se levantó, le indicó a Innes que ya era la hora y se dirigió hacia la puerta.

"Gracias por hablar con nosotros", dijo Innes, acercándose a Teva. Rodeó con sus manos los finos dedos de la mujer.

"Sentimos mucho tu pérdida. Ha tenido que ser muy difícil. Parece que has perdido a una amante cariñosa".

Innes se estremeció. Cerró los ojos un instante para tolerar el dolor.

"Se hará justicia", dijo Teva, levantándose. "Su asesino será desenmascarado. Tan seguro como que Dios nos vigila desde arriba, la justicia llegará".

Ailein condujo a Innes fuera de la cabaña, y los dos caminaron juntos hasta donde los guerreros Sinclair esperaban con los caballos.

"Me ponía enferma escucharla", dijo.

Innes asintió. "Pero se cree todo lo que dice".

"Viste algo más, ¿verdad?", preguntó. "Cuando le cogiste la mano".

Innes miró hacia la cabaña. "A Teva le han puesto un palo en la espalda, y más de una vez. Shona solía pegarle".

Capítulo Diecisiete

JINNY SE DETUVO DENTRO de la puerta de la Torre Este y puso una mano en el brazo de Innes.

"Para ser sincera, me puse un poco nerviosa cuando se me acercó, con su mirada salvaje y... ¡Dios, qué tamaño!". Se rió como una muchacha de quince años.

"Es imponente, lo reconozco. Pero ¿por qué...?"

"¡Pero qué *hombre* es! Bastante guapo cuando lo miras de cerca. Esos ojos, te atraen. Y esas cicatrices. Ha visto la vida como pocos. No podía respirar. Me quedé allí, muda como una piedra, mirándole fijamente. Tuvo que preguntarme dos veces antes de que encontrara mi voz. ¿Qué podía decir sino: "Sí, mi señor. Por aquí, milord". Tropecé dos veces con mis propios pies mientras le conducía hasta aquí".

Innes subió las escaleras con la mujer mayor pisándole los talones. Jinny las había estado esperando en el Pabellón Exterior y agarró a Innes en cuanto regresó del pueblo con Ailein.

"Pero, ¿por qué quería el conde entrar en mi habitación?"

"No puedo decirlo. He jurado guardar el secreto. Además, no lo estropearía".

Su mente se agitó, intentando imaginar por qué Conall querría subir aquí.

"¿Te he dicho lo educado que era? Me habló como si yo fuera una dama de calidad". Se llevó una mano al corazón cuando llegaron a la puerta de Innes. "Por la Virgen, nunca me cansaría de despertarme con la visión de los ojos y los hombros de ese hombre y..."

"Suenas como una mujer enamorada, Jinny".

"¿Cómo podría alguien no serlo?", respondió tímidamente la mujer mayor. "¿No lo eres?"

Lo estaba. Pero no iba a admitirlo ante Jinny. Innes empujó la puerta, se dio cuenta de lo que había hecho e inmediatamente suspiró de placer. Habían colocado una mesita junto a una ventana, con dos sillas al lado.

"Un juego de ajedrez. Es tan..." Se detuvo, sin querer decir demasiado delante de Jinny, que la observaba como si fuera su propio regalo para Innes.

Cruzó la habitación. Era un juego aún más fino que el que guardaba en sus aposentos. Se quitó los guantes y cogió una de las piezas.

"¿Has visto las sillas?" preguntó Jinny. "Son más bonitas que las de la Torre Norte, te lo aseguro".

Innes sostuvo la pieza de ajedrez en la palma de la mano. Estaba tallada en marfil de morsa. La mitad de las piezas estaban teñidas de rojo; todas las piezas principales representaban figuras humanas. Los caballeros montaban a caballo y llevaban lanzas y escudos. Las torres eran berserkers de aspecto feroz que mordían furiosamente sus escudos en su afán por librar la batalla. Los peones eran más pequeños, con la parte superior redondeada y dibujos rúnicos tallados en ellos.

Pasó los dedos por la tabla de madera incrustada, un tesoro en sí mismo.

Nadie le había hecho nunca regalos como Conall Sinclair. No podía leerle la mente, pero sabía cómo hacer que su corazón brillara.

Volvió a dejar la pieza en la pizarra y se dirigió a su mesa de escribir.

"Ginny, necesito que vayas a la Torre Oeste y preguntes por un hombre llamado Duff".

"Conozco a Duff".

"¿Sí?" Levantó la mirada. Jinny apartó la mirada, pero parecía que se estaba sonrojando.

Al terminar la nota, Innes la dobló. "Por favor, dile que entregue esto al conde. Es sólo para sus ojos".

Innes entregó la carta a Jinny y vio cómo la sirvienta se la llevaba al pecho como si fueran las joyas de la familia real. Se dirigió hacia la puerta y se detuvo.

"Así que no son rumores", dijo con una amplia sonrisa. "Está realmente prendado de ti".

"Fuera contigo".

"¿Es seguro decir que puede haber otra boda?"

"Vete, Jinny".

Innes cerró la puerta tras la mujer y apoyó la espalda en ella. Inmediatamente se le llenaron los ojos de lágrimas.

Estaba enamorada de Conall Sinclair, pero no podía decir lo que sentía. Aún no. Sólo cuando le hiciera consciente de su don podría conocerla de verdad... y aceptarla por lo que era. ¿Pero lo haría?

Se quedó mirando el precioso juego de ajedrez. No dudó de la intención del regalo. Recordó el consejo de su hermana. *Díselo antes y no después... antes de que te enamores de él.*

Pero su corazón ya había pasado a *más tarde*.

Conall abrió la carta y sonrió. Una jugada de ajedrez. Eso era todo. Y ella iba en cabeza con el caballo de la reina. Una posición desafiante en la que colocarse al comienzo de la partida. No se lo estaba poniendo fácil. Se volvió hacia Duff.

"¿Dijo algo más?"

"No, mi señor. Jin... eh, la mujer Munro dijo que su señora enviaba esto, y que yo debía traértelo enseguida".

No se lo podía creer. Estaba realmente nervioso. ¿Cuándo le había pedido a una mujer que se casara con él? Nunca.

Quería a Innes. La quería en su cama. Quería abrir los ojos cada día y ver su rostro junto al suyo. Planear, vivir, esperar con ilusión este día, y el siguiente, y el siguiente, con Innes a su lado. ¿Pero qué tenía que darle a cambio?

Tenía que irse antes de perder el valor. Se dirigió hacia la puerta con Trueno trotando tras él.

"Quédate aquí, bestia".

El lobo se sentó sobre sus ancas, con aire abatido.

Llegó a la puerta, pero el gemido del lobo le detuvo. "Por el demonio. Muy bien, vamos. Mis posibilidades podrían ser mejores contigo a mi lado".

Trueno se acercó haciendo cabriolas y bajó las escaleras corriendo delante de él.

Tomando el túnel bajo el castillo hacia la Torre Este, se preguntó si Innes le recibiría solo o si sería necesaria la presencia de alguien más. Su plan para esta visita era honorable. Sin embargo, los rumores que circulaban sobre ellos desaparecerían muy pronto. Tenía la intención de hacer

pública su noticia en cuanto ella aceptara casarse con él.

Por supuesto, tenía que haber una visita al castillo de Folais. Tenía que concretar los detalles con su padre y asegurarse su consentimiento. Los Munro habían prestado apoyo a los Sinclair en todas las batallas que él y su padre habían librado. Sabía que si Innes le aceptaba, Héctor también lo haría.

Trueno ya estaba arañando su puerta cuando llegó al rellano.

"Siéntate".

El lobo obedeció.

"Déjame hablar a mí", ordenó.

Trueno saltó de nuevo a la puerta, arañando.

"Eres una maldita bestia".

La puerta se abrió y, antes de que pudiera atraparlo, el lobo tenía las zarpas sobre sus hombros y le estaba besando la cara. El sonido de su risa era una caricia.

"Abajo, Trueno", ordenó.

Por una vez, el animal escuchó. Un vistazo a la habitación le dijo que sólo estaban ellos dos. Luchó contra el impulso de hacer lo que había hecho Trueno. Ella estaba a su alcance, secándose la cara con un pañuelo, con una sonrisa en los labios. Tenía la cara sonrojada. Le brillaban los ojos. ¿Había estado llorando? No podía saberlo.

Le asaltó un momento de duda. No, pensó. No seas tonta.

Trueno saltó sobre la cama al otro lado de la habitación.

Conall le fulminó con la mirada. No necesitaba que le recordaran dónde quería estar con Innes. Si besaba a Innes o la tocaba ahora mismo, aquel lobo tendría que desplazarse. Había estado pensando en hacer el amor con ella, soñando con ello. No podía esperar a que fuera suya.

"Abajo, ramera", ordenó.

El lobo sólo se acomodó más en la ropa de cama.

"Siento haberlo traído conmigo". Dio un paso hacia la cama y Trueno, presintiendo una amenaza inminente, retrocedió de un salto. "Se olvida de que es un animal salvaje cuando está contigo".

"Eso es porque no es un animal salvaje". Acarició la cabeza de Trueno, que se acercó y se sentó a su lado como una mascota perfecta. "Para ser sincera, prefiero su compañía a la de muchos humanos".

"Si estás diciendo que tengo que competir con él, también, por el tiempo contigo, entonces llevaré esta bestia como capa el próximo invierno".

Ella se rió y sacudió la cabeza, con un rubor subiendo a su mejilla. "No hay competencia. Estaré a tu disposición siempre que lo desees".

Innes se alejó justo cuando sus palabras se asentaron en su mente. *¿Acaba de dar su consentimiento?*

"Este juego de ajedrez es magnífico", dijo. "¿Quién lo ha hecho?"

Ella se sentó a un lado del tablero, indicándole que ocupara el asiento opuesto. Ella ya había hecho su jugada, la misma que le había enviado en su carta. Trueno se puso de su lado, tumbándose a sus pies.

Mientras se sentaba, Conall se fijó en los objetos que ella había apilado en la mesa junto a la pizarra. Su carpeta de dibujos. Una bolsa que siempre llevaba al cinto. Sus guantes.

"El conjunto fue tallado por uno de los artesanos nórdicos que construyeron el castillo de Girnigoe hace casi ochenta años. Ha pertenecido a nuestra familia desde entonces".

Hizo una mueca de dolor y se sentó. "¿Qué hace aquí? ¿No debería estar a salvo en algún

sitio?"

"Bryce odia el ajedrez. Sólo juega porque yo le obligo. Este juego ha estado guardado".

"Aun así, nunca debiste traerlo aquí".

"Es un regalo, de mí para ti".

Sacudió la cabeza. "Esto es demasiado valioso".

"Es un regalo, Innes, del conde de Caithness a la mujer a la que propone matrimonio".

Conall se preparó. No sabía qué había esperado, pero las lágrimas no eran una de ellas. La confusión lo desgarró mientras ella se apuñalaba las gotas que rodaban por sus mejillas. Se negó a mirarle a la cara.

Los dos permanecieron sentados en silencio durante lo que pareció una eternidad. Por fin encontró algunas palabras.

"Supongo que mi oferta no es... aceptable".

Respiró entrecortadamente y levantó la vista. "Nada me *ha* hecho más feliz que la oferta que acabas de hacerme".

La confusión que le atormentaba no hacía más que agravarse. Su afirmación de felicidad no se correspondía con la tristeza que claramente sentía.

No podría soportar que ella le rechazara, no después de haberse atrevido a tener esperanzas. Quería que fuera su esposa. La *necesitaba* en su vida. Cruzó el tablero y le cogió la mano.

"¿Qué pasa? Háblame. No me hagas sentarme aquí sintiéndome impotente".

"No sabes nada de mí".

En muchos sentidos, era una inocente. Bajo la armadura era vulnerable. Por alguna razón, había sufrido desde la muerte de su madre. Deseó poder quitarle ese dolor.

"Sé lo suficiente".

Innes volvió a negar con la cabeza. Liberando la mano, se sentó e hizo un gesto a la pizarra.

"Jugaremos a este juego. Con cada pieza que cojas, puedes hacer una pregunta".

"¿Sobre qué?"

"Sobre mi pasado. Sobre lo desconocido de mi vida. Puedes preguntar todo lo que quieras saber sobre la mujer con la que quieres casarte".

"¿Yo hago una pregunta y tú respondes?"

"Sí. Y prometo decirte la verdad absoluta".

"¿Qué pasa conmigo? Las piezas que te llevas. ¿Vas a preguntarme también por mi pasado?"

"No". Sonrió suavemente. "No lo haré. Éste es mi regalo para ti. El don de la verdad".

Se quedó mirando la pizarra un momento antes de volver a mirarla a la cara. Parecía tener sus emociones bajo control. Quiso acercarse y besar aquellas perlas de cristal de su mejilla. Quería decirle que no podía haber nada en su pasado tan oscuro como lo que había enterrado en el suyo. Ella no tenía nada que ocultar y, sin embargo, él tenía demonios que le perseguían.

"¿Importa quién gane?"

"El juego que vamos a jugar no consiste en ganar. Se trata simplemente de aprender, como lo es la vida".

"¿Aceptarás casarte conmigo después de este partido?"

"¿Aceptarás terminar el juego?"

Estudió su hermoso rostro lloroso. Había palabras que aún no había pronunciado. La deseaba no por los acuerdos adecuados para sus clanes, ni por su dote, ni por provocar la euforia de su hermano y su hermana. Quería a Innes porque la amaba. "Sí, te doy mi palabra".

"Entonces me casaré contigo". Ella se quitó las últimas lágrimas de la cara. "Pero sólo si encuentras en tu corazón la forma de repetir tu proposición".

Capítulo Dieciocho

"Los aldeanos vienen ahora a por mí. Veo sus antorchas en la meseta sobre mi cañada. El sacerdote me ha descubierto y se vengará de mí. Conozco la muerte ardiente que me espera. La buena muchacha que he elegido espera esta crónica. Debo detenerme aquí y facilitar su huida. Rezo para que encuentre un lugar seguro entre el Clan Munro. Es una joven de calidad. Que Dios la proteja..."

- De la Crónica de Lugh

ÉSTA ERA LA MEJOR MANERA. Necesitaba saberlo todo.

No le engañaría. No podía mentirle. Necesitaba saber la carga que Innes llevaba consigo, y cuánta de ella recaería sobre los hombros de su marido, si algún día se casaba. Necesitaba comprender que no sólo estaba uniendo su mano a la de ella en matrimonio, sino que le estaba abriendo su alma mientras viviera.

Era el momento. En el ajedrez había reglas. Había prometido terminar la partida. Ahora ella podía marcar el ritmo.

La primera pieza que capturó de ella fue un peón.

"Ese mechón de pelo blanco bonnie". Sus ojos azules lo acariciaron. "¿Siempre lo has tenido?"

"¿Esto?" Se le había caído por la cara. Se lo puso detrás de una oreja. "Se volvió blanco el día del entierro de mi madre".

"Pero sólo tenías siete años, dijiste".

"No encontrarás mucha lógica en mi vida".

"¿Qué crees que lo ha provocado?"

"Esa es otra pregunta. Tendrás que ganarte la respuesta".

Su sonrisa le hinchó el corazón. Miró fijamente el tablero, sin permitirse albergar esperanzas. Capturó un peón y su alfil en dos turnos. Él se vio obligado a eliminar el caballo de rey de ella.

Innes había empezado la partida temerariamente, retándole a capturar sus piezas. Conall, en cambio, jugaba con cautela, permitiéndole cometer errores. No había errores por su parte. Cada derrota era intencionada.

"El vestido negro. ¿Te pones alguna vez otro color?"

"Nunca. Excepto lo que me pongo para dormir. Quería decir que mis turnos son todos blancos".

Su mirada parpadeó hacia la cama y hacia atrás y bajó por la parte delantera del vestido. Sus

mejillas se calentaron al recordar lo que había pasado por su mente en Wick y de nuevo junto al lago. Rezó para que llegara el día en que pudiera satisfacer todos sus deseos.

"¿Tienes que sacrificar otra de tus piezas antes de que te pregunte cuándo empezaste a llevarla y por qué?".

"Son dos preguntas de más, pero me siento generoso, así que responderé".

Se rió. "Me gusta esta forma de jugar al ajedrez. Y agradezco tu generosidad".

Acarició la cabeza de Trueno. Estaba tumbado a sus pies, con la cabeza apoyada en su rodilla. Innes se preguntó si el lobo percibía el caos interior que ella intentaba mantener oculto.

"Tenía diecisiete años. Me vestí de negro cuando la mujer de mi padre me presentó a uno de sus primos. Sabía que el hombre había venido al castillo de Folais para pedir mi mano".

"¿Y se desanimó por el color de tu vestido?".

"Eso y mi trato frío hacia él. Además, le había dado algunas respuestas extrañas a sus preguntas".

"¿Qué quieres decir?"

"Me preguntó qué lloraba. Le dije que lloraba la pérdida de inocencia en el mundo. Me preguntó cuánto duraría mi luto. Le pregunté cuánto creía que duraría el mundo".

Se echó a reír. El fuerte y sincero sonido hizo sonreír a Innes.

"Eras demasiado para él".

"Supongo que vino en busca de una novia, más que de un filósofo vestido de negro. En cualquier caso, no se quedó mucho tiempo".

"Todo funcionó tan bien que decidiste adoptar el hábito".

"Sí. Sentí un cambio en mí a partir de ese momento", dijo, haciendo su movimiento. "Empecé a decir lo que pensaba. A defenderme. A proteger a mi hermana. Mi padre sabía que yo era diferente, pero es un buen hombre. Siempre me ha apoyado. Siempre me permitió ser quien necesitaba ser. Con cada año que pasaba, mi armadura se hacía más fuerte, mi lengua un poco más afilada".

"No me das miedo, ¿sabes?".

"Y, sin embargo, muchos hombres me encuentran aterradora".

"Me alegro". Extendió la mano por encima del tablero y le acarició la cara. "Querida Innes, respeto y admiro a la mujer en que te has convertido. Si fueras menos fuerte, o menos directa, creo que no me sentiría así".

Su pulgar le acarició el labio inferior, e Innes sintió que se le cortaba la respiración. Quería perderse en sus caricias, en su afecto y su pasión. Pero estaban lejos de haber terminado con este juego.

Mientras capturaba la siguiente pieza, su mirada se desvió hacia los objetos de la mesa. "Los guantes. ¿También forman parte de tu escudo? ¿Empezaste a llevarlos al mismo tiempo que empezaste a vestir de negro?".

El corazón le latía tan fuerte en el pecho que Innes pensó que podría oírlo.

"El guante es mi mayor escudo. El que utilizo para proteger a los que conozco".

"No lo entiendo".

Se quedó mirando el tablero de ajedrez, los guantes, la bolsa de cuero con la reliquia que había sobre la mesa. No podía mirarle a los ojos. Era hora de contarle el resto. Era hora de mostrárselo.

"Necesito que me hagas un voto".

"Por supuesto. Eso es exactamente lo que nos jugamos".

Respiró hondo. "Salvo mi padre y mi hermana -y Wynda desde la semana pasada-, nadie más

sabe lo que voy a revelarte sobre mí".

Le temblaban las manos. Las metió entre las rodillas. Ahora que había llegado el momento, la duda desgarraba su voluntad.

"Háblame, Innes. Te prometo que nunca repetiré nada de lo que me digas ahora".

Recordó algunos de los relatos que había leído en la crónica que le dejó su madre. "Comprenderás que si lo haces, significará mi muerte".

Hizo una pausa y luego le cogió la mano. "Sea lo que sea, guardaré tu secreto".

Miró a Conall a los ojos, leyendo los pensamientos que corrían por su mente, comprendiendo que él la protegería a pesar de todo.

"No temas. No soy bruja. No hay brujería. Lo que voy a mostrarte me ha llegado a través de generaciones. No tuve más remedio que aceptarlo hasta que fue demasiado tarde".

Innes le soltó la mano. No soportaba ver sus pensamientos, oír las preguntas antes de que las dijera. Y él estaba preocupado por ella. Ella le causaba dolor.

Cogió la bolsa. "Abre la mano".

No hubo vacilación. Abrió la palma de la mano.

Dejó caer la reliquia en su mano.

"¿Qué es esto?"

"Esto me lo dio mi madre en su lecho de muerte".

Estudió la piedra tallada en la palma de su mano.

"¿Qué ves?"

"Una tablilla de piedra. Los bordes son ásperos, como si se hubiera desprendido de una tablilla mayor". La levantó a la luz de la vela y observó las inusuales marcas que se habían suavizado con el tiempo. "Parece muy antigua".

"¿Lo sientes?"

"¿Sentir qué?", preguntó.

"¿Está caliente al tacto?"

"No".

"¿Sientes el poder que lo atraviesa?"

Se encontró con su mirada. "No siento nada. Es sólo un trozo de piedra".

"Extiéndelo en la palma de la mano".

Innes colocó su mano sobre la de él, con la piedra entre sus palmas. Los dedos de ella se calentaron. El calor irradiaba allí donde su piel se encontraba. La piedra canalizó el poder de Innes y lo extendió a Conall. Sólo lo había intentado una vez con Ailein. A su hermana le aterrorizaba el poder.

Innes vio que la mente de Conall se inundaba de preguntas y se concentró en llegar hasta él.

Te estoy diciendo la verdad, pensó. Créeme cuando te digo que no tengo elección en este regalo. Sus propias palabras se repitieron en su mente. Entonces pensó en los dos en el lago, y supo que él también lo estaba viendo... excepto que estaba viendo el momento a través de sus ojos, a través de su memoria. Él comprendía cómo se sentía ella.

La reliquia cayó sobre el tablero cuando retiró la mano. La miró a los ojos.

"Me hablaste y, sin embargo, no dijiste ni una palabra".

Ella asintió.

"Lo oí. Lo sentí. Por 'sblood, lo vi. Nos he visto".

"Estabas en mis pensamientos. Veías mi pasado, mi memoria".

"¿Cómo? En su rostro se había dibujado una expresión de sospecha.

"Es la tableta".

Volvió a coger la pieza. "¿Alguien que sostenga esto puede leer la mente de alguien? ¿Ver su pasado?"

"Ahora mismo, me da poder a mí y a nadie más", explicó. "Excepto cuando extendiendo ese poder a través de la piedra. Como acabamos de hacer. Pero eso es sólo momentáneo".

Lo miró en silencio. Sabía cuánto había que ordenar.

"¿A esto te referías cuando decías que tu vida cambió cuando murió tu madre?"

Ella se encontró con su mirada. "Sí. Preguntaste por la mancha de pelo blanco. Era la piedra. Fue la comprensión de que no podía haber más secretos en el mundo. Las almas quedaron expuestas ante mí. Se revelaron las mentiras. Mi infancia se hizo añicos, se acabó. No bromeaba con mi primer pretendiente cuando dije que lloraba la pérdida de la inocencia".

Se olvidó del juego. Su interés le dio la esperanza de que tal vez él lo entendería.

"¿Cómo llegó tu madre a tenerlo?"

"Lo recibió de un linaje de mujeres que lo tuvieron antes que ella. En el castillo de Folais tenemos una crónica guardada bajo llave. Es una narración escrita por quienes han tenido esta piedra desde que llegó a nuestras costas septentrionales hace cincuenta años. También explica el poder mayor que hay detrás de otras piedras que hay por ahí", explicó. "La de mi madre es la última entrada de la crónica. Algún día, cuando conozca a la persona a la que pasará la reliquia, añadiré también mi relato".

Se levantó y miró alrededor de la habitación. Estaba perdido, y ella sintió que se le partía el corazón. Dio un paso hacia la puerta, pero volvió y se sentó de nuevo.

"¿Qué recuerdos tienes de esto antes de que muriera tu madre?"

"Era tan joven". Recordó. "Siempre llevaba guantes cuando estaba en público. Y recuerdo que llevaba una bolsa alrededor del cuello o en el cinturón. Nunca se separaba de ella. Pero no tuve ni idea de lo que era hasta los días anteriores a su muerte. Me tenía a su lado y no paraba de hablarme. Pero nada tenía sentido. Yo no creía. No hasta que ella se fue. Sólo con la muerte el poder pasa a otro. No antes".

Innes no podía decirle que los primeros pensamientos que había leído habían sido sobre la decepción de su padre por no tener hijos y sobre sus planes de volver a casarse. Hector Munro era un buen hombre; había sido un padre excelente. Y había mantenido hasta el día de hoy su promesa de proteger a Innes y la piedra.

"¿Nadie sabía lo que tu madre podía hacer?"

"Nadie, excepto su marido".

"¿Y quién sabe de ti?"

"Como he dicho antes, sólo a mi padre, Ailein, y en nuestra excursión de esta semana, se lo dije a Wynda".

"¿Por qué Wynda?"

No podía negárselo. Innes le contó todo lo que había ocurrido aquel día y cómo había utilizado su don para ahuyentar a aquellos jóvenes.

"Así que ahora hay otros que también lo saben. Jóvenes bandidos que vagan por el campo en busca de mujeres indefensas a las que robar".

"No sabían quién era yo". Tenía que tranquilizarlo. Su intención era que Conall conociera la piedra, no que se preocupara por su seguridad. "No eran mala gente. Sólo jóvenes que habían perdido el rumbo. Pregúntaselo a Wynda".

Tardó unos instantes en volver a concentrarse en los objetos que rodeaban el tablero de ajedrez.

"¿Necesitas tocar la piedra mientras lees la mente de alguien? ¿Como hemos hecho ahora?"

Sacudió la cabeza. "Tras la muerte de mi madre, la piedra unió su poder a mí. Se convirtió en parte de mí. La llevo conmigo porque me dijeron que eso era lo que debía hacer... para mantenerla a salvo. Pero no necesito tocarla".

Le miró la mano. "La plaza del mercado. El niño pequeño. Sabías su nombre".

"Kade Sabía su nombre por el recuerdo de su madre llamándole. Sabía dónde llevarle por la misma razón".

"Y en el almacén, cuando te cogí de la mano".

Ella se sonrojó. "Sabía que querías besarme".

"Y en el lago".

Su mirada se posó en su regazo. "Yo... sabía que querías hacerme el amor".

Conall le levantó la barbilla y la miró a los ojos. Había ternura, un banco de pasión en el fondo de sus ojos azules. Innes se dio cuenta de que aún no comprendía el alcance de su don. Tenía que contarle el resto.

"Hay algo más que tengo que enseñarte".

Cogió sus dibujos y los abrió para que él los viera. Los dos dibujos que ella quería estaban en la parte superior. El del campo de batalla con los muertos y con su mano cortada. El segundo representaba una mazmorra. Le temblaron los dedos al extenderlos.

"Dos veces nos tocamos cuando no tenía tiempo para prepararme, ni para un guante. Las dos veces no me conocías y luchabas contra los recuerdos de tu pasado".

Se quedó mirando los dibujos.

"La primera la dibujé después del día de la boda, cuando me sorprendiste cayendo por la escalera. La segunda vez fue cuando regresabas al castillo de Girnigoe y el Trueno me derribó. Me pusiste en pie".

Siguió mirándolas fijamente.

"No estaba husmeando en tu pasado. No soy un ladrón que roba los secretos de nadie. Las imágenes que me vinieron fueron las que estaban en primer plano en tu mente cuando mi mano te tocó".

Habló en voz baja y con rapidez, intentando ocultar sus crudas emociones. Sabía que a él le molestaba cualquier atisbo de compasión.

"Cuando toco una mano, me veo arrastrado a la mente de una persona. No puedo elegir lo que veo. A veces, es el olor de la muerte. Y lo siento, lo huelo, lo saboreo. A veces, hay violencia. Siento el dolor. A muchos les consumen sus pesadillas. Y yo *siento* esas pesadillas. Vivo esas pesadillas".

"El pasado que vive en nuestros pensamientos se agudiza, se agudiza y se exagera. Y se convierte en el mío. Lo comparto, lo siento e intento soportarlo junto con ellos. Cuando me veo arrastrado al pasado de tantos de nosotros, sé que el infierno está vacío y que todos los demonios están aquí."

Se miró las manos. No se había movido en absoluto.

Su silencio la estaba matando. Le ardía la garganta por el dolor de lo que sabía que iba a ocurrir. Su vista se inundó de lágrimas no derramadas.

"No es por elección que hago esto. Pero aquí estoy. Sin secretos. El auténtico Innes Munro".

"Basta", dijo, poniéndose en pie. Caminó hacia la puerta y la abrió. Se detuvo y la miró por encima del hombro.

"Gracias por tu sinceridad y tu confianza", dijo, con voz gruesa. "Tu secreto está a salvo conmigo mientras viva. Trueno, ven".

El lobo le lamió la mano y corrió tras su amo.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, un nudo en el pecho amenazó con dejarla sin aliento, y las lágrimas empezaron a caer.

Ella había sabido que éste sería el camino. Éste era el final para ellos.

Capítulo Diecinueve

AHORA TODO TENÍA sentido para él.

La primera vez, jadeó de dolor. La segunda vez, casi se desmayó en sus brazos. Así sería exactamente la vida de Innes con él. Una vida de miseria y tortura cada vez que lo tocara.

No podía hacerle eso.

Conall estaba de pie sobre las rocas, mirando al mar. Las olas rompían a sus pies. La oscuridad se extendía por el cielo, ahogando la vida del persistente crepúsculo.

Solo... otra vez. Cómo se agravaba ahora su desdicha. Había vislumbrado una vida posible - una vida real con ella- y ahora tenía que alejarse de ella.

Sentado en su habitación, había necesitado un momento para que lo que ella decía calara en su espesa cabeza. Pero cuando comprendió lo que le estaba contando, sintió un intenso alivio. Ella también le deseaba. Confiaba en él como el único hombre al que podía desahogar su alma.

Ella lo comprendió. Explicaba la conexión que sentía cuando la tocaba, el vínculo invisible que los unía.

El momento de alivio no duró. La realidad no tardó en levantar su fea cabeza. Vivir con él significaba que sentiría su dolor. Siempre. Todos los días. Sentiría el calor abrasador de su vergüenza como él. Sufriría el dolor del látigo, como él lo sufría.

¿Cómo podía preocuparse por ella, amarla, y aun así condenarla a semejante infierno?

Cerró los ojos y levantó la cara al viento mientras la garganta le ardía de emoción. Quería huir, desaparecer para no tener que mirarla a la cara y recordar lo mucho que aún la deseaba.

Pero él no podía hacer eso. Ella merecía algo mejor. Se merecía su respeto. Le había dicho la verdad, y él le debía al menos eso a cambio. Era esencial que ella supiera que era por él, y no por su "don", por lo que nunca podrían estar juntos. Ella sólo había visto dos breves momentos. Cientos más atormentaban sus recuerdos.

En primer lugar, tenía que refrenar sus emociones para poder hablar con ella racionalmente. Tenía que hacerle comprender que aquellas batallas -y el dolor de las mazmorras después- aún vivían en él. La vergüenza de sobrevivir cuando tantos de su clan cayeron a su alrededor le perseguiría siempre. ¿Y qué hay de la tortura que soportó para evitar que sus captores supieran quién era y desangraran a su clan con el rescate? De todos modos, esa pesadilla se había hecho realidad cuando otro prisionero lo desenmascaró.

Caminó junto a las rocas. Quizá mañana hablaría con ella. Le explicaría. Le haría comprender por qué no podían estar juntos.

La semana que viene sería mejor. Le vendría bien más tiempo para intentar sofocar sus sentimientos por ella. Y luego sólo tenía que esperar a que ella volviera al castillo de Folais. No le cabía duda de que esta vez iría.

¿Pero qué pasa con los días, las semanas y los años posteriores?

Los aullidos atrajeron su atención hacia donde estaba Trueno, junto a la puerta del mar. El lobo saltó y arañó. Durante un fugaz segundo, Conall imaginó a Innes saliendo en busca de refugio aquí, igual que había hecho él. Tal vez su charla tuviera lugar ahora. Pero la idea de volver a estar a solas con ella tan pronto no le sentaba bien. Incluso con todo a lo que se había enfrentado en su vida, salir de su habitación había sido lo más difícil que había hecho nunca. Ése era un recuerdo con el que viviría siempre: las lágrimas brillando en sus ojos mientras intentaba valientemente contenerlas.

El lobo no se rendía.

Resignado, Conall subió la cuesta, pero el corazón le latía con fuerza en el pecho al abrir la puerta. Esperaba verla, pero no había nadie dentro. El trueno desapareció en la oscuridad.

Corrió tras el animal. Nada impedía que Trueno acabara en las cocinas o en los establos.

Alcanzó a ver al lobo corriendo por el túnel, en dirección a los establos. Cuando Conall llegó allí, salió y encontró toda la zona sumida en el caos. Estaban sacando a los caballos de los establos. El suyo había desaparecido. Había hombres de un lado para otro y podía oler el humo. Cogió un trozo de cuero crudo y rápidamente le hizo una correa a Trueno.

"¿Qué ocurre?", preguntó a uno de los mozos de cuadra.

"Sacando todos los caballos al patio, mi señor".

"¿Fuego?"

"El laird", se limitó a responder el hombre, esforzándose por sacar a un semental de su establo. "Está ahí fuera dando órdenes".

Manteniendo a Trueno a su lado, salió al patio del establo. Habían encendido una hoguera en el centro, pero miró hacia la torre, esperando ver llamas en los pisos superiores. Pero no había nada raro.

El alboroto en el patio era peor que dentro. Vio a su hermano sujetando al semental de Conall junto al fuego y dando órdenes a la gente.

"¡Bryce!", gritó, empezando a acercarse a él.

Su hermano no le prestó atención y se alejó, sin dejar de dar indicaciones. Los caballos eran conducidos a los campos, donde Conall vio que se había encendido otra hoguera.

"Bryce", volvió a llamar, alargando los pasos hasta alcanzarlo. "¿Qué demonios está pasando?"

"Nada de qué preocuparse. Hablaremos dentro de un rato".

"¿Qué haces con mi semental?", exigió.

"Parece que el tiempo va a estar seco durante un tiempo, así que he decidido que es una buena noche para castrar", respondió Bryce. "Empezaremos con las crías de un año y haremos todo el rebaño esta noche".

"No se te ocurrirá castrar a mi semental sin preguntarme. ¿Y a tu caballo también? ¿Piensas castrar a nuestros mejores sementales?". No esperó respuesta cuando cayó en la cuenta. Miró a su alrededor. "Y todas las monturas mayores que pueden recorrer alguna distancia parecen estar aquí".

"Ya hemos hablado de esto antes. Ya es hora de que se haga".

Su conversación del mes pasado tuvo que ver con la mejora de la calidad de su rebaño a lo largo de los años.

"Ya veo. Y aquí estamos, en plena noche", ladró.

Pasó un mozo de cuadra conduciendo dos caballos.

"Y estas yeguas, Bryce. Me gustaría saber cómo piensas castrarlas".

Sin esperar respuesta, se alejó.

"Y nadie", gritó por encima del hombro, "mejor que le ponga la mano encima a mi semental".

Bryce le alcanzó en el establo.

"Mira, Conall. Haré lo que haya que hacer para mantenerte aquí, en Girnigoe. Y si eso significa castrar a todos los sementales o hacer que los hombres conduzcan a cada uno de nuestros caballos a medio camino de Inverness o encerrarte en tu guarida, lo haré".

Era una tontería preguntarle cómo sabía lo que había ocurrido con Innes. Al fin y al cabo, se trataba de Sinclair de lengua aflautada. ¿Y de dónde, se preguntó, habíamos sacado nuestra reputación de taciturnos?

"¿Qué te hace pensar que voy a ir a alguna parte?" exigió Conall, encarándose a él.

"Desaparecer se ha convertido en tu naturaleza", dijo Bryce. "Pero te lo advierto, hermano. Si abandonas este castillo, iré a por ti. Te traeré de vuelta, y utilizaré la fuerza si es necesario".

Conall frunció el ceño. "¿Y qué harás si Innes decide marcharse? ¿Utilizarás también la fuerza para retenerla aquí?".

"Ella es responsabilidad de Ailein. Y conociendo a mi esposa, diría que está dispuesta a encerrar a su hermana si es necesario".

Instantes después de que Conall y Trueno se marcharan, Ailein irrumpió en la habitación.

Jinny había informado a la hermana menor del regalo del juego de ajedrez y de que Conall estaba con Innes en la Torre Este. Ailein esperó en la escalera sobre el rellano, deseando y temiendo lo que ocurriría si Innes le contaba la verdad.

"Ésta sólo ha sido tu primera conversación sobre la piedra", dijo Ailein con suavidad, sentándose a su lado en la cama y acariciándole la espalda. "Le has dado mucho que desenredar. ¿Qué esperabas?"

Innes volvió la cara. No pudo contener los sollozos. Ella le quería, pero él se había marchado. Sabía que él no sería capaz de aceptar la maldición que formaba parte de su vida.

"Me voy", murmuró Innes. "Mañana".

Le dolía más de lo que jamás hubiera imaginado. Un puño apretado rodeaba su corazón, exprimiendo la vida misma de su cuerpo. Mientras viviera, no olvidaría aquella mirada herida en su rostro mientras se marchaba.

"No. No lo harás. Te quedarás aquí conmigo".

Innes sacudió la cabeza y levantó la cara de la almohada. "¿No lo entiendes? Tengo el corazón roto".

"Mírate. Nunca en mi vida te había visto así". Ailein acarició el pelo de Innes. "No permitiré que te marches. Te quedarás aquí y seguirás hasta el final".

Otro sollozo escapó de los labios de Innes. "No puedes detenerme. Déjame en paz".

"No me hagas levantar este colchón y hacerte rodar por el suelo".

"Estás siendo cruel".

"Sí, cruel como el viento de invierno".

"No me devuelvas mis propias palabras. Puede que se te ocurran las tuyas".

"Con la tuya bastará". Ailein frunció el ceño. "Dime una cosa: si vuelves, ¿tu vida será la tuya?".

Innes se sentó en la cama, agarrando una almohada delante de ella. "Me ha rechazado. No me

quiere. Lo que tengo... estas cosas...". Extendió las manos como si estuvieran enfermas. "Son una intrusión en su pasado. ¿No lo ves? *Entiendo* por qué no me quiere".

"¿Le has dicho algo sobre el dolor que sientes?"

Innes miró fijamente a su hermana a través de una nube de lágrimas.

"¿Le dijiste que no sólo ves una imagen del pasado, sino que también sientes el dolor de cualquier horror que esté fresco en la mente de esa persona?"

"No me acuerdo". Ella apartó la mirada. Lo había hecho.

Ailein le puso un pañuelo seco en las manos. "Piensa, Innes. Intenta recordar lo que le dijiste".

"Puede que sí. Me estaba desesperando. Necesitaba hacerle comprender que lo que hice no fue por elección. Que no tenía ningún control sobre ello. Puede que admitiera más de lo que debía". Innes se secó la cara.

"¿Le enseñaste tus bocetos?"

"Sólo lo que se refería a él", dijo en voz baja. "Dos de ellos".

"Quiero que me escuches y pienses con claridad por un momento. Últimamente he aprendido mucho sobre Conall Sinclair. Y tú le conoces mucho mejor que yo".

Innes permaneció en silencio. En sus párpados empezaron a acumularse nuevas lágrimas.

"Pero yo sé esto. El hombre está prendado de ti. Habló con Bryce sobre formas de cortejarte. Mi marido dijo que su hermano parecía un zagal enamorado".

Innes quería tener esperanzas, pero no podía. ¿Tendría razón su hermana? ¿Habría algún resquicio de posibilidad de que pudieran tener un futuro? "¿Qué estás diciendo?"

"Digo que no te ve como una intrusión. Todo lo contrario". Ailein hizo una pausa, esperando a que Innes la mirara. "Has echado un vistazo a su pasado, a los demonios que le persiguen, y también has sentido el dolor. Y ahora él también lo sabe. Piensa, Innes. Quizá salió de esta habitación porque está preocupado por ti".

Capítulo Veinte

"SI TE LO he dicho una vez, te lo he dicho cien. No voy a bajar ahí". Innes se quedó junto a la puerta, esperando a que su hermana se diera por vencida. "Me niego a ir a ningún sitio donde me estudien tus Sinclair como a una gaviota herida".

Ailein se abrió paso hasta el interior de la habitación y cerró la puerta tras de sí. "En realidad, probablemente piensen en ti como en un mirlo herido, pero no importa. Te has encerrado aquí durante días, y ya es suficiente".

Eso era para dar a Conall tiempo suficiente para pensar.

Y no estaba totalmente encerrada aquí. Seguía caminando. Sólo que salía antes y después de lo habitual, antes de que la gente se despertara al amanecer y por la noche, cuando había menos gente en los patios.

Innes sabía que Conall no había abandonado el castillo de Girnigoe. Vio su vela encendida en la Torre Oeste hasta bien entrada la noche. Como una ladrona de corazones frustrada, se quedó en su ventana a oscuras, suspirando por él.

"¿Cuándo tendrá la oportunidad de hablar contigo si te mantienes confinada de esta manera?".

Innes volvió a la mesa de trabajo y a su cuaderno de bocetos. Lo cerró antes de que su hermana pudiera ver sus últimos dibujos. A Ailein le sorprenderían las imágenes que había estado dibujando.

"Puede encontrarme si quiere".

Y no lo había hecho. Debería haber seguido su primer instinto y volver directamente al castillo de Folais.

"¿Has pensado mucho en lo que te sugerí anoche?"

Ailein había mencionado que Innes debería toparse "accidentalmente" con él en el castillo, sólo para recordarle que ella seguía aquí.

"Ni hablar. No voy a perseguirle. No le obligaré a hablar conmigo".

"¿Por qué no?"

"Porque se acabó, Ailein. He oído lo que tiene que decir".

Innes sabía que la verdad era que verlo la llevaría al límite. No permitiría que sus emociones se desbordaran delante de él. Ya había decidido antes no mentirle; ahora no intentaría influirle con lágrimas.

La decisión de verla o no debe ser suya.

"Bueno, hoy vendrás conmigo". Ailein cogió los guantes de Innes y se los tendió.

"¿No has oído nada de lo que acabo de decir?"

"No te preocupes. No saldremos de la Torre Este, así que no hay posibilidad de que corramos

hacia tu preciosa Bestia".

Innes cogió los guantes que le lanzó su hermana.

"Ya es hora de que superes esta miseria en la que te revuelcas y me prestes algo de atención, aunque sea por poco tiempo".

"¿Adónde vamos?"

"Arriba".

"¿A los aposentos de Shona?"

Ailein asintió. "Hablé con Bryce. Le dije que quería ver las habitaciones".

"¿Qué ha dicho?"

"Le pareció perfectamente bien". Se quedó pensativa un momento. "Cuanto más tiempo pasa, más le comprendo... y por qué se enfadó tanto en nuestra noche de bodas".

"¿Por qué lo hizo?"

"Piensa por lo que ha pasado". Ailein se acercó a la ventana y miró hacia los acantilados. "Shona siempre estuvo destinada a su hermano. Entonces llega la devastadora noticia de que Conall ha muerto. Él asume el cargo de laird y se casa con ella para cumplir un acuerdo familiar. Pasan los meses. Y entonces le llega la noticia: su hermano está vivo. Quiere recuperarlo. Nada más importa. Para empezar, no quería el título. No desea ser laird. La riqueza no significa nada para él. Sólo quiere recuperar a Conall".

Innes también sabía del vínculo que unía a los dos hombres. Nunca olvidaría las palabras que Conall le dirigió aquel día en las rocas.

Ailein se volvió hacia ella. "Pero Shona luchó contra él. Prefirió dejar que Conall se pudriera en una mazmorra a pedir un rescate por él".

La ira inundó a Innes. Pensar en lo que había pasado Conall y que la mujer que una vez le había sido prometida le deseara la muerte. "Era una persona problemática. Cuanto más sé de ella, más disgustado estoy".

"Mi marido dice que nunca le contó nada de eso a Conall. Pero nada de eso importaba. Cuando volvieron, Shona estaba muerta y Fingal había decidido cómo había muerto y dónde debía ser enterrada".

"Pero, ¿por qué se enfadó Bryce por lo del broche?"

"Porque sabía que su hermano debía de haber subido a buscarla. Estaba enfadado porque creía que significaba que Conall seguía preocupándose por una mujer que no merecía su afecto. Estaba enfadado porque era un recuerdo de Shona". Ailein caminó hacia el centro de la habitación. "Y, por supuesto, yo no ayudé a las cosas perdiendo los nervios".

Innes se sintió aliviado de que aquellos dos hubieran resuelto sus problemas. Le reconfortó saber que Ailein podía hablar abiertamente con su marido sobre su primer matrimonio.

"Teva me disgustaba", dijo Innes. "Y estoy seguro de que habría detestado a Shona si la hubiera conocido, pero lo que acabas de decir hace más evidente que no era una mujer que acabara con su propia vida. Habría luchado contra su marido y Conall cuando regresaron antes de renunciar a lo que consideraba suyo".

"Lo sé".

"¿Le contaste a Bryce las acusaciones de Teva?"

"No, no podría", dijo Ailein. "Le di mi palabra. Y Bryce ha sido amable con ella. No quisiera manchar para él los buenos sentimientos que le produce su caridad. Y le dolería oír sus acusaciones. Son tres personas a las que respeta".

Innes comprendió la decisión de su hermana.

"¿Por qué vamos realmente a la habitación de Shona?"

La mujer más joven se encogió de hombros. "No lo sé. ¿Un cierre? Quiero saber por fin que lo que haya ocurrido ha quedado atrás. Con la sala abierta y la gente entrando y saliendo, tal vez podría dar descanso al fantasma de Shona".

¿Cuántas mentes había tocado Innes sólo para encontrarlas plagadas de esa sensación de asunto inacabado? Innes miró a su hermana con una nueva sensación de aprecio. Esta nueva Ailein era valiente y directa. Sabía luchar. Merecía ser feliz.

"¿Cómo vamos a entrar en esos apartamentos? Recuerdo haber oído que están cerrados con llave".

"Hablé con Wynda. Le pidió a Lachlan que nos abriera la habitación y sugirió que viniera también Fingal.

"¿Por qué los dos?"

"Están preocupados por ti.

El distanciamiento entre el conde y tú es un tema de conversación constante entre los Sinclair. Nadie sabe el motivo, pero todos están deseosos de sugerir cómo volver a juntaros".

"¿Voy a subir para que esta gente me dé consejos?"

"No", dijo inocentemente su hermana. "Sólo quieren verte".

Se puso los guantes y siguió a su hermana escaleras arriba. La puerta de la habitación de Shona estaba abierta.

Los aposentos estaban amueblados de forma muy parecida a las habitaciones de Ailein en la Torre Norte. Pero era evidente que nadie había vivido o visitado el lugar desde hacía bastante tiempo. Una gruesa capa de polvo cubría las superficies. Todas las ventanas estaban abiertas y una cálida brisa cruzada recorría la estancia.

Wynda estaba de pie junto a la que daba a los acantilados, la misma ventana desde la que cayó Shona. Al igual que las de la habitación de abajo, ésta era lo bastante ancha como para que pasara una persona.

Innes apartó la mirada. No quería imaginar la muerte de la mujer.

El sacerdote estaba cerca de Wynda, hablando con ella, pero se detuvo al percatarse de su llegada. Lachlan estaba estudiando una pared y una sección del techo donde parecía que había habido alguna fuga.

Los tres se acercaron y les saludaron, y se mostraron muy solícitos con Innes.

"Haré que el albañil suba a ver esa gotera", dijo Lachlan a Wynda. "Querremos que suba al tejado antes de la próxima tormenta. Si quieres dejarlo todo abierto, volveré y lo cerraré yo mismo".

Wynda asintió y Ailein acompañó al mayordomo hacia la puerta.

"Por las marcas de agua en el suelo, los daños en el techo debían de llevar allí un tiempo", dijo.

"Sí. Puede que tengas razón. No se puede decir que no estuviera allí ni siquiera cuando Mistress Shona vivía aquí arriba".

"¿No te lo diría", preguntó Innes, "si hubiera algún problema?".

"No, ése no. No hasta que se convirtió en un trabajo mucho mayor de lo que tenía que ser. Claro que entonces sería mi pellejo por no haberme dado cuenta antes. Pero así era ella". Lachlan sacudió la cabeza. "Por cierto, milady, el conde volverá conmigo a Wick dentro de dos días. Sé que ambos disfrutaríamos de tu compañía si consideraras la posibilidad de acompañarme".

"Gracias, Lachlan", dijo Innes en voz baja. "Pero prometí pasar el día con mi hermana. Quizá

la próxima vez".

Innes no pasó por alto la mirada cruzada que le dirigió su hermana. Las dos no habían hecho tales planes.

El mayordomo se quitó la gorra y desapareció por la puerta.

Wynda y Fingal permanecían en silencio mientras Innes recorría la habitación, estudiando los objetos personales que quedaban sobre la mesa y en una cómoda. Estar aquí, darse cuenta de que ésta era la habitación de otra mujer que había decepcionado a Conall, le produjo otra oleada de tristeza.

"¿Pensamos utilizar esta habitación en el futuro?" preguntó Ailein a Wynda.

"Como Lachlan va a traer trabajadores aquí, éste podría ser un momento tan bueno como cualquier otro para limpiarlo y dejarlo listo para los invitados".

La atención de Innes se fijó en ellos. "¿Por qué decidió Shona vivir aquí y no trasladarse al pabellón más nuevo y a las nuevas habitaciones de la Torre Norte?".

"Siempre se empeñó en salirse con la suya", dijo Wynda rotundamente. "Aquí fue donde vivió cuando llegó de niña, y aquí fue donde decidió quedarse después de su boda. No le importaba que los aposentos de su marido ni siquiera estuvieran en esta sala del castillo".

"Uno pensaría que le habría resultado incómodo estar aquí -comentó Ailein-, teniendo en cuenta la distancia hasta el Gran Comedor y las cocinas y todos los demás lugares a los que la habrían llevado sus rondas...".

"Incomodar a la gente nunca fue su preocupación. Shona sólo pensaba en una persona, y era ella misma".

La mirada de Wynda pasó de Innes a Ailein y luego al sacerdote. Tras su llegada, Fingal había tomado asiento en un rincón, escuchando y observando.

"Era una niña malcriada que se convirtió en una mujer malcriada -continuó Wynda, incapaz de mantener el tono de su voz-. "No me gusta hablar así de los muertos, pero es la verdad. Y esos dos muchachos, por suerte, crecieron conociendo su naturaleza".

La actitud de Teva hacia los Sinclair de Girnigoe no era nada comparada con la hostilidad del tono de Wynda. No había duda de que no aprobaba a Shona.

"¿Por eso el conde esperó y no se casó con ella?" preguntó Innes.

El sacerdote habló por primera vez, atrayendo todas las miradas al ponerse en pie. "Conall Sinclair habría ido a las puertas del Infierno a luchar contra el mismísimo Lucifer si hubiera creído que así ganaría más tiempo. No tenía ningún interés en casarse con la muchacha. Pero al final lo habría hecho, estoy seguro, pues es un hombre honesto. ¿No es así?"

Wynda asintió, pero no dijo nada.

"Y nunca le culpé ni le insté a hacer nada diferente", continuó el hombre. "Vine aquí con ella. La conocía. Era una muchacha mezquina y egoísta desde que sabía hablar. No culpo a su educación en Girnigoe. Llegó así y, debido a la pérdida de sus padres, la gente le cedió el paso. Como resultado, no respetaba ninguna autoridad. No aprendió a obedecer. Ningún respeto. Como tú dices, Wynda, no valoraba nada más que su propio bienestar".

"Pero, ¿por qué se suicidaría una persona así?". La pregunta de Innes los silenció a todos durante unos latidos.

"No fue por amor a Conall", explicó Wynda. "No quería que volviera. Estaba enfadada con Bryce por ir a por su hermano. Su postura era egoísta, fría y dura, pero le daba igual quién supiera cómo se sentía. Aquello fue la gota que colmó el vaso. La mañana del día en que murió, ella y yo discutimos en el Gran Comedor. Nunca llegamos a un acuerdo, aunque eso no importa ahora".

Claramente disgustada, se sentó en una silla junto a una ventana y se quedó mirando hacia fuera.

Innes miró a Fingal. "Y aun así, con todo esto sin resolver, ¿no te cupo ninguna duda de que se quitó la vida?".

El enjuto sacerdote negó con la cabeza.

"Ninguno", dijo el hombre con toda la gravedad de que era capaz. "Shona cometió un pecado mortal, y lo hizo para castigar a su marido. Con pleno conocimiento, acabó deliberadamente con su vida y, en ese mismo acto, asesinó al heredero Sinclair que llevaba en su vientre. Sus actos merecieron la pérdida de nuestra caridad y la salvación del cielo. Y se lo hizo a sí misma. Se buscó su propia exclusión del reino de Cristo. Se condenó a sí misma a la fosa ardiente del Infierno".

Atravesó la habitación y se detuvo ante la puerta.

"Me preguntas si tengo alguna duda de que se haría daño a sí misma y a un feto. Sé que lo hizo, y sé que lo hizo por venganza. Me dijo que lo haría".

¿De dónde viene ese orgullo, esa arrogancia que hace que una muchacha se crea una reina? Shona lo tenía. Todos a su alrededor vivían sólo para servirla, o eso creía ella. Sólo le servíamos para limpiarse las botas. Lo intenté todo para enseñarle que eso estaba mal. Nada funcionó. Nada llegó a ella.

Cuando la encontré azotando a una sirvienta, le puse fin a eso. Dejó de hacerlo durante un tiempo. Luego se volvió... más lista y reservada. Y por mi culpa, me odiaba. No con ninguna demostración externa, pero yo lo sabía.

Y cuando vi cómo trataba a mis chicos, empezó nuestra propia guerra. Nadie trataría mal a Conall y Bryce y se saldría con la suya.

Y así siguió... hasta que ella casi alcanzó la mayoría de edad. Pero antes de que ella y Conall pudieran casarse, lo talaron y se lo llevaron en Solway Moss. Mi hijo había desaparecido.

Pero a Shona le daba igual. Se casaría con el nuevo heredero y sería "reina" de sus dominios igualmente.

Capítulo Veintiuno

"LE CONOZCO", le dijo Wynda. "Yo le crié. Podría contarte historias durante días sobre sus estados de ánimo. Conall rumiará en silencio para siempre. Si te preocupas por él, ve tras él. Haz que te vea".

Innes oyó las palabras resonando una y otra vez en su mente. Anoche, cuando salían de los aposentos de Shona, Wynda había puesto la mano en el brazo de Innes y le había dicho lo que tenía que hacer. Por desgracia, Ailein también la oyó y se pasó la hora siguiente sermoneándola hasta que cedió.

Así que aquí estaba ella, un peón en manos de esas mujeres... aunque, voluntariamente. Iba a convertirse en la perseguidora. Ser la seductora.

Estaba fuera de sí. Pero en el fondo sabía que tenía que intentarlo o recordaría para siempre este capítulo de su vida como la época en que prevaleció la cobardía.

Un vendaval entraba por las ventanas orientadas al oeste. El tiempo de hoy parecía de finales de otoño en vez de principios de verano.

"Jinny, si muero de un escalofrío, nada de esto importará. Quizá deberíamos cerrar esas persianas".

"Sé que eres una muchacha mucho más dura que eso, Innes Munro. No tocarás esas contraventanas. Y no soplarás las velas".

Innes frunció el ceño, frustrado, mientras la sirvienta le pasaba el cepillo una y otra vez por el pelo.

"Y, desde luego, no te pondrás ninguna capa sobre esta bonita camisa blanca que mandé coser especialmente para ti".

"Probablemente esté durmiendo", refunfuñó Innes. "Estamos pasando por todo este desvarío para nada".

"Ahora no te preocupes por nada de eso, ¿me oyes?". riñó Jinny. "Escucha los consejos de tu hermana y todo saldrá bien. Ahora es una mujer casada. Sabe lo que tiene que hacer, y su marido también está de tu parte, no lo olvides".

Innes se preguntó cómo se sentiría Conall si supiera que todo su clan conspiraba contra él en su favor.

La voz de Jinny bajó hasta convertirse en un susurro, como si hubiera espías acechando en las sombras. "Nada me haría más feliz que teneros aquí instaladas juntas. Mis dos preciosas niñas".

Innes miró la camisa sin mangas que llevaba puesta. Hecha de lino fino, también era extremadamente fina. "Es como si no llevara nada".

"Ésa es la idea, mi querida muchacha. Pero dale tiempo".

Suspirando con resignación, dejó que la mujer mayor terminara de cepillarle el pelo, pero en cuanto Jinny se marchó, Innes recorrió la habitación apagando las velas. Cuando apagó las dos últimas, se detuvo junto a la ventana abierta y miró hacia la Torre Oeste. La silueta de un hombre se recortaba en la ventana, observándola.

A pesar de sí misma, su interior se estremeció al pensarlo, pero cerró la persiana.

"Sólo espero que fuera Conall quien miraba", murmuró, corriendo hacia la cama.

Si atravesaba ahora mismo los túneles y llamaba a su puerta, o si corría directamente por el puente y escalaba el muro hasta su ventana, se preguntaba si Innes le dejaría entrar.

Era la primera vez que la veía después de demasiado tiempo. Y por 'sangre, la estaba viendo ahora, moviéndose por sus aposentos, sin llevar prácticamente nada puesto. Sintió que el fuego se encendía en sus entrañas y supo que no podría apartar la mirada si la Segunda Venida se producía directamente detrás de él.

"He dicho que cierres esa persiana, Conall, no que te quedes ahí boquiabierto como un pastor que cree haber oído una manada de lobos en la oscuridad. No te ofendas, Trueno".

"Ni una palabra, majadero", ladró Conall a su hermano, manteniendo la mirada fija en la ventana de la Torre del Este. "Estos son mis aposentos. Siéntate en silencio y mira fijamente el tablero durante un rato y tal vez el Trueno te dé una pista sobre tu próximo movimiento".

Innes se asomó a la ventana y apagó las últimas velas de su habitación. *Maldita sea*. Aún esperó unos latidos más, con la esperanza de que tal vez ella cambiara de opinión y encendiera otra vela.

"No veo cuál es la atracción ahí fuera. Y por mucho que me guste este juego, no tengo toda la noche. ¿Quieres continuar o no?"

Conall volvió a su juego. "La próxima vez que entrenemos juntos, voy a patear tu escuálido culo por todo el Barrio Interior".

"Aterrador", respondió Bryce, bostezando.

"Jaque".

"Maldita sea". Su rey echó a correr.

"No sé por qué pierdo el tiempo jugando contigo", se quejó Connell.

Tenía muchas ganas de jugar con Innes. Se imaginó cómo sería sentarse frente a ella, tratando de trazar estrategias, cuando estuviera vestida sólo con aquel turno. Decidió que sería la pérdida más agradable de todas.

"Deberías enviar a uno de los chicos a San Andrés para que contrate a un tutor", gruñó a Bryce. "Toma unas malditas lecciones. Hay mucho que aprender del ajedrez. Jaque".

"Se va, ya lo sabes".

Puede que su hermano no tuviera mucha delicadeza, pero sabía asestar una puñalada mortal. Conall no levantó los ojos del tablero.

"¿Cuándo?"

"Mañana, si de ella dependiera".

Conall debería haberse sentido aliviado. Se dijo a sí mismo que *se sentía* aliviado. Pero no lo estaba. Lo que sintió fue agravio.

"Ailein intenta mantenerla aquí todo el tiempo que puede, pero está librando una batalla perdida. ¿Qué pasó entre vosotros? ¿Qué salió mal?"

"Nada que te concierna. Jaque mate".

Bryce se sentó y le miró fijamente.

"Se irá dentro de una noche, te lo aseguro. Y esta vez es definitivo. No confía en la escolta de Sinclair. Ha enviado una carta al castillo de Folais, pidiendo a su padre que envíe a algunos de sus hombres. Piensa, hermano. Haz lo que tengas que hacer. Se te acaba el tiempo".

Capítulo Veintidós

PARA DESARROLLAR una estrategia ganadora en el ajedrez o en la mayoría de las empresas, necesitabas conocer a tu rival, lo que quiere y cuándo hará su movimiento para conseguirlo. Para lograrlo, pensó Innes, la información era inestimable y el momento oportuno, clave.

Y con Ailein reuniendo a su liga de informadores, tenía todo lo que necesitaba.

Innes se enteraba en cuanto Conall y Lachlan partían hacia Wick, y sabía cuándo se esperaba que regresaran. Su criado Duff se encargaba de Trueno siempre que el conde estaba fuera del castillo de excursión. Bryce le había asegurado que el criado sería obediente.

Poco antes de que Conall y el mayordomo regresaran, Innes llamó a la puerta de Conall en la Torre Oeste. Duff la hizo pasar y le entregó un extremo de una correa improvisada con un joven lobo excitado atado al otro extremo. Como siempre, el entusiasmo de Trueno al verla fue todo un reto de controlar.

"No dejes que se acerque a los caballos, milady. Esos mozos de cuadra harán que cuelguen y sequen mi pellejo en una pared si lo haces. Pero lo más importante, y te lo ruego, son las cocinas. Por favor, mantén a la bestia bien alejada de las cocinas".

"No temas, Duff. Vamos a bajar a la playa rocosa del lado del mar del castillo. Le mantendré allí hasta que... hasta que alguien venga a por él".

Esperaba que ese alguien fuera Conall Sinclair.

Al principio, Innes pretendía secuestrar a Trueno y retenerlo en la Torre del Este con ella. Cuanto más se adentraba en sus intrigas, más retorcida se volvía su mente. Pero un plan sencillo solía ser el más eficaz, así que refrenó su astucia.

Al descender a los túneles, Innes se esforzó por sujetar a Trueno hasta que atravesaron la pesada puerta y llegaron a la playa pedregosa. Entonces quitó la cuerda y dejó libre al lobo.

El animal se volvió loco, corriendo en círculos, saltando sobre ella, corriendo hacia las olas y de vuelta.

"Al menos no tienes miedo de estar conmigo. ¿Verdad, cachorro?"

"¿Dónde está Trueno?" exigió Conall, entrando a pisotones en la zona de trabajo de Duff. "Si se te ha vuelto a escapar, te juro que...".

"El ama lo tiene". Duff levantó la cabeza del collar de cuero que estaba haciendo para el lobo. "No creí que te importara que se lo llevara por la hebra".

Conall le fulminó con la mirada. No le importaba. Y le importaba. Maldita sea. Había echado de menos al lobo lo suficiente como para venir a buscarlo. ¿Pero *le* echaba de menos?

"¿Ha venido ella misma a por él?"

"Sí". El hombre dejó a un lado la marroquinería. "Iré a buscarlo ahora si eso es lo que quieres. Sólo tienes que decirlo".

Sabía que debía dejarle marchar. Maldita sea. "No. Todavía no. Sigue con tu trabajo".

Conall subió a su dormitorio y abrió la ventana que daba a los acantilados. Desde allí no podía ver gran cosa de la playa rocosa de abajo.

Hoy en Wick todo le recordaba a Innes. El almacén de lana. Los vagabundos del pueblo. La cruz del mercado y la multitud de vendedores.

El trueno corrió hacia un tramo de la playa que tenía a la vista. Unos pasos detrás de él, Conall vio a Innes correr tras el lobo. Iba descalza y llevaba el pelo suelto tras ella. Quería pasar los dedos por aquellos mechones sedosos, coger un puñado y atraer su rostro hacia el suyo. Quería saborear sus labios, devorarlos.

Los dos echaron a correr y desaparecieron donde él ya no podía verlos.

"Está decidida a atormentarme", murmuró, volviendo a bajar las escaleras.

Duff levantó la cabeza, pero no dijo nada cuando Conall atravesó la habitación.

Mientras avanzaba rápidamente por los túneles, seguía discutiendo consigo mismo sobre si debía salir y enfrentarse a ella. Tenía todo el derecho a quitarle su lobo.

Había planeado hablar con ella cuando llegara el momento. Había practicado algunas de las mentiras que le diría. Necesitaba convencerla de que su matrimonio no sería una buena idea. Ella se lo merecía. Necesitaba una forma de superar la conversación que habían tenido en su habitación.

Pero no podía hacerlo. No confiaba en quedarse a solas con ella. Era cobarde, pero sólo quería pasar los próximos días hasta que ella se fuera.

Cuando llegó al desvío que conducía a la playa, subió en su lugar a las murallas que daban al mar.

Debajo de él, ella lanzaba un trozo de madera a la deriva por encima de las rompientes y Trueno se zambullía para recogerlo. Una docena de focas observaban con interés desde aguas más profundas.

Innes estaba de pie en el agua, con las olas rompiendo a su alrededor. La marea estaba subiendo y se preguntó si ella sabía lo peligrosas que podían ser las corrientes allí.

Cuando recogió la rama que Thunder dejó caer al agua, pareció percibir su presencia, pues se volvió y le miró directamente. Antes de que Conall pudiera apartarse del borde del muro, ella levantó la mano y le hizo un gesto con la mano.

Se le hizo un nudo en la garganta. El impulso de estrecharla entre sus brazos amenazaba con abrumar toda pizca de sentido común en él.

Una ola se estrelló a sus pies en el momento exacto en que Trueno saltó sobre ella para quitarle el palo de la mano. Cayó al agua y la siguiente ola se le echó encima. Esperó un latido, pero su cabeza no salió a la superficie.

Se apresuró a bajar por el pasadizo. Tenía que llegar hasta ella. Las corrientes la arrastrarían mar adentro. Las olas la estrellarían contra las rocas. Esta costa era traicionera. Unos cuantos pescadores morían de vez en cuando, uno el año pasado sólo por sacar su barca.

Conall salió a la orilla. Pudo verla. Luchaba por ponerse en pie, sólo para ser derribada por la siguiente ola.

Trueno lo vio, pero no se apartó de su lado. El lobo tiró de sus ropas, tirando de ella, pero sólo consiguió que no se pusiera en pie.

"Fuera. Fuera, Trueno", gritó mientras se precipitaba al agua.

Trueno retrocedió, y Conall le rodeó la cintura con un brazo, alzándola en brazos mientras otra ola se estrellaba contra ellos.

Se aferró a su cuello, sujetándolo con fuerza, tosiendo agua de mar mientras él se tambaleaba hacia la orilla.

"Eso que acabas de hacer es una locura", me sermoneó. "Podrías haberte ahogado allí. Podrían haberte arrastrado mar adentro".

La preocupación le hacía palpar el corazón en el pecho. Pensar que podía haberla perdido le hizo querer gritarle. ¿Qué demonios hacía metiéndose en esas aguas sin que nadie la vigilara? Si él no hubiera venido, ¿quién la habría salvado? Se sintió enfermo.

Ella hundió la cara en el pliegue de su cuello.

Quería llevarla directamente a la Torre Oeste, donde podría sermonearla un poco más. Eso fue después de desnudarla, secar cada centímetro de su cuerpo y meterla en su cama. La imagen de Innes en su ventana le vino a la mente. Llevaba toda la noche soñando con arrancarle la camisa blanca del cuerpo y besar la piel que había debajo.

Por 'ssangre, la mujer le estaba volviendo loco.

Él la puso en pie cuando llegaron a la playa pedregosa, pero ella siguió aferrada a su cuello unos instantes más mientras intentaba recuperar el aliento.

La abrazó, justificando en su cabeza que sólo serían unos segundos más.

Mientras tanto, una serie de fantasías eróticas desfilaban por su mente. Su sueño con Innes desnuda. El día en el lago y lo cerca que había estado de tirar la cautela al viento y hacer el amor con ella. Le dolía por ella. Se le estaba poniendo dura y sabía que tenía que parar. Tenía que alejarse de ella antes de que notara la reacción de su cuerpo.

"Deberías entrar. Cámbiate enseguida. El agua estaba fría. No querrás morirte".

Ella asintió y le soltó. Estaba temblando, pero él vio el rubor en sus mejillas.

Aquellos mágicos ojos grises se alzaron un instante y miraron los suyos. "Gracias. Gracias por salvarme... otra vez".

Conall la observó mientras se apresuraba hacia la puerta del mar. Antes de llegar, se detuvo y recogió las medias y los zapatos. Y los guantes.

Sus guantes. *Joder.*

Capítulo Veintitrés

"Mi mano empieza a temblar por el veneno. Sé que me han matado. Alguien en el castillo. Esta reliquia, este fragmento de la Rueda, no es un regalo, sino una maldición, sin duda. Creíamos que estaría a salvo... aún no estoy a salvo. Mi amada niña, mi querida y dulce Catherine está sentada llorando junto a mi cama. Está prometida al hijo del jefe del clan, pero temo por su seguridad... por su honor... pero debo... mi juramento... no hay elección..."

- De la Crónica de Lugh

EL AGUDO sonido de metal contra metal llenaba el aire, salpicado de gruñidos, gritos y risas tanto de los luchadores como de los espectadores. Ver entrenar a los hombres desde la seguridad de la ventana de Ailein era tan diferente de estar aquí mismo, tan cerca.

"¿Estás segura de que estaré a salvo caminando por allí?" preguntó Innes a su hermana.

Ailein retrocedió hasta los escalones del Gran Comedor. "Bryce juró que velaría por ti. Esto será una prueba del afecto de Conall".

Innes pensaba que su hermana estaba loca, y ella estaba loca por seguirle la corriente. Pero tiempos desesperados exigían medidas desesperadas. Sus días en Girnigoe llegaban a su fin. Tenía que hacerle actuar. Lo único que tenía que hacer era caminar por el patio, concentrándose en el boceto que llevaba en la mano mientras se dirigía hacia la Torre Este.

Los ojos de Innes se fijaron en los arcos centelleantes de las espadas mientras luchaban las parejas de guerreros Sinclair. No vio ni rastro de Conall entre la multitud de cuerpos descamisados y sudorosos. Esperaba que estuviera aquí. Rezaba para que se fijara en ella y acudiera a rescatarla.

La locura se estaba convirtiendo rápidamente en la mejor descripción de su comportamiento. Se vestía escasamente en su alcoba por la noche, desfilando ante la ventana. Estuvo a punto de ahogarse en el mar. Y hoy caminaba entre una feroz compañía de guerreros, esperando no recibir un puñetazo en la cara o perder un miembro por el filo de una espada.

Lo que no estaba dispuesta a hacer en nombre del amor.

Concentrándose en el papel que tenía en la mano, dio el primer paso.

Maldita sea. ¿Y ahora qué?

Conall esquivó los tajantes golpes de los dos guerreros que luchaban contra él y volvió a mirar a la pequeña figura de negro que se adentraba en el tumultuoso caos del patio de entrenamiento.

¿Qué creía que estaba haciendo?

Los combatientes volvieron a abalanzarse sobre él. Al rechazar su feroz embestida, se dio cuenta de que Innes no prestaba atención a lo que ocurría a su alrededor. Las espadas tintineaban y centelleaban al sol, pero cuando los hombres se dieron cuenta alarmados de que ella estaba allí, se apartaron, contorsionando sus cuerpos y separándose como el Mar Rojo mientras ella se movía entre ellos.

Los sparrings de Conall, ajenos a la acción que se desarrollaba tras ellos, continuaron atacándole. Mientras luchaba contra ellos, se dio cuenta de repente de que Innes se estaba metiendo en un lío.

Bryce y uno de los hombres luchaban con espadas cortas, y ninguno de los dos era consciente de su presencia. Bryce se abalanzó con la punta del arma hacia el pecho de su luchador, y el hombre se apartó del ataque, lanzándose contra él con un frenesí de golpes.

Conall no podía mirar más.

Estaba a punto de ponerse en el camino de la espada.

Su intención era empujarla fuera de la línea de peligro. Pero al pasar, Bryce dio un paso atrás, agarrándole la cadera y haciéndole tropezar hacia ella. Al caer, agarró a Innes por la cintura. Antes de que cayeran al suelo, él rodó y ella acabó tendida sobre él. Su pelo sedoso le cubría la cara. Sus pechos le presionaban el pecho desnudo. Su brazo permanecía alrededor de su cintura, sujetándola donde había aterrizado.

Sus ojos se redondearon de asombro. Las botas se agolpaban rápidamente a su alrededor.

"Ya estamos otra vez", dijo. "¿Cuántas veces tengo que salvarte?"

"Lo siento. No me di cuenta de que esto..."

Ella intentó impulsarse, pero el demonio que había en él le hizo sujetarla con más fuerza. Olía tan bien, tenía los labios tan cerca y los pechos aplastados contra su pecho.

"¿En qué estás pensando? Suéltame".

"Si no llevaras esos guantes, sabrías lo que estoy pensando". Su mirada estaba fija en la boca de ella.

Antes de que pudiera responder, una docena de sus malditos guerreros la estaban ayudando a ponerse en pie.

Conall se incorporó. Ella lo miró con odio, recogió el papel que se le había caído y se dio la vuelta. Las espirales de pelo oscuro le llegaban a las nalgas. Había dejado de hacerse trenzas y recogerse el pelo sólo para volverlo loco. Estaba seguro de ello. Levantó la vista y frunció el ceño ante la hilera de guerreros Sinclair, inmóviles, olvidados de su entrenamiento. Todos sonreían de oreja a oreja, mirando cómo se alejaba Innes.

Quería machacar a cada uno de ellos a cara de perro.

Se puso en pie de un salto y Bryce estaba allí. "Tú y yo hemos terminado por hoy".

"Yo no. Hay unos cuantos cerebros aquí fuera que necesito sacudir".

¿"Cerebros"? Desde luego no encontrarás ninguno en este grupo". Bryce extendió un brazo, deteniéndole. "Además, tengo asuntos más importantes contigo. Asuntos del clan. Uno de los mercaderes nos está esperando. Alguna queja sobre nuestra lana. No tengo ni idea de lo que quiere. ¿Por qué no te aseas y vienes a mi sala de recepción, para que podamos aclarar esto?"

A Conall le habría gustado desanimar a su hermano, pero comprendía la validez de la

preocupación de Bryce. Nadie quería contratiempos después de lo que habían empezado a ganar.

De vuelta en la Torre Oeste, subió las escaleras hasta sus aposentos y se aseó. Mientras tanto, sus pensamientos volvían una y otra vez a Innes. Ella lo hacía intencionadamente; él lo sabía. Se aseguraba de que la viera, la tocara, la oliera y sintiera sus suaves curvas contra su cuerpo. Quería que sufriera y supiera a qué había renunciado.

Se puso una camisa limpia. Si ella supiera que lo hacía por su propio bien.

Maldita mujer. Debería atarla a un caballo y enviarla de vuelta al castillo de Folais ahora, antes de que perdiera la cabeza.

La tormenta que se estaba gestando en su interior debió de manifestarse en la negrura de su ceño fruncido, pues todo el mundo se apartó de su camino cuando se dirigió a la Torre Norte.

En el Gran Salón, Wynda dio un paso hacia él, pero luego se desvió, prefiriendo hablar con Fingal. Lachlan se alejó cojeando y desapareció por la puerta de las cocinas antes de que Conall lo alcanzara. En la puerta de la habitación de Bryce, no se molestó en llamar.

Bryce arrastraba una silla por el suelo. No había nadie más.

"¿Dónde está?"

"¿Dónde está quién?"

"El maldito mercader".

"Oh, se fue. No fue nada. Sólo un malentendido".

La sonrisa en la cara de su hermano no le sentó bien a Conall. Cerró la puerta de un portazo. "Ya lo sabías antes de pedirme que viniera".

"Sí, eso hice".

"¿Para qué demonios? ¿Para que no rompa unos cuantos cráneos vacíos?"

"En parte", respondió Bryce, apoyándose en su escritorio. "Te queda un puño, y preferiría no tenerlo ensangrentado e inútil todo el tiempo".

Conall maldijo y empezó a girarse hacia la puerta. Al hacerlo, su mirada se iluminó en el tablero de ajedrez y se detuvo.

"Esa es la otra razón".

El juego de ajedrez que le había dado a Innes -su regalo para ella- estaba allí, con dos sillas dispuestas a ambos lados. Los ojos de Conall se entrecerraron y sus músculos se tensaron.

"¿Qué hace esto aquí?"

"Innes me lo envió. Dijo que no iba a llevárselo al castillo de Folais. Dijo que un conjunto tan valioso debía permanecer con los Sinclair". dijo Bryce. "Una mujer extraordinaria. También se ofreció a darme unas lecciones antes de marcharse. Ailein me ha dicho que su hermana domina el juego. Al parecer, entre los Munros nadie puede derrotarla. ¿No estabas diciendo que debería contratar a un tutor?"

La sangre bombeaba con tanta fuerza en la cabeza de Conall que apenas podía oír las palabras de su hermano.

Ella le devolvió el regalo.

"Que se lo lleven a sus aposentos", dijo entre dientes apretados.

"No se retractará. Me dijo..."

"Lo devolverá", ladró Conall, saliendo furioso. "Me aseguraré de ello".

Capítulo Veinticuatro

EL JUEGO DE AJEDREZ había funcionado.

Innes no tenía ninguna duda de quién estaba aporreando la puerta de su habitación.

Luchando contra el nerviosismo y la excitación que la sacudían hasta la médula, se tomó su tiempo, mirando en el espejo su reflejo. Llevaba el pelo suelto, lo que la hacía parecer más joven, a pesar del resplandor de su cabello blanco. Pero tenía la cara enrojecida y respiraba con dificultad. Necesitaba calmarse.

El vestido negro que se había puesto esta mañana estaba polvoriento por la voltereta en el patio de entrenamiento. No tenía tiempo de ponerse otro.

El golpe se hizo aún más fuerte, casi violento.

Limpió lo peor del polvo. Probablemente él no se daría cuenta.

"Innes, sé que estás ahí. Abre la puerta".

Se miró el alto escote de su vestido y deseó haber seguido el consejo de su hermana y ponerse algo más revelador. Pero no se atrevía a hacerlo, no mientras desfilaba entre aquellos hombres semidesnudos.

"Abre esta puerta o la derribaré".

Se puso los guantes, despacio, metódicamente, tomándose su tiempo antes de descorrer por fin el pestillo y abrir la puerta.

Conall Sinclair, con los ojos desorbitados y despeinado, parecía una criatura de las tinieblas dispuesta a hacerla pedazos. Se mordió el labio, recordando lo lento que había sido al soltarla en el patio de entrenamiento.

"Vaya, milord, qué sorpresa".

Cargó contra ella. "Tenemos que hablar".

Miró hacia el pasillo exterior.

"¿Qué buscas?"

"Esperaba que tuvieras a Trueno contigo". Innes se encogió de hombros, intentando parecer decepcionado.

Cerró la puerta y se volvió hacia él. No creía haberlo visto nunca más enfadado.

Se acercó a la ventana abierta que daba a los acantilados, obviamente intentando enfriar su temperamento. Ella esperó pacientemente. Cuando por fin se dio la vuelta, su mirada se dirigió de inmediato al camisón blanco que ella había tendido a los pies de la cama. La misma que se había puesto por la noche para burlarse de él.

"¿Qué puedo hacer por ti?", preguntó con indiferencia, atrayendo de nuevo sus ojos hacia ella.

"Ese maldito..." Se detuvo y tomó aire. "El juego de ajedrez. Mi regalo para ti. Me lo

devolviste. A mi hermano".

"Sí. Me pareció que era lo correcto. Y también me ofrecí a darle algunas lecciones. Creo que se alegró bastante".

"Ese es mi regalo para *ti*. Quédatelo".

"Ese conjunto es demasiado valioso. Pertenece a los Sinclair".

"¡Destruye a los Sinclair!", explotó. "¡Es *tuyo*!"

"Según tengo entendido, ese juego de ajedrez fue un regalo del conde de Caithness a la mujer a la que proponía matrimonio -dijo ella, luchando contra las emociones que de pronto amenazaban con desatarse. No podía llorar. No lo haría. No después de todo lo que había hecho para traerlo a esta habitación. "Como esa oferta ya no existe, no deseo mantenerla".

La miró fijamente a los ojos y ella reconoció la lucha. Lo que vio allí ya no era ira, sino tormento.

"Sobre mi oferta..."

"No... no tienes que explicar nada". Ella negó con la cabeza. Se le quebró un poco la voz. "Lo comprendo. Esta maldición que forma parte de mí es demasiado para pedirte que la soportes. Dijiste todo lo que había que decir cuando saliste por esa puerta".

Las emociones contenidas en el fondo azul de sus ojos le decían lo mucho que le costaba apartarse, lo mucho que luchaba contra el impulso de acercarse y tomarla en sus brazos. Ayer, en la orilla, mientras él la sacaba del agua, ella había visto mucho más en su alma de lo que él jamás habría imaginado. La amaba. Ahora mismo, ella no tenía que tocarle, pero comprendía sus pensamientos. *Si voy hacia ella, pensaba, le fallo. No sólo ahora, sino para el resto de su vida.*

"Mi propuesta... la razón por la que no la repetí no tiene que ver contigo", dijo. "Es sobre mí. Sobre mi pasado. Sobre la intimidad que necesito. Puede que lo llames egoísmo, pero tengo derecho a mantener oculto lo que es mío. No puedo permitir que nadie se entrometa".

Innes le observó en silencio. Estaba mintiendo.

"Vas a seguir adelante, y estoy seguro de que te espera la felicidad. Eres hermosa, Innes. Inteligente. Eres excitante y apasionada". Su mirada la acarició lentamente de la cabeza a los pies, deteniéndose en su rostro, sus labios, su pelo. "Hay un hombre ahí fuera que tendrá suerte de tenerte como esposa. Será digno de tu amor. Y de tu don. Será un hombre mucho mejor de lo que yo podría ser jamás".

Apartó la mirada de su rostro y miró hacia la puerta.

"Una parte de mí desearía ser ese hombre. Pero no lo soy".

Al final de la escalera, Conall empujó la pesada puerta que daba a los túneles. La puerta no se había cerrado desde el primer día que ella aceptó su invitación y vino a la Torre Oeste a jugar al ajedrez.

No quería ver a nadie. Dijo lo que tenía que decir, y ahora quería desaparecer y llorar lo que había hecho, lo que había necesitado hacer.

Salir de la habitación de Innes, verla allí de pie, descorazonada pero valiente, escuchando sus palabras pero respetando su decisión, había sido una tortura. Y él era un hombre muy versado en la tortura.

Se iría. Ésta era la respuesta. Bryce no podía retenerlo aquí. Nadie podía. No podía volver a verla. No podía estar cerca de ella y no ceder a lo que deseaba más que nada en el mundo.

Pasó a la Torre Oeste. Al llegar a sus aposentos, Trueno le saludó.

"Duff, baja y prepara mi caballo".

¿"Preparado"? ¿Para qué? ¿Adónde vas?"

"Ve y haz lo que te he dicho. Y, por Dios, te daré una paliza como le des la noticia a mi hermano o le digas una palabra *a alguien*".

El criado salió corriendo por la puerta.

Hoy mismo. Se iría enseguida. Empezó el camino hacia la escalera que conducía a su alcoba cuando un trueno se precipitó hacia la puerta. Se volvió y se sorprendió al ver a Innes apoyada en la jamba de la puerta, recuperando el aliento.

"Caminas muy deprisa", dijo ella, jadeando.

Un rayo de esperanza se agolpó en su corazón. Ella había venido a por él. Pero, ¿por qué?

"¿Qué haces aquí?"

"Acabo de ver a Duff en las escaleras y me ha dicho que te vas". Hizo un gesto por encima del hombro. "Yo también me alegro de haber tomado el túnel. Si hubiera venido a través de los patios y por el puente, ya te habrías ido cuando yo llegara".

La confusión le desgarraba. Había dicho lo que pensaba. Le había dicho que nunca podrían estar juntos. Esperaba que ella se desvaneciera y lo odiara por sus frías palabras.

"¿Por qué me has seguido?"

"La vida es como una partida de ajedrez. Para ganar, tienes que jugar".

"No estoy jugando".

Sus ojos brillaron, desafiándole. "Me diste tu palabra de honor de que terminarías el juego que empezamos".

"Ese juego se ha acabado".

"Entonces empezaremos uno nuevo". Entró en la habitación y el lobo saltó sobre ella emocionado. "Siéntate, Trueno. Quédate".

El lobo obedeció como un perro faldero amaestrado.

"He dicho que no voy a jugar", dijo Conall con toda la severidad que pudo. Pero su corazón funcionaba independientemente de su cerebro; latía con más fuerza a cada paso que ella daba.

"En ese caso..." Lo estudió desde el otro lado de la habitación y empezó a quitarse los guantes muy despacio.

"¿Qué haces?"

"Vas a volver a decirme por qué retiraste tu oferta de matrimonio".

"Acabo de decírtelo... hace sólo unos minutos".

Dejó caer los guantes en una silla cercana y se acercó a él. "Esta vez lo dirás cogiéndome de la mano".

"Innes", le advirtió, dando un paso atrás. Su mirada recorrió la parte delantera del vestido. No recordaba que el puñado superior de botones estuviera abierto cuando estuvo en su alcoba. "Creo que deberías irte. Ahora mismo".

"Oh, me iré. Y prometo no volver nunca... a ti, claro. Tengo toda la intención de ver a mi hermana en el futuro". Siguió avanzando hacia él.

Conall dio otro paso atrás, con ganas de reírse, pero no pudo. No necesitaba más ánimos.

"Pero antes de irme -dijo-, quiero que sepas que creo en la honestidad. En la verdad. Quiero saber que lo que ha salido de tu boca coincide con lo que hay en tu corazón y en tu mente. Tengo que asegurarme de que crees en tus propias palabras".

"¿Y si no me importa esa... esa intromisión?"

"Pues bien. Tendré que obligarte".

Se quedó mirando con incredulidad mientras ella cargaba contra él. Por un instante, no supo

si reír o correr. Era una cosita pequeña, prácticamente la mitad de su tamaño y peso, y sin embargo estaba claramente decidida a manejarlo.

Y quería que lo manejaran. ¿Quería la verdad? Quería que lo derribara al suelo, lo inmovilizara y lo sentara a horcajadas aquí mismo.

Maniobró alrededor de una silla, y ella le miró. El lobo intentó entrar en el juego, y esta vez fue Conall quien le ordenó que se sentara.

"Ríndete", dijo ella. "No te haré daño".

Se rió, retrocediendo hacia las escaleras. Su sonrisa era la recompensa más preciada.

"Esto ha ido demasiado lejos, Innes", dijo, tratando de mostrarse serio. "Piensa en tu reputación. Éste es mi despacho privado".

"Esto ha ido demasiado lejos, Innes", imitó. "Deja que te dé lecciones sobre lo que es mejor para ti. Sobre a quién puedes amar. Con quién debes casarte. Déjame decidir por ti, Innes, si soy digna de ti o no. Déjame decidir por ti si puedes soportar mi pasado".

Le hizo subir las escaleras.

"Te estás burlando de mí".

Ella le siguió. "Sólo uno de nosotros dice la verdad".

Retrocedió por la puerta de arriba. "Te equivocas. Lo que he dicho iba en serio".

Cerró la puerta y echó el pestillo tras de sí. "Entonces supongo que ha llegado el momento de confirmarlo o desmentirlo. ¿No te parece?"

Estaba acabado. Ella le tenía. No habría podido contenerse aunque su vida dependiera de ello. Fue hacia ella.

La unión de sus labios podría haber incendiado todo el castillo. Como un hambriento, la besó, la devoró, y ella respondió con el mismo celo.

Clavó los dedos en su pelo, sujetándola con fuerza mientras su boca intentaba sentir su sabor. Su mano tocó la de él, luego sus brazos le rodearon el cuello, su cuerpo se arqueó, apretándose más contra él, empujándolo hasta la locura.

Instantes después, ella apartó la boca de la suya y le puso una mano en los labios. Su corazón latía con fuerza, su cuerpo palpitaba de necesidad, y él bajó la mirada hacia el rostro enrojecido de ella. La intimidad de sus dedos en sus labios era casi más de lo que podía soportar.

"Mentiste", susurró ella. "Me querías. Dijiste esas cosas para protegerme".

Tenía los labios carnosos y tiernos, las mejillas del color de las rosas silvestres. Era, con diferencia, la mujer más hermosa que había tenido entre sus brazos.

Maldita sea, la quería. Pero no era momento de hablar. Quería tocarla. Quería saborear cada trocito delicioso de su piel.

Ella le leyó el pensamiento y empezó a desabrocharle el vestido. Sus labios se movieron de su boca y recorrieron su mejilla hasta su oreja, bajando por su cuello tan rápido como ella abría el vestido, centímetro a centímetro. Su mano estaba en todas partes, recorriéndole la espalda, sintiendo la curva de su trasero, tirando con fuerza de ella contra su virilidad.

La cama estaba sólo unos pasos detrás de ellos. Temía perder el control en cuanto la tumbara en ella.

"Llévame allí", susurró. "Hazme el amor".

Había muerto y se había ido al cielo. Levantó a Innes de sus pies y la llevó a la cama.

"Tenemos que ir despacio", murmuró, "aunque eso signifique que pierda la cabeza. Es tu primera vez. Tenemos que ir con cuidado".

Sus dedos le peinaron acariciándole el largo cabello. Trazó las suaves crestas de su oreja, la línea de su mandíbula barbuda. La tumbó y miró su pelo esparcido por la almohada.

"Me dejas sin aliento".

Su mano alisó la tela del vestido. Abrió los botones lentamente, moviéndose con deliberada fruición hacia abajo.

Jadeó cuando la parte delantera del vestido se abrió y la mano de él le rozó el pecho.

Abrió los brazos. "Ven a mí".

Se puso la camisa por encima de la cabeza y se quitó las botas. Se desabrochó la falda escocesa y la dejó a sus pies. Se subió a su lado.

"Puede que te asuste lo que ves en mi cabeza, todo lo que quiero hacerte. Pero te prometo ir despacio.

"Bésame, Conall", susurró ella contra sus labios. "No tengo miedo".

La sangre del montañés, que ya rugía en su cabeza, se aceleró al oír la voz ronca de la mujer. El deseo cobró vida propia y lo llevó al límite de su control. Rodó hacia ella, aplastándola contra sí.

Ella arqueó la espalda cuando él se apartó de su boca y bajó los labios por la barbilla y la garganta. Las yemas de sus dedos acariciaron su espalda desnuda.

Le acarició la piel de marfil, desde la garganta hasta la parte superior de los pechos. Podía sentir el calor de su cuerpo, la carne firme, los estremecimientos que le provocaba su contacto. Un gemido de placer en lo más profundo de su garganta le llenó de certeza.

Le bajó el escote hasta que sus pechos quedaron libres. Sus labios se cerraron sobre el pezón erecto. La oyó jadear y la sintió florecer bajo él. Sus manos le tiraron del pelo, apretando aún más su cara contra su pecho. Luego, mientras seguía mamando, pasando de un pezón al otro, sintió que la rodilla de ella se levantaba instintivamente y se apoderaba de su muslo.

La oleada de calor que recorría su cuerpo encendió los sentidos de Innes con una energía explosiva. Su mente giraba confusa ante aquellas sensaciones recién descubiertas, mientras su cuerpo pedía más a gritos. Se retorció cuando su lengua le lamió los pechos y perdió la capacidad de respirar cuando su mano le subió la falda por encima de las piernas. Jadeó de asombro y placer cuando sus dedos acariciaron la piel de sus piernas. Cuando su mano encontró la unión de sus muslos, Innes se deleitó con las oleadas de calor blanco que la recorrieron y amenazaron con anular toda razón.

Cuando él levantó la cabeza de sus pechos y la miró profundamente a los ojos, ella deslizó la mano por sus nalgas y su cadera. Podía sentir su excitación, gruesa y caliente, presionándola. Sabía lo que él quería, así que lo rodeó con la mano.

Luchando por controlarse, Conall miró a la belleza que tenía entre sus brazos, sabiendo que moriría si no la tomaba ahora. Más que ninguna otra cosa, deseaba enterrarse profundamente dentro de ella, llevarla a cotas de placer inimaginables y verter su semilla en su interior. Sus ojos contemplaron sus labios hinchados, sus pechos turgentes, enrojecidos por las manchas de su rostro áspero y barbudo.

"Intentaba protegerte de mi pasado", dijo desgarradamente, haciendo uso de su última pizca de fuerza de voluntad. "Ésta es tu última oportunidad, Innes. Dime si quieres parar ahora, porque no esperaré mucho más. Te tomo ahora y serás mi esposa".

Tenía el cuerpo rígido, todos los músculos tensos y duros como el acero. Sus labios estaban a un suspiro de los de ella. Pero sus ojos no se apartaban de ella, recorriendo sus rasgos, continuando la suave caricia de su rostro.

"Ya he hecho mi jugada". Innes acercó la boca de ella a la suya. "Es hora de que tú hagas el tuyo".

Capítulo Veinticinco

ESTABA POSEÍDA POR ÉL. Había cautivado su cuerpo en un mundo eterno y frenético de sensaciones y pasión. El clímax que estallaba en su interior coincidía con lo que ella veía en su mente. Los dos se unieron y se agarraron con fuerza, atrapados en lo que parecía la impresionante fuerza de una tormenta de verano. En algún lugar, en un mundo más consciente, Innes oyó una voz de mujer -su propia voz, se dio cuenta- que gritaba exultante. No podía respirar.

Y entonces, simplemente estaba navegando por un cielo cristalino, los colores que nunca antes había visto destellaban a su alrededor mientras se elevaba.

Conall la sostuvo mientras descendía, besándola suavemente, estrechándola entre sus brazos.

Las sensaciones de su cuerpo retrocedieron en oleadas. Los huesos de Innes se habían disuelto. Su carne hormigueaba. La habitación tardó en enfocarse. Los sonidos eran un latido lejano. Y luego se acercaron.

"Ese monstruo está aullando".

Escuchó, al principio sin comprender sus palabras. Se oyeron golpes contra la puerta, seguidos de los aullidos de Trueno.

"Al final dejaré que Bryce lo disimule", le gruñó Conall en el cuello, sin soltarla.

El siguiente aullido fue aún más fuerte y desgarrador.

"Echa de menos a su manada", dijo ella. "Te quiere a ti".

"Es de ti de quien está enamorado". Se apartó de ella de mala gana. "Pero el maldito lobo también es un Sinclair. Todo ese jaleo es sólo para informar al castillo de lo que estamos haciendo".

Se tapó la cara con las mantas. Era mediodía y había perseguido a Conall Sinclair hasta su alcoba y le había obligado a hacer el amor con ella.

Él bajó las mantas y ella contempló su magnífico cuerpo desnudo junto a la cama.

Y no lo lamentó lo más mínimo.

El trueno volvió a aullar.

"Por favor, déjale entrar".

"Lo haré, pero antes...". La giró ligeramente y empezó a despegarle del cuerpo lo que quedaba de ropa.

"¿Qué haces?", se rió.

"Te quiero aquí, en mi cama, como el Señor te hizo. Sólo estamos empezando".

Su ropa cayó al suelo. Ella intentó ocultar su cuerpo, pero él volvió a quitarle la manta, dejando que su mirada acariciara amorosamente su rostro, sus pechos, su vientre, sus muslos.

Su deseo y su excitación empezaron a aumentar de nuevo.

"No te muevas".

Se quedó mirando su magnífica espalda, sus nalgas y sus piernas mientras él se dirigía hacia la puerta.

Innes apenas podía creer lo que había hecho. Ailein tenía razón al animarla, al convencerla, de que se quedara y luchara por el hombre al que amaba. Su corazón se aceleró al pensar que tenían una oportunidad. Que no estaba maldita de por vida a causa de su don.

Innes sabía que seguía preocupado. Necesitaba entrenarse para ser consciente de ello. Sus dedos eran el conducto del poder. Tenía que abstenerse de tocarlo, a menos que ambos estuvieran preparados. Innes tenía que asegurarse de que él supiera que ella era consciente de ello. Debía confiar en ella para controlar su don.

Conall abrió la puerta e Innes tuvo que taparla rápidamente con las mantas, pues Trueno no prestó atención a su amo y saltó a la cama buscándola.

Se rió cuando el lobo gruñó y escarbó en la ropa de cama, intentando llegar hasta ella.

"Ya te lo he dicho. A ti es a quien ama esta bestia".

Conall se arrastró con ella justo cuando el lobo encontró la cara de Innes y empezó el lengüetazo.

"Bien. De acuerdo. Yo también te quiero". Acarició al animal gigante.

"Bájate de la cama, Trueno", ordenó Conall.

El lobo se desplazó al otro lado de Innes y se apretó contra las mantas, refugiándose a su lado.

No pudo evitar que la risa brotara en su interior. Estaba rodeada por los dos. "Ahora tengo mi propia manada".

"Cuando estemos fuera, cuando necesites protección, allí estaremos". El brazo de Conall la rodeó por la cintura y tiró de ella contra sí mientras empujaba al lobo fuera de la cama. "Pero escúchame, Trueno. Ella es *mi* humana".

El lobo lo intentó una vez más, pero decidió que su amo no lo toleraba. Gruñendo, se dirigió a su lecho de paja y se acomodó, observándolos.

"A pesar de su tamaño, actúa como un cachorro. ¿Tienes idea de cuántos años tiene?"

"Unos seis meses".

"Así que es un cachorro. ¿Dónde lo encontraste?"

Se apoyó en un codo y pasó la pierna por encima de la de ella. Miró a Innes y al lobo.

"Lo encontré cuando Bryce y yo volvíamos a caballo de Inglaterra", dijo. "Allí estaba yo: destrozado, desdichado, sin comprender por qué seguía vivo. No veía ningún propósito en mi vida, y entonces encontré a éste -el último de su camada- junto a un arroyo en una cañada por la que pasábamos".

Los ojos del lobo nunca se apartaron de ellos, como si comprendiera cada palabra.

"Los cazadores habían matado a su madre y a los otros cachorros. No sé cómo sobrevivió".

Ella le sonrió. "Y le has traído a casa".

"Y lo traje a casa, sí".

Innes rodó hacia él y metió las manos bajo la almohada. "¿Me hablarás de la batalla?"

La miró a los ojos, con la preocupación oscureciéndole el ceño.

"Empezaste a contármelo aquel día en el lago", dijo en voz baja. "Si sé lo que ocurrió, si comprendo el origen de tu dolor, estaré mejor preparada. Y no me refiero al dolor físico de perder tu mano. La primera vez que te toqué, sentí algo mucho más poderoso. Un sentimiento tan profundo que me desgarró el corazón".

Le acarició la cara, enroscándole el pelo alrededor del dedo.

"Por favor, Conall. Sé que estar conmigo, casarte conmigo, es obligarte a desnudar tu alma", le dijo. "Pero no quiero estar robándote retazos de tu pasado. Quiero que me digas lo que debo saber".

"No he hablado de cómo me afectó aquella batalla y la pérdida. Ni una sola vez desde que he vuelto".

Innes rozó sus labios con los de él. No le obligaría a hablar, pero al mismo tiempo le partía el corazón saber que había demonios que rondaban sus recuerdos.

"Conozco un poco Solway Moss", se ofreció.

"Por supuesto. Tu clan perdió buenos hombres. ¿Pero tú qué sabes?"

"Sé que siempre sacamos a relucir una buena razón para luchar contra los ingleses: la tierra, las alianzas, la sucesión y, ahora, la religión. Sé que el rey Jaime desairó a Henry y se negó a reunirse con él en York, y que eso provocó que las tropas inglesas asaltaran los Borders. Pero también sé que Henry Tudor conquistará y gobernará toda Escocia si tiene la oportunidad. Libramos la batalla de Solway Moss para intentar detenerle".

Le acarició la cara. "Me sorprendes".

"Dime tu implicación en ello", me suplicó. "Y aquí están mis manos. Escondidas. No me harás daño pensando en ello, hablando de ello. En lugar de eso, nos ayudarás a ambos".

La miró a los ojos un momento más y luego rodó sobre su espalda, mirando al techo. "Era noviembre, hace dos años. Al principio íbamos a ser un ejército de veinte mil hombres. Los Sinclair tenemos una larga historia de lucha por la corona. Siempre hemos estado al lado del rey, y hemos sido favorecidos por nuestra lealtad. Poco antes de partir, el rey Jaime me eligió para comandar a tres mil combatientes".

Se apoyó en un codo para poder mirarle a la cara. Tuvo cuidado de no tocarle.

"Avanzamos hacia el sur de Inglaterra. Nos esperaban entre dos ríos con su caballería y sus cañones. Se suponía que otras tropas escocesas se unirían a nosotros, pero no vino ninguna. Sin el rey allí, sus comandantes no se apoyarían. Cuando empezó la batalla, los ingleses nos superaban en número tres a uno. En el primer encuentro, nos acribillaron y luego lanzaron su caballería contra nosotros. Nos encontramos acorralados entre el río y el Musgo. Allí fue donde se libraron los combates más encarnizados".

Hizo una pausa y la miró a la cara, como asegurándose de que no sufría.

Innes no dijo nada, luchando contra el impulso de consolarle. Sabía lo que vendría a continuación.

"Las orillas del río y el campo a su alrededor estaban pintados con sangre escocesa. No éramos rival para el 'caballo de frontera' inglés. Nos pasaron por encima una y otra vez. Cientos de mis hombres fueron abatidos y abandonados a su suerte en los pantanos y el río". Volvió a hacer una pausa. "Dibujaste esa escena".

Lo había hecho. Innes recordó la pena que sintió como única observadora externa. No podía imaginar el alcance de la pérdida de Conall en su puesto.

"Y entonces te hicieron prisionero".

"Debería haber muerto en ese campo con mis hombres".

"Luchaste con valentía y honor", dijo ella en voz baja, incapaz de detener las lágrimas que brotaban de sus ojos. "No te rendiste. Te sacaron de aquel campo por la fuerza. El destino tenía otros planes para ti".

Le besó los labios. Besó cada uno de sus ojos y apartó sus lágrimas.

"Cuéntame qué pasó después".

"Muchos fueron capturados después de aquella batalla. Iban a servir de moneda de cambio

para doblegar a la corona escocesa. Otros formaban parte de enormes rescates", le dijo. "Mientras yacía en prisión, me enteré de que el rey Jaime murió poco después, humillado por nuestra pérdida y enfermo de fiebre. Ni siquiera el nacimiento de nuestra reina infantil pudo reanimarle. Estaba demasiado angustiado. Murió lamentando la muerte de sus Sinclaires, dicen".

"Y eso no hizo sino aumentar tu culpabilidad injustificada".

"No es injustificado. Yo era su comandante. Fue bajo mi dirección que tantos perdieron la vida".

Se incorporó. "Si hay alguien que debería albergar culpa, son esos villanos que no llegaron, esos escoceses supuestamente leales que te dejaron sin apoyo mientras luchabas sola contra un ejército mayor. Esta vergüenza -esta culpa que sientes- es justo que la soporten ellos, no tú".

Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios. "Te enfadas por mí".

"Sí, y quién no lo estaría", dijo ella, sacudiendo la cabeza. "Y mientras languidecías en cautividad, no revelabas tu identidad. Por eso pasó un año antes de que alguien supiera que estabas vivo".

"Sabía el oro que teníamos como clan en nuestras bóvedas. Y sabía que esos bastardos ingleses se lo llevarían todo. Fue mala suerte que me descubrieran".

"Tu vida valía la pena. Bryce lo sabía. Tu clan quería que volvieras. Te necesitaban aquí", le dijo, sin querer imaginar lo vacía que habría sido la vida de todos si Conall nunca hubiera vuelto. Lo inútil que sería ahora su propia vida. "Pero eso pertenece al pasado. Ahora empieza un nuevo capítulo para ti, para Bryce y para los Sinclair".

"Mi pequeña guerrera". Le acarició el labio inferior. "Ahora también entiendes por qué me importa tanto la felicidad de Bryce".

"Es por lo que considerabas sacrificios de tu hermano".

"Hubo sacrificios, sin duda. Se casó con Shona porque yo no lo hice antes. Empobreció a los Sinclair para salvarme a mí. Y hubo un tiempo en que pensé que volvía a sacrificarse al casarse con Ailein, sólo por el tamaño de su dote".

Y no había sido el único en pensarlo. Innes recordaba las dudas de su hermana incluso el día de su boda. Le besó.

"En lo que respecta a esos dos, en realidad me alegro de que sus dificultades matrimoniales empezaran en su noche de bodas... antes de que yo partiera hacia el castillo de Folais con mis parientes".

"No tan contento como yo", dijo. "Has sido mi perdición y mi salvación".

Sus dedos le acariciaron la columna del cuello y le apretaron suavemente el pecho antes de bajar por el vientre. Ella jadeó de excitación cuando él tocó sus húmedos pliegues con las yemas de los dedos, separándolos y provocándola. Un instante después, gemía de placer.

Ella abrió las piernas para recibirlo, pero él sonrió y bajó los labios por su cuerpo. Saboreó sus pechos y continuó hacia abajo, levantándole las caderas y besándole el interior de la pierna. Su mirada se encontró con la de ella, desafiándola en silencio.

A Innes le latía el corazón en el pecho, le hormigueaba la piel y su cuerpo se estremecía de erótica expectación.

Movió la boca hasta la unión de sus muslos. Ella gritó con un jadeo sobresaltado por la conmoción de la intimidad, y todo su cuerpo se elevó hacia el techo. Pero él la empujó hacia atrás y continuó con su dulce tormento.

El cielo se abrió sobre ella. No podía controlarse. Su cuerpo se estremeció en salvajes espasmos de liberación y oleadas de placer que continuaron recorriéndola. Momentos después, sus manos se aferraron desesperadamente a su pelo, tirando de él hacia ella.

Ya no podía contenerse. Necesitaba sentirlo, tocarlo de la misma manera. Lo empujó y él rodó sobre su espalda, llevándola con él. Se sentó a horcajadas sobre sus caderas y apoyó las palmas de las manos en su pecho.

Sus ojos se fijaron en sus manos, luego en sus pechos.

Sonrió. "Tienes que darte cuenta de que leer tus pensamientos tiene su recompensa".

"¿Ahora sí?" Intentó tocarle el pecho, pero ella le empujó los brazos por encima de la cabeza.

Empezó por su boca, inclinándose sobre él y besándolo con la misma minuciosidad con que él la había besado a ella. Sus pechos le rozaban el pecho, sus caderas le provocaban donde le tocaba el estómago.

Sus ojos se desenfocaron y la tensión se reflejó en su rostro, pero estaba obligado a cumplir sus deseos.

Innes dejó que su boca recorriera los duros planos de su pecho, y sus dedos bajaron hasta sus poderosos muslos. Se flexionaron bajo su contacto.

La respiración de Innes se entrecortó en su pecho al ver y sentir su completa hombría alzándose tan íntimamente entre sus pechos.

Sus dedos descendieron lentamente y rodearon la suave carne. Colocando de nuevo la boca en su estómago, siguió el camino que él le mostraba en su mente, descendiendo lentamente hasta que sus labios acariciaron el eje palpitante.

Le oyó respirar hondo y contener la respiración. Armándose de valor, dejó que la punta de su lengua lo recorriera. Con fiereza, él le metió la mano en el pelo.

"Innes, no puedo soportar mucho esto". Tenía la voz ronca. Al levantar la vista, pudo ver el sudor que brillaba en su frente.

Quería que él se deshiciera como ella se había deshecho. Abrió la boca y lo absorbió.

Innes oyó que la llamaba por su nombre mientras tiraba bruscamente de ella hacia arriba y la ponía boca abajo sobre la cama.

Ella extendió las palmas de las manos contra la ropa de cama, levantándose para recibirlo mientras él palpaba la húmeda abertura. Jadeó suavemente ante la urgencia de su penetración.

Conall se inclinó hacia delante, sobre la espalda de ella, y su boca le besó el cuello, el punto sensible bajo la oreja. Su mano le acarició los pechos, burlándose de sus pezones erectos, antes de bajar a acariciarle el centro con dedos expertos.

Ahora era ella la que volvía a perder el control, y jadeaba en busca de aliento, meciéndose de nuevo dentro de él, sin apenas sentir que la levantaba de las rodillas mientras él la penetraba con embestidas rápidas y potentes.

Un gruñido vibró en su pecho mientras la agarraba por las caderas, que se retorcían, y la penetraba una y otra vez.

Cuando los cielos se abrieron ante sus ojos con un millón de deslumbrantes descargas de rojos y dorados, Innes no supo si gritó. Vagamente, sintió que él la agarraba por el hombro, haciéndola caer hacia delante mientras él mismo se convulsionaba con un fuerte grito. Instintivamente, se aferró a sus brazos mientras él la rodeaba, apretándola contra la cama.

Innes no podía saber cuánto tiempo permanecerían así. Poco a poco fue consciente de su respiración rápida y desigual, saboreando la sensación de sus cuerpos acalorados, moldeados juntos por dentro y por fuera.

Finalmente, sintió que él se removía, retirándose suavemente de ella y depositando tiernos besos en su columna, en su cuello. Rodó hacia un lado y la giró, atrayéndola contra su pecho y besándole los labios. Su boca se deslizó hasta su oreja.

"Pido disculpas por el público".

Miró a los pies de la cama. Las patas de Trueno estaban sobre las mantas, esperando la invitación para saltar.

Capítulo Veintiséis

"ESTO SE PARECE MÁS A MI AILEIN", se burló Innes mientras su hermana se secaba las lágrimas que corrían por sus mejillas.

"¿Qué esperabas? Mi hermana se va a casar. Yo soy el responsable. Yo lo organicé". Estaba radiante a través de las lágrimas. "Bryce dice que Conall insiste en partir hacia el castillo de Folais pasado mañana para hablar con padre".

"Sí, intenta dar a Fingal tres semanas para publicar las amonestaciones. En casa harán lo mismo". Innes sonrió, aún aturdido por todo lo que estaba ocurriendo. Iba a casarse con Conall Sinclair. Sus esponsales tendrían lugar en privado mañana por la noche, antes de que él partiera. Aunque no se había reunido con el padre de ella para llegar a un acuerdo sobre la dote, los dos eran capaces de tomar sus propias decisiones.

"Sabes que Bryce se va con él", le dijo Ailein con una sonrisa. "Al igual que yo, se está llevando todo el mérito de vuestro romance. Quiere asegurarse de que todo vaya bien con padre y de que se fije la fecha de la boda y de que la ceremonia será aquí, en el castillo de Girnigoe".

"No creo que padre se oponga a nada de eso", dijo Innes. "Además, voy a ir con ellos, así que no debería haber ningún prob...".

"¡No puedes irte!" gritó Ailein consternada.

"¿Qué ocurre?" Innes se puso inmediatamente en pie de un salto, fue hacia su hermana y la cogió en brazos. Y entonces, en cuanto la tocó, lo supo.

Aileen se echó a reír.

"¿Es cierto?" preguntó Innes.

Ailein sonrió, secándose las mejillas al mismo tiempo. "Jinny cree que sí. Y esta mañana he visto a la comadrona de Sinclair. Las dos dicen que estoy embarazada".

Innes volvió a abrazar a su hermana, esta vez sin soltarla. La abrazó mientras las emociones bullían en su interior. Años de recuerdos se agolparon en sus pensamientos. Recuerdos de la niña que solía sostener en su regazo tras la muerte de su madre. La niña que seguía a Innes cada momento del día y se metía en la cama con ella cada noche. La que no permitía que nadie más la calmara o consolara. Y ahora Ailein iba a ser madre.

"¿Se lo has dicho a Bryce?", preguntó alejándose.

"Lo hice esta mañana. Está muy emocionado. Pero también quiere asegurarse de que no me quede aquí sola. Ha pedido... pido que te quedes".

Innes repitió mentalmente todas las razones por las que iba a volver a Folais, y todas tenían que ver con Conall. Quería asegurarse de que era bien recibido y bien tratado. Y lo que era más importante, quería estar con él mientras viajaba.

"¿Por favor, Innes?"

"Por supuesto". Volvió a coger a su hermana en brazos. "Por supuesto, me quedaré".

Innes miró fijamente su reflejo en el espejo, sin reconocer a la mujer que le devolvía la mirada. La enagua de pesada seda color marfil, con su bajo escote cuadrado y sus mangas elegantemente bordadas, llegaba hasta el suelo. El vestido de seda azul oscuro que llevaba por encima estaba forrado también de marfil, ribeteado con cuentas de plata cosidas con intrincado bordado, y se ataba por delante, por debajo del pecho. Los guantes azules combinaban perfectamente con el vestido.

Sus mechones sueltamente trenzados le caían hasta la cintura por encima de un hombro. Los bordes plateados del vestido acentuaban el resplandor blanco de su cabello.

"Gracias, Jinny. Has obrado un milagro y me has dejado sin palabras".

"No. Eres tú, ama. Es tu belleza la que brilla", dijo alegremente la anciana. "Apuesto a que estás más guapa que cualquier princesa. Espera a que te vea el conde. Te pidió que te casaras con él viéndote sólo con esos vestidos negros. Espera a que te vea sin ellos".

Oh, Conall la ha visto sin ellos, pensó Innes, alejándose del espejo para que Jinny no la viera sonrojarse. Después de aquel primer día en que ella lo había seguido a sus aposentos, habían intentado ser discretos. Cuando Conall acudía a ella a altas horas de la noche, utilizaba el pasadizo bajo el castillo. Ella ardía pensando en las cosas que él le hacía a su cuerpo. Cómo la hacía elevarse cada vez que hacían el amor, dejándola sin aliento y agotada... y aún deseando más.

"Por favor, acuérdate de no contarle a nadie los esponsales de esta noche", dijo, volviéndose hacia Jinny. "El conde quiere que estemos sólo nosotros dos -con Bryce y Aileen y Wynda como testigos- cuando intercambiemos nuestras promesas ante el sacerdote".

Conall partía mañana hacia el castillo de Folaís con su hermano. Sabía que sus planes de boda estaban fuera de su control; Aileen y Bryce ya se habían encargado de ello. Pero por esta noche, quería que su aventura fuera privada. E Innes haría cualquier cosa por él. Se escaparía con él si eso era lo que quería.

La llamada a la puerta le indicó que había venido a buscarla. Jinny se apresuró hacia la puerta y la abrió.

Durante un largo momento, hubo un silencio absoluto. Desde donde estaba, Innes sólo podía ver a Jinny. Parecía congelada en medio de una reverencia.

"Jinny, ¿está lista tu ama?"

El mero sonido de la voz de Conall resonó en su corazón. Se acercó a la puerta y, al igual que su sirvienta, lo único que pudo hacer fue mirar fijamente.

Si no fuera por sus ojos y su voz y por el retrato de él que había admirado la primera noche que habían llegado al castillo de Gernigoe, no le habría reconocido inmediatamente.

"Te has afeitado".

Su mirada la recorrió antes de volver a su rostro. "Vas vestida de azul".

Parecía guapo, increíblemente guapo. Dejó que su mirada recorriera el fuerte mentón y la cincelada mandíbula, la nariz recta y los penetrantes ojos azules. Su cicatriz era más visible sin barba. Y ella le quería a pesar de su aspecto.

"Y te has cortado el pelo". Seguía siendo largo, pero ahora se lo recogía detrás de las orejas y apenas le llegaba a los hombros.

Miró de Aileen a Jinny y viceversa, y luego extendió la mano. "¿Preparada?"

Innes asintió, aún turbado por su nuevo aspecto. Ella le puso la mano en la suya y él la condujo escaleras abajo. No dijo nada mientras descendían. En el rellano inferior, no salió al patio, sino que abrió la pesada puerta que daba a los túneles.

Soltó una risita cuando, un instante después, los dos estaban envueltos en la oscuridad de la caverna y él la besaba sin sentido.

"¿Qué has hecho con mi amada?"

"Yo podría pedirte lo mismo", rió ella, acariciándole la mejilla mientras le devolvía el beso. Se inclinó hacia él mientras le acariciaba el escote del vestido y le acariciaba el pecho. "Me estaba acostumbrando tanto a tener las marcas de tu barba en mi piel".

"Estoy deseando quitarte esto del cuerpo. Pienso recorrerte toda mi suave cara".

"Me desharé de Jinny en cuanto volvamos. Sé que Bryce y tú queréis empezar temprano".

"Después de los esponsales, estamos como casados. Pasaré la noche en tu habitación". Volvió a besarle los labios. "Y me da igual quién lo sepa".

Antes de salir del pasadizo, le quitó los guantes y se los entregó.

"Estamos a punto de intercambiar nuestras promesas de matrimonio", le dijo mirándola a los ojos. "Quiero que sepas lo que hay en mi mente y en mi corazón".

Cuando ella pensaba que no podía quererle más, él la sorprendió aún más.

"Te quiero, Innes".

"Y yo te quiero, Conall, más que a la vida y a la eternidad y a todo lo que pueda haber en medio".

Sus labios reclamaron los suyos en un beso que la estremeció hasta lo más profundo de su alma. La estrechó entre sus brazos unos instantes más antes de cogerla de la mano. Avanzaron por los túneles y subieron los escalones de la Torre Norte.

Ella estaba emocionada, y sabía que él también. Habían decidido prometerse el uno al otro cuando la cena en el Gran Comedor hubiera terminado y los habitantes del castillo se hubieran retirado. Habían hecho apariciones durante las dos últimas noches, pero Conall se había mostrado reservado, como siempre. Permaneció al margen de la multitud. No quería ser el centro de atención. Innes respetaba sus deseos. Comprendía que tardaría en darse cuenta de que su clan no albergaba ninguna mala voluntad contra él, sino que sentía exactamente lo contrario. Pero no podía decírselo. Las palabras no bastaban. Conall tenía que verlo y reconocer su amor por sí mismo.

El Gran Comedor estaba vacío y casi a oscuras cuando lo atravesaron, y sólo ardía un fuego lento en la chimenea. Todo estaba en silencio. Los dos se apresuraron a llegar a la puerta de la sala de recepción del laird, que estaba abierta. Dentro, Ailein, Bryce y Wynda esperaban con Fingal.

Había velas encendidas en todos los rincones. Habían tejido una corona con ramitas de romero y capullos de rosa, y Ailein la colocó sobre la cabeza de Innes mientras le besaba las mejillas. Bryce sostenía una tira de tartán de Sinclair que utilizarían para casarse.

Los dos se enfrentaron y Fingal empezó.

Innes miró a Conall a los ojos mientras su mano izquierda tomaba la derecha de ella. Su corazón se unió al de él. Vio en sus pensamientos algo más que las palabras repetidas tras el sacerdote. Vio la eternidad del amor, la pasión, la promesa de cuidarla y protegerla hasta su último aliento. Las lágrimas rodaron por sus mejillas mientras daba su consentimiento. Bryce envolvió sus manos con el tartán, uniéndolas en la promesa de matrimonio.

Conall la besó y, durante aquellos instantes, no existió nadie más. Sólo estaban ellos dos, su amor y su promesa de futuro.

Bryce y Ailein irrumpieron felicitándoles. Una sonriente Wynda besó a Innes, pero luego las lágrimas rodaron por las mejillas de la anciana cuando Conall la estrechó entre sus brazos. Innes sabía del amor de Wynda, de la pérdida de su propio hijo y de lo mucho que este hombre significaba para ella.

Un momento después se dieron la vuelta para marcharse. Pero cuando Bryce abrió la puerta, se oyó un rugido repentino y los vítores los envolvieron. En el pasillo, hasta el Gran Comedor, una multitud saludaba y vitoreaba. Hasta donde alcanzaba la vista, había Highlanders jubilosos esperando.

Los Sinclair habían llegado para felicitar a su conde.

El clan Sinclair tuvo por fin la oportunidad de celebrar el regreso de su guerrero.

Mientras yacía en la cama junto a él, el suceso volvió a presentarse ante los ojos de Innes. Quedaría marcado para siempre en su memoria. Conall moviéndose entre su gente. Hombres, mujeres y niños vitoreándole, felicitando a su conde por los esponsales, y también dándole la bienvenida de héroe que tanto tiempo llevaba esperando.

Caminando junto a ellos por el Gran Salón, el sacerdote le contó a Innes que, debido al período de tristeza intranquila tras la muerte de Shona y del niño nonato, no había habido fanfarria tras el regreso de Conall al clan. Ésta era la primera oportunidad real del pueblo de mostrar su gratitud.

Conall necesitaba esto. Necesitaba darse cuenta de lo mucho que les importaba. Necesitaba aprender que él era la mayor fuente de orgullo para ellos. Y se había emocionado. La mano de Innes estaba en la suya. Ella había sido testigo de la oleada de emociones dentro de él y a su alrededor.

Se había sentido como debía sentirse. Su héroe.

Acurrucada contra él, Innes le acarició la oreja con un dedo. Tocó la línea de su mandíbula y la barba que ya estaba brotando. Sonrió cuando él abrió los ojos.

"No puedo creer que me quedara dormido", dijo.

"Ésta ha sido una noche importante para ti", dijo ella, poniendo la cabeza junto a la suya en la almohada. "Por no hablar de que ya has hecho el amor con tu pretendida dos veces".

"Según la tradición, si una pareja tiene relaciones sexuales después de la pedida de mano, entonces están casados", dijo. "Así que hice el amor dos veces con mi *mujer*".

"Bryce y Ailein seguirán insistiendo en la boda. No podemos evitarlo. Mi padre también lo hará. Es un hombre duro y resistente. Pero te garantizo que seguirá llorando durante la ceremonia. Creo que nunca pensó que se libraría de mí".

Conall se rió, abrazándola con fuerza. "Te voy a echar mucho de menos. ¿Seguro que no quieres renunciar a la promesa que le hiciste a tu hermana y venir conmigo en su lugar?"

"Creo que hago esto tanto por Bryce como por Ailein". Le besó el pecho y apretó los labios contra su barbilla. "Piensa que la misma semana que vuelvas, estaremos casados".

"He estado pensando dónde querrías vivir después de la boda", dijo acariciándole la espalda. "El pabellón de caza es mío, pero no es el lugar más protegido. También hay una casa torre al sur de Wick que podemos renovar y hacer más confortable. Podría ser un lugar conveniente, cuando vengamos al norte, si eso es lo que decidimos".

Ella se echó hacia atrás, mirándole a la cara. Él le enrolló el pelo en un dedo.

"Por dos veces, desde que he vuelto, el conde de Arran ha enviado un emisario con una

oferta".

"¿La Regente? ¿El protector de la infanta reina María?"

Asintió con la cabeza. "Envió la segunda oferta tras el incendio de Edimburgo el mes pasado. Me quiere en la corte".

"Por favor, dime que no luce".

"No, quiere que alguien del Consejo le apoye". Le acarició el labio y la miró a los ojos. "No he accedido a nada, y no lo haré, a menos que tú también estés contenta de vivir en la corte".

Wynda le dijo que eso ocurriría. Conall era demasiado valioso para dejarlo solo.

"Pero ahora no tenemos que tomar ninguna de esas decisiones". La estrechó contra su pecho. "Quiero hacerte feliz. Y siempre podemos viajar".

"Seré feliz dondequiera que estés", dijo ella, queriendo decir eso. "Me gustaría ver más mundo, pero las ganas ya no son las que eran antes de conocerte. Y en cuanto a dónde viviremos, si decides aceptar la oferta del Regente y siempre que estemos en el norte, puedo hablar por Ailein al decir que estaría encantada de que pasáramos aquí nuestro tiempo, sobre todo ahora que está embarazada".

"Lo mismo ocurre con Bryce", dijo. "Al crecer, nuestras intenciones y nuestros intereses siempre se centraron en el clan. A ninguno de los dos nos importó nunca mucho ser laird. Pero independientemente del cargo que acepte, ahora que mis días de lucha han terminado, creo que puedo serle útil a él y a la gente de nuestro clan."

Innes no encontraba palabras suficientes para expresar su alivio al reconocer Conall que sus "días de lucha habían terminado". Y en cuanto a estar en la corte, había pasado gran parte de su vida rehuyendo la vida pública. Pero al lado de su marido, iría hasta el fin del mundo. Haría cualquier cosa para ayudarlo a curar las heridas de Solway Moss y de su año de cautiverio.

"¿Puedo traerte algo del castillo de Folaís?"

Innes pensó en el viaje que tenía por delante. "Por favor, trae la crónica contigo. Esa cuenta debería estar conmigo ahora. Escribiré una carta a mi padre y se lo explicaré. Lo entenderá".

La miró a la cara. "Me dijiste que hay otras piedras como la tuya ahí fuera".

"La mía es una de las cuatro piezas de la rueda. Cada fragmento encierra un poder diferente. Como yo, cada portador lleva el don hasta la muerte. Entonces la piedra lo transfiere a quien posea la pieza".

"¿Diferentes poderes? ¿En qué sentido?"

Innes nunca tuvo ocasión de explicarle nada de esto el día que ella le había hablado de la reliquia.

"Una piedra cura las heridas. Puede incluso traer de vuelta a una persona desde las sombras de la muerte, desde las mismas puertas del otro mundo. La segunda faculta a su portador para hablar con los muertos. La persona que la posee puede resucitar a un alma y hablar con ella, independientemente del tiempo que lleve en reposo. La tercera permite ver el futuro. Ya sabes lo que puedo hacer. Pero también soy el guardián del pasado. Yo guardo la crónica. Dudo que ninguno de los otros que guardan las piezas de la rueda sepa el desastre que les espera si los cuatro fragmentos vuelven a conectarse".

Le acarició el pelo. "Y lo temes".

"Conoces la naturaleza del hombre. La codicia, el egoísmo, la insaciable necesidad de poder. ¿Te imaginas si una de estas piezas cayera en las manos equivocadas?"

"¿Tienes conocimiento de quién tiene las otras piezas?"

"Ninguna en absoluto. Pero cuando traigas la crónica, quiero que la leas. Las primeras entradas se refieren a los hombres que guardaron cada piedra hace cincuenta años", dijo. "Se las

llevaron lejos para mantenerlas a salvo".

"A excepción de que se junten, o de la posibilidad de que los descubran, ¿hay algo más que temer?"

"Temo a la piedra que puede resucitar a los muertos. El poder del hombre o la mujer que la posee no tiene fin". Se estremeció. "¿Te imaginas... un ejército de muertos?"

Durante días, las tropas de Sir Ralph Evers habían estado peinando Easter Ross, las estribaciones de Ben Wyvis y las tierras al norte de Moray Firth. Habían saqueado granjas e interrogado a los aldeanos, pero no habían encontrado nada. Ni una palabra de la mujer Munro. Hasta ahora.

Había llegado a Evers, cerca de Cromarty Firth, la noticia de que tres jóvenes montañeses habían estado hablando de una "bruja" que podía leer la mente de un hombre y ver su pasado.

Encontrar a los hombres sólo había llevado un día.

A poca distancia río arriba, el humo espeso y las chispas se elevaban hacia el cielo negro desde la granja en llamas. La familia que vivía allí había afirmado no saber nada de ninguna bruja Munro ni de los hombres que se habían escondido en su aprisco y habían escapado a pie cuando llegaron los soldados. Pagaron cara su ignorancia.

"Dos de ellos huyeron en la noche, Sir Ralph", dijo nervioso el soldado, tratando de evitar la mirada acerada de su comandante. "Éste se ahogó intentando cruzar el río. Está muerto, mi señor".

Sentado a horcajadas sobre su corcel negro, Evers miró al montañés muerto, tendido en la orilla del río, y luego a sus cuatro soldados que se retorcían detrás del cadáver.

Evers les hizo un gesto con la mano. "Volved a la granja y esperadme".

Los hombres no necesitaron más persuasión e inmediatamente desaparecieron en la oscuridad.

Sir Ralph Evers desmontó y se acercó al cadáver. Los agujeros de la parte posterior de la coraza indicaban que algo más que el río era responsable de la muerte del muchacho. Evers tocó la bolsa de su cinturón y pateó el cuerpo hasta que el cadáver rodó sobre su espalda.

Miró el rostro recién asesinado. Los ojos vacíos del Highlander reflejaban dulcemente la luna llena que ascendía hacia el negro cielo escocés.

En una torre fortaleza de los Borders, Evers había conjurado al espíritu del anciano Cairns. En el altar de una iglesia de las Tierras Bajas, había resucitado al abad muerto y aprendido los secretos de sus bóvedas del tesoro. Incluso había conjurado al fantasma del difunto Red Comyn. Eran impotentes ante él.

Evers les había sonsacado lo que quería saber. Haría lo mismo aquí.

"Levántate", ordenó.

Ante él, algo se agitó en el cuerpo del Highlander muerto. Una voluta de humo emanó del cadáver, y entonces se formó la forma del joven, que se elevó y se cernió sobre su antiguo ser. El espíritu miró fijamente a Evers.

"Háblame de la bruja".

No hubo vacilación en su respuesta. "Cogió la mano de Jock y lo sabía todo de su pasado. Le leyó la mente. Sabía dónde vivíamos. Conocía sus secretos".

"Sí. Ésa es. Es una Munro. Ésta es tierra de Munro. Dime dónde se esconde".

"No sé nada de que sea una Munro, sólo que la vimos".

"¿Dónde?"

"En tierras de Sinclair. Estaba con una vieja bruja que decía hablar en nombre del laird".

"¿Qué laird? Esas tierras son extensas".

"Girnigoe", le dijo el espíritu. "Está en el castillo de Girnigoe".

Capítulo Veintisiete

Castillo de Folais

LA SALA de recepción del hacendado era acogedora y confortable, con tapices franceses en la pared, un mapa del Mar Alemán y muestras de espadas y armas antiguas. Conall estaba sentado en una silla española de roble elaboradamente tallado, colocada estratégicamente frente a un acogedor fuego de leña. Héctor Munro se sentó en una silla a juego.

"Te agradezco la hospitalidad que nos has dispensado a mi hermano y a mí. Debo disculparme de nuevo por no haberte recibido en la boda de Ailein con Bryce".

"No hablemos más de eso. Me alegro de que mi muchacha esté bien instalada", dijo Héctor con aire satisfecho. "Y me alegra aún más oír todo esto sobre ti y mi Innes".

"Sí, ya ha provocado cambios, te lo aseguro".

Héctor miró al fuego un momento antes de empezar de nuevo. "Sugerí a tu hermano que fuera a ver nuestros nuevos cañones en la casa de armas porque quería hablar contigo a solas".

Conall se lo esperaba. Innes era una joya preciosa y daría todas las garantías que el barón necesitara para tranquilizarle respecto a la felicidad de su hija.

"Ya dijiste que no debíamos preocuparnos por su dote. No es eso... aunque vendrá con su fortuna, como Ailein".

Conall empezó a hablar, pero el laird Munro le hizo un gesto para que se callara.

"Tenemos poco tiempo y necesito preguntarte algo". La mirada de Héctor se fijó en su rostro. "¿Te ha hablado de... de las responsabilidades añadidas que recaen sobre ti como su marido?"

"Lo ha hecho", respondió. "Sé de su don especial y de la piedra, y me ha dicho que debemos llevar la crónica que recibió de su madre".

El barón se sintió claramente aliviado mientras se reclinaba en la silla. "Innes lo decía en la carta que trajiste, pero necesitaba oírlo de tu boca".

"He jurado protegerla", dijo Conall. "Puedes estar seguro de que pienso hacerlo".

"Sé que lo harás. Eres un buen hombre y un buen guerrero. Como ya he dicho, me alegro de que Innes te haya encontrado y tú a ella. No podría haberlo hecho mejor si hubiera buscado por todo el mundo. Nuestras familias están ahora unidas para la eternidad".

"Es la mejor de las mujeres", dijo. "Soy un hombre afortunado".

"Sí. Yo también siento eso por ella. La echaré de menos aquí a mi lado, créeme. Y hasta ahora, pensaba que tendría su consejo hasta que fuera viejo y canoso".

"Dice que tu hijo Robert estará pronto a tu lado. Por lo que dicen, es un buen muchacho".

Héctor miró alegremente al fuego durante un momento y luego llamó a un criado, que abrió la puerta y miró dentro.

"Haz pasar a nuestros otros invitados", ordenó el Munro. Al ver la pregunta en el rostro de Conall, explicó. "Algunas personas han venido en busca de Innes. Les conozco y confío en ellos. Su misión aquí es de cierta urgencia... y ahora te concierne a ti".

Antes de que pudiera dar más explicaciones, la puerta se abrió y los dos hombres se pusieron en pie.

"Permíteme presentarte a Alexander Macpherson y a su esposa, Kenna MacKay".

Mientras que los Sinclair habían servido a la corona con sus espadas y sus vidas en tierra, los Macpherson habían sido una fuerza a tener en cuenta en el mar. Conall conocía por su reputación al comandante de los barcos de los Macpherson y futuro laird, pero ésta era la primera vez que se veían.

Durante generaciones, aquellos barcos habían gobernado el Mar del Oeste, aterrorizando la costa inglesa y Henryciéndose con el oro español que saqueaban en el Nuevo Mundo. Alexander Macpherson era alto y musculoso, pero se movía con la suave potencia de un gran felino. Tenía la mirada clara y la mano firme de un guerrero. Y su actitud protectora hacia su joven esposa era evidente: se mantenía a un brazo de distancia de ella en todo momento.

Hector Munro no era muy dado a las ceremonias. Los empujó más allá de las galanterías y les explicó los conocimientos de Conall sobre la reliquia antes de llegar a lo que más importaba, el peligro que corría Innes.

"Me persiguieron", les dijo Kenna. "Mi marido y yo fuimos perseguidos por las Highlands Occidentales por soldados ingleses y escoceses de las Tierras Bajas. Servían a un hombre llamado Sir Ralph Evers".

"Evers", intervino Conall. "Conozco a ese hombre. Es un carnicero y un merodeador. Ha aterrorizado las Fronteras en nombre del rey Tudor".

"Ahora se ha liberado de su amo y ha venido al norte", continuó Kenna. "Ha estado cortando una franja sangrienta a través de Escocia para hacerse con las piedras restantes".

"Que sepamos, tiene dos", explicó Alexander. "Una pertenecía a un anciano llamado Cairns. Era uno de los cuatro originales que naufragaron con la reliquia".

"¿Y el segundo?"

"Tiene la piedra de Kenna".

Conall recordó las palabras de Innes. El poder de las reliquias y cómo se transferían estaba fresco en su mente.

"Pero el poder permanece contigo", dijo. "Y siempre permanecerá contigo".

"A menos que me mate", respondió Kenna, acercándose al lado de Alexander. "Y mi marido puede dar fe de los intentos".

Los Macpherson sabían que Innes tenía la reliquia. Esto significaba que también podía tenerla Evers. La mente de Conall se volvió inmediatamente hacia la seguridad de Innes. Antes de partir había prometido no aventurarse fuera de Girnigoe sin escolta. Pero eso no era suficiente. Aldeanos, viajeros, mercaderes y extraños llegaban diariamente al castillo. Cualquiera de ellos podía ser un agente de Evers. Tenía que volver con ella.

"¿Cuál de las piedras tiene hasta ahora?" preguntó Conall.

"Tenía la piedra curativa", le dijo Kenna. "Cairns murió torturado. Su poder de hablar con los muertos reside ahora en Evers".

"Creemos que Innes será su próximo objetivo", afirmó Alexander. "Aunque aquí el barón

insiste en que el secreto de su hija se ha guardado bien, el rumor está ahí fuera y se ha extendido. Lo mismo ocurrió con Kenna".

"Sabemos que Evers tiene ahora el nombre de Innes", añadió. "No tenemos ninguna duda de que viene a por ella".

Capítulo Veintiocho

INNES Y AILEIN siguieron al mayordomo a través de la capilla hasta el oratorio débilmente iluminado. Fingal estaba de pie junto a la puerta, murmurando en latín y cogiendo el tapón de una botella de aceite sagrado. La información que Lachlan les había transmitido en el camino se confirmó al ver al sacerdote. Fingal se disponía a administrar el sacramento de la Extremaunción.

"La pobre criatura... apuñalada y golpeada y... y cosas peores... y luego dada por muerta", les dijo Wynda, con la voz entrecortada.

"¿Cuándo la encontraron?" preguntó Innes, con la pena apoderándose de su corazón. "¿Y dónde?"

"Hacia el mediodía, de camino a la aldea de Keiss. A menos de una hora a pie hacia el norte". Wynda miró a la joven, que respiraba con dificultad. "El animal que hizo esto la dejó morir".

Ailein tocó el brazo de la tía y se inclinó sobre la herida. Una manta cubría su maltrecho cuerpo.

"¿La conoces?"

"Sí, es una de las nuestras", dijo Wynda. "Se llama Dona. Trabaja en la cocina. El año pasado trajo aquí a su hija para que la ayudara. Cada quince días más o menos, las dos regresan a su aldea para ver cómo están sus padres. La madre está lisiada y ambas están envejeciendo. Doña y su hija se fueron ayer. Fue la última vez que alguien las vio... hasta hoy".

Innes se acercó a la mesa donde habían dejado a la mujer.

Tenía los ojos cerrados, pero los párpados se agitaban mientras gemía débilmente. Su respiración era cada vez más agitada. Innes supuso que su sufrimiento no duraría mucho más.

"¿Has encontrado a la hija?", preguntó.

"Nuestros hombres están buscando a lo largo de la costa", añadió Lachlan. "Han estado en la aldea. Aún no hay rastro de ella".

"¿Esto ocurre a menudo?" preguntó Innes.

"Nunca", respondió Wynda con firmeza. No apartó la mirada de la moribunda. "¿Pero qué hay de la hija? No puedo dejar de pensar en lo que podría haberle ocurrido. Sólo tiene diez años. Es una muchacha feliz. Deseosa de complacer. Le encanta... le encantaba... trabajar junto a su madre".

"¿Y el marido?" preguntó Ailein.

"Muerto", respondió Lachlan. "Un pescador. Se ahogó hace dos veranos".

Wynda cogió la mano de Dona, acariciando los dedos.

"Tenemos mujeres viajando por el campo todo el tiempo", añadió Lachlan. "Todas tendrán miedo de salir a la puerta de su casa si no averiguamos quién ha hecho esto".

Innes se quitó lentamente los guantes. Vio que su hermana alargaba la mano para detenerla,

pero Innes negó con la cabeza. Sabía lo que estaba haciendo. Dona había sido víctima de una brutal paliza. La habían apuñalado y violado. Al tocar la mano de la mujer, todo aquel dolor se convertiría en el suyo. Reviviría el horror de todo aquello si eso era lo que había en la mente de Dona en ese momento.

Innes se acercó al otro lado de la mesa, acercó un taburete y se sentó. "¿Cómo se llama la hija?"

"Cari", le dijo Wynda.

"Cari", repitió Innes en voz baja, inclinándose cerca del rostro de la mujer. "¿Dónde está Cari, mi dulce? ¿Dónde está tu hija?"

"No creo que pueda oírte", dijo Wynda, enjugándose una lágrima. "Pobre muchacha. ¿Qué le han hecho? ¿Arrojarla al mar?"

Innes acercó los labios al oído de Dona. "¿Dónde está Cari? ¿Puedes decirnos dónde está?"

Ailein se apresuró a colocarse detrás de ella. Su hermana ya lo había visto antes. Innes podría gritar. Su rostro mostraría el dolor. Intentaba erigirse en escudo entre Innes y el resto de los presentes.

"¿Alguien ha hablado con los padres?" preguntó Ailein.

"Sí", dijo Lachlan. "El viejo ha salido con los hombres en busca de su nieta".

Innes cogió la mano de Dona y acercó la oreja a los labios de la mujer. "¿Dónde está Cari?"

Jadeó de dolor cuando el hombre le dio una patada en el estómago. Miró las caras. Vio cómo habían llegado a la orilla. El puño de otro hombre conectó con su mandíbula. Cayó al suelo y se levantó sobre unos brazos débiles, viendo a su hija. *Corre, Cari, corre.*

Momentos después, el agarre de Innes se separó del de Dona. Ella se sentó en el taburete temblando, con la barbilla caída sobre el pecho. Ailein se inclinó sobre ella, protegiéndola de los otros tres presentes en el oratorio. Ella pondría fin a aquello.

Las lágrimas cayeron de las mejillas de Innes. Intentó con dificultad correr la cortina de discreción a su alrededor.

"Lo siento", dijo Wynda con suavidad.

Levantó la vista. La mujer mayor comprendió. Había adivinado por lo que acababa de pasar Innes.

Wynda miró a su alrededor, consciente de su público. "Aquí, con tu boda casi encima. Deberías ver sólo lo mejor de nosotros. Pero quiero que sepas que los Sinclair no somos así. Esto ha tenido que ser obra de un extraño".

"No era un solo hombre", susurró Innes. "Eran dos. Y *eran* forasteros. De las tierras bajas. Tenían un barco".

Wynda se levantó y miró a la mujer inconsciente.

"¿Te habló?", preguntó el sacerdote.

"Me susurró".

"¿Y Cari? ¿Dijo algo de la muchacha?" preguntó Wynda.

"Una antigua fortaleza. Corría a esconderse allí".

"¿Hay una antigua fortaleza cerca del lugar?" preguntó Ailein.

"Sí", añadió Lachlan. "No muy lejos, al norte. Es una ruina derruida de quién sabe qué. Simplemente la llamamos así".

Doña murió sólo unos minutos después de que Fingal terminara de administrarle la

extremaunción, ungiéndole la frente y otros siete lugares del cuerpo.

Cuando terminó y las dos hermanas regresaron a la Torre del Este, Innes permaneció temblando en brazos de Ailein hasta bien entrada la noche. Tocar a la sufrida mujer la había arrojado a un mundo caótico y torturado. No podía apartar los horrores de su mente. Revivió una y otra vez el terror y el dolor de la joven al ser atacada. Pero, afortunadamente, de vez en cuando le invadía una sensación de alivio al pensar que veía a Cari huir hacia un lugar seguro.

Dona le había dicho adónde había ido su hija como si *supiera* que Innes estaba escuchando.

La violencia, especialmente contra las mujeres, era lo más difícil de soportar para Innes. Cuando experimentaba aquellos recuerdos, sólo era una observadora impotente. No podía luchar. Sólo podía presenciar el horror... y sentirlo. Tenía suerte de no haber tocado muchas mentes con ese tipo de pasado. Pero de los que había experimentado, el de Dona era el peor.

Por fin, muy tarde, uno de los guerreros de Bryce llamó a su puerta para decirles que habían encontrado a Cari, aterrorizada pero ilesa. La habían llevado a la cabaña de los abuelos del pueblo.

Ailein la dejó entonces, e Innes intentó dormir. Pero cada vez que se quedaba dormida, aparecían en su mente los rostros de los que atacaron a Dona, y se incorporaba con un sudor frío.

No podía esperar a que volviera Conall. Recordó sus advertencias, su discusión en la orilla sobre los peligros de esto mismo. ¿Cuántas mañanas y tardes había paseado por los acantilados sin prestar atención a los peligros que la acechaban?

Al amanecer, se vistió por fin y se dirigió a la Torre Oeste. Trueno la saludó alegremente. Al igual que ella, el lobo echaba mucho de menos a Conall. Habría dormido allí para hacerle compañía, pero no quería complicarle las cosas a su hermana. Además, Conall volvería pronto.

Bajó con el lobo a la playa pedregosa, pero la niebla matinal era espesa, así que permanecieron cerca de los muros del castillo.

Aún era muy temprano cuando dejó a Trueno con Duff. Saliendo del patio del establo, estaba a punto de cruzar el puente levadizo cuando Lachlan, conduciendo su carro, enfiló junto a ella.

"Buenos días, milady", dijo tocándose la gorra. "¿Has oído las buenas noticias?"

"¿Qué pasa?"

"Hemos encontrado a los dos hombres. Marineros de un barco mercante puesto a reparar".

Dona estaba muerta, pero así se salvarían más vidas. "Son buenas noticias, Lachlan. Me siento muy aliviado".

"Yo diría que es algo bueno en general".

"¿Lo sabe mi hermana?"

"Sí. Se lo he dicho yo mismo. Acabo de volver de llevarla al pueblo. Quería ver a la muchacha y dar el pésame a los ancianos. Me envió a buscarte y llevarte allí".

El mayordomo le tendió la mano enguantada y la ayudó a subir al carro. Con un movimiento de las riendas, partieron a buen ritmo a través de la bruma matinal, mientras Lachlan charlaba sobre la siembra de las cosechas, el esquila de las ovejas y los asuntos del castillo. Incluso habló de la próxima boda.

"Es un madrugón para mi hermana -intervino Innes un rato después-. "¿Ha ido Wynda con ella?"

"Sí. Y Fingal también vino en su vieja yegua. Todos tienen que decidir qué hacer con la muchacha, supongo".

Gran parte de las rutinas de Wynda requerían que estuviera en las cocinas por las mañanas, pensó Innes. Era curioso que no esperara a la tarde para hacer esta visita. Y a su hermana. Ailein había vomitado todas las mañanas desde que Bryce y Conall se marcharon. Estas primeras

semanas de embarazo habían sido difíciles para ella.

Se volvió hacia el mayordomo.

"¿Los llevaste tú mismo a todos a la aldea?"

"Sí, eso hice. Con el sacerdote cabalgando a mi lado".

"¿Cómo le fue a mi hermana en el carro?"

"¿Fare?" Lachlan la miró sorprendido. "En absoluto. Salvo por el asunto de la muchacha, hablamos de la boda casi todo el camino".

La mirada de Innes se detuvo en el mayordomo antes de apartar la vista. Nunca había llegado tan al norte del castillo de Girnigoe. A la derecha del estrecho camino de carros, los acantilados caían bruscamente hacia el mar. Las ondulantes olas rompían y se estrellaban contra las rocas que había debajo. La niebla se arremolinaba en torno al carro, e Innes lamentó no haberse tomado la molestia de coger su capa antes de partir.

"¿Cuándo bajaste a Wick?", preguntó ella.

¿"Wick"? He estado allí tres veces estos últimos ocho... diez días, diría yo. Es una época del año muy ajetreada. Y, por supuesto, los barcos mercantes echan el ancla ahora con bastante regularidad. Estuve allí ayer por la mañana. ¿Por qué lo pregunta, milady?"

"Los hombres que fueron capturados. ¿Los has visto?"

"No. No lo he hecho".

"¿Cómo sabes que son las personas adecuadas? ¿Han confesado?"

"Pues creo que..." El mayordomo miró por encima del hombro y agitó las riendas, animando al caballo a acelerar el paso. "Creo que nos dirigiremos a la aldea".

Un nudo de ansiedad se formó en el estómago de Innes. Miró hacia delante y hacia atrás. No habían visto a nadie desde que salieron. Aun así, quería estar segura de que se estaba preocupando sin motivo.

"¿Mencionó mi hermana que quería que nos llevaras a Wick esta tarde?"

El mayordomo reflexionó un momento. "Sí, así es. Quería irse después del mediodía".

La ansiedad se convirtió en frío pavor. Mentía. No habían hecho tales planes.

Innes se miró las manos enguantadas que agarraban el asiento. Se soltó y se quitó los guantes.

"No lo hagas", dijo con dureza.

Ella le miró fijamente.

"Sé quién eres. Sé lo que puedes hacer. Lo vi con mis propios ojos anoche en aquel oratorio". Lachlan lo fulminó con la mirada. "No me tocarás con esas manos".

"No es lo que piensas", dijo ella, intentando mantener la calma. ¿Qué pensaba él, que era una bruja? ¿Y adónde la llevaba?

"Sé exactamente qué pensar. Lo oí en Wick".

"¿Qué has oído? ¿Quién ha estado hablando de mí?"

"Se ha corrido la voz. Al principio no lo creía, pero ahora sí".

"¿Qué palabra?"

"Todo el mundo lo sabe. Hay hombres buscando por toda la costa. Gente de las tierras bajas e incluso ingleses, buscando a una mujer del clan Munro. Dicen que es una bruja. Tiene una reliquia mágica que le dio el mismísimo Satán. Puede convertir a una persona en piedra si la mira a los ojos".

"Lachlan, tú me conoces. ¿He convertido a alguien en piedra? ¿De verdad te crees alguna de esas tonterías?", preguntó ella.

El mayordomo no dijo nada. Y entonces cayó en la cuenta de la repugnante verdad.

"Me llevas a ellos".

Volvió a mover las riendas.

"¿Pero por qué? Por favor, no me digas que es por oro".

Cuando él no lo negó, Innes supo que había acertado.

"Pero pareces muy feliz. Tienes una buena posición. No te falta de nada".

La dura mirada del hombre se clavó en ella. "Vi lo que hiciste anoche, ama. Tocaste la mano de Doña y viste lo que había en su mente".

"Es cierto. Es un don que poseo. Pero no lo uso. ¿No me has visto llevar siempre un guante?".

"Es demasiado tarde, milady. Lo sabrías y yo estaría muerto".

"¿Saber qué?"

"Sabrías que he hecho mal a los Sinclair durante años. Cogiendo un poco aquí. Guardando un poco allí. Pero tú vas a ser la esposa del conde, y no se te ocultará nada". Sacudió la cabeza como si hubiera librado una batalla con su conciencia y ya la hubiera perdido. "No puedo arriesgarme".

"Lachlan, tengo más riqueza que cualquier cosa que esa gente pueda pagarte. Si te detienes ahora, podré guardar tu secreto".

"No. No puedo. Es demasiado tarde". Reprimió a su caballo y el carro se detuvo. "Nos están esperando. Esperándote a ti".

Antes de que pudiera replicar, un grupo de hombres subió a la vista desde el borde del acantilado. Más hombres se acercaron al carro desde detrás de una pequeña elevación.

Sólo tardó un instante en asimilarlo todo.

Las camisas de malla que llevaban eran como las que había visto en la mente de Dona. Dos de aquellos hombres habían atacado y matado a la joven. Estaba segura de ello.

Un jinete embozado espoleó a su corcel por un empinado sendero que descendía hacia el mar. Más hombres esperaban junto a dos largas barcas en la playa rocosa.

Un sudor frío le recorrió la espalda.

Había llegado el final.

Capítulo Veintinueve

"Mis días están a punto de terminar. Doy gracias a la Virgen por haberme dado un hombre en quien podía confiar. No pude darle un hijo, pero Héctor ha protegido mi secreto, así como mi vida y la de mis dos hijas. Sólo rezo para que mi preciosa hija Innes crezca y tenga la fuerza y el ingenio necesarios para conservar este don que le transmito. Me debilito. Tengo más cosas que contarle. Debo terminar mi escrito aquí..."

- De la Crónica de Lugh

EL COMANDANTE EMPUJÓ su corcel negro hacia el carro. Aquel hombre no era un montañés, de eso estaba seguro Innes. Al acercarse, de debajo de su capa de cuero sacó una larga espada de su vaina.

Lachlan se incorporó en el carro y se inclinó ligeramente. "Como os prometí, mi señor, he traído a la mujer que buscáis".

Los ojos del jinete se clavaron en su rostro un instante, y luego se dirigieron a la bolsa que llevaba en la cintura. Lachlan había entregado lo que aquella gente buscaba.

No sólo la querían a ella. Querían la reliquia.

"Prometiste una recompensa de oro inglés, y confío en que un caballero como..."

La espada del comandante susurró en el aire, y Lachlan se quedó inmóvil mientras la hoja se dirigía hacia él.

La sangre del mayordomo la salpicó mientras su cabeza caía al suelo.

Innes no iba a morir como un perro. No se quedaría quieta. Saltando del carro, se levantó las faldas y echó a correr en la dirección por la que habían venido.

"Ve tras ella", gritó el comandante. "Traédmela".

Sabía de lo que era capaz esa gente. Vio lo que le hicieron a Dona. Y ahora a Lachlan. Con ella sería peor. Mucho peor. Puede que no escapara de ellos, pero moriría antes de rendirse.

Conall y el grupo que viajaba desde el castillo de Folais estaban aún a una milla de Gernigoe cuando una docena de guerreros Sinclair salieron a su encuentro al galope. Los peores temores de Conall se hicieron realidad en cuanto uno de ellos habló.

"Lady Innes ha desaparecido".

Aún estaban en la tierra de Munro cuando oyeron las historias de ingleses y habitantes de las Tierras Bajas que habían sido vistos en las colinas. Pero después de todo lo que les contaron los Macpherson, Conall sabía quiénes eran aquellos hombres y qué buscaban. Y Sir Ralph Evers no perdería el tiempo en tierra de Munro una vez que supiera dónde estaría Innes.

Le invadió un miedo frío. Tenía que encontrarla. Llegar hasta ella. Había guiado a tantos hombres en tantas batallas. Nunca había permitido que el miedo le paralizara cuando era necesario actuar. Y no lo haría ahora, aunque el miedo por la vida de Innes le dificultaba pensar.

"¿Dónde fue vista por última vez?"

"En el patio del establo", informó el guerrero Sinclair. "Lachlan también ha desaparecido, mi señor. Pero no sabemos si los dos se fueron juntos o si alguien se la ha llevado. Una mujer del castillo fue asesinada ayer... por habitantes de las Tierras Bajas".

"Basta", ordenó. "Cabalga conmigo".

Espoleando a su caballo, se adelantó al galope mientras los Sinclair corrían para seguirle el ritmo, gritando respuestas a las preguntas de Conall. Por lo que todos sabían, Lachlan no había planeado ausentarse del castillo. Otros que regresaban de Wick confirmaron que no habían visto al mayordomo ni allí ni en el camino.

Conall frenó su corcel sólo cuando entró en el patio de cuadras. Bryce y los Macpherson entraron a caballo justo detrás de él. El padre de Innes y su familia llegarían dentro de unos días.

Ailein salió corriendo por el puente hacia el patio del establo cuando desmontaron.

"Innes no está aquí. No está en el castillo", dijo a Conall y Bryce, con el pánico evidente en su voz. "Hemos buscado por todas partes. Alguien se la ha llevado. Estoy segura".

"¡Duff!" gritó Conall hacia las ventanas de la Torre Oeste. "Trae a Trueno".

Quizá, rezó, su lobo pudiera encontrar su olor y mostrarles el camino. Sabía que se estaba agarrando a un clavo ardiendo, pero ¿qué otra posibilidad tenían? Evers no había pedido rescate por Innes. Por lo que le había dicho Kenna MacKay, el inglés la mataría en cuanto tuviera la reliquia en sus manos.

Duff salió disparado de la Torre Oeste con Trueno tirando de una correa corta de cuero. En cuanto el lobo le vio, se soltó y corrió hacia Conall.

"Innes", le dijo al lobo excitado, intentando soltar la correa. Pero el animal estaba demasiado excitado para quedarse quieto. "Encuentra a Innes".

Trueno salió corriendo a través de las puertas, y Conall saltó sobre su caballo en su persecución.

Innes estaba de espaldas a los acantilados. La niebla se arremolinaba a su alrededor. Una docena de sucios soldados la rodeaban.

El comandante ladró su orden y se precipitaron hacia delante. Ella se volvió para saltar desde el borde, pero vaciló. No pudo. Y entonces la tuvieron a ella... y a la piedra que había recibido de la mano de su madre moribunda.

El dolor penetró en lo más profundo de su ser. Había fracasado. Había jurado proteger esta tablilla y había fracasado. Cuando el jinete sacó otras dos piezas de la Rueda de Lugh y encajó su fragmento con ellas, algo murió en su interior. Sabía que ya no podía escapar a su destino. Pero a diferencia de las demás en la crónica, a diferencia de aquellas mujeres que murieron para protegerla, ella... Innes Munro... simplemente la entregó en manos de monstruos que violaban y mataban a inocentes e indefensos. La culpa le desgarró el corazón.

¿Y qué hay de Conall? ¿Y el amor que acababan de encontrar? ¿Sabría alguna vez qué fue de ella?

Un movimiento atrajo su mirada hacia la cima de la elevación, detrás de aquellos asesinos.

Trueno.

"Mátala". El inglés asintió a sus hombres. "Quiero verla muerta".

El Lowlander que sujetaba a Innes por el pelo le levantó la cabeza de un tirón y levantó el cuchillo para cortarle el cuello.

Antes de que la espada pudiera dejar su marca letal, un destello de furia gris se abalanzó sobre el hombre, abriéndole la cara y apartándolo de ella.

Una y otra vez, el Trueno atacó la cabeza y el cuello mientras el guerrero gritaba. Aturdidos por la repentina ferocidad del ataque de la bestia, los demás hombres retrocedieron un paso. Eso fue todo lo que Innes necesitó.

Recogiendo el cuchillo caído, asestó un tajo en la cara del guerrero más cercano. El hombre se apartó, aullando de dolor. Pero antes de que pudiera salir disparada por la abertura, los demás salieron de su estupor. Uno de ellos la agarró por la muñeca y le arrancó el cuchillo.

Los aullidos de Trueno la hicieron girar la cabeza. Un soldado estaba apartando su espada del costado del lobo que se retorció, mientras otro levantaba su arma para acabar con el animal.

"¡NO!", gritó, soltándose la muñeca y lanzándose hacia delante.

Aterrizó sobre el lobo mientras la punta de la espada descendía, clavándose en ella. Caliente como el metal fundido, atravesó la carne y el hueso. Su aliento se entrecortó en su pecho y el dolor abrasador que sentía en su interior se irradió desde la hoja, abrasándola hasta que algo se rompió en su cabeza y dejó de sentir dolor.

De repente, unos cascos golpeantes se situaron justo delante de ella. El sonido metálico de las hojas de las espadas se mezcló con los gruñidos y gritos de los hombres heridos. El caballo se alejó un pie, una yarda, y entonces ella vio a su feroz defensor.

Conall hizo retroceder a los hombres con furia feroz, su espada centelleó mientras sus enemigos caían ante él.

Y más allá de la refriega, vio a otros que se acercaban por la elevación.

El comandante a caballo también los vio, y ella lo observó espolear a su caballo hacia el carro antes de desaparecer por el camino de la playa.

Conall acuchilló todo lo que se movía a su alrededor. Con la furia ciega que le impulsaba, atravesó a los animales que se habían atrevido a tocarla.

Los muertos y moribundos cubrían la cima del acantilado cuando Bryce y los demás llegaron hasta él, y fue un milagro que Conall reconociera también a su hermano antes de atacarle.

Arrojando la espada, saltó del caballo y corrió hacia Innes. Su cuerpo yacía contra el jadeante y ensangrentado lobo. Su cabeza descansaba contra su corazón.

"Conall", dijo en voz baja. "El líder. Tiene las piedras".

"No te preocupes por eso, amor mío. Deja que te mire".

La sangre manaba libremente del enorme agujero bajo su pecho, y su alma se marchitó dentro de él. Había visto heridas así antes. Sabía que ella... él sabía...

Se volvió débilmente para agarrarse al pelaje del lobo. "Trueno. Me ha salvado". Le devolvió la mirada. "Tú me salvaste".

gritaba Bryce mientras corría hacia ellos. "Alexander ha ido tras Evers. Hay dos barcas en la

playa...". Se detuvo y luego murmuró. "Oh, Dios."

Conall no levantó la vista hacia su hermano. Sus ojos estaban fijos en su amada. Su rostro se volvía más ceniciento a cada momento que pasaba, su respiración cada vez más superficial.

Una figura apareció de repente y le puso una mano en el hombro.

"Deja que te ayude", dijo Kenna con suavidad, arrodillándose a su lado.

Innes miró el rostro de la mujer de pelo castaño que se recortaba contra el cielo. No la conocía, pero le estaba ofreciendo su ayuda.

Al tocar a otros en el pasado, Innes había sentido un fuerte dolor. Pero esto era diferente. Con esta puñalada, sintió que el metal la atravesaba, dejándola sin aliento y haciendo que su visión se volviera repentinamente aguda. Esta vez, no había posibilidad de retirar la mano y encontrar alivio. Esto era la muerte.

Siguió acariciando a Trueno. Su sangre y la de ella empapaban el suelo arenoso bajo ellos. Quería hablar. Quería fingir que estaba bien, por el bien de Conall, pero no podía. Su sangre vital había llenado una vez un frasco, pero esta herida había agrietado el recipiente, y su tiempo en la tierra se estaba agotando. Otros se movían a su alrededor, pero ella no podía verlos. No tenía fuerzas para darse la vuelta. Estaba perdiendo la capacidad de concentración. Había llegado el final. La muerte estaba sobre ella.

"Soy Kenna Mackay", susurró la mujer, agachándose junto a ella.

Innes oyó la voz de Conall. "Dime qué tengo que hacer".

"Abrázala. Consuéla".

Se sentó detrás de ella, tirando suavemente de ella contra su pecho. Vio que Trueno intentaba levantar la cabeza. El lobo miró brevemente a su amo antes de volver a recostar la cabeza.

"¿Te conozco?" preguntó Innes a la mujer.

"No, pero somos hermanas, más o menos". Kenna le cogió la mano, y su piel se calentó de inmediato. Innes sintió la sensación que corría entre sus dedos, y vio dentro de su mente.

"Tú", dijo ella. "La piedra curativa. Pero tú también la has perdido".

"Hablaremos de eso más tarde. Primero, deja que te atienda".

"El trueno. El lobo". Innes acarició al animal que yacía junto a ella. "No puedes dejarle morir".

"Le ayudaré si puedo. Pero por ahora, cierra los ojos".

Los labios de Conall rozaron su pelo, su sien. Le susurró al oído palabras de amor y aliento. Innes apretó la cara contra su corazón, escuchando el fuerte latido.

"Te quiero", susurró ella. "Los pocos días que hemos pasado juntos han sido los más felices de mi vida".

"Y tenemos el resto de nuestras vidas, mi amor".

Los dedos de Kenna rozaron la herida de Innes. Con toques de pluma, movió la mano alrededor del sangriento tajo y sobre él. Innes cerró los ojos, entregándose al calor que emanaba de la mano de la otra mujer y perdiéndose en los susurros de afecto de Conall.

Había perdido la piedra. El hombre que la poseía tenía ahora tres de las cuatro piezas. Quería llorar la tragedia de haber fallado a su madre al perder la reliquia. Y no dejaba de pensar en Lachlan. Las palabras del mayordomo se repetían en su mente. Había robado durante años. Y ahora había estado dispuesto a matar -o a hacer que alguien matara por él- para evitar ser descubierto. Ésta era la verdad sobre el conocimiento de los secretos. Todo el mundo los tenía;

muchos la destruirían para mantenerlos ocultos.

Quería centrarse en los peligros que aún les rodeaban, pero su mente seguía tirando hacia la otra mujer y su tacto. Kenna, había dicho que se llamaba. Su poder recorrió a Innes, haciendo que su mente liberara toda la tensión, todos los miedos. Su cuerpo la siguió.

El calor se extendió por sus miembros, pero sintió que se centraba en la herida. Sintió que la sangre que palpitaba en su cuerpo empezaba a aliviarse. Innes abrió los ojos. Kenna parecía estar casi en trance. Sus dedos seguían moviéndose sobre la herida.

Innes levantó la mano y sus dedos rozaron los de Kenna. No se produjo ningún cambio en la conciencia de la mujer, ninguna interrupción del ritual. Pero al tocar su mano, se dio cuenta de que Kenna flotaba suspendida dentro de algo que Innes nunca había experimentado. Era un otro mundo espiritual e intangible. Kenna existía en ese momento dentro del alma infinita de la curación. Oyó el eco de voces que hablaban en distintas lenguas. Vio aparecer rostros antiguos, luego parpadear y desvanecerse y convertirse en otra persona. Y supo que todo esto tenía que ver con la reliquia. Le habían robado la piedra a Kenna, pero ella aún encarnaba el poder.

Y entonces, el dolor desapareció. Se desvaneció de repente, como el recuerdo de un sueño. Innes se dio cuenta de que había dejado de sangrar. Se miró la ropa; el desgarrón de la tela y la mancha sanguinolenta hacían que la herida pareciera peor de lo que era en realidad. Las formas se convirtieron en personas y los rostros se enfocaron.

Un hombre enorme, de pelo rubio, estaba agazapado de forma protectora detrás de la joven. Pasaron unos instantes antes de que Kenna abriera los ojos. Sus miradas se cruzaron.

"Tu regalo es una bendición. Gracias", susurró Innes. Sus dedos seguían apoyados en Trueno. "¿Puedes curarle a él también?".

Kenna sonrió, acercándose al animal.

"Una primera vez para mí, remendando un lobo".

Capítulo Treinta

INNES ESTABA CONFINADA en su dormitorio, no por el dolor ni por la necesidad de descansar, sino para dar apariencia de recuperación. Kenna y su poder también necesitaban protección.

Los guerreros Sinclair que seguían a Conall y Bryce habían visto toda la sangre que ella había perdido en los acantilados. Kenna compartía el miedo de Innes a que los demás conocieran su poder. La diferencia era que Innes lo había sabido desde el principio; Kenna no había descubierto su don hasta este año.

Kenna y Alexander Macpherson se quedarían a la boda, e Innes se alegró. Había muchas cosas de las que las dos mujeres necesitaban hablar.

"La piedra estuvo muchos años entre otros regalos que me dejó mi madre tras su muerte", le contó Kenna en una de sus visitas a la habitación de Innes. "Sólo la encontré cuando estaba a punto de casarme. Incluso entonces, no supe lo que significaba ni lo que podía hacer con él hasta que pasaron meses. No tenía a nadie que me enseñara. Mi padre me dijo más tarde que mi madre no creía que fuera justo depositar tanta responsabilidad en un niño."

Innes se rió y le tocó la franja blanca del pelo. "Esto es lo que pasa cuando te lo dicen a los siete años. Un rápido final de la infancia".

Kenna sonrió. "Nuestras madres pensaban que lo que hacían estaba bien".

"Sí. No tiene mucho sentido cuestionarlos", dijo Innes. "Conall me dijo que terminaste de leer la crónica y se la devolviste".

Kenna asintió con el ceño fruncido. "Un relato fascinante, pero aterrador saber que Evers tiene ahora tres fragmentos de la Rueda. Aún tengo muchas preguntas".

"Ya somos dos".

"Alexander sigue furioso porque el inglés escapó".

"Eso no facilita nuestra situación, ni la de nuestras familias. Y gracias por confiar en Ailein acerca de tu don. Ella sabía que las otras piedras estaban ahí fuera desde hacía mucho tiempo".

La respuesta de Kenna se vio interrumpida por un golpe en la puerta, seguido de la aparición de Jinny.

La sirvienta mayor miró preocupada a Innes. "Tu hermana dice que si prometes tomártelo con calma, puedes salir de la habitación y pasear por el Pabellón Interior con su señoría".

Innes intentó ocultar su alegría por salir por fin. "¿Lo sabe Conall?"

"Sí, así es. Él y tu marido están esperando abajo ahora, milady". Jinny asintió a Kenna. "Y tienen a ese lobo con ellos. Antes del día en que desapareciste, no veía mucha utilidad en conservar una bestia tan peligrosa. Pero deberías haberlo visto. Por la forma en que destrozó aquella carretera costera tras de ti, parecía que habría atravesado las puertas del Infierno y se habría enfrentado a las legiones de Satán para rescatarte".

"Prácticamente lo hizo". Innes nunca olvidaría el ataque de Trueno a sus captores... ni tampoco el de Conall. Sus héroes.

Conall se había puesto una correa corta de cuero y estaba de pie junto a Alexander Macpherson cuando las dos mujeres salieron. Los ojos de Innes absorbieron la visión de Conall con su camisa blanca, su falda escocesa y sus botas. No podía contener los temblores de excitación que la recorrían cada vez que lo veía. Debido a la llegada de su familia y a la afluencia de otros invitados, no habían tenido tiempo para estar a solas, ni siquiera después de que todos se retiraran a dormir. El piso de encima de ella se utilizaba ahora para los invitados, y allí se alojaban su padre, Margaret y los chicos. Después de la boda, juró que nada les impediría compartir la misma cama.

El lobo saltó al verla, abalanzándose sobre ella.

"Te traeré uno de éstos", dijo Alexander a su mujer, "en cuanto volvamos al castillo de Benmore".

"Pero yo ya tengo mi propia bestia valiente", dijo Kenna, enlazando un brazo con el de su marido. "El mío es un león".

Los dos formaban una pareja sorprendente, e Innes había oído hablar a Kenna de su rocambolesco noviazgo. La joven había huido justo después de su boda. Luego, seis meses después, había sido secuestrada por su propio marido. Y eso coincidió con la aparición de Evers y sus secuaces carniceros, que los persiguieron por las Highlands. Mirándolos ahora, a Innes le resultaba casi imposible creer que alguna vez hubieran estado enfrentados.

Conall estrechó a Innes entre sus brazos y la besó, sin importarle lo más mínimo que tuvieran público.

Sin dejar de disfrutar del abrazo, se fijó en los demás guerreros armados de Sinclair. Estaban por todas partes, en lo alto de los muros, en el patio, junto al pasadizo que conducía a la Sala Exterior.

"¿Esperas un ataque?", preguntó a Conall.

"No, pero queremos estar preparados".

"Así es también ahora en el castillo de Benmore", le dijo Alexander Macpherson. "Desde que Evers le quitó la piedra a Kenna, hace poco más de un mes, hemos sufrido cuatro atentados contra su vida. Y eso sin contar a los que decidieron coger *nuestro* oro en lugar del suyo y no seguir adelante con sus planes".

"Realmente intentan matarte". Innes expresó lo que ya sabía, pero de repente se hizo muy real, al ver a los guerreros. "Evers tiene las piedras. Es la única forma que tiene de conseguir el poder".

Kenna asintió. "Y ahora hará lo mismo contigo".

"Y ahora hemos aprendido la lección de que no necesita un ejército. Simplemente ofrece oro". Conall seguía sosteniendo a Innes en brazos mientras Trueno se sentaba atentamente a sus pies. "Lachlan era un pariente de confianza. Mira con qué facilidad se dejó persuadir".

"Sí, sólo hace falta un arquero con buena puntería", les dijo Alexander. "Alguien que trabaje en la cocina y sepa qué trinchera de comida es la vuestra. Con un precio por vuestras cabezas, Evers no tendrá que acercarse a vosotros".

"No es la muerte lo que me preocupa, pero no deseo vivir con miedo por mis seres queridos", dijo Innes. "No podemos permitir que gobierne nuestras vidas".

"Alexander y Kenna se quedarán la noche siguiente a la boda. Creo que tenemos que tomar más decisiones antes de que se marchen", le dijo Conall. "Pero ahora mismo Bryce y Ailein nos esperan en su sala de recepción. Si nos disculpas".

Mientras se alejaban de la pareja, Innes se volvió hacia él. "¿Le has hablado a Bryce de la piedra, como te pedí? ¿Es por eso por lo que quiere hablar con nosotros?"

Innes ya sabía lo perjudiciales que podían ser los rumores. Le parecía esencial que su cuñado, como laird, supiera los problemas que había traído a su puerta y a su clan. Saber la verdad también le ayudaría a comprender la traición de Lachlan.

"Sí, se lo dije. No me dijo directamente que ya lo sabía, pero tengo la sensación de que él y tu hermana no son de los que se ocultan cosas".

Se sintió aliviada. Y comprendió la decisión de su hermana de contárselo a Bryce. Aunque Innes aún poseía la reliquia, Ailein era quien la habría heredado. Era importante que Bryce lo supiera.

"¿Sabes entonces por qué quiere vernos?"

"Es Wynda quien ha pedido vernos", le dijo. "Tú, yo, Bryce y Ailein. Dijo que hoy debía hablar con todos nosotros".

Cuando los cuatro y el lobo se reunieron con ella en la sala de recepción, Wynda cerró la puerta, acallando el estruendo procedente del Gran Salón. Había estado buscando palabras, pero los recuerdos seguían entrometiéndose en sus pensamientos, distrayéndola de su propósito.

Incluso ahora, ver sus rostros provocaba en ella una oleada de emoción. Al pensar en el día de su regreso, recordó el momento exacto en que Conall y Bryce cambiaron su vida. La tristeza que se había convertido en parte del tejido de su existencia había sido sustituida de repente por una alegría inesperada. Wynda miró a sus hijos, ahora hombres fornidos y poderosos. Miró también a las dos hermanas Munro, tan claramente enamoradas de ellos.

Durante la última noche, el castillo de Girnigoe había estado rebosante de expectación ante la inminente boda y las festividades que la rodearían, pero otro sentimiento yacía como una sombra a su alrededor. La vergüenza yacía bajo cada sonrisa. La vergüenza que el mayordomo muerto había traído hasta su puerta.

La gente del castillo no lo sabía todo -sólo sabían que había traicionado su confianza como mayordomo-, pero Wynda conocía la profundidad de su traición. Aquella noche, en el oratorio, Lachlan y Fingal vieron lo que Wynda ya sabía... el asombroso poder que ejercía Innes.

A pesar de todos los años que llevaba trabajando con Lachlan y Fingal, Wynda no conocía sus secretos. Y no tenía ni idea de hasta qué punto llegaría el mayordomo para evitar ser descubierto. Nadie podía saberlo, pero aun así le dolía.

Secretos. Wynda tenía secretos. Y supuraban en su interior.

Qué extraño entonces, pensó Wynda, que no viera a Innes como una amenaza para ella, sino como su salvación. Diría la verdad y viviría con el juicio que le acarrearía la exposición... o moriría con él. Pero lo haría por voluntad propia; no viviría temiendo el poder de Innes. Le dio la bienvenida y bendijo a la muchacha por ello. Miró los ojos grises de la joven. ¿Qué vio en ellos? Amabilidad. Preocupación.

Se volvió hacia Conall y Bryce. Ésta también era su historia, tanto como la suya. Oírla de sus labios les provocaría... ¿qué? ¿Dolor? ¿Ira? Tal vez. Pero también una sensación de salvación, esperaba, de un pasado que debía de estar atormentando los límites de sus vidas.

"Yo estaba allí, aquel día, en la habitación de Shona cuando murió".

Todos los ojos se clavaron en ella.

"Wynda", dijo Conall, intentando detenerla. "No necesitamos hablar de esto. El pasado ha

quedado atrás".

"No, no lo es. Todavía no". Sacudió la cabeza. "Déjame opinar. Necesito sacar esto a la luz del sol".

Esperó a que ambos asintieran.

Wynda se dirigió directamente a Bryce. "Cuando dejaste Gernigoe para ir a traer a tu hermano a casa, Shona se volvió salvaje. Sé que lo viste incluso antes de irte. Su mundo se desmoronaba. Conall estaba vivo. Cuando creyó que había muerto, se casó contigo. Destinada a ser la condesa de Caithness y esposa del jefe del clan. Pero ahora ibas a liberarlo y traerlo a casa. Temía que cedieras tu puesto a Conall, como dijiste que harías. Sabía que estaba a punto de perderlo todo".

"Es verdad. Discutimos sobre ello antes de irme".

"Pero no se detuvo", les dijo Wynda. "Apenas habíais salido por las puertas del castillo y ella empezó. Acosó a quien quiso escucharla. Se quejó a los ancianos del clan y a los mozos de cuadra. A las sirvientas y a las mujeres de los chóferes. Pensó que podía dividir al clan. Fingió que hablaba en tu nombre, insistiendo en que querías una demostración de poder cuando volvierais los dos, apoyándote a ti frente a Conall".

"Pero eso era mentira", dijo Bryce con los dientes apretados.

"Sí, y ella lo sabía. Pero eso no la detuvo. Así que me enfrenté a ella con sus mentiras aquel día en el Gran Comedor. Y luchamos".

Wynda hizo una pausa y condujo a Innes hasta un banco, donde se sentaron una al lado de la otra. Tomó entre las suyas las manos enguantadas de la sorprendida joven y la miró a los ojos.

"¿Quieres quitármelas? Quiero que me cojas de la mano mientras hablo. No quiero que haya dudas sobre la verdad de lo que voy a decir".

"Wynda, te creeremos, nos digas lo que nos digas", afirmó Conall. "Has sido como una madre para nosotros".

Sacudió la cabeza y volvió a preguntar a Innes. "Por favor, querida. Ayúdame a desahogar mi corazón".

La joven miró primero a Conall y esperó a que asintiera, luego se quitó los guantes.

La mano de Innes estaba caliente. Wynda sacó fuerzas de aquello.

"Aquella tarde -continuó- fui a su despacho de la Torre Este. En mi opinión, estábamos lejos de haber terminado nuestra discusión. Ella me culpaba a mí. Culpaba al mundo. Y nos peleamos. Las palabras eran feas, las acusaciones feroces. Incluso sacó a relucir mi pasado. Me acusó de avergonzar a los Sinclair. Habló abiertamente, burlándose, de secretos que mantuve ocultos durante años. Secretos sobre el hijo que tuve fuera del matrimonio, sobre el hijo que me arrebataron y regalaron. Me defendí con mis propias palabras hirientes, diciéndole que todo el mundo sabía que a ella no le importaba ninguno de los dos. Sólo quería poder y posición para sí misma. Le dije que no merecía llevar a ese niño en su vientre".

Wynda se detuvo mientras una lágrima goteaba de su mejilla a su regazo.

"Me agarró el delantal. Pretendía arrojarme de un lado a otro, como hacía con sus criados. Tal vez pretendía arrojarme por aquella ventana abierta. Pero le aparté las manos y retrocedió. Pesada con aquel niño, tropezó con la ventana. Y luego desapareció".

Nadie se movió y el silencio se apoderó de la habitación durante un largo momento, hasta que ella volvió a hablar.

"Fue un accidente, pero no dije ni una palabra a nadie. Salí corriendo de la habitación. Tenía miedo. Pensé que todo el mundo asumiría que yo la había matado. La verdad no significaría nada. Era mi palabra contra la de una mujer muerta. Así que huí y no dije nada. Fingí, que subió

más tarde a la habitación de Shona, descubrió lo que había ocurrido. El alboroto que siguió en el castillo ocultó mi implicación".

Hizo una pausa y miró a Innes. La joven le apretó la mano, dándole el ánimo que necesitaba.

"Sin Bryce, el sacerdote intervino. Fingal conocía a Shona y no sentía amor por ella. Decidió que no había sido un accidente. La había oído amenazar con hacer daño al niño que llevaba en su vientre, para castigar a Bryce", dijo. "Me quedé callada cuando Fingal dijo que la muerte de Shona había sido un suicidio. No dije nada cuando la enterraron en los campos en la oscuridad de la noche. Sabía la verdad, pero guardé silencio. Temía por mí".

Wynda levantó los ojos hacia Conall y Bryce.

"Innes puede decirte que he dicho la verdad. Pero también digo la verdad cuando digo que me avergüenzo de mi silencio. Tenía miedo. No tenía suficiente fe en mi propia gente para que me creyera. Así que permití que Shona... permití que enterraran a ese niño...".

Las emociones la abrumaban. Soltó la mano de Innes y se levantó. Luchando contra un torrente de lágrimas, miró a Bryce.

"Tú eres el terrateniente. He agraviado a tu esposa y a tu hijo... y a ti. He traído el escándalo a nuestro pueblo. He ofendido a los Sinclair", dijo con voz quebrada. "Tu juicio, sea cual sea... tu castigo... lo aceptaré. I..."

Ailein se acercó y la estrechó entre sus brazos. Wynda ya no podía contener las lágrimas. Lloró por los seres queridos que de nuevo podría perder.

Innes se unió a su hermana, y Wynda sintió su contacto.

"En primer lugar", habló Bryce, llamando su atención. Se colocó junto a su hermano. "Haremos que trasladen el cuerpo de Shona y el niño a la cripta".

Conall asintió con la cabeza.

"¿Qué le dirás a Fingal?" preguntó Wynda.

"Creo que, después de lo que vio en el oratorio, no me interrogará", dijo Innes con suavidad. "Podemos decirle que sé la verdad y que fue un accidente. Eso debería bastarle".

Agarrando las manos de las dos mujeres que tenía a su lado, Wynda miró a Bryce y a Conall. "¿Y qué hay de mi castigo?"

Bryce miró a Conall y luego de nuevo a ella. "Permanecerás aquí para guiar y proteger a la próxima generación de Sinclairs. ¿Dónde estaríamos sin ti?"

Capítulo Treinta Y Uno

UN SILENCIO se apoderó de la congregación cuando empezó a sonar una gaita solitaria. Esforzándose por vislumbrar a su novia, Conall entornó los ojos hacia la brillante luz que se derramaba a través de la puerta abierta. No tuvo que esperar mucho.

Innes y su padre entraron en la capilla, y Conall se quedó helado al verla, ajeno a todo lo que no fuera ella y el tamborileo de su propio corazón.

El cabello de Innes colgaba suelto bajo una corona enjoyada. Sus ojos grises centelleaban de amor cuando se enfocaban en él, y su vestido de marfil, ornamentado con bordados de hilos de oro, relucía al cruzar el umbral. Conall sintió el calor de mil soles agolparse en su rostro mientras contemplaba a la belleza que avanzaba hacia él.

Momentos después, Hector Munro entregó la mano firme de Innes a la de Conall y, sonriendo orgulloso, se retiró a su lugar con su familia.

Fingal inició las oraciones, y luego animó a los dos a intercambiar sus votos de amor y fidelidad, ante Dios y su comunidad.

Lo que el Señor ha unido, que no lo separe el hombre.

Después de besar a fondo a su novia, los Sinclair y los Munro y otros invitados se acercaron al altar, felicitándoles. Tras la noche de sus esponsales y la bienvenida de su clan, Conall se sentía mucho más a gusto con aquella atención. Y le reconfortó el corazón ver cómo los guerreros Sinclair, uno a uno, se comprometían a proteger a Innes mientras le daban la bienvenida al clan.

Cuando Kenna y Alexander Macpherson se acercaron para felicitarles, Innes les comunicó la noticia.

"Conall y yo lo decidimos ayer. Nos uniremos a vosotros para buscar a Muirne MacDonnell".

Los Macpherson se habían enterado semanas antes del nombre de la mujer que supuestamente poseía la última reliquia. No era más que un rumor, pero les daba un lugar donde empezar a buscar. Aunque fuera cierto que se trataba de Muirne, desconocían su paradero exacto, salvo que la habían visto por última vez en el Santuario del Manto, en Monyabroch. Tenían intención de empezar la caza allí.

Kenna abrazó a Innes. "Me alegro mucho. Nuestras posibilidades de derrotar a ese canalla qualling serán mucho mejores si luchamos juntos contra él".

Algún tiempo después, cuando Conall e Innes salieron por fin de la capilla a un patio lleno de amigos y familiares, fueron recibidos con el melodioso sonido de gaiteros y repique de campanas. Niños risueños de las aldeas, vestidos con ropas nuevas y coronas de follaje, danzaban a su alrededor mientras Bryce y Ailein se unían a la procesión que atravesaba la multitud hasta el Gran Salón, donde les esperaba a todos un suntuoso festín.

En cuanto todos estuvieron sentados en las mesas y empezó la celebración, Conall se inclinó hacia ella y le besó los labios.

"No habrá que escoltarnos fuera de la sala. Nada de esperar por la ropa de cama. Nada de entrometidos ante nuestra puerta".

"Me encanta el miedo que les infundes".

"Y no saldrás de este salón sin mí", le susurró al oído. "Y no harás que Jinny te desvista y te prepare para la cama. Ése es un deber que insisto en cumplir para con mi esposa".

Sonrió con picardía. "¿Cuándo crees que podremos irnos? Jinny parece ansiosa por cumplir con sus obligaciones".

Señaló con la cabeza a la sirvienta, que se reía y estaba sentada junto a Duff. Conall se volvió hacia Innes.

"¿*Ahora* sería un buen momento?"

Cogiéndola de la mano, Conall tiró de ella para ponerla en pie, y los dos salieron corriendo de la sala entre los vítores de la asamblea.

"Ni siquiera se sorprendieron", rió ella, corriendo para seguirle el ritmo.

"Teniendo en cuenta nuestra reputación, creo que estaban encantados de que permitiéramos a alguno de ellos entrar en la capilla".

Al llegar a la Torre Oeste, Conall la estrechó entre sus brazos y la llevó a sus apartamentos.

"¿Dónde está Trueno?", preguntó.

"Duff le tiene encerrado en su área de trabajo durante la noche".

Podían oír al lobo arañando la puerta.

"Ignóralo", dijo Conall. "Tiene cama, agua y comida. Estará bien".

La subió los escalones hasta su dormitorio y cerró la puerta de una patada. La depositó suavemente en la cama y la besó despacio, mientras su boca se posaba en la de ella con una promesa tangible de lo que estaba por venir.

"No te vayas a ninguna parte", dijo con una sonrisa, cruzando la habitación y volviendo con dos copas de vino.

La cámara, iluminada con velas, estaba adornada con un estilo propio de una pareja real. Mirara donde mirara, Innes veía signos de la consideración y el gusto de Wynda y Ailein. En todas las mesas había jarrones de gres con flores y plantas. Multitud de platos de todos los alimentos imaginables, preparados con esmero y presentados con una floritura artística. Había jarras de vino entre una brillante colección de copas de cristal.

"Les permitiste entrar en tu guarida".

"Ahora es nuestra guarida", le recordó, apartando las copas y quitándole la corona. "Sólo nosotros dos, encerrados aquí durante días".

"Me encanta la idea de estar encerrada contigo en cualquier parte".

Le peinó el pelo con los dedos, le echó la cabeza hacia atrás y la miró a la cara, a los ojos. Y entonces, sus labios se posaron en los de ella. De repente, quiso perderse en él, ahogarse en él. Su cuerpo se arqueó contra él, sus pechos deseando liberarse de los ajustados trajes de novia, deseando apretarse contra el duro cuerpo de él, deseando su contacto.

Con las bocas entrelazadas, Conall tiró de los cordones de la bata. Ella le ayudó, aflojando la prenda, tirando del corpiño, luchando contra el encierro, hasta que la bata cayó de su cuerpo y ella se quedó ante él vestida sólo con su camisa de seda.

Ella no dudó y empezó a ayudarlo a quitarse la ropa. Se desabrochó el broche dorado de Sinclair. Con un solo movimiento, Conall se despojó de la correa de cuero y del pañuelo de cuadros escoceses de Sinclair que se entrecruzaba con su camisa blanca. La camisa desapareció

en un instante, arrojada descuidadamente a un lado.

Conall sólo llevaba puesta la falda escocesa cuando recordó el regalo especial que tenía para él.

"Espera. Espera", chistó ella, deslizándose a su alrededor y corriendo hacia la silla donde lo había escondido. "Tengo algo para ti".

"¿Tienes que dármelo ahora?", preguntó sonriendo, apartando las mantas.

Se apresuró a volver a la cama, subiéndose y colocándola sobre las sábanas de lino.

Se quedó mirando el conjunto de cofre en miniatura y sonrió. "Es precioso".

"Hice que Duff tallara las piezas. Podemos llevárnoslas cuando viajemos".

"Sabes lo mucho que me gusta el ajedrez... ¿pero jugarlo en la cama?".

"No es ajedrez".

Se quedó mirando el decorado. "El mismo tablero. Las mismas piezas. ¿Se mueven igual?"

"Lo hacen". Innes le miró tímidamente, acercándose más a él. "Pero las reglas son diferentes".

"¿Cómo?"

"Vamos a jugar. Te enseñaré". Movié un peón en el tablero. "Cada movimiento es un beso". Se inclinó hacia él y le besó los labios antes de volver a sentarse.

La mirada de Conall la recorrió, haciéndola estremecerse. Él hizo un movimiento contrario y bajó la cabeza para besar la curva de su pecho, justo por encima del cambio de seda. A ella se le cortó la respiración.

"Me gusta este juego", murmuró.

"Pensé que lo harías". Deslizó la siguiente pieza por el tablero y se inclinó para besarle el pecho, dejando que su boca se entretuviera.

Él respondió a su movimiento y le quitó la bata de los hombros y la bajó muy despacio. Cuando tuvo el pecho libre, le besó el pezón. Ella gimió de placer.

"Me gusta más que este juego. Me encanta tu creatividad". Se quitó la falda escocesa y se sentó completamente desnudo ahora en la cama. "¿Qué pasa si capturo una pieza?"

Ella le miró el cuerpo, con el rostro encendido, el calor líquido recorriéndola. "Tendrás que esperar a capturar uno. Entonces te lo contaré".

En su siguiente movimiento, le bajó la bata hasta la cintura. Tocó con los labios la débil cicatriz que había bajo su pecho, todo lo que quedaba de la herida de espada que casi le había quitado la vida. Las chispas que se encendieron con su beso volaron a través de ella.

"Me encanta tu cicatriz", dijo suavemente.

Dos movimientos después, capturó un peón.

"Muy bien", susurró ella. "Y ahora, una caricia erótica".

Su mano empezó en la rodilla, luego recorrió el interior de la pierna por debajo del cambio hasta llegar a la coyuntura. La tocó, se burló de ella. Innes dejó de respirar.

No podía soportarlo más. Empujándole hacia la espalda, se subió y se sentó a horcajadas sobre él. Cuando él la penetró, oyó vagamente el juego de ajedrez repiquetear por el suelo.

Más tarde, cuando los dos estaban agotados de hacer el amor y ella se había tumbado sobre su pecho, Conall se rió.

"¿Qué?", preguntó ella.

"Nunca tuve la oportunidad de preguntar qué ocurre cuando pones en jaque a tu oponente, y menos aún cuando le das jaque mate".

Se rió. "Juguemos otra vez y lo averiguaremos".

Se asomaron por el extremo de la cama, buscando el juego de ajedrez.

Un gran lobo gris yacía en el suelo, masticando alegremente las piezas. Levantó la vista, con un caballero sobresaliendo de su boca.

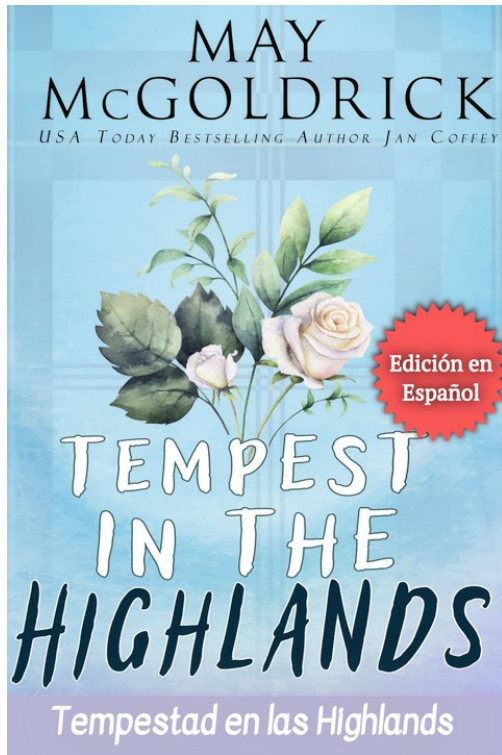
"Maldita sea, Trueno".

Gracias por tomarse el tiempo de leer *Domar al Highlander*. Si te ha gustado, por favor, díselo a tus amigos o escribe una breve reseña. El boca a boca es el mejor amigo de un autor... y se agradece mucho.

Y no dejes de buscar el Libro Tres de la Trilogía de la Reliquia Escocesa...

Tempestad en las Highlands

Miranda MacDonnell está huyendo. Cuando heredó de su madre una misteriosa reliquia, no tenía ni idea de los peligros que acarrearía. Ahora, perseguida por un enemigo implacable que no se detendrá ante nada para encontrarla, sólo tiene una opción: viajar de polizón en el barco del famoso corsario Halcón Negro.



Rob Hawkins, el corsario conocido como Halcón Negro, tiene la misión del rey de los Tudor de encontrar y matar al malvado comandante Sir Ralph Evers. Para completar su misión, Hawk debe encontrar a Miranda, una joven a la que Evers persigue. Atrapado en una tempestad, naufraga con un muchacho que demuestra una extraña habilidad para salvarle. Expulsado a la misteriosa Isla de los Muertos, en las Hébridas Exteriores, Hawk se da cuenta de que el "muchacho" que viaja con él es en realidad Miranda MacDonnell, y que tenerla significa que Evers acudirá a él. Sin embargo, lo que empieza como una estratagema -utilizarla como cebo- pronto cambia, pues empiezan a surgir

sentimientos entre ellos.

Fuerzas ancestrales están actuando, atrayendo a los cuatro poseedores del poder de la reliquia a la Isla de los Muertos para una batalla final en la que el bien debe vencer a las fuerzas del mal en este espectacular clímax de la Trilogía de la Reliquia Escocesa.

Nota del autor

Estamos encantados de haberte presentado la historia de Innes y Conall, la segunda entrega de nuestra Trilogía de la Reliquia Escocesa. Esperamos que también hayas disfrutado de tu breve visita a Kenna y Alexander de *El Problema de los Highlanders*.

En *Tempestad en las Highlands*, la emocionante conclusión de la trilogía, fuerzas invisibles intervienen en la configuración de los destinos combinados de las mujeres que poseen el poder de las tablas de piedra.

Acompáñanos mientras Kenna, Alexander, Innes, Conall y nuestros nuevos héroes -Miranda MacDonnell y Rob Hawkins- viajan a las islas occidentales de Escocia en una carrera mortal con Sir Ralph Evers para encontrar el último radio de la Rueda de Lugh.

Además, como muchos de nuestros lectores saben, parece que nunca podemos dejar marchar a nuestros personajes. A menudo, las personas que conoces en nuestras historias aparecen en otros relatos.

Como muchos de ustedes saben, seguimos creando un vasto mundo interconectado que abarca siglos. Si te interesan más de nuestras historias de las Highlands, consulta la lista completa de novelas a continuación:

Una Boda de Verano— La precuela de todos los cuentos de la serie Macpherson. Alexander Macpherson, el patriarca de la familia, encuentra a su media naranja en Elizabeth Hay.

El Cardo y la Rosa— Mientras aún perdura el humo de la batalla de Flodden Field, se presentan Colin Campbell y Celia Muir, una mujer-guerrera que tiene en sus manos el destino de Escocia. Esta historia está en la lista de "Los mejores romances históricos de todos los tiempos". *El Cardo y la Rosa* presenta a Alec Macpherson, hijo mayor de Alexander y Elizabeth.

Ángel del Skye— Alec Macpherson ha servido al rey Jaime con su espada. Ahora daría hasta su alma por proteger a Fiona Drummond del pasado que la persigue y de la intriga que podría cambiar el futuro de Escocia.

Corazón de Oro— Ambrose, el hermano menor de Alec, segundo hijo de la familia Macpherson, siente un ardiente deseo por Isabel Bolena, la exquisita hija natural de un diplomático inglés. Pero el odiado rey inglés también la desea, y no se detendrá ante nada para tenerla. Ambrose fue presentado en *Ángel de Skye*.

La Belleza de la Niebla— John, el hermano menor de los Macpherson, ha recibido el encargo de traer a casa a la prometida de su joven rey, pero su destino cambia cuando rescata a la misteriosa María, a la deriva en el mar.

Los Prometidos— Malcolm MacLeod, pupilo de Alec Macpherson en *Ángel de Skye*, y Jaime Macpherson, hija de Mary Boleyn (*Corazón de Oro*), tienen que encontrar el camino de vuelta a Escocia desde las mazmorras del rey Tudor.

Fuego— Gavin Kerr, introducido en *Corazón de Oro*, descubre que el castillo que le han adjudicado encierra más de lo que espera, el "fantasma" de la anterior propietaria, Joanna MacInnes, que ronda las torres quemadas y los pasadizos secretos.

Tess y el Highlander (Finalista del Premio RITA©)— Colin Macpherson, el hijo menor de Alec y Fiona (*Ángel de Skye*), llega a una remota isla de la costa de Escocia, donde encuentra a una joven solitaria, Tess Lindsay.

La Trilogía del Tesoro de las Highlands:

La Soñadora— Cuando su difunto padre fue tachado de traidor al rey, Catherine Percy encuentra refugio en Escocia. Pero un error de identidad la pone en una situación comprometida con John Stewart, el conde de Athol (*Fuego*).

La Encantadora— Laura Percy (la segunda hermana de los Percy) se refugia en las Highlands, pero cuando es secuestrada por William Ross, el temible Laird de Blackfearn, todos sus planes bien trazados se vienen abajo.

La Firestarter— Adrienne Percy (la menor de las hermanas Percy) está escondida en las Islas Occidentales, a salvo de los enemigos de su familia, hasta que sus hermanas envían a Wyntoun MacLean para que la devuelva a las Highlands. Colin Campbell y Celia Muir (*El Cardo y la Rosa*) hacen su aparición en este emocionante final de trilogía.

La Trilogía de la Reliquia Escocesa:

El Problema de los Highlanders— Alexander y James Macpherson, los dos hijos mayores de Alec y Fiona (*Ángel de Skye*) se encuentran con más problemas de los que esperaban. Alexander quiere recuperar a su novia fugitiva, pero un secreto mortal del pasado de Kenna Mackay ha salido a la luz y un villano despiadado se está acercando.

Domar al Highlander (Finalista del premio RITA©)— Innes Munro tiene la capacidad de leer el pasado de una persona con sólo tocarla. Conall Sinclair, el conde de Caithness, lleva cicatrices cortesía de los captores ingleses. Ambos se resisten a dejar que el otro se acerque, pero ninguno puede negar su creciente atracción.

Tempestad en las Highlands— Miranda MacDonnell naufraga en la mítica Isla de los Muertos

con el notorio corsario Black Hawk. Alexander Macpherson y Kenna Mackay (*El Problema de los Highlanders*) desempeñan un papel importante, y Gillie the Fairie-Borne (*La Firestarter*) aparece en la novela mientras busca a su familia perdida.

Amor y Caos— Una divertidísima adaptación medieval de *Arsenic and Old Lace*, ambientada en parte en las islas occidentales, con la aparición de Alec y Fiona (*Ángel de Skye*).

Además, hemos estado construyendo un mundo de historias ambientadas en la Inglaterra y Escocia georgiana, de la Regencia y victoriana. Visite nuestro sitio web, MayMcGoldrick.com, donde encontrará más de una docena de novelas.

Nos encanta recibir comentarios de nuestros lectores. Escribimos nuestras historias para usted. Nos esforzamos constantemente por escribir historias que usted aprecie y recomiende a sus amigos. Puede ponerse en contacto con nosotros visitando nuestro sitio web en www.MayMcGoldrick.com. También puede suscribirse a nuestro boletín. Queremos que sea uno de los primeros en enterarse de nuestras novedades.

Por último, necesitamos un favor. Si le apetece, nos encantaría recibir una reseña de *Domar al Highlander*. Como ya sabrá, las reseñas son difíciles de conseguir hoy en día. Usted, el lector, tiene ahora el poder de hacer o deshacer un libro. Si tiene tiempo, considere la posibilidad de publicar una en línea.

Y no dejes de leer el último libro de la serie, *Tempestad en las Highlands*.

Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James

NOVELS BY MAY McGOLDRICK

16th Century Highlander Novels

[A Midsummer Wedding \(novella\)](#)

[The Thistle and the Rose](#)

Macpherson Brothers Trilogy

[Angel of Skye \(Book 1\)](#)

[Heart of Gold \(Book 2\)](#)

[Beauty of the Mist \(Book 3\)](#)

[Macpherson Trilogy \(Box Set\)](#)

[The Intended](#)

[Flame](#)

[Tess and the Highlander](#)

Highland Treasure Trilogy

[The Dreamer \(Book 1\)](#)

[The Enchantress \(Book 2\)](#)

[The Firebrand \(Book 3\)](#)

[Highland Treasure Trilogy Box Set](#)

Scottish Relic Trilogy

[Much Ado About Highlanders \(Book 1\)](#)

[Taming the Highlander \(Book 2\)](#)

[Tempest in the Highlands \(Book 3\)](#)

[Scottish Relic Trilogy Box Set](#)

[Love and Mayhem](#)

18th Century Novels

Secret Vows

[The Promise \(Pennington Family\)](#)

[The Rebel](#)

[Secret Vows Box Set](#)

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

[Borrowed Dreams \(Book 1\)](#)

[Captured Dreams \(Book 2\)](#)

[Dreams of Destiny \(Book 3\)](#)

[Scottish Dream Trilogy Box Set](#)

Regency and 19th Century Novels

Pennington Regency-Era Series

[Romancing the Scot](#)

[It Happened in the Highlands](#)

[Sweet Home Highland Christmas](#) (*novella*)

[Sleepless in Scotland](#)

[Dearest Millie](#) (*novella*)

[How to Ditch a Duke](#) (*novella*)

[A Prince in the Pantry](#) (*novella*)

[Regency Novella Collection](#)

Royal Highlander Series

[Highland Crown](#)

[Highland Jewel](#)

[Highland Sword](#)

[Ghost of the Thames](#)

Contemporary Romance & Fantasy

[Jane Austen CANNOT Marry](#)

[Erase Me](#)

[Tropical Kiss](#)

[Aquarian](#)

[Thanksgiving in Connecticut](#)

[Made in Heaven](#)

NONFICTION

[Marriage of Minds: Collaborative Writing](#)

[Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century](#)

NOVELS BY JAN COFFEY

Romantic Suspense & Mystery

[Trust Me Once](#)

[Twice Burned](#)

[Triple Threat](#)

[Fourth Victim](#)

[Five in a Row](#)

[Silent Waters](#)

[Cross Wired](#)

[The Janus Effect](#)

[The Puppet Master](#)

[Blind Eye](#)

[Road Kill](#)

[Mercy](#) (novella)

[When the Mirror Cracks](#)

[Omid's Shadow](#)

[Erase Me](#)

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Westerns

[High Country Justice](#)

[Bullets and Silver](#)

[The Winter Road](#)

[Silver Trail Christmas](#)

Sobre el Autor

Nikoo y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today*, han escrito más de cincuenta novelas emocionante y llenas de conflictos, además de dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.



Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas romance histórico, suspenso, misterio, westerns históricos y novelas juveniles. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han recibido numerosos galardones por sus obras, como el Premio Daphne DuMaurier a la Excelencia, el Medallón Will Rogers, el Premio de la *Revista Romantic Times*, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra forma parte de la colección Popular Culture Library del Museo Nacional de Escocia.